Thomas Paine

Los derechos del hombre



POLÍTICA Y DERECHO

Thomas Paine (1737-1809), filósofo, político y revolucionario angloamericano. Es considerado un Padre Fundador de los Estados Unidos de América por sus contribuciones expuestas en el ensayo *El sentido común*, donde aboga por la independencia de las colonias. Asimismo, fue incluido dentro de la Asamblea Nacional en Francia y le otorgaron la nacionalidad honorífica. En su texto *Los derechos del hombre* defendió los ideales de la Revolución francesa. Sin embargo, sus ideas políticas y religiosas lo llevaron a ser aislado políticamente y murió ignorado el 8 de junio de 1809 en Nueva York.

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Traducción
JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO
TOMÁS MUÑOZ MOLINA

THOMAS PAINE

Los derechos del hombre

Prólogo
BERNARDO ALTAMIRANO RODRÍGUEZ

Introducción
H. N. BRAILSFORD



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1791-1792
Primera edición en español, 1944
Segunda edición, 1986
Tercera edición, 2017
Primera edición electrónica, 2017

Título original: *Rights of Man*

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit
Imagen de portada: *Thomas Paine, Voice of the Common People*, © Working Class Movement Library, http://www.wcml.org.uk/our-collections/activists/thomas-paine/thomas-paine-collection/

D. R. © 2017, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5234-8 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo, Bernardo Altamirano Rodríguez
Introducción. Thomas Paine, Henry N. Brailsford

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Prefacio a la edición inglesa

Primera parte
Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (hecha por la Asamblea Nacional de Francia)
Observaciones sobre la declaración de derechos
Capítulo misceláneo

Segunda parte
Combinación del principio y la práctica
Al señor de La Fayette
Prefacio
Introducción
Capítulo I. De la sociedad y de la civilización
Capítulo II. Del origen de los gobiernos viejos que hoy subsisten
Capítulo III. De los viejos y nuevos sistemas de gobierno
Capítulo IV. De las constituciones
Capítulo V. Modos y medios de mejorar la condición de Europa, mezclados con observaciones misceláneas
Apéndice

Índice de nombres

PRÓLOGO

BERNARDO ALTAMIRANO RODRÍGUEZ

Paine fue un ave de tempestades en todos los sentidos. Gracias al vuelo de su pluma, el horizonte de las monarquías tiránicas enfrentó las peores tormentas de su existencia, y las olas revolucionarias se elevaron, lo que condujo al hundimiento del barco del despotismo y al surgimiento del camino de la libertad. Pero también su pluma y espíritu revolucionarios lo arrastraron al naufragio propio. Sólo así se explica la paradoja de que, habiendo nacido inglés, sea reconocido como uno de los Padres Fundadores de América; que Francia le haya concedido su nacionalidad honorífica e incluido dentro de la Asamblea Nacional, pero que también fuera encarcelado durante la era del Terror; que sus otrora hermanos americanos de causa le hayan dado la espalda y aislado políticamente, y que a su funeral sólo hayan asistido seis personas. Esto parece inexplicable a primera vista, pues Paine no sólo fue leído por cientos de miles en América, Inglaterra o Francia, sino que su trabajo *El sentido común* fue el que dio contenido, valores y sustancia popular a la causa de la inminente independencia de los Estados Unidos. Asimismo, su obra *Los derechos del hombre* fue un fenómeno literario y gozó de una enorme popularidad en Francia e Inglaterra. Tal vez esto pueda explicarse al entender que Thomas Paine fue un hombre alejado del cálculo político, y que en todo momento priorizó el ejercicio de sus libertades, en particular aquellas del espíritu: pensamiento y opinión. Por eso no asimiló que la tormenta revolucionaria que alimentó con sus palabras no se convertiría en un movimiento perpetuo, sino que en algún instante buscaría establecerse en instituciones que dieran sentido y protección a esas libertades que él promovió. Tampoco vislumbró que una revolución podría derivar en terror y exacerbar el despotismo que originalmente combatió, por lo que incluso alguien como él fue defenestrado por no abrazar el radicalismo. Sin duda enfrentó las consecuencias de un libre pensador en una era de insurrecciones; luchó por las causas más nobles, pero quedó atrapado en un laberinto en el instante en que éstas comenzaron a edificarse mediante la concreción de instituciones construidas con base en acuerdos políticos.

La influencia de Paine en su época no tiene precedentes, sobre todo considerando su modesto origen alejado de las élites y sin ningún éxito previo comercial, literario ni político relevante. Migró de Inglaterra a Filadelfia a los 37 años con una carta de recomendación de Benjamin Franklin, quien lo describió como un "ingenioso joven". No se sabe con claridad qué vio Franklin en Paine, pero Joseph J. Ellis explica dos talentos que ameritaron dicha recomendación: "un profundo sentido de justicia social, formado a partir de las injusticias que él atestiguó y experimentó en la clase trabajadora urbana de

Londres, y una habilidad inusual para que su prosa expresara sus convicciones políticas en un lenguaje que era simultáneamente sencillo y deslumbrante".[1] Incluso, como señala Chris Hedges, "fue el primer escritor en extender el debate político más allá de salones refinados a las tabernas… y de observar a la libertad íntimamente conectada con el lenguaje". Lo anterior además con un efecto exponencial, gracias a su "sentido de oportunidad", elementos con los que se convirtió en "el profeta de la expansiva promesa americana".[2]

Su famoso trabajo *El sentido común*, editado a manera de panfleto, vendió 150 000 copias en sólo tres meses. Posteriormente se publicó *Los derechos del hombre* que conserva los mismos estándares y expectativas del anterior, y es igualmente útil para provocar e interpelar, aunque se trata de un trabajo más profundo, teórico y extenso, y en su época tuvo un impresionante tiraje cercano a un millón de copias. Sin duda alguna cifras escandalosas para su tiempo. En la actualidad, no obstante la expansión de tecnologías y medios de comunicación, son escasos los periodistas, académicos o políticos que gozan de la misma influencia y reconocimiento popular que tuvieron estas obras. Ambas son representantes de la Ilustración, y en su estilo combinó la activa militancia —incluso cargó el mosquete en combate— con un lenguaje claro y ordinario, lo que permitió su amplia difusión.

En el último tercio del convulso siglo XVIII, las colonias padecieron leyes e impuestos —no aprobados por el parlamento británico, como la Ley del Timbre o las Leyes Townshend— lo que derivó en una grave y violenta agitación social, que fue reprimida constantemente por la fuerza. Las principales críticas al monarca Jorge III empleaban un lenguaje muy técnico y legal, cuyo objetivo era combatir la validez y justicia de sus decisiones sobre las colonias, y sobre todo enfocaban los cuestionamientos a los ministros. Para definir su posición y acciones, las colonias se agruparon en torno al Congreso Continental (1774 y 1775) en Filadelfia, donde entre la pluralidad de voces y soluciones se encontraban quienes apelaban por la diplomacia y en favor de la negociación con la Corona. La diferencia de cuestionamientos y visiones prevalecientes no sólo fue de forma, sino de fondo y de conceptualización del adversario. En ese contexto, y ya iniciada la revolución, vio la luz *El sentido común* (1776), panfleto que se convirtió en la narrativa ágil y familiar que fue abrazada por la sociedad. "Mientras que (John) Adams defendió las demandas americanas en favor de su soberanía legal sobre sus propios asuntos nacionales… Paine abanderó el argumento de que una isla no puede gobernar un continente… lanzó un ataque frontal contra Jorge III y la idea de la monarquía misma".[3] Sin duda, sus baterías las enfocó certeramente contra la corrupción y tiranía de la monarquía británica, cuestión que nadie había osado hacer con esa contundencia y temeridad. Así, Paine lanzó esta histórica convocatoria: "La causa de América es en mayor medida la causa de toda la humanidad... El nacimiento del mundo

está en nuestras manos". Su radicalismo, su sentido de oportunidad y prosa hicieron a los norteamericanos sentir que el momento de la libertad había llegado, y así la balanza se inclinó para que el 4 de julio de 1776 se firmara la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Si bien es difícil identificar la influencia directa de *El sentido común* en la declaración, protagonistas como Adams reconocieron la aportación de Thomas Paine a la causa de la independencia.

Una vez concluido el movimiento revolucionario, Paine regresó en 1787 a Londres, donde continuó su activismo y vivió de cerca la Revolución francesa de 1789, cuya ópera prima fue la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano,[4] publicada el 26 de agosto de 1789. En este histórico documento se afirma que "la ignorancia, olvido o desprecio de los derechos del hombre son las causas únicas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos", razón por la cual se emite dicha Declaración, que contiene "los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre… para recordar (a la sociedad) sus derechos y deberes".[5] Entre los principios consagrados en dicho documento se encuentra la "libertad e igualdad en derechos" que por nacimiento tienen los hombres, así como la definición fundamental del objetivo de toda asociación política:[6] "la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre", los cuales son "la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión", cuyo ejercicio no tiene límites "más que aquellos que aseguran a los otros miembros de la sociedad el goce de los mismos derechos" y que no pueden estar determinados por la ley —aspecto fundamental, pues impide a los parlamentos restringirlos, dada su superior naturaleza—. Una vez publicada esta declaración, pasaron cerca de dos años para que, en 1791, se publicara la primera Constitución de Francia, que definió la estructura orgánica del poder. Justo en medio de la aprobación de estos dos procesos se da uno de los debates políticos y filosóficos más apasionantes y profundos de la Ilustración del cual resurge Thomas Paine.

El primer cañonazo lo detonó el político y filósofo irlandés Edmund Burke, quien gozaba de gran influencia en Inglaterra y temía que los aires revolucionarios franceses se extendieran a Inglaterra y contagiaran los ánimos de las voces radicales y jacobinas locales. No obstante, Burke coincidió y justificó en gran medida la revolución de los Estados Unidos —incluso teniendo convergencias con el propio Paine—; empleó prácticamente la misma razón para ser un feroz opositor de los medios y causas de la Revolución francesa. En este contexto escribe *Reflexiones sobre la Revolución francesa* (1790) —con un tiraje inicial cercano a 30 000 ejemplares—, donde presenta sus objeciones de principio y de método en torno a los revolucionarios, y en el que vislumbra la era del terror que Francia viviría, ya que las causas de la Revolución estaban desde su origen sesgadas. Según Leslie Mitchell, para Burke, "los principios de libertad e igualdad sólo eran la mitad de la historia. El hombre era ciertamente capaz de razonar, pero

también capaz de mucho más. Podía ser apasionado y parcial. Podía ser supersticioso y violento… Escribir sobre el hombre, como los franceses hicieron entonces, equivalía a construir una imagen unidimensional. Legislar con base en esta descripción era, predeciblemente, producir el caos y la inestabilidad".[7] Por otro lado, Burke cuestionó que los revolucionarios antepusieran la declaración a una constitución, pues más allá de la dificultad de que existiera un acuerdo unánime sobre los derechos del hombre, no existía fórmula institucional ni política que identificara cómo éstos deberían ser materializados ni salvaguardados. Asimismo, se plantó con firmeza frente a las corrientes más radicales y defendió el valor social de las instituciones: "debe ser con infinita cautela que cualquier hombre habrá de aventurarse a tirar un edificio que ha respondido en cualquier grado tolerable por años a los propósitos comunes de la sociedad, o a construirlo de nuevo sin tener modelos o patrones de utilidad aprobada ante sus ojos".[8] En esta defensa se identifica la preocupación de Burke por la incertidumbre que generan los procesos revolucionarios para transitar a un orden posterior y es parte sustancial del debate de esa época: cómo evitar que la lucha por la libertad e igualdad degeneren en desastre, al arrasar con valores e instrumentos de utilidad social, romper con el pasado e iniciar desde cero, sin perder de vista el objetivo de definir el régimen legal a aplicar y enfrentar los retos de la nueva gobernabilidad que den viabilidad a una sociedad.

La respuesta de Paine fue inmediata y contraatacó con *Los derechos del Hombre* (publicado en dos partes: en 1791 y 1792). Enfocó sus baterías a dos objetivos: al igual que en *El sentido común* volvió a lanzarse contra la ilegitimidad de la monarquía hereditaria y a definir y justificar los derechos del hombre. Por un lado, se encuentran los derechos naturales e inalienables de pensamiento y opinión, los cuales se ejercen de manera individual y sin necesidad de asistencia exterior. Para Paine, estos derechos son previos al Estado —de ahí su carácter de naturales— y si los gobiernos no los protegen, entonces la sociedad tiene el derecho de derrocarlos y comenzar de nuevo. Por el otro, se encuentran los derechos que pueden negociarse por seguridad y otros factores, como son justamente los de propiedad y los civiles.[9] Esta elevación de derechos del hombre enfrenta la ilegitimidad de la monarquía. Cuando Madison le dio una copia de la primera parte de *Los derechos del hombre* a Thomas Jefferson, éste indicó: "no tengo duda de que nuestros ciudadanos se reunirán una segunda ocasión alrededor del estándar de *El sentido común*",[10] es decir Paine. Sin lugar a dudas, la argumentación de *Los derechos del hombre* es consistente y profundiza con la idea básica de *El sentido común*, en cuanto a no sólo cuestionar el origen de la divinidad que legitima la autoridad de un monarca, sino invertir la ecuación y poner el centro de gravedad sobre los derechos naturales del individuo, que son previos y superiores a aquél, lo cual se fortalecía con el principio de igualdad ante la ley y de soberanía popular. Es un gran paso en la separación entre la sociedad civil y el Estado, que equivale a un giro copernicano sin el cual no

podría entenderse la democracia moderna.

La diferencia de los valores y argumentos sostenidos por ambos son los que dieron la pauta para dividir el espectro político liberal en izquierda y derecha, progresistas y conservadores. Paine ejemplifica al primero, se acerca al Estado benefactor, parte del principio de que la sociedad tiene el derecho de pensar libremente y el gobierno no puede restringirlo, enarbola una visión optimista en torno a la construcción de una sociedad liberal como una forma de innovación y de rompimiento con el pasado, coincide con principios de John Locke, en los que el pacto en el que convergen los individuos es con el que se constituye la sociedad para proteger esos derechos naturales.[11] Burke representa al segundo, que parte del cuestionamiento de la filosofía rousseauniana —ningún ser humano ha vivido jamás en estado natural—, y define los derechos, libertades e igualdad en función de una sociedad previa, y por herencia se definen nuestras relaciones con otras personas; prioriza el gradualismo, las instituciones tradicionales como la familia y el mercado, da valor superior a la libertad personal.

El furor que provocó en Inglaterra *Los derechos del hombre* no tuvo precedentes. Sin embargo, pronto Paine tuvo que desviar su atención, pues se encontró a fuego cruzado entre dos contrincantes. Por un lado, en Inglaterra, en 1792, es acusado de sedición a causa de la segunda parte de *Los derechos del hombre*, por agitar al pueblo contra su gobierno. Paine vivió este proceso desde Francia y consecuentemente tuvo puertas cerradas para regresar a Londres. Lo anterior tendría consecuencias adversas, pues derivado de la publicación, fue nombrado ciudadano honorario de Francia y electo a la Asamblea Nacional —encargada de elaborar la Constitución—, donde, por manifestarse contra el terror como un instrumento político y posicionarse contra la ejecución del rey Luis XVI, tuvo conflictos con el ala radical y fue encarcelado. Se salvó providencialmente de ser ejecutado, pero obviamente Inglaterra no tuvo el menor interés de interceder por él, y por su exacerbado radicalismo el embajador estadunidense también se negó a asistirlo. No fue sino hasta que James Monroe fue designado embajador que se le brindó apoyo para su regreso a los Estados Unidos. Como bien lo explica Eric Hobsbawm: "No es accidental que los revolucionarios norteamericanos y los jacobinos británicos que migraron a Francia debido a sus simpatías políticas se encontraran a sí mismos como moderados en Francia. Tom Paine fue un extremista en Gran Bretaña y los Estados Unidos, pero en París se encontraba entre los más moderados de los girondinos".[12]

Por otro lado, es posible encontrar influencia de Paine en Latinoamérica. Antonio Aguilar Rivera nos recuerda que el ecuatoriano Vicente Rocafuerte tradujo al español *El sentido común*, y reconoció que su autor contribuyó "más que nadie a arrancar el cetro despótico de las manos del realismo", y junto con Jefferson, Washington y Bolívar halló "el verdadero credo político que debemos seguir".[13] En México, Manuel González

Oropeza[14] describe que Servando Teresa de Mier citaba frecuentemente a Paine para "respaldar su idea de la creación de la sociedad mediante un pacto" y tomó la revolución de nuestros vecinos del norte como el referente para México. Sobre este aspecto profundizan Jaime Rodríguez y Kathryn Vincent, quienes describen cómo Mier regresó de los Estados Unidos a México en 1821 y, "bajo una variedad de influencias, entre ellas *El sentido común*, escribió la *Memoria político-instructiva*, un trabajo que favoreció a la república en lugar del imperio que Agustín de Iturbide estaba estableciendo".[15] Adicionalmente, en el plano jurídico se identifican conceptos consistentes con la corriente de *Los derechos del hombre* y la declaración de 1789. De manera muy particular en la Constitución de Apatzingán de 1814, que, como indica Ernesto de la Torre, "marca el nivel cultural e ideológico de los constituyentes mexicanos, su gran preparación jurídica y política, su capacidad para organizar una nación, para convertirla en un ente jurídico autónomo, librándola de la secular dependencia, y para introducirla en un régimen de derecho que garantizara la paz, la justicia y la libertad".[16] En efecto, sabemos que "los redactores del Decreto Constitucional de 1814… no eran ajenos al pensamiento de Locke, Hume, Paine, Burke y también de Montesquieu, de Rousseau".[17]

En el capítulo V de la Constitución de Apatzingán, denominado "De la igualdad, seguridad, propiedad y libertad de los ciudadanos", se consagran principios que después no fueron reincorporados en otros textos constitucionales, como "la felicidad del pueblo y de cada uno de los ciudadanos consiste en el goce de la igualdad, seguridad, propiedad y libertad, y la íntegra conservación de estos derechos es el objeto de la institución de los gobiernos y el único fin de las asociaciones políticas". Asimismo, reconoce principios que posteriormente fueron actualizados en otros constituyentes, como "la libertad de hablar, de discurrir y de manifestar sus opiniones por medio de la imprenta, no debe prohibirse a ningún ciudadano, a menos que en sus producciones ataque el dogma, turbe la tranquilidad pública u ofenda el honor de los ciudadanos". Sin duda, a pesar de que no rompe su vínculo con la religión, esta Constitución es de gran valor en la historia del pensamiento liberal mexicano y supera el debate Paine-Burke, al aprobar en un solo instrumento la forma de gobierno y la carta de derechos.

Thomas Paine escribió otras obras e intervino en diversas acciones de relevancia. Pero la congruencia entre las dos descritas a lo largo de estas líneas representa una evolución y perfeccionamiento de su pensamiento político que es un pilar de las democracias modernas y que tiene como sustento las dos más importantes revoluciones de la Ilustración del siglo XVIII. Paine fue también un promotor de la abolición de la esclavitud y de los contrapesos a las legislaturas, para evitar que fueran tan despóticas como los propios monarcas que fueron depuestos. La magnitud de su influencia y repercusión se vio afectada por dos razones principales: por un lado, sus posiciones religiosas y, por otro, haber confrontado públicamente en 1796 ni más ni menos que a

George Washington, a quien acusó de alejarse de los principios de la revolución. Paine terminó sus días en el absoluto ostracismo y en la soledad. El ejercicio de sus libertades de pensamiento y opinión lo encumbraron, pero también lo derrumbaron. Vivió en plenitud su romanticismo revolucionario. Con el paso del tiempo su obra e influencia fueron ganando terreno entre líderes políticos y académicos de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, entre muchos otros países. No sólo fue designado Padre Fundador en los Estados Unidos de América, sino que, de acuerdo con una encuesta de la BBC, se encuentra entre los 100 mejores británicos de toda la historia. Por estas razones es que Bertrand Russell, al recordar el origen popular de Thomas Paine, describió que "hizo democrática la prédica por la democracia" y reconoció "que la articulación de una conciencia radical del bienestar humano e integridad intelectual dependen de la insistencia valiente en favor de la libertad para hombres y mujeres".

El pensamiento de Thomas Paine trascendió su época y es vigente en la actualidad. Los principios de su obra sustentan un complejo entramado de constituciones, tratados e instituciones nacionales y globales tendientes a proteger las libertades y derechos humanos, ya sea mediante mecanismos de prevención y denuncia, tribunales y *ombudsmen*, así como una robusta plataforma educativa. Por otro lado, conforme estos derechos han evolucionado en prestaciones a cargo del Estado, se han promovido presupuestos y políticas públicas cuyo objetivo es materializar su goce y cumplimiento y así avanzar en la edificación de una sociedad con mayor libertad e igualdad. A pesar de que en el mundo observamos diariamente violaciones a estos derechos, todo este entramado representa uno de los valores comunes que comparten múltiples naciones y organismos internacionales. Los abusos y la barbarie que amenazan la viabilidad de las democracias liberales y de los derechos humanos ubican a Thomas Paine en la primera línea de defensa en una lucha de la cual él fue pionero. Sin duda la acertada visión del Fondo de Cultura Económica para reeditar *Los derechos del hombre* nos recuerda que esta obra y su autor son parte de nuestra vida contemporánea.

Introducción
THOMAS PAINE

HENRY N. BRAILSFORD

"Donde hay libertad, allí está mi patria." El concepto tiene un sabor latino, el lector se imagina que el autor ha de ser uno de los primeros estoicos. La frase es de Benjamin Franklin, y no hay dicho que exprese mejor el sentido humanitario del siglo XVIII. "Donde no hay libertad, allí está la mía." La contestación es de Thomas Paine. He aquí el lema del caballero andante, la música marcial que arrastró a La Fayette a América y a Byron a Grecia. La divisa de todo hombre que aprecia más la lucha que los placeres, que honra la camaradería por encima del patriotismo y persigue una idea que ninguna frontera puede detener. Paine en realidad no pertenece a ningún siglo y no es posible encasillarle en ninguna fórmula de clasificación. Sus escritos corresponden a la época de la Ilustración; sus actos pertenecen a la leyenda. El estilo claro y varonil, su firme sentido común, la agudeza de sus epigramas, la construcción sobria y lógica de sus pensamientos, sus limitaciones modestas, su aversión al misterio y a la penumbra gótica, su áspero desprecio por toda la chabacanería sagrada de las tradiciones sacerdotales y la política aristocrática, su aplomo, su coraje intelectual, su humanidad; todo eso, en lo bueno y en lo malo, pertenece al siglo de Voltaire y de la Revolución. Por su espíritu aventurero, su pasión por el movimiento y el combate, Paine es un romántico, Paine pensaba en prosa y obraba en épica. Trazaba horizontes sobre el papel y perseguía el infinito con los hechos.

Thomas Paine, hijo de un cuáquero, fabricante de cotillas, nació en Thetford, condado de Norfolk, el año 1737. Sus padres fueron pobres, pero según él mismo nos dice, recibió una buena educación moral y adquirió "un moderado surtido de conocimientos útiles", aunque no conocía más idiomas que el suyo. Por su independencia, racionalismo y humanidad fue siempre un verdadero cuáquero, aunque se reía imaginando el mundo tan triste que de la creación hubieran hecho los cuáqueros de haber sido consultados. De muchacho anhelaba ardientemente la aventura, y a los 17 años tuvieron que impedirle que se alistara en la tripulación del corsario *Terrible,* del capitán Death, solamente para verle zarpar poco más tarde en el *Rey de Prusia,* del capitán Méndez. Le bastó una travesía con patente de corso, y pronto se estableció en Londres, haciendo cotillas para ganarse la vida y dedicando los ratos de ocio al estudio de la astronomía. Más tarde, nombrado recaudador de contribuciones, adquirió en este empleo ciertos conocimientos financieros y un interés en materia de presupuestos que después le fueron muy útiles en sus escritos. Destituido por su negligencia, se hizo

maestro de escuela y aspiró a ordenarse en la iglesia de Inglaterra. Rehabilitado más tarde con un puesto de aforador, le dejan definitivamente cesante por escribir un folleto en defensa de la petición de aumento de salarios presentada por los empleados de la recaudación de contribuciones. Paine contrajo dos veces matrimonio, pero su primera mujer murió al año siguiente y la segunda, con la que había establecido una "fábrica de tabaco", al fracasar la empresa aceptó una separación amistosa, sin que se pueda echar la culpa a ninguna de las partes. A los 37 años, sin dinero, solitario y marcado por el fracaso, pero consciente, sin embargo, de su energía, que no había encontrado aplicación en el viejo continente, Paine decide emigrar a América, en 1774, sin otro pasaporte para conquistar la fortuna que una carta de recomendación de Benjamin Franklin.

La ocasión no se hizo esperar y Paine se encontró pronto instalado en Filadelfia como director del *Pennsylvania Magazine*. De esta publicación periódica ha desenterrado su admirable biógrafo, Mr. Moncure D. Conway, una serie de artículos que demuestran que Paine había traído con él de Inglaterra, no se sabe cómo, un bagaje intelectual que le colocó entre los guías morales de su generación. Paine aboga por el arbitraje internacional; ataca el duelo; sugiere ideas más razonables sobre el matrimonio y el divorcio; pide piedad para los animales y demanda justicia para las mujeres. Pero sobre todo, ataca la esclavitud de los negros, y lo hace con tal maestría y entusiasmo, que a las pocas semanas de haber aparecido su artículo sobre este tema se funda en Filadelfia la primera sociedad norteamericana contra la esclavitud. La abolición de la esclavitud fue una de las causas por las que Paine nunca dejó de luchar, y cuando, más tarde, se convirtió en blanco de la persecución religiosa, los lapidadores le atacaban no sólo como cristianos, sino también como propietarios de esclavos. Cuando Paine llegó a América las colonias americanas empezaban a luchar en pro de la separación de la madre patria. La sublevación se había iniciado con un objetivo relativamente limitado y pocos o quizá ninguno de los dirigentes se daban bien cuenta de cuál era el fin a que tendían. Paine fue el primero que, después de la matanza de Lexington, abandonó toda idea de reconciliación y empezó a predicar la independencia y el republicanismo.

Su folleto *Sentido común* (1776) alcanzó una circulación que significa un acontecimiento en la historia de la imprenta y con él logró transformar en firmes resoluciones lo que antes de sus escritos no eran en la mente de los hombres más que ideas en formación. Habló a los rebeldes y creó una nación. Pobre como era, Paine depositó todos los enormes ingresos que recibió de la venta de su librito en el tesoro de guerra colonial; se echó al hombro el mosquete, alistándose como soldado raso en el ejército de Washington, siendo ascendido al poco tiempo a ayudante de campo del general Greene. Sin embargo, el arma más valiosa de Paine continúa siendo la pluma. Escribiendo por las noches a la luz de las hogueras, después de interminables caminatas, en un momento de depresión general, cuando incluso Washington creía que la "pelota

estaba en el tejado", Paine empieza a componer una serie de folletos, coleccionados más tarde con el título de *La crisis norteamericana.* Estos folletos fueron para los revolucionarios norteamericanos lo que la inmortal canción de Rouget de Lisle para los reclutas franceses en las guerras revolucionarias, lo que las marciales baladas de Körner para los patriotas alemanes en las guerras contra Napoleón. Estas soberbias páginas de exhortación se leían en todos los campamentos a los descorazonados hombres; el valor que despertaron forjó la victoria. El mismo Burke nunca escribió nada superior a las frases con que comienza la primera "crisis"; un toque de clarín, naturalmente, pero expresado por un artista que tiene el don de arrancar música del bronce:

> Vivimos tiempos que ponen a prueba el alma de los hombres. Los soldados de ocasión y los patriotas de relumbrón podrán en esta crisis evadir el servicio de su patria, pero aquel que cumpla ahora con su deber merecerá la gratitud de hombres y mujeres. La tiranía, como el infierno, no se dejan vencer fácilmente; pero tenemos el consuelo de que cuanto más penosa es la lucha, más glorioso es el triunfo. Aquello que obtenemos a poco precio lo apreciamos en poco; sólo se estima lo que cuesta mucho. Los cielos saben poner el precio que corresponde a sus mercancías y, naturalmente, muy extraño sería que artículo tan celestial como la libertad no tuviera un alto precio.

"Sentido común" Paine era ahora el jefe de las fuerzas morales que apoyaban la república combatiente, y su facultad de pensar audazmente y expresarse con claridad condujo a la república hacia su destino bajo la dirección de hombres a quienes la naturaleza había dotado de una inteligencia menos penetrante. Sucesivamente, Paine fue Secretario de Relaciones Exteriores del Congreso y oficial mayor de la secretaría en la Asamblea de Pensilvania y, por magia de su abnegación, le vemos convertir la desesperación en un triunfo. Fue él quien en 1780 salvó las dificultades financieras de la guerra, en uno de sus momentos desesperados, inaugurando una suscripción patriótica con el donativo de todo su sueldo. Demostró sus dotes diplomáticas en 1781, cuando marchó a París para obtener ayuda monetaria de la corte francesa.

Terminada la guerra, Paine pudo muy bien haberse instalado en la pequeña propiedad que le concedió el estado de Nueva York y disfrutar tranquilamente de su fama. Pero detestaba la inacción y no quiso darse cuenta de que ya no era joven. En 1787 regresa a Inglaterra, en parte para poner su pluma al servicio de la obra de liberación, en parte para continuar sus invenciones mecánicas. Aunque autodidacta, fue Paine un matemático distinguido que seguía con pasión los progresos de las ciencias aplicadas. Entre sus invenciones, que abarcan una larga lista de cosas, útiles algunas y otras un tanto fantásticas, pueden citarse un cepillo mecánico, una grúa, una bujía sin humo y un motor de pólvora. Pero su fama de inventor descansa, principalmente, en la construcción del primer puente de hierro que se hizo en Wearmouth según sus modelos y planos. En el apasionado círculo de reformistas agrupados alrededor de la Sociedad Revolucionaria y de la Corresponding Society se le recibió como dirigente y maestro. Otros eran los

soñadores y los teóricos de la libertad. Paine había tomado parte en la creación de una república y su experiencia en Norteamérica aportó al radicalismo inglés el estímulo que los acontecimientos en Francia vendrían a reformar dentro de poco. Su fama era ya europea y, a la caída de la Bastilla, fue a Paine a quien La Fayette confió la llave cuando una Francia libre envió a la libre Norteamérica aquel símbolo del derrotado despotismo. Parecía ser el eslabón natural que uniera tres revoluciones: la que había triunfado en el Nuevo Mundo, la que estaba transformando a Francia y una tercera que parecía anunciarse en Inglaterra.

Las *Reflexiones* de Burke resonaron en sus oídos como un desafío y Paine se encerró resueltamente en su posada para escribir la contestación. *Los derechos del hombre* constituyen una réplica a Burke, pero son también mucho más. Las vívidas páginas de historia en que Paine explica y defiende la Revolución francesa que Burke había atacado sin comprenderla, no son sino un caso particular de su argumento principal. Expone el derecho a la revolución, y deshace todo el enmarañado argumento jurídico que su antagonista había utilizado con el propósito de aprisionar la posteridad dentro del convenio de 1688. Cada edad y cada generación tienen el derecho de elegir su propio destino. El hombre no tiene propiedad sobre el hombre y no hay tiranía más insolente que la de una generación que pretende gobernar más allá de la tumba. Burke había defendido el derecho de los muertos a gobernar a los vivos; pero una nación tiene derecho a hacer aquello que escoja. Los hombres de 1688, que renunciaron voluntariamente a sus derechos obligándose a obedecer al rey Guillermo y sus herederos, podían, si querían, preferir la esclavitud; pero ello no podía disminuir el derecho de sus hijos a ser libres. Las injusticias no pueden tener una sucesión legal. He aquí una contestación atrevida y aplastante a un argumento sofístico; pero Paine sólo lo utilizó como prefacio a la presentación de la constitución norteamericana, que era "a la libertad lo que una gramática es al lenguaje" y a su alegato pidiendo que se adoptara en Inglaterra la Declaración francesa de los Derechos del Hombre.

Paine sentía que había hecho una república con un folleto, ¿por qué no había de hacer otra? Profesaba esa ilimitada fe en la eficacia del razonamiento propia de su generación, y la experiencia le había demostrado su fuerza. Como dijo de él Carlyle en el estilo caprichoso y romántico que le era peculiar, "puede y quiere implantar la libertad en el mundo entero y quizá también en el otro". Godwin, al convertirse en el filósofo del movimiento, puso toda su esperanza en la obra lenta de la educación: hacer a los hombres instruidos era hacerles hombres libres. Paine fue el publicista del campamento de la humanidad. Consideraba al género humano como una legión en orden de batalla y creía, como verdadero hombre de acción que era, que la libertad, como la victoria, podía ganarse con el ímpetu de una carga decidida. Cita el epigrama de su compañero de armas La Fayette: "Para que una nación ame la libertad, basta con que la conozca; y para que

una nación sea libre, basta con que lo desee". Godwin, para enseñar a los hombres a ser libres, les hubiera enviado a la escuela. Paine les enganchaba bajo el estandarte desplegado de la libertad. Es fácil comprender el libro de Paine que apareció en 1791. En él se reúnen la teoría y la práctica; la lógica armada que había arrojado de Norteamérica los regimientos del rey Jorge y el rotundo argumento que había demolido la Bastilla. Holcroft y Godwin contribuyeron a la publicación de *Los derechos del hombre,* amenazados por los editores con la supresión o la mutilación, y en el anhelante e incoherente grito de alegría que encontramos en una nota de Holcroft dirigida a Godwin, tenemos una prueba de la excitación que esto produjo:

> Ya lo tengo—si no logra aliviarme la tos, es que esta condenada es una tos de perro. El folleto—gracias a la trifulca—pero chitón—no lo vendemos—ah, no—huevos con espinacas—al pie de la letra, excepto la edición de un breve prefacio que usted no ha visto; le envío una copia—ni una sola castración (alabados sean Dios y J. S. Jordán), que yo pueda descubrir—Bravo por la Nueva Jerusalén. ¡El Milenio! Paz y bienaventuranzas eternas al alma de Thomas Paine.

Naturalmente, no faltaron las acostumbradas persecuciones a los libreros; pero en todas partes las nuevas sociedades reformadas hicieron circular el libro, y si es cierto que éste contribuyó a enviar a algunos hombres buenos a Botany Bay, se vendieron los bastantes ejemplares para producir al autor la suma de mil libras, que éste, con su acostumbrado desinterés, entregó en seguida a la Corresponding Society. En 1792 apareció una segunda parte y, finalmente, Pitt adoptó la opinión de Burke, de que la justicia penal era el argumento adecuado para rebatir a Thomas Paine. Obedeciendo a una indicación de William Blake, que en una de sus visiones, más prosaica y verídica de las que acostumbraba tener, había visto a los alguaciles en busca de su amigo, Paine escapó a Francia y fue acusado y condenado en rebeldía por alta traición.

Paine desembarca en Calais como proscrito, y se encuentra con que ha sido elegido diputado para la Convención. Su voz en Francia, lo mismo que en Norteamérica, fue la primera en pedir una inflexible resolución. Defendió la abolición de la monarquía, pero su valor era de aquellos que siempre sirven a la humanidad. La obra que realizó como miembro de la Convención con Sieyès, Danton, Condorcet y otros cinco del pequeño comité nombrado para redactar la constitución fue efímera. Pero su valiente defensa de la vida del rey es un acto que merece sobrevivir. Paine gustaba de imaginarse a sí mismo como un leñador que blande un hacha contra las instituciones podridas y las creencias moribundas, pero no era partidario de la guillotina; protestaba contra el mandamiento de "amar a nuestros enemigos", pero no podía perseguirles. Este caballero andante era capaz de cubrir con su escudo a los mismos espías que le seguían los pasos. En París, salvó la vida a uno de los agentes de Pitt que le había difamado y contribuyó a la liberación de un fanfarrón inglés, que le había abofeteado en público. El Terror hizo de la compasión una traición y Paine se encontró envuelto en la venganza que atropelló todo lo

más noble de la revolución. Diez meses pasó en la cárcel, agobiado de fiebre, y una anécdota, que parece ser auténtica, nos dice que escapó de la muerte gracias al descuido de un carcelero. Este empleado, abrumado de trabajo, marcó precipitadamente con tiza la señal que indicaba el prisionero designado para la siguiente hornada destinada a la guillotina en el lado interior, en lugar del exterior, de la puerta en la celda de Paine.

En aquellos meses, cuando Condorcet, escondido y esperando la muerte, escribía su *Bosquejo* del progreso humano, Paine, meditando sobre el fin que parecía cercano, componía la primera parte de la *Edad de la razón.* Paine, al igual que Franklin, Jefferson y Washington, era deísta, y sólo se diferenciaba de éstos en el valor que le impulsó a declarar sus creencias. Cuando salió de la prisión era ya un hombre acabado que apenas podía tenerse en pie; mientras tanto, la Convención, una vez recuperado su buen sentido, le acogía de nuevo en su lugar de honor como tribuno. La historia de sus últimos años en Norteamérica, adonde Paine regresó en 1802, pertenece más bien a la historia de la persecución que a la biografía de un soldado de la libertad. Su obra estaba hecha y, aunque su pluma, todavía activa, no dejaba de tener influencia, los propietarios de esclavos, los ex realistas y los fanáticos ortodoxos amargaron los últimos días del hombre que había tenido la osadía de negar la inspiración de la Biblia. En Inglaterra se ordenó que el verdugo quemara públicamente su libro. Los obispos mezclaron en sus refutaciones algunas concesiones hechas de mala gana con injurias personales. Se dio a un agente de Pitt el encargo de escribir una biografía difamatoria del más terrible enemigo del gobierno. En Norteamérica, los nietos de los colonizadores puritanos, que habían azotado a las mujeres cuáqueras, acusadas de brujas, llegaron incluso a negarle un sitio en la diligencia por si acaso un Dios ofendido le enviaba un rayo.

Paine, viejo y solitario, murió en 1809. Su carácter personal se revela transparentemente en su carrera y hoy en día es innecesario incluso mencionar las calumnias que su biógrafo ha refutado decisivamente. En una generación de hombres valientes, fue el más arrojado de todos. Supo despertar las pasiones de los hombres y supo también desafiarlas. Si el monárquico Burke puso su elocuencia al servicio de una reina, el republicano Paine arriesgó su vida por salvar la de un rey. No hubo injusticia que le fuera indiferente, y no sólo dedicó su pluma al servicio de la democracia, que hubiera podido recompensarle, sino también al de los animales, los esclavos y las mujeres. La pobreza fue su eterna compañera; sin embargo, ganó con su pluma fortunas que entregó a la causa que servía. Su único defecto personal fue una ingenua vanidad. Su destino le libró de la horca en Inglaterra y de la guillotina en Francia; en aquella época no había elogio más elevado. Paine se había merecido ambas. Nunca mejor demócrata ciñó la armadura de caballero andante; nunca mejor cristiano atacó la ortodoxia.

Ni por educación ni por temperamento fue Paine un pensador contemplativo, pero sus escritos políticos no por eso dejan de tener una inmensa significación. Godwin, por

su genio profundamente individual, fue un escritor alejado de las ideas comunes de su época. Paine estaba más de acuerdo con las inteligencias más avanzadas de su generación y supo convencer a los demás de que le siguieran. Nadie, ni antes ni después, ha hecho la defensa de la democracia contra la monarquía y la aristocracia con la mitad de brío y fuerza que Paine. Los escritores que anteriormente habían tratado estos temas eran tímidos; los modernos resultan aburridos. Paine escribía de lo que comprendía y consideraba de la mayor importancia. Tan importante era para él la abolición de los títulos, como pueda serlo para un reformista moderno la nacionalización de la tierra. Su principal teoría política es de una simplicidad diáfana. Los hombres nacen como Dios los creó, iguales y libres; he aquí el supuesto tanto de la religión natural como de la revelada. Burke, que "teme a Dios", mira con "reverencia a los reyes", con "sumisión a los magistrados" y con "respeto a la nobleza", no hace sino levantar una selva de portazgos entre el hombre y su Hacedor. Los derechos naturales son inherentes al hombre por el solo hecho de su existencia; los derechos civiles se fundan en los derechos naturales y se han establecido con el fin de garantizar y asegurar éstos. Paine da una interpretación individualista a la doctrina del contrato social. Unos gobiernos surgen del pueblo, otros sobre el pueblo. Estos últimos se apoyan en la conquista o el sacerdocio y los primeros en la razón. Un gobierno sólo se basará firmemente en el pacto social cuando las naciones, como han hecho los norteamericanos y están haciendo los franceses, establezcan deliberadamente una constitución basada en los derechos del hombre.

Respecto al gobierno inglés, no tiene, indudablemente, otro origen que la conquista. Y hablar de una constitución inglesa es jugar con palabras. Se supone que un parlamento elegido imperfecta y caprichosamente tiene en fideicomiso la bolsa común, pero los hombres que votan los ingresos son los mismos que los reciben. El tesoro público es el rocín de alquiler en el que cada partido monta cuando le llega su turno, a la moda campesina de "cabalga y ata".[1] En Francia se hacen mejor las cosas. Respecto a nuestro sistema de hacer la guerra, sabido es que se hace a costa del pueblo. La guerra, para nosotros, es el arte de conquistar dentro de casa. No se aumentan los impuestos para hacer las guerras, sino que se hacen las guerras para aumentar los impuestos. Los golpes solapados y dolorosos alcanzan todas las instituciones existentes. Godwin, desde su eminencia intelectual, no veía en todas las locuras y crímenes de la humanidad nada peor que los efectos del "prejuicio" y las consecuencias de la falta de lógica. Paine veía en el mundo más egoísmo que prejuicio. Cuando se dedicó a predicar la abolición de la guerra, proponiendo primero una alianza de Inglaterra, Norteamérica y Francia, y después una confederación de naciones y un congreso europeo, veía el mayor obstáculo en el egoísmo de las cortes y de los cortesanos, que aunque parecían pelearse entre sí, siempre se encontraban de acuerdo para el saqueo. Otros siete años más, escribía Paine en 1792, traerán el fin de la monarquía y de la aristocracia en Europa. Mientras continúe, y la

guerra sea su comercio, la paz no estará segura ni un solo día.

Las obras de Paine no sólo no pierden, sino que ganan en interés teórico, porque el calor de su pasión derrite la helada lógica de su individualismo setecentista. Paine empieza como empezaron todos los de su escuela, con una cruda antítesis entre la sociedad y el gobierno.

> La sociedad es el resultado de nuestras necesidades y el gobierno de nuestra maldad; la primera fomenta nuestra felicidad positivamente, uniendo nuestras afecciones; el último lo hace negativamente, limitando nuestros vicios. La una estimula el trato entre los hombres, el otro crea distinciones. La primera es protectora, el último, sancionador. La sociedad en cualquier estado es una bendición, pero el gobierno, aun en el mejor de los casos, no es sino un mal necesario […] Los gobiernos, como los vestidos, son el símbolo de nuestra perdida inocencia. Los palacios de los reyes se han construido sobre las ruinas de los retiros del paraíso.

He aquí el pesimismo familiar que en la política práctica condujo al *laissez faire* y en teoría a la filosofía anarquista de Godwin. El mismo Paine tiene momentos en que está a punto de tomar este camino. Disfruta relatando lo bien dirigidas que estaban las colonias americanas durante el primer periodo de la guerra, cuando no existía ninguna forma regular de gobierno. Y nos asegura que "cuanto más perfecta es la civilización, menos necesario es el gobierno". Pero la vida había sido para Paine un duro aprendizaje; viendo en derredor suyo las calles llenas de mendigos y las cárceles atestadas de pobres desgraciados, se olvida de pronto que el sano propósito del gobierno es proteger al individuo contra la invasión de sus derechos e inmediatamente se lanza a una nueva definición.

> La autoridad no consiste en dictar órdenes, sino en tomar disposiciones para la instrucción de la juventud y el apoyo de la vejez, que eviten en todo lo posible el libertinaje de la primera y la desesperación de la segunda. En lugar de esto se colma a los reyes de comodidades con los recursos del país […] y los pobres se ven obligados a sustentar con su trabajo la farsa que les oprime.

Es asombroso el bien que Paine puede extraer de un mal necesario. De improviso ha concebido al gobierno como instrumento de la conciencia social. Su intención es emplearle como medio para mejorar la organización de la sociedad. Paine fue un hombre de acción, incapaz de someterse a una simple lógica. En un capítulo apasionado se lanza a desarrollar un programa de reforma social que, después de un siglo de marasmo, los radicales que le han sucedido empiezan ahora a poner en práctica. Algunas de sus sugestiones provienen de Condorcet, pero la mayoría de las ideas nuevas y atrevidas brotan del fecundo cerebro del propio Paine, y el antiguo recaudador de contribuciones presenta todas ellas con tal riqueza de detalles financieros como si fuera el mismísimo ministro de hacienda tomando la palabra en el primer parlamento republicano del año uno de la libertad. Derogaría las leyes de beneficencia, "esos instrumentos de tortura civil".

Reduciría al mínimo el presupuesto de defensa por medio de una alianza naval con los otros poderes marítimos y la abolición de la piratería en el mar. En lugar de la asistencia pública, concedería un subsidio a los hijos de los pobres y pensiones a los ancianos. Cuatro libras al año por cada hijo menor de 14 años, en todas las familias necesitadas, asegurarían la salud y la instrucción de la siguiente generación. Esto costaría al Estado dos millones y medio, pero evitaría la ignorancia. Costearía los gastos de la educación obligatoria. Haría que se concediesen pensiones, no como gracia, sino como derecho, como ayuda al impedido de más de 50 años y como subsidio a los sexagenarios. Anticipándose al subsidio de maternidad, haría a cada madre pobre, al dar a luz un hijo, un donativo de veinte chelines. Se establecerían en Londres algunas fábricas para dar trabajo a los temporalmente desocupados. Estas reformas se financiarían en parte haciendo economías y en parte por medio de un impuesto progresivo sobre la renta, para el cual presenta Paine una detallada tabla. Una nación sólo podrá envanecerse de su constitución cuando el pobre sea feliz y las cárceles estén vacías. En este fecundo capítulo, Paine no solamente delinea la obra del futuro, sino que, al propio tiempo, desbarata sus propias premisas.

El odio que todavía provocan las obras teológicas de Paine procede principalmente de aquellos que no le han leído. Cuando *mister* Roosevelt lo calificó de "indecente ateo", no hizo sino demostrar su propia ignorancia. Paine fue deísta y escribió *La edad de la razón* en el encierro de una prisión francesa, principalmente con el propósito de combatir el ateísmo que creía ver iniciarse entre los jacobinos, diagnóstico singular, pues Robespierre era, por lo menos, tan ardiente en su deísmo como el propio Paine. Paine creía en un Dios, cuya bondad veía en la naturaleza. Enseñaba la doctrina de la inmortalidad condicional y su discrepancia con la religión revelada se debía principalmente al hecho de que en ella se adoraba a un Dios vengativo y cruel. Desde las historias de las matanzas hechas por los judíos en obediencia al mandato divino, hasta el sistema de redención de la doctrina ortodoxa, Paine no encontraba más que una serie de fábulas que anulan la sabiduría y la bondad del Altísimo. Para creer en el Antiguo Testamento tenemos que dejar de creer en la justicia moral de Dios. Destruir esta farsa podrá tal vez "herir la obstinación de un clérigo", pero tranquilizaría la conciencia de millones de seres. Desde este punto de partida, dedica Paine el final de la segunda parte de *La edad de la razón* y la tercera, a una detallada crítica con el propósito de demostrar que los autores de la Biblia no fueron los que se suponen, que los milagros son increíbles, que el contenido de los pasajes considerados como profecías están desvirtuados y que en las partes narrativas de los Evangelios se encuentran muchas inconsecuencias.

A pesar de su agudeza y osadía, esta detallada argumentación sólo tiene hoy interés histórico. Cuando la violencia de sus perseguidores había despertado su cólera, Paine perdía todo sentido de tacto en la controversia, cayendo de cuando en cuando en

groseras vulgaridades. Pero la rabia era justa y su celo por la honradez mental ha tenido su recompensa. Paine no tenía sensibilidad para apreciar el misterio y la poesía de la religión tradicional. Pero lo que atacaba no se le había presentado a él como poesía. Censuraba una ortodoxia dogmática que había convertido la poesía en una realidad literal. Como hecho literal era increíble y Paine, juzgando todo esto según la valoración de quienes lo profesaban, lo atacaba con una incredulidad tan prosaica como su creencia, pero intelectualmente más honrada. Su interpretación de la Biblia será, si se quiere, anticientífica, pero se acerca más a la verdad histórica que a la creencia convencional de su época. Si sus polémicas nos parecen toscas y superfluas, esto se debe únicamente a que sus ataques frontales directos obligaron a realizar una crítica bíblica seria y a relegar al olvido, hace mucho tiempo, los puntos de vista que él atacó. A despecho de algunas graves faltas de mal gusto, y de sus arranques de mal humor, *La edad de la razón* prestó un servicio indispensable a la honradez y la moral. De todas las obras de Paine fue ésta la más saliente, porque expuso su nombre a una reputación de libelista. Al fin, su lugar en la historia está asegurado. Iniciador olvidado de una revolución, víctima honrada de otra, valiente hasta rayar en la locura y tan humano como valiente; ninguno de los hombres de su generación predicó la virtud republicana en más puro inglés, ni la vivió con tan admirable desprecio de sí mismo.

BIBLIOGRAFÍA DE THOMAS PAINE

The Case of the Officers of Excise, etc., 1772.

Common Sense —addressed to the inhabitants of America on the following intererting subjects: 1) Of the Origin and Design of Government in General, with concise remarks on the English Constitution, 2) Of Monarchy, etc., 1776.

Epistle to the People called Quakers, 1776.

Dialogue between General Montgomery and an American Delegate, 1776.

The American Crises, December 19, 1776, to April 29, 1783, 1792 (?).

Public Good, 1780.

Letter to the Abbé Raynal on the affairs of North America, 1782.

Thoughts on the Peace, and the probable advantages thereof to the U. S. A., 1783.

Letter to the Earl of Selburne on his speech, July 10, 1782, respecting the acknowledgment of American Independence, 1783.

Dissertations on Government, the Affairs of the Bank and Paper Money, 1786.

Prospects on the Rubicon, 1787 (reeditado en 1793 como *Prospects on the War and the Paper Currency).*

Letter to Sir G. *Stanton on iron bridges,* 1788.

Addreses and Declaration of the Friends of Universal Peace and Liberty, 1791.

The Rights of Man, 1791-1792.

Letter to the Abbé Sieyès, 1792.

Letter addressed to the Addressers on the late Proclamation for the Suppression of Seditious Publications, 1792.

Four Letters on Government (una a Mr. Dundan, dos a Lord Onslow y otra al Sheriff de Sussex), 1792.

Address to the Republic of France, 1792.

Speech in Convention on bringing Louis Capet to Trial, 20 de noviembre de 1792.

Reasons for wishing to preserve the Life of Louis Capet, enero de 1793.

The Age of Reason: being an investigation of true and fabulous theology, primera parte, 1794; segunda parte, 1795; tercera parte, precedida de un *Essay on Dreams,* 1811, con un apéndice "containing my private thoughts of a future state, and remarks on the contradictory doctrine in the books of Matthew and Mark".

A Letter to the Analytical Reviewers: being an examination of their account of The Age of Reason, to which is added on Address to the People of England, 1794.

Dissertation on the First-Principles of Government, 1795 (el discurso a la Convención, de 7 de julio de 1795, se incluye en la segunda edición).

The Decline and Fall of the English System of Finance, 1796.

Letter to George Washington on affairs public and private, 1796.

Agrarian Justice, opposed to Agrarian Law, and Agrarian Monopoly: being a plan for ameliorating condition of man by creating in every Nation a *National Fund,* 1797.

Letter to the People of France and the French Armies, 1797.

Letter to the Hon. Erskine, 1797, a la que se agregó el *Discourse to the Society of Theophilanthropists,* publicado también con el título de *Atheism Refuted,* 1798.

Letter to Camille Jourdan on Bells (publicado también en francés con el título de *Lettre… sur les Cultes),* 1797.

Maritime Compact: on the rights of Neutrals at Sea, 1801.

Letters to the Citizens of the United States, 1802 (reedición: Londres, 1817).

Letter to the People of England on the Invasion of England, 1804.

On the Causes of Yellow Fever, 1805.

On Constitutions, Governments, and Charters, 1805.

Observations on Gunboats, 1806.

T. Paine colaboró también en el *Pennsylvania Magazine* y en el *Pennsylvania Journal,* 1775-1776, y en *The Prospect,* 1804-1805.

OBRAS PÓSTUMAS

Essay on the Origin of Freemasonry, 1811.

Miscellaneous Letters and Essays, 1819.

Miscellaneous Poems, 1819.

EDICIONES DE CONJUNTO

Political Works, 1792 (en francés, 1793; en alemán, 1794).

Obras completas, impresas por W. T. Sherwin, 1817.

Theological Works, 1818.

Political and Miscellaneous Works, con una biografía por R. Carlile, 1819.

Political Works, nueva edición aumentada, 1830.

Works, editadas por M. D. Conway, 1894-1896.

BIOGRAFÍAS

Por Francisco Oldys, 1791; por Cheetham, 1809; por Thomas C. Rickman, 1819; por W. T. Sherwin, 1819; por G. Vale, 1841; por M. D. Conway (2 vols.), 1892; *Citizen Tom Paine,* por Howard Fast, 7ª ed., 1943.

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

A George Washington,
presidente de los Estados Unidos de América

Señor:

Tengo el gusto de ofreceros un pequeño Tratado en defensa de aquellos Principios de Libertad que vuestra ejemplar Virtud ha contribuido de manera tan evidente a establecer: Que los Derechos del Hombre lleguen a ser tan universales como vuestra Benevolencia pueda desear y que disfrutéis de la Felicidad de ver al Nuevo Mundo regenerando al Viejo, es la plegaria,

Señor,

de Vuestro muy obligado y obediente y humilde servidor

THOMAS PAINE

PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA

A juzgar por la posición que el señor Burke tomó en la revolución norteamericana, era natural que yo lo considerase como un amigo de la humanidad; y como nuestro conocimiento se inició en ese terreno, hubiera sido para mí mucho más agradable tener motivo para continuar manteniendo esa opinión en lugar de verme obligado a cambiarla.

En el momento en que el señor Burke pronunció en el Parlamento inglés su violento discurso del pasado invierno contra la Revolución francesa y la Asamblea Nacional me encontraba en París y le había escrito poco tiempo antes, para informarle del camino próspero que tomaban los asuntos. Poco después de esto vi el anuncio del folleto que intentaba publicar. Como el ataque iba a hacerse en un idioma poco estudiado y menos entendido en Francia, y como toda obra literaria sufre al ser traducida, prometí a algunos de los amigos de la Revolución en aquel país que, en cualquier momento en que apareciese el folleto del señor Burke, yo le saldría al paso contestándolo. Me pareció tanto más necesario hacerlo desde que vi las flagrantes tergiversaciones que contenía dicho folleto, que es al mismo tiempo un ataque injurioso a la Revolución francesa y a los principios de libertad, y un engaño al resto del mundo.

Estoy tanto más asombrado y disgustado por esta conducta del señor Burke, ya que (por las circunstancias que voy a mencionar) me había forjado otras esperanzas.

He visto suficiente de las miserias de la guerra para desear que aquélla desaparezca del mundo y que pueda encontrarse otro modo de resolver las diferencias que surjan ocasionalmente entre las naciones. Esto podría ocurrir si las Cortes estuvieran dispuestas a resolverlas honradamente o si los pueblos estuvieran lo suficientemente ilustrados para no ser simples juguetes de las Cortes. El pueblo norteamericano había sido educado en los mismos prejuicios contra Francia que en un tiempo caracterizaron al pueblo de Inglaterra; pero la experiencia y el conocimiento de la nación francesa han demostrado a los norteamericanos la falsedad de dichos prejuicios; y no creo que haya relaciones más cordiales y sinceras entre dos pueblos que las que existen hoy entre Norteamérica y Francia.

Cuando vine a Francia en la primavera de 1787, el arzobispo de Toulouse era entonces ministro y en aquella fecha altamente estimado. Cultivé íntimas relaciones con el secretario particular de ese ministro, hombre de corazón grande y benévolo, encontrando que coincidían nuestros sentimientos respecto a la locura de la guerra y a la absurda y contraproducente política entre dos naciones como la de Inglaterra y la de Francia, molestándose mutuamente de continuo, sin llegar a otra solución que un aumento en ambos países de nuevas cargas y nuevos impuestos. Con el propósito de estar seguro de que no había entre nosotros ninguna mala interpretación, puse por escrito

lo fundamental de nuestras opiniones y se lo envié, acompañado de la pregunta de hasta qué punto, en el caso de que yo considerase que existía entre el pueblo de Inglaterra alguna disposición a cultivar un mejor entendimiento entre ambos países que el hasta entonces prevaleciente, estaba yo autorizado a sostener que existía por parte de Francia idéntica disposición. Me contestó por carta, sin reservas de ninguna clase, que no sólo lo creía él, sino que el ministro, con cuyo consentimiento me escribía, participaba de la misma opinión.

Puse esta carta en manos del señor Burke hace casi tres años, y en su poder está todavía, con el deseo y la esperanza natural —dada la opinión que había concebido de él — de que encontraría oportunidad de hacer buen uso de ella, con el propósito de destruir aquellos errores y prejuicios que se mantienen entre dos naciones vecinas, por falta de mutuo conocimiento y que sólo producen daño para ambas.

Cuando estalló la Revolución francesa se le presentó ciertamente al señor Burke una oportunidad de hacer algún bien, si se hubiera encontrado dispuesto para ello; en lugar de esto, en cuanto vio que los viejos prejuicios iban desvaneciéndose, se apresuró a sembrar las semillas de una nueva causa de hostilidad, como si tuviera miedo que Inglaterra y Francia cesaran de ser enemigas. Es tan cierto como lamentable que en todos los países existen hombres que sacan partido de la guerra y de mantener vivas las luchas entre las naciones; pero cuando quienes dirigen el gobierno de un país se dedican a sembrar la discordia cultivando esos prejuicios, esa actividad es más imperdonable aún.

En cuanto a un párrafo de esta obra que alude a que el señor Burke disfruta de una pensión, debo decir que el rumor ha estado circulando por lo menos desde hace dos meses; y, como ocurre a veces que el interesado es el último en enterarse acerca de lo que más le importa, lo menciono aquí para que el señor Burke pueda tener una oportunidad de desmentir el rumor, si lo creyese oportuno.

THOMAS PAINE

PRIMERA PARTE

El reciente folleto del señor Burke sobre la Revolución francesa constituye un ejemplo extraordinario de las descortesías empleadas por las naciones o los individuos para provocarse o irritarse. Ni el pueblo de Francia, ni la Asamblea Nacional se preocupaban acerca de los asuntos de Inglaterra, ni del Parlamento inglés; de modo que el hecho de que el señor Burke, sin provocación alguna, iniciara en el Parlamento y en público un ataque contra ellos constituye una conducta que no puede ser perdonada en el terreno de la buena educación, ni justificada en el de la política.

Es posible que no exista en el idioma inglés epíteto injurioso que no haya descargado el señor Burke contra la nación francesa y su Asamblea Nacional. Todo lo que el rencor, el prejuicio, la ignorancia o el conocimiento pueden sugerir, se derrama con furia copiosa en cerca de cuatrocientas páginas. Dados el tono y la intención con que las escribió el señor Burke, pudo haber escrito miles de páginas. Porque cuando la lengua o la pluma se desatan en frenesí de pasión, es el hombre y no el tema el que queda exhausto.

Hasta aquí el señor Burke se ha equivocado y desilusionado por lo que hace a las opiniones que había emitido respecto a los asuntos de Francia, pero es tal la buena fe de su esperanza, o la malignidad de su despecho, que ello le proporciona nuevos pretextos para continuar. Hubo un tiempo en que era imposible hacer creer al señor Burke que pudiera ocurrir ninguna revolución en Francia. Entonces opinaba que el francés no tenía espíritu para emprenderla ni fortaleza para soportarla; y ahora que existe, trata de justificarse condenándola.

No satisfecho con injuriar a la Asamblea Nacional, gran parte de su trabajo está dedicada a injuriar al doctor Price[1] —uno de los hombres de mejor corazón que existen — y a dos sociedades de Inglaterra, conocidas por los nombres de Sociedad de Amigos de la Revolución y Sociedad de Información Constitucional.

El doctor Price predicó un sermón el día 4 de noviembre de 1789, en ocasión del aniversario de lo que se llama en Inglaterra la Revolución, acontecimiento que tuvo lugar en 1688. El señor Burke, al hablar de este sermón, dice: “El teólogo político pasa a afirmar dogmáticamente que, por los principios de la Revolución, el pueblo de Inglaterra ha adquirido tres derechos fundamentales:

1. A escoger sus propios gobernantes.
2. A deponerlos caso de conducirse mal.
3. A constituir su propio gobierno”.

El doctor Price no dice que exista derecho para hacer estas cosas en tal o cual persona, o en tal o cual grupo de personas, sino que es un derecho que existe en el *todo;* un derecho que reside en la nación. El señor Burke, por el contrario, niega que exista tal derecho en la nación, ni en el todo ni en algunas de sus partes, y que exista en ningún lugar; y, lo que es aún más maravilloso y extraordinario, afirma "que el pueblo de Inglaterra repudia totalmente tal derecho y que resistiría su aplicación práctica mediante el sacrificio de las vidas y fortunas de sus miembros". Que los hombres vayan a tomar las armas y ofrendar sus vidas y fortunas *no* para mantener sus derechos, sino para mantener que *no* tienen derechos, es un descubrimiento nuevo, muy propio del genio paradójico del señor Burke.

El método por el cual trata de probar el señor Burke que el pueblo de Inglaterra no posee tales derechos, y que esos mismos derechos no existen en la nación, ni en parte ni en el todo de la misma, ni en ningún lugar, es de la misma especie maravillosa y monstruosa de lo que ya he dicho; porque su argumento consiste en que las personas o generación de personas en las cuales existía, han muerto, habiendo desaparecido con ellas dicho derecho. Para probar esto, cita una declaración hecha por el Parlamento hace unos 100 años y dirigida a los reyes Guillermo y María,[2] que dice textualmente: "Los Lores Espirituales y Temporales, y los Comunes, en nombre de todo el pueblo antedicho [se refería al pueblo de Inglaterra entonces vivo], con toda humildad y fidelidad se *someten* por sí, sus *herederos* y su *posteridad* para SIEMPRE". También cita una cláusula de otra ley aprobada por el Parlamento, promulgada en el mismo reinado: "nos [refiriéndose al pueblo de aquel día] obligan a nosotros y a nuestros *herederos* y a nuestra *posteridad* con respecto a *ellos,* sus herederos y su posteridad hasta el fin de los tiempos".[3]

El señor Burke cree que su punto de vista se encuentra suficientemente demostrado al citar estas autoridades, que trata de reforzar diciendo que excluyen el derecho de la nación para *siempre.* Y no contento con hacer estas declaraciones, repitiéndolas una y otra vez, afirma más adelante que si el pueblo de Inglaterra poseyó tal derecho antes de la revolución (lo que reconoce como cierto, no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa, en un periodo anterior), no obstante "la nación inglesa lo renunció y abdicó en aquel momento con toda solemnidad, para sí y para sus descendientes y para *siempre".*[4]

Como el señor Burke aplica ocasionalmente el veneno extraído de sus hórridos principios (si es que no se comete una profanación al llamarlos principios) no sólo a la nación inglesa, sino también a la Revolución francesa y la Asamblea Nacional, acusando a este augusto, ilustrado e ilustrador conjunto de hombres con el epíteto de *usurpadores,* yo voy a proceder *sans cérémonie*[5] y voy a colocar frente al suyo otro sistema de principios.

El Parlamento inglés, en 1688, llevó a la práctica cierto acto que, a su juicio y el de

sus mandantes, tenía derecho a realizar y que le pareció justo ejecutar; pero, en adición a este derecho, que poseía por delegación, *estableció por arrogación otro derecho,* el de controlar y obligar a la posteridad hasta el fin de los tiempos. La cuestión, por lo tanto, se divide en dos partes: el derecho que poseía por delegación y el derecho que estableció, arrogándoselo. Se admite el primero; pero con respecto al segundo debo replicar que:

Nunca existió, nunca existirá y nunca podrá existir un Parlamento, ni cuerpo alguno de hombres, ni generación de éstos en ningún país, que posea el derecho o el poder de obligar y controlar a la posteridad "hasta el *fin de los tiempos*", ni el de ordenar por siempre cómo haya de gobernarse el mundo, ni quién haya de gobernarlo; y, en consecuencia, aquellas cláusulas, leyes o declaraciones por las cuales sus autores traten de hacer ejecutar lo que no tienen el derecho ni el poder de hacer, son en sí nulas y sin ningún valor. Todas las épocas y generaciones deben ser libres y actuar por sí mismas en *todos los casos* en que han actuado por sí mismas las épocas y generaciones que las precedieron. La vanidad y la presunción de gobernar más allá de la tumba es la más ridícula e insolente de todas las tiranías. El hombre no tiene derecho de propiedad sobre el hombre, ni ninguna generación tiene derecho de propiedad sobre las generaciones venideras. El Parlamento o el pueblo de 1688, o el de cualquier otro periodo, no tenía más derecho para disponer del pueblo de nuestros días, o de obligarle o controlarle *en cualquier forma,* que el que posee el Parlamento o el pueblo actuales para disponer, controlar u obligar a los que van a vivir dentro de cien o mil años. En consecuencia, cada generación es y tiene que ser competente para todos los fines que la ocasión pueda presentarle. Son los vivos, y no los muertos, los que tienen que ver resueltos sus problemas. Cuando el hombre cesa de existir, su poder y sus necesidades cesan con él; y no teniendo ya más participación en los asuntos de este mundo, no posee autoridad para decidir quiénes han de ser sus gobernantes ni cómo va a organizarse el gobierno.

No estoy defendiendo ni atacando una u otra forma de gobierno; no estoy contra este o aquel partido, ni aquí ni allá. Lo que toda una nación decide hacer tiene derecho indiscutible a ejecutarlo. El señor Burke dice que no. ¿Dónde, pues, existe tal derecho? Estoy hablando en pro de los derechos de los *vivos* y en contra del hecho de que se disponga de ellos por testamento o se les controle o se les obligue por una supuesta autoridad manuscrita de los muertos; en cambio, el señor Burke mantiene la autoridad de los muertos sobre los derechos y la libertad de los vivos. Hubo un tiempo en que los reyes disponían de sus coronas en el lecho de muerte, dejándolas por testamento y entregando a los pueblos, como a las bestias del campo, al sucesor que designaban. Esto está ya tan desacreditado que apenas si hoy merece la pena de recordar lo, y resulta tan monstruoso que apenas si lo creemos. Ahora bien, resulta que las disposiciones parlamentarias sobre las cuales el señor Burke edifica su iglesia política son de idéntica naturaleza.

Las leyes de cada país tienen que ser análogas a algún principio común. En Inglaterra, ningún padre ni señor, ni toda la autoridad del Parlamento, por omnipotente que se considere, puede obligar ni restringir la libertad individual más allá de la edad de 21 años. ¿Sobre qué base jurídica puede entonces el Parlamento de 1688, o ningún otro Parlamento, obligar a la posteridad para siempre?

Aquellos que han dejado de existir y los que aún no han comenzado a vivir se encuentran entre sí todo lo lejos que puede concebir el esfuerzo más tenso de la imaginación de los mortales. ¿Qué obligación puede existir entre ellos, ni qué regla ni principio puede establecerse entre ambas no-entidades, una de las cuales ya no existe y la otra aún no ha comenzado su existencia, y que nunca podrán encontrarse en este mundo, ni cómo va a poder la una controlar a la otra hasta el fin de los tiempos?

Se dice en Inglaterra que no puede sacarse dinero de los bolsillos del pueblo sin el consentimiento de éste. ¿Quién, pues, autorizó o pudo autorizar al Parlamento de 1688 a restringir y privar de libertad a la posteridad (que entonces no existía para poder dar o negar su consentimiento) y limitar o confinar su derecho a actuar en determinados casos para siempre?

No puede presentarse un mayor absurdo al entendimiento del hombre que el que ofrece el señor Burke a sus lectores. Les dice, y también lo sostiene frente a los futuros lectores, que hubo una vez, hace 100 años, un determinado grupo de hombres que hicieron una ley y que no existe ahora en la nación, ni existirá, ni podrá existir, un poder para alterar lo hecho. ¡Bajo qué sutilezas y absurdos se ha impuesto a la credulidad de los hombres la teoría del derecho divino a gobernarlos! El señor Burke ha descubierto una nueva, acortando extraordinariamente su camino a Roma, apelando al poder de un Parlamento infalible de antaño y atribuye a lo hecho por éste autoridad divina, ya que tiene que ser más que humano un poder que ninguna fuerza humana puede alterar hasta el fin de los tiempos.

Pero el señor Burke ha realizado un buen servicio, ya que no a su causa, sí a su país, al sacar a pública discusión esta teoría. Ello sirve para demostrar cuán necesario es, en todo momento, permanecer vigilante contra los intentos de abusar del poder y evitar que éste cometa excesos. Resulta un poco extraordinario que se cometa de nuevo, bajo otras apariencias, el delito por el que Jacobo II fue arrojado del trono, el de establecer poderes por *arrogación,* por el mismo Parlamento que destronó a aquél. Ello demuestra que los derechos del hombre se entendían de modo muy imperfecto en el momento de la Revolución, porque es cierto que el derecho que el Parlamento se atribuyó *arrogándoselo* (ya que por delegación no lo tenía, y no podía tenerlo porque nadie podría otorgárselo) sobre las personas y libertad de su posteridad y para siempre, pertenecía a la misma clase tiránica e infundada por la que Jacobo trató de colocarse sobre el Parlamento y la nación, y que fue causa de que se le arrojase del trono. La única

diferencia es (porque no difieren en principio) que el uno era un usurpador de los derechos de los vivos, y el otro de los derechos de los que aún no han nacido; y como ninguno tiene autoridad para tal cosa, ambos deben ser igualmente nulos y sin valor ni efecto alguno.

¿Por qué y cómo prueba el señor Burke el derecho de cualquier poder humano a obligar a la posteridad para siempre? Ha señalado las cláusulas en que se funda, pero debe publicar también las pruebas de que tal derecho existió y mostrar cómo pudo existir. Si existió alguna vez debe existir ahora, porque aquello que pertenece a la naturaleza del hombre no puede ser destruido por éste. Es natural en el hombre morir y continuará muriendo mientras siga naciendo. Pero el señor Burke ha construido una especie de Adán político, en quien está obligada la humanidad para siempre y, en consecuencia, debe probar que su Adán poseía tal poder y tal derecho.

Mientras más débil sea una cuerda menos puede estirarse y peor es el intento de estirarla, a no ser que se intente que la cuerda se rompa. Si alguien se hubiera propuesto destruir las posiciones del señor Burke, habría actuado tal como lo hizo el señor Burke. Habría engrandecido la autoridad de quien las estableció con el propósito de entrar a discutir sus *derechos;* y en el instante en que se iniciase esta cuestión, hay que abandonar aquélla.

Se necesita muy poca inteligencia para no percibir que, aun cuando las leyes las hace una generación determinada, sólo continúan manteniendo su vigencia en las sucesivas generaciones por el consentimiento de éstas. Una ley que no es derogada continúa vigente, no porque *no pueda* ser derogada, sino porque *no lo ha sido;* y la no-derogación de la tal ley se toma como consentimiento.

Pero las famosas cláusulas de Burke ni siquiera poseen estas cualificaciones en su favor. Al tratar de convertirse en inmortales se hacen nulas. Su propia naturaleza excluye el consentimiento. Destruyen el derecho que *pudieran* tener, al fundarse en uno que *no pueden* tener. El poder inmortal no es un derecho propio del hombre y, en consecuencia, no puede ser un derecho del Parlamento. Los hombres que integraron el Parlamento de 1688 tenían la misma facultad para aprobar una ley autorizándose a sí mismos para vivir eternamente que para hacer que su autoridad prevaleciese siempre. Todo lo que puede decirse en favor de esas conclusiones es que constituyen una mera fórmula verbal de idéntico valor que si quienes la utilizaron se hubieran dirigido a sí mismos una felicitación, diciendo a la antigua usanza oriental: ¡Salud, oh Parlamento; que tengas vida eterna!

Las circunstancias del mundo están cambiando continuamente y las opiniones de los hombres también; y como son los vivos los que ejercen el gobierno, y no los muertos, son únicamente los vivos quienes tienen derecho a intervenir en él, porque lo que puede creerse justo y conveniente en una época determinada puede resultar injusto e

inconveniente en cualquier otro momento. En tal caso ¿quiénes son los que deben decidir: los vivos o lo muertos?

Como el señor Burke emplea más de 100 páginas de su libro discutiendo estas conclusiones y manteniendo con insistencia su valor y en cuanto se sigue que si esas cláusulas, en la medida en que establecen *un supuesto dominio arrogado* sobre la posteridad, carecen de autoridad y son por naturaleza nulas y sin valor, todas sus voluminosas inferencias y las declamaciones deducidas de ellas son asimismo nulas y sin valor y, por lo tanto, no digo más acerca de la cuestión.

Llegamos ahora, más particularmente, a los asuntos de Francia. El libro del señor Burke presenta la apariencia de haber sido escrito como instrucción para la Nación francesa, pero si se me permite el uso de una metáfora extravagante, muy apropiada a la extravagancia del caso que estudiamos, diré que es la oscuridad tratando de iluminar a la luz.

Mientras escribo, están delante de mí, accidentalmente, algunas propuestas de una declaración de derechos formuladas por el marqués de La Fayette (a quien ruego me perdone que utilice su antiguo nombre, cosa que hago para que se le reconozca) a la Asamblea Nacional, el 11 de julio de 1789, es decir, tres días antes de la toma de la Bastilla; y no puedo sino notar con asombro qué contrarias son las fuentes en que se inspiraron ese caballero y el señor Burke. En lugar de referirse a archivos polvorientos y a pergaminos apolillados para probar que los derechos de los vivos están definitivamente perdidos, "renunciados y abdicados para siempre" por quienes han dejado de existir, como ha hecho el señor Burke, el señor de La Fayette se dirige a la humanidad viviente y, enfáticamente, dice: "Recordad los sentimientos que la naturaleza ha grabado en el corazón de cada ciudadano y que adquieren una nueva fuerza al ser reconocidos solemnemente por todos: porque, para que una nación ame la libertad, es suficiente que la conozca; para ser libre, basta con que quiera serlo". ¡Qué oscuras, secas y estériles son las fuentes de las que surgen las obras del señor Burke, y qué ineficaces, a pesar de estar embellecidas con flores, resultan sus declamaciones y sus argumentos, comparados con estos claros, concisos y bien inspirados sentimientos! Aun siendo pocos y breves, conducen a un vasto campo de sentimientos humanos y generosos, aunque no terminen como los periodos oratorios del señor Burke, con música para los oídos y nada para el corazón.

Ya que he presentado al señor de La Fayette, quiero permitirme la libertad de narrar aquí una anécdota respecto a su discurso de despedida al Congreso de los Estados Unidos de América, el año de 1783, cuyo recuerdo me refrescó el tonante ataque del señor Burke contra la Revolución francesa. La Fayette fue a Norteamérica al comienzo de la guerra y continuó prestando sus servicios como voluntario hasta el final de la misma. Su conducta durante toda aquella empresa constituye un ejemplo extraordinario

con el que rara vez se tropieza en la vida de un joven de poco más de 20 años. Viviendo en un país que era como la cuna de los placeres sensuales, y con medios suficientes para disfrutarlos, ¡qué pocos serían capaces de cambiar esa escena por los bosques y selvas de América y pasar los años más floridos de su juventud desafiando multitud de peligros y privaciones! Pero así lo hizo él. Cuando terminó la guerra y La Fayette se encontraba a punto de marchar de aquel país, se presentó al Congreso y, al examinar, en su cálido discurso de despedida, la revolución que había presenciado, se expresó en las siguientes palabras: "¡Ojalá que este gran monumento elevado a la libertad sirva de lección a los opresores y de ejemplo a los oprimidos!" Cuando este discurso llegó a manos del doctor Franklin, que entonces se encontraba en Francia, éste solicitó del conde de Vergennes, a la sazón ministro, que lo insertase en la *Gaceta* francesa, pero nunca pudo obtener su consentimiento. lo que pasó fue que el conde de Vergennes era un déspota aristocrático en su país y temía el ejemplo de la revolución norteamericana en Francia, como otras personas temen hoy el ejemplo de la Revolución francesa en Inglaterra, y el tributo al miedo del señor Burke (que a esta luz debemos considerar su libro) forma un paralelo a la negativa del conde de Vergennes. Para referirnos más particularmente al trabajo de Burke, veamos lo que dice:

"Hemos visto rebelarse a los franceses contra un monarca benévolo y legítimo con más furia, desesperación y rabia que ningún pueblo conocido contra el usurpador más ilegal o el tirano más sanguinario." Esto constituye un solo ejemplo, entre otros mil casos, en los que el señor Burke demuestra que desconoce las fuentes y los principios en que se basa la Revolución francesa.

No ha sido contra Luis XVI contra quien la nación se ha rebelado: ha sido contra los principios despóticos del gobierno, y estos principios no se originan en él, sino en la institución inicial, que data de muchos siglos; y han arraigado tan profundamente, y tan sucio ha llegado a estar el establo de Augías de los parásitos y especuladores, que no pueden eliminarse aquéllos ni limpiarse éste sino por una completa y universal revolución. Cuando sea necesario hacer algo, debemos poner en la tarea todo nuestro corazón y nuestra alma, o no intentarlo. La crisis se produjo en aquel momento, y no quedaba otro camino que actuar con el más decidido vigor o abstenerse totalmente de hacerlo. Se sabía que el rey era amigo de la nación y esta circunstancia resultaba favorable a la empresa. Posiblemente no ha existido un hombre educado al estilo de los reyes absolutos que poseyera un corazón tan poco dispuesto al ejercicio de tal poder como el actual rey de Francia. Pero los principios de gobierno siguen siendo los mismos. El monarca y la monarquía eran dos cosas distintas y separadas; y fue contra el despotismo de la última, no contra la persona y los principios del primero, contra lo que se inició la revuelta y se ha realizado la revolución.

El señor Burke no establece distinción alguna entre los *hombres* y los *principios* y, en

consecuencia, no concibe que pueda tener lugar una revolución contra el despotismo de estos dos últimos sin que exista acusación alguna de despotismo contra los primeros.

La moderación natural de Luis XVI no contribuyó en lo más mínimo a alterar el despotismo hereditario de la monarquía. Podían resucitar en cualquier momento en manos de un sucesor todas las tiranías de los reinados anteriores puestas en escena bajo el despotismo hereditario. La tregua de un reinado no podía satisfacer a Francia, que estaba convirtiéndose ya en ilustrada. Una intermitencia casual en la *práctica* del despotismo no significa la intermitencia de sus *principios*. Lo primero depende de las virtudes del individuo que pueda encontrarse en la posesión inmediata del poder. Lo segundo, de la virtud y fortaleza de la nación entera. En los casos de Carlos I y Jacobo II de Inglaterra, las rebeliones fueron contra el despotismo personal de los hombres, mientras que la de Francia ha sido contra el despotismo hereditario del gobierno establecido. Pero hombres como el señor Burke, que pueden suprimir los derechos de la posteridad, hasta el fin de los tiempos, basándose en la autoridad de un pergamino apolillado, no están capacitados para juzgar a la Revolución francesa. Ésta tiene un campo muy extenso para que lo pueda explorar la mirada de aquéllos; y actúa con un vigor de razonamiento que no pueden seguir.

Pero también hay muchos puntos de vista desde los cuales podemos considerar esta revolución. Cuando el despotismo ha dominado durante muchos siglos un país, como en el caso de Francia, no es únicamente en la persona del rey en quien reside. Exteriormente, y en autoridad nominal, lo parece así, pero no ocurre lo mismo en la práctica y en los hechos: existe dondequiera. Cada oficina o departamento del gobierno ejerce, basándose en las costumbres y en los usos, su propio despotismo. Cada rincón posee su Bastilla y cada Bastilla, su déspota. El despotismo hereditario original que reside en la persona del rey se divide y subdivide en mil formas y maneras, hasta que, al fin, todo él funciona por diputación. Éste era el caso de Francia. Y frente a estas especies de despotismo, que operan a través de interminables laberintos de covachuelas, de tal modo que es imposible discernir su origen, no hay modo de conseguir reparación de los agravios. Se fortalece adoptando la apariencia del deber y tiraniza bajo el pretexto de la obediencia debida.

Cuando un hombre reflexiona sobre las condiciones en que se encontraba Francia, debido a la naturaleza de su gobierno, percibe otras muchas causas para la rebelión distintas de aquellas que se refieren directamente a la persona o al carácter de Luis XVI. Si se me permite decirlo así, existían en Francia mil despotismos, cuya reforma era necesaria, y que se habían desarrollado bajo el despotismo hereditario de la monarquía, arraigándose de tal modo que resultaban en gran parte independientes de aquélla. Entre la monarquía, el Parlamento y la Iglesia existía una *rivalidad* de despotismos, sin contar con los despotismos feudales que actuaban localmente y los ministeriales que se

extendían por todas partes. Pero el señor Burke, al considerar la persona del rey como el único motivo posible de rebeldía, se expresa como si Francia fuese sólo una aldea, en la que todo lo que ocurría allí debía ser conocido por el oficial superior, no existiendo opresión alguna que éste no pudiese controlar. El señor Burke hubiera podido pasarse toda su vida en la Bastilla, lo mismo bajo Luis XIV que bajo Luis XVI, sin que ni el uno ni el otro hubiesen sabido jamás que existía un hombre llamado Burke. Los principios despóticos del gobierno eran idénticos en ambos reinados, aunque la disposición de ánimo de los hombres fuese tan remota entre sí como la tiranía y la benevolencia.

Lo que el señor Burke considera como un reproche a la Revolución francesa (el hecho de haber surgido bajo un reinado más benévolo que los precedentes) constituye precisamente uno de sus más altos títulos de gloria. Las revoluciones que han tenido lugar en otros países europeos han sido provocadas por odios personales. El rencor era contra un hombre determinado y éste resultaba su víctima. Pero en el caso de Francia vemos una revolución engendrada en la contemplación racional de los derechos del hombre, que distingue desde su inicio entre personas y principios.

Pero el señor Burke parece que no tiene idea de los principios cuando se refiere a los gobiernos. ¿Podría yo —dice— haber felicitado a Francia, hace diez años, por su gobierno… sin investigar cuál era la naturaleza de aquel gobierno y cómo estaba administrado?" ¿Es éste el lenguaje de un hombre razonable? ¿Es éste el lenguaje de un espíritu que debe sentirse solidario de los derechos y de la felicidad de la raza humana? En este terreno, el señor Burke debe felicitar a todos los gobiernos del mundo, aunque se olvide totalmente de que hay víctimas que sufren bajo ellos, aunque sus súbditos sean vendidos como esclavos o torturados hasta perder la existencia. Es el poder y no los principios lo que venera el señor Burke y, de acuerdo con esta abominable depravación, se encuentra descalificado para juzgar entre el poder y los principios. Hasta aquí su opinión con respecto a la Revolución francesa. Debo proceder ahora a otras consideraciones.

Yo conozco un sitio en América, llamado Lugar Imaginario, porque a medida que avanzáis hacia él aparece alegre y floreciente, como el lenguaje que emplea el señor Burke, pero continuamente se aleja y vuelve a presentarse más allá, y cuando llegáis al extremo que podéis alcanzar os encontráis con que no existe tal lugar. Lo mismo ocurre con las 356 páginas del señor Burke. En consecuencia, es muy difícil replicarle. Pero como es posible inferir de sus diatribas los puntos que desea demostrar, es en sus paradojas donde debemos buscar sus argumentos.

En cuanto a las trágicas pinturas con que el señor Burke ha superado su propia imaginación, intentando que actúen en la mente de sus lectores, están muy bien calculadas para una representación teatral, donde los hechos se elaboran para el mejor efecto de la función, tratando de producir, al apelar a la simpatía por los supuestos

débiles, efecto capaz de provocar los sollozos de los espectadores, Pero el señor Burke debía acordarse de que estaba escribiendo historia, no *dramas,* y de que sus lectores tenían derecho a esperar de él la verdad y no sólo los torrentes oratorios llenos de exclamaciones.

Cuando vemos a un hombre lamentándose dramáticamente, en una publicación que pretende ser creída, de que *la época de la caballería ha pasado,* de que *la gloria de Europa se ha extinguido para siempre,* de que *la gracia innata de la vida* (si alguien sabe lo que es esto), *la defensa de las naciones, la cuna de los sentimientos viriles y de las empresas heroicas ha desaparecido,*[6] y todo esto porque ha pasado la quijotesca edad de la estupidez caballeresca, ¿qué opinión podemos formarnos de sus juicios, ni qué atención debemos prestar a sus acusaciones? En la rapsodia de su imaginación ha descubierto un mundo de molinos de viento, y su pena es que no existan ahora Quijotes para atacarlos. Pero si la época de la aristocracia, como la de la caballería, desaparecieran (y originariamente tenían alguna conexión), el señor Burke, gran pregonero de la orden, podía continuar su parodia hasta el final con esta exclamación: *¡La tarea de Otelo ha terminado!*

A pesar de estas hórridas pinturas del señor Burke, cuando se compara la Revolución francesa con las ocurridas en otros países, lo asombroso es que aquélla esté señalada con tan pocos sacrificios; pero este asombro cesará en el acto si se reflexiona que son los *principios,* y no las *personas,* los objetos cuya destrucción se contempla. La mente de la nación ha obrado movida por un estímulo más alto que el que la mera consideración de las personas puede inspirar y busca una conquista más elevada que la que pueda producir la caída de un enemigo. Entre los pocos que han caído no parece existir ninguno previamente señalado para tal propósito. El destino de todos ellos fue señalado por las circunstancias del momento, y no se les persiguió por una venganza completa y a sangre fría, como la que persiguió a los desgraciados escoceses de 1745.

En todo el libro del señor Burke no he podido observar que la Bastilla se mencione más de una vez. Y eso con cierto tono de tristeza por su destrucción, como si deseara que se erigiese de nuevo. “Hemos reconstruido Newgate —dice—, y el edificio está otra vez ocupado. Tenemos prisiones casi tan fuertes como la Bastilla para quienes se atreven a calumniar a la reina de Francia.”[7] En cuanto a lo que pueda decir un loco como el individuo llamado Lord G. G.,[8] para el cual Newgate es más bien un manicomio, una casa de orates, que una prisión, es cosa que no merece consideración racional. Fue un loco quien insultó, y ello es suficiente excusa; y proporcionó al mismo tiempo oportunidad para confinarlo, que era lo que se deseaba. Pero es cierto que el señor Burke, que está muy lejos de llamarse a sí mismo loco, sea lo que quiera que piensen otras personas, ha calumniado de la manera más provocativa y en el estilo más grosero de insulto vulgar a toda la autoridad representativa de Francia, ¡y el señor Burke sigue

ocupando su asiento en la Cámara de los Comunes británica! Dados su violencia y su dolor, su silencio deliberadamente guardado en determinados puntos y sus excesos en otros, es difícil no creer que el señor Burke lamenta, y lamenta en extremo, que se destruya el poder arbitrario, el poder simbolizado en el papa y en la Bastilla.

No he podido hallar en su libro una mirada de compasión ni una reflexión conmiserativa dedicada a aquellos que han soportado la más desgraciada de las vidas, una vida sin esperanza, en la más miserable de las prisiones. Es doloroso observar a un hombre que emplea su talento en la tarea de corromperse a sí mismo. La naturaleza ha sido más bondadosa con el señor Burke que él con la naturaleza. No le afecta la realidad de una miseria que toca a su corazón, sino la apariencia de esa miseria que hiere su imaginación. Se compadece del plumaje, pero se olvida del ave moribunda. Acostumbrado a besar la mano aristocrática que lo ha alejado de sí mismo, degenera en una composición artística en la que olvida el alma genuina de la naturaleza. Su héroe o su heroína tiene que ser una víctima de tragedia, que fallece en escena, y no un prisionero real de la miseria, que se aproxima a la muerte en el silencio de una mazmorra.

Como el señor Burke ha pasado totalmente por alto todo lo referente a la Bastilla —y este silencio no dice nada en su favor—, tratando de entretener a sus lectores con reflexiones sobre supuestos acontecimientos tergiversados hasta convertirlos en verdaderas falsedades, debo, ya que él no lo ha hecho, ofrecer un resumen de las circunstancias que precedieron a ese acontecimiento. Servirán para mostrar que, si se toman en cuenta las traidoras y hostiles combinaciones de los enemigos de la Revolución, difícilmente podría haber ido dicho acontecimiento acompañado de menos daños.

Es difícil que la mente pueda representarse una escena más tremenda que la que ofrecía la ciudad de París en el momento de la toma de la Bastilla, en los días que la precedieron y los dos que la siguieron. Ni puede concebirse fácilmente la posibilidad de que se aquietase en un periodo tan corto. Desde lejos este hecho aparece únicamente como un acto de heroísmo aislado, sin que pueda percibirse claramente la íntima conexión política que tuvo con la Revolución, oculta por los fulgores del suceso. Pero hay que considerarlo como el momento en que la fuerza de los partidos lanzó hombre contra hombre en la contienda por el triunfo. La Bastilla iba a ser la presa o la prisión de sus asaltantes. Su caída llevaba implícita la idea de la caída del despotismo, y esta doble imagen estaba tan unida en las mentes como el Castillo de la Duda y el Gigante de la Desesperación, de Bunyan.[9]

La Asamblea Nacional, antes y en el momento de la toma de la Bastilla, estaba instalada en Versalles, distante doce millas de París. Cerca de una semana antes del levantamiento de los parisienses y de que tomasen la Bastilla, fue descubierto un complot —a cuyo frente se encontraba el conde de Artois, el más joven de los hermanos del rey —, encaminado a destruir la Asamblea Nacional, apoderándose de sus miembros y, en

consecuencia, a destruir mediante un *coup de main* todas las esperanzas y proyectos de establecer un gobierno libre. Por fortuna para la humanidad y la libertad, este plan no tuvo éxito. No faltan ejemplos para mostrar qué crueles y tremendamente vengativos son todos los antiguos gobiernos cuando triunfan contra lo que llaman una rebelión.

Este plan tuvo que requerir algún tiempo de preparación, porque para llevarlo a cabo era necesario reunir grandes fuerzas militares alrededor de París y cortar las comunicaciones entre esa ciudad y la Asamblea Nacional en Versalles. Las tropas que se destinaban a este objeto fueron principalmente tropas extranjeras al servicio de Francia, las cuales fueron sacadas con este propósito de las provincias distantes en que se encontraban de guarnición. Cuando estuvieron reunidas en número de 25 000 a 30 000 hombres se juzgó que había llegado el tiempo de llevar a la práctica el plan. El ministerio que estaba entonces en el poder, favorable a la Revolución, fue despedido en el acto, integrándose uno nuevo por los que concibieron el plan, entre quienes se encontraba el conde de Broglie, cuyo papel iba a ser el de jefe de aquella tropa. El carácter de este hombre, tal como me fue descrito en la carta que comuniqué al señor Burke antes de que comenzase a escribir su libro, era el de "un aristócrata frío y ambicioso, capaz de llegar a los mayores excesos". Y esta descripción procedía de una fuente que el señor Burke sabe que es autorizada.

Mientras se daban estos pasos, la Asamblea Nacional permanecía en la más crítica y peligrosa situación que un cuerpo legislativo pueda correr. Era la víctima designada previamente, y lo sabía. Contaba con el corazón y las voluntades de sus conciudadanos, pero no poseía autoridad militar de ninguna clase. Los guardias de Broglie rodeaban el salón de sesiones donde estaba reunida la Asamblea y estaban dispuestos a apoderarse de las personas de los asambleístas, tal como se hizo el año anterior con el Parlamento de París, a la voz de mando. Si la Asamblea Nacional hubiera desertado de su puesto, o mostrado signos de debilidad o temor, sus enemigos se habrían envalentonado y todo el país se hubiera sentido deprimido. Si consideramos en conjunto la situación en que estaba, la causa que se debatía y la crisis a punto de estallar, que había de determinar el destino personal y político de la Asamblea y de sus miembros, el de su país y posiblemente el de Europa, sólo un corazón endurecido por los prejuicios o corrompido por el oro, podría dejar de interesarse por el buen éxito de aquellos hombres.

Era presidente de la Asamblea el arzobispo de Vienne, persona muy anciana para soportar la escena que iba a ocurrir dentro de algunas horas o de algunos días. Era necesario un hombre de más actividad y de mayor energía. Y entonces eligieron (en forma de vicepresidente, porque la presidencia continuó residiendo en el arzobispo) al señor de La Fayette; es el único caso en que se ha escogido un vicepresidente. Fue en este momento en que la tormenta iba a estallar (11 de julio) cuando el señor de La Fayette redactó una Declaración de Derechos, la misma a que aludo en páginas

anteriores. Fue redactada precipitadamente y no es sino una parte de la más extensa declaración de derechos que se convino y adoptó posteriormente por la Asamblea Nacional. El motivo particular de presentarla en ese momento —como posteriormente me indicó el señor de La Fayette— fue el de que, si la Asamblea hubiera sucumbido en aquellos momentos a la destrucción que la amenazaba, pudieran sobrevivir algunas huellas de sus principios.

Todo se aproximaba a la crisis. El resultado había de ser la libertad o la esclavitud. De una parte, un ejército de casi 30 000 hombres; de la otra, una masa de ciudadanos inermes, porque los ciudadanos de París, que era el único resguardo de la Asamblea Nacional, se encontraban tan desarmados y tan indisciplinados como lo están hoy los ciudadanos de Londres. Los guardias franceses habían mostrado fuertes síntomas de simpatía por la causa nacional, pero su número era pequeño; ni siquiera la décima parte de las fuerzas que Broglie mandaba y sus oficiales estaban de parte de este último.

Cuando se pensó que todo estaba maduro, el nuevo ministerio se hizo cargo del poder. El lector debe tener presente que la Bastilla fue tomada el 14 de julio y estoy hablando ahora del día 12. Al llegar, por la tarde, a París la nueva del cambio de ministerio, se cerraron todos los teatros, sitios de reunión y tiendas y casas. Fue un movimiento popular espontáneo, porque se consideraba que este cambio de ministros era como el preludio de las hostilidades, opinión justamente fundada. Las tropas extranjeras comenzaron a avanzar hacia la ciudad. El príncipe de Lambesc, que mandaba un cuerpo de caballería alemana, se aproximaba por el palacio de Luis XV, que está conectado con algunas de las calles de París. En su avance insultó y golpeó personalmente, con su espada, a un anciano. Los franceses, que tienen un profundo respeto a la vejez, justamente indignados por la insolencia que presenciaron, se unieron de repente al grito de *¡A las armas, a las armas!,* que pronto se hizo general en toda la ciudad.

No tenían armas, apenas si uno que otro sabía usarlas; pero la resolución desesperada que da el hecho de estar en juego todas las esperanzas, suplió por el momento esa deficiencia. Cerca del lugar donde estaban las tropas del príncipe de Lambesc había muchas piedras apiladas para la construcción de un nuevo puente que por allí se proyecta, y el pueblo atacó con ellas a los jinetes alemanes. Los guardias franceses, que se encontraban cerca, al oír los disparos y el tumulto, salieron de sus cuarteles, uniéndose al pueblo, y al caer la noche la caballería se había retirado.

Las calles de París son muy estrechas, favorables para defenderlas, y la altura de las casas, que tienen muchos pisos, permite hacer desde ellas mucho daño, asegurando a la ciudad contra golpes de mano nocturnos. La noche se empleó en aprovisionarse de todas las armas que se pudo encontrar: fusiles, espadas, martillos de herrero, hachas de carpintero, barras de hierro, picas, alabardas, horquillas, garrotes, asadores, etc. El número increíble de gentes que se reunieron a la mañana siguiente, y la extraordinaria

resolución de que daban muestras, asombró y anonadó a sus enemigos. El nuevo ministerio no esperaba tal saludo. Acostumbrados todos sus miembros a la servidumbre personal, no tenían idea de que la libertad fuera capaz de tal milagro, ni de que un cuerpo de ciudadanos casi inermes se atreviera a enfrentarse con una fuerza militar de 30 000 hombres. Todo ese día se empleó en reunir armas, convenir planes y distribuirse del mejor modo que las circunstancias se lo permitieran. Broglie continuó rodeando la ciudad, pero sin conseguir avance alguno, y la noche transcurrió con toda la tranquilidad posible en aquellas circunstancias.

Pero no era la defensa la finalidad de los parisienses. Defendían una causa de la que dependía su libertad o su esclavitud. A cada instante esperaban el asalto de las tropas o la noticia de que se había atacado a la Asamblea. En una situación como la descrita las más rápidas medidas resultan a veces las mejores. El objetivo que se les presentaba ahora fue precisamente la Bastilla, y el *éclat* de tomar una tal fortaleza en presencia del enemigo no podría menos de sembrar el terror en el nuevo ministerio, que apenas si había tenido tiempo de reunirse. Lograron interceptar una correspondencia, mediante la cual descubrieron que el alcalde de París, señor Defflesselles, que parecía estar en favor de los ciudadanos, les estaba traicionando, y una vez hecho este descubrimiento, no podía quedar duda alguna de que Broglie reforzaría la Bastilla en la noche siguiente. En consecuencia, era necesario posesionarse de la misma ese día, pero antes de hacerlo les era indispensable lograr mejor armamento que aquel de que disponían.

Junto a la ciudad existía un gran arsenal, en el Hospital de los Inválidos, edificio que rodearon, exigiendo su entrega inmediata; y como este lugar no era defendible ni intentó resistir mucho, lograron en seguida su propósito. Así provistos marcharon a atacar la Bastilla; formaban una vasta multitud, en la que se mezclaban gentes de todas las edades y clases, armados con toda especie de armas. La imaginación no puede describir el aspecto de aquella procesión y la ansiedad que la poseyó en espera de los acontecimientos, que podían producirse en unas horas o minutos. Los planes del ministerio eran desconocidos para el pueblo que permanecía en la ciudad y, del mismo modo, lo que éste hacía era desconocido para el ministerio, y el pueblo ignoraba igualmente los movimientos que Broglie pudiera realizar para ayudar o librar la plaza. Todo dependía del azar y era misterioso.

El hecho de que la Bastilla fuera atacada con entusiasmo heroico, tal como sólo puede inspirarlo la idea de la libertad, lográndose su toma en el espacio de algunas horas, es un acontecimiento que todo el mundo conoce en la hora actual. No trato de explicar los detalles del ataque, sino de poner de manifiesto la conspiración contra la nación que lo provocó y que se derrumbó con la Bastilla. Porque la prisión en la que el nuevo ministerio se proponía encerrar a los miembros de la Asamblea Nacional, además de ser el altar mayor y el castillo del despotismo, era el objetivo adecuado para comenzar. El

éxito popular derrumbó al nuevo ministerio, cuyos miembros comenzaron a huir de la ruina que habían preparado para otros. Las tropas de Broglie se dispersaron y su jefe huyó.

El señor Burke ha hablado mucho de complots, pero ni siquiera ha mencionado una vez esta tentativa contra la Asamblea Nacional y las libertades de la nación y, para no hacerlo, ha pasado por encima de todas las circunstancias que lo hubieran puesto en medio de su camino. Los exiliados que han huido de Francia, por los que tanto se interesa, y en los cuales se ha inspirado, huyeron sólo porque su complot abortó. Nadie conspiró contra ellos. Eran ellos los que conspiraron contra otros; y los que cayeron recibieron, no injustamente, el castigo que preparaban para otros. Pero ¿se atreverá el señor Burke a sostener que si este complot, concebido con toda la sutilidad de una emboscada, hubiera tenido éxito, el partido triunfante habría refrenado su encono tan rápidamente como lo hicieron los victoriosos? Que las historias de todos los antiguos gobiernos respondan a esta pregunta.

¿A quién ha llevado la Asamblea Nacional al cadalso? A nadie. Sus miembros eran las víctimas designadas por el complot y no han exigido nada. ¿Por qué, pues, se les acusa de actos de venganza en un acontecimiento en el que ellos no actuaron? ¿Es de esperar que no ocurra nada cuando un pueblo se vuelca de una manera tan tremenda, en la cual se confunden todos los grados, temperamentos y caracteres, logrando liberarse por un milagro de esfuerzo de la destrucción que les amenaza? ¿Debemos esperar la calma propia de filósofos, o la parálisis de los insensibles cuando los hombres están resentidos por múltiples opresiones y amenazados con otras nuevas? El señor Burke protesta contra los excesos, pero es él quien ha cometido los más graves. Su libro es un conjunto de excesos, que no tienen la disculpa de haber sido cometidos por el impulso del momento, sino preparados cuidadosamente durante un espacio de 10 meses, a pesar de que el señor Burke no había sido provocado ni tenía intereses ni vidas que salvar en el asunto.

Hubo muchas más bajas entre los ciudadanos que participaron en esta lucha que entre sus contrarios, pero el populacho se apoderó de cuatro o cinco personas, a las que dio muerte en el acto: el gobernador de la Bastilla y el alcalde de París, que fue sorprendido en el acto de traicionarlos; y con posterioridad, uno de los nuevos ministros, el señor Foulon y su yerno Berthier, que había aceptado el cargo de intendente en París. Sus cabezas, en lo alto de unas picas, fueron paseadas por la ciudad, y el señor Burke construye una gran parte de sus escenas trágicas sobre esa forma de castigo. Examinemos, pues, cómo han llegado los hombres a la idea de efectuar tales castigos y de realizar tales espectáculos.

Lo han aprendido precisamente de los gobiernos bajo los que han vivido y acuden a los castigos que estaban acostumbrados a presenciar. Las cabezas que, colocadas sobre picas, han permanecido durante tantos años en Temple Bar no se diferencian en nada de

la escena horrorosa que ofrecían las que se pasearon de idéntica manera por las calles de París; sin embargo, aquéllas fueron colocadas donde estaban por el gobierno inglés. Es posible que se diga que no significa nada lo que se hace a un hombre después de muerto; pero sí significa mucho para los vivos: o tortura sus sentimientos o endurece sus corazones, y en cualquiera de los casos les enseña cómo castigar, cuando tienen el poder en sus manos.

Dejemos entonces descansar las hachas y enseñemos a los gobiernos humanidad. Han sido sus castigos sanguinarios los que han corrompido a tal extremo a la humanidad. En Inglaterra, en algunos casos, se condena a ser *colgado, arrastrado* y *descuartizado;* y se saca el corazón del condenado y se exhibe a la vista del populacho. En Francia, bajo los gobiernos anteriores, las penas no eran menos bárbaras. ¿Quién no se acuerda de la ejecución de Damien, destrozado por los caballos? El efecto de tales espectáculos crueles, presenciados por el pueblo, es destruir en éste la ternura y excitar la venganza; y la baja y falsa idea de gobernar a los hombres por el terror, en lugar de por la razón, hace que aquellos espectáculos se conviertan en precedentes. El gobierno por el terror sólo trata de actuar sobre las más bajas capas sociales, y es precisamente en éstas en las que produce el peor efecto. Tienen bastante discernimiento para darse cuenta de cuáles son los propósitos pretendidos, y cuando les llega el turno infligen los mismos castigos terroríficos que les han sido enseñados.

En todos los países europeos existen grandes grupos de gentes de esa clase, a los que en Inglaterra se designa con la palabra *mob* (populacho). Fueron gentes de esa clase las que cometieron los incendios y devastaciones en Londres de 1780, y de la misma clase fueron los que pasearon las cabezas de sus víctimas por las calles de París. Foulon y Berthier fueron hechos prisioneros en los alrededores de la ciudad y enviados a París, para que fueran examinados por las autoridades del Hotel de Ville, porque la Asamblea Nacional, al tener noticias de la toma de posesión del nuevo ministerio, había aprobado un decreto por el que comunicaba al rey y al nuevo gabinete que haría responsable al ministerio, del cual era miembro Foulon, de los resultados de las medidas que estaban aconsejando y proponiendo; pero el populacho, indignado por la presencia de Foulon y Berthier, los arrebató a sus custodios antes de que llegaran al Hotel de Ville, matándolos en plena calle. ¿Por qué, pues, el señor Burke acusa de actos de esta índole a todo el pueblo? De la misma manera podría acusar a todo el pueblo de Londres de los motines y excesos de 1780, o a todos sus compatriotas de los que ocurren en Irlanda.

Pero es que todo lo que presenciamos u oímos como ofensivo a nuestros sentimientos y que rebaja al hombre debe conducir a otras reflexiones que las del reproche. Hasta los seres que los llevan a cabo tienen algún derecho a nuestra consideración. ¿Por qué son tan numerosos en todos los países viejos los grupos de hombres a los que se designa con el apelativo de vulgo o populacho ignorante? En el

momento en que nos hacemos esta pregunta la reflexión nos sugiere la respuesta adecuada: surgen como consecuencia inevitable de lo mal construidos que han estado todos los antiguos gobiernos en Europa, incluyendo a Inglaterra. Al exaltar de modo tan absurdo a algunos hombres, los otros resultan absurdamente rebajados, de tal modo que el todo se desnaturaliza. Se degrada a una vasta masa de seres humanos empujándola hacia el trasfondo del espectáculo humano, para presentar en el primer plano con más brillo y resplandor las marionetas del Estado y la aristocracia. Al principio de una revolución esos hombres siguen más bien el *bando* que el *estandarte* de la libertad, y hay que enseñarles a reverenciar a éste.

Concedo que sean ciertas todas las exageraciones teatrales del señor Burke, y sólo le pido que compruebe la verdad de los hechos que aquí describo. Admitiendo que son ciertos, muestran la necesidad de la Revolución francesa con más fuerza que nada de lo que haya podido decir el señor Burke. Estas violencias no son el efecto de los principios revolucionarios, sino de la mente degradada que existía antes de la Revolución y que ésta precisamente se propone reformar. Atribuidlas, pues, a las causas verdaderas, y el reproche cae sobre vuestro bando.

Resulta un honor para la Asamblea Nacional y para la ciudad de París que en medio de una escena tremenda de armas y confusión que escapaba al control de toda autoridad, se haya logrado, por la influencia del ejemplo y de los consejos, restringir tanto los efectos de la indignación popular. Nunca se habían tomado tales trabajos para instruir e iluminar a la humanidad y hacerla ver que precisamente sus intereses están del lado de la virtud y no de la venganza, como los que se han realizado durante la revolución de Francia. Ahora debo proceder a hacer algunos comentarios sobre la narración que nos ofrece el señor Burke de la marcha a Versalles en los días 5 y 6 de octubre.

No puedo examinar el libro del señor Burke a otra luz que no sea la de una función dramática; y él debe, creo, haberlo considerado a la misma luz, dadas las libertades poéticas que se ha tomado al omitir algunos hechos, tergiversar otros y hacer que toda su maquinaria conduzca a producir sólo un efecto teatral. De esta índole es su narración de la marcha a Versalles. Comienza por omitir los únicos hechos ciertos que son conocidos como causas; todo lo demás son conjeturas, incluso en París, y entonces construye una fábula acomodada a sus propias pasiones y prejuicios.

Debe observarse que en todo el libro del señor Burke éste jamás habla de los complots o de las conspiraciones *contra* la Revolución, y es precisamente de tales complots de donde han surgido todas las desventuras. Conviene a su propósito exhibir las consecuencias sin referirse a sus causas. Es uno de los recursos del arte dramático actuar de esa manera. Si los crímenes de los hombres se exhibieran junto con sus sufrimientos, a veces se perdería el efecto teatral, y el público se inclinaría a aprobar aquellas partes en las que el propósito del autor es sólo lograr su conmiseración.

Después de todas las investigaciones practicadas en este intrincado asunto (la marcha a Versalles) todavía permanece envuelto en toda clase de misterios, que siempre acompañan a los acontecimientos producidos más por una concurrencia de circunstancias raras que por un propósito fijo. Mientras los caracteres de los hombres se encuentran en proceso de formación, como ocurre siempre en las revoluciones, existe una sospecha recíproca y una disposición para interpretarlos mal; a veces, partidos directamente opuestos en principio, fomentan un mismo movimiento con distinto fin y con esperanzas de producir consecuencias muy distintas. En este caso tan complicado puede verse mucho de esto, a pesar de que el resultado logrado no era el propósito de nadie.

Lo único que se sabe con certeza es que por estos días existía en París un gran malestar, motivado por la demora del rey en sancionar y publicar los decretos de la Asamblea Nacional, particularmente el de la *Declaración de los Derechos del Hombre* y los decretos del *4 de agosto,* que son los que contienen los principios fundamentales sobre los que iba a erigirse la Constitución. Las conjeturas más favorables, y posiblemente las más justas, sobre esta cuestión son las de que alguno de los ministros deseaba hacer observaciones sobre determinadas partes de aquéllos antes de que fueran finalmente sancionados y enviados a provincias; pero, sea como quiera, los enemigos de la Revolución derivaban grandes esperanzas de la demora; mientras que los amigos de la Revolución estaban inquietos.

Durante este estado de inquietud, la *Garde du Corps,* compuesta, como suelen estarlo tales regimientos, por personas relacionadas con la Corte, dio una fiesta en Versalles (1º de octubre) a algunos regimientos extranjeros recién llegados, y cuando la fiesta estaba en su apogeo, obedeciendo a una señal dada, todos los miembros de la *Garde du Corps* arrojaron la escarapela nacional de sus sombreros, pisoteándola y reemplazándola con otra preparada con ese propósito. Una indignidad de esta índole equivalía a un desafío. Era como declarar la guerra; y si los hombres retan de ese modo, deben atenerse a las consecuencias de sus actos. Pero el señor Burke ha ocultado cuidadosamente todo esto. Comienza su narración de estos sucesos diciendo: “La historia recordará que en la mañana del 6 de octubre de 1789 el rey y la reina de Francia, tras un día de confusión, alarma, desmayo y matanza, estaban reposando confiados en la seguridad prometida bajo la fe pública, para dar a la naturaleza unas pocas horas de descanso turbado y melancólico”.[10] Éste no es el estilo sobrio que corresponde al historiador, ni tampoco aparece aquí la intención que debe tener quien escribe sobre tales temas. Deja todo para que el lector adivine y se equivoque. Leyendo lo anterior pensaría uno que se había producido una batalla; y es probable que así hubiera ocurrido a no ser por la prudencia moderadora de las personas a quienes el señor Burke envuelve en sus censuras. Al ocultar al lector la *Garde du Corps,* el señor Burke se ha tomado la licencia dramática de colocar en su lugar al rey y la reina, como si la expedición fuese dirigida

contra ellos. Pero, volviendo a mi relato:

Como podía esperarse con razón, esa conducta de la *Garde du Corps* alarmó y enfureció a los parisienses. Los colores de la causa habían llegado a unirse de tal modo con la causa misma que no era posible desconocer cuál era la intención del insulto, y los parisienses estaban decididos a ajustar las cuentas a la *Garde du Corps.* En esa marcha a la luz del día para exigir satisfacción —si puede emplearse esta expresión— de un cuerpo de hombres armados, que había hecho una voluntaria provocación, no hay nada de la cobardía del asesinato. Pero la circunstancia que sirve para embrollar este asunto es la de que los enemigos de la Revolución parecen haberse enardecido al igual que sus partidarios. Éstos esperaban impedir la guerra civil refrenándola a tiempo; aquéllos esperaban desencadenarla. Las esperanzas de quienes se oponían a la Revolución se basaban en convertir al rey a su partido y hacerle ir de Versalles a Metz, donde esperaban reunir fuerzas y alzar bandera. Tenemos, pues, dos objetivos diferentes, que se presentan al mismo tiempo y se ejecutan por los mismos medios: uno, castigar a la *Garde du Corps,* que era el objetivo de los parisienses; el otro —el de los enemigos de la Revolución—, aprovechar la confusión de tal escena para inducir al rey a partir en dirección a Metz.

El día 5 de octubre, un grupo numeroso de mujeres y de hombres disfrazados de mujeres reunido alrededor del Hotel de Ville o Ayuntamiento, salió para Versalles. Su objetivo específico era la *Garde du Corps;* pero los hombres prudentes se dan pronto cuenta de que las desgracias comienzan más pronto de lo que suelen terminar, y esto era tanto más de tener en cuenta por la sospecha mencionada y la irregularidad de tal cabalgata. En cuanto se pudo reunir suficiente fuerza militar, el señor de La Fayette, actuando bajo las órdenes de la autoridad civil en París, marchó inmediatamente detrás de aquel grupo, al frente de 20 000 hombres integrantes de las milicias de la ciudad. La Revolución no podía sacar beneficio alguno de la confusión, pero sus enemigos sí. Gracias a su oratoria suave y valerosa, La Fayette había logrado hasta entonces calmar muchas inquietudes; y en esto tuvo éxito extraordinario; para frustrar, pues, las esperanzas de los que esperaban derivar de aquellas escenas una necesaria justificación para que el rey abandonase Versalles dirigiéndose a Metz, y evitar al mismo tiempo las consecuencias de un choque que hubiera podido ocurrir entre la *Garde du Corps* y la falange de hombres y mujeres procedentes de París, envió mensajeros al rey, haciéndole saber que marchaba a Versalles por orden de las autoridades civiles de la capital, con propósitos pacíficos y de protección, expresándole al mismo tiempo la necesidad de impedir que la *Garde du Corps* hiciese fuego sobre el pueblo.[11]

Llegó a Versalles entre las 10 y las 11 de la noche. La *Garde du Corps* había tomado posiciones y el pueblo había llegado un poco antes, pero todo se encontraba en suspenso. La política y la prudencia consistían ahora en transformar la escena de peligro en un

acontecimiento feliz. El señor de La Fayette se convirtió en mediador entre ambos partidos encrespados, y el rey, para hacer desaparecer las inquietudes derivadas de la demora a que ya me referí, envió a buscar al presidente de la Asamblea Nacional, suscribiendo la Declaración de los Derechos del Hombre y aquellas otras partes de la Constitución que estaban ya aprobadas.

Sería entonces como la una de la madrugada. Todo parecía estar arreglado y hubo una alegría general. A tambor batiente se hizo pública una proclama en la que se establecía que los ciudadanos de Versalles ofrecerían la hospitalidad de sus hogares a los vecinos de París y que los que no encontraran lechos de este modo podían guarecerse en las iglesias; pero, a pesar de todo esto, quedaron muchos en las calles. A las dos, el rey y la reina se retiraron.

En este estado de cosas transcurrieron las horas hasta que amaneció, cuando surgió un nuevo disturbio proveniente de la conducta censurable de algunos individuos de ambos bandos, porque es inevitable que haya siempre esta clase de escenas entre gentes tales. Uno de los guardias de *corps* se asomó a una de las ventanas del palacio, y las gentes que acampaban en la calle comenzaron a insultarlo usando un lenguaje soez y provocador. En lugar de retirarse, como recomendaba la prudencia, sacó el mosquete, disparó y mató a un miliciano parisién. Al romperse la paz de esta manera, el pueblo se lanzó sobre el palacio para capturar al criminal. Atacó a sus miembros a lo largo de las avenidas y hasta las habitaciones regias. Al oír el tumulto no fue sólo la reina —como el señor Burke ha querido presentárnoslo—, sino todos los que se encontraban dentro del edificio, los que se alarmaron, abandonando su lecho, y el señor de La Fayette tuvo una segunda ocasión de intervenir entre ambas partes, cuyo resultado fue que la *Garde du Corps* volviera al uso de la escarapela nacional y se diera al olvido lo ocurrido después de la pérdida de dos o tres vidas.

Durante toda esta parte de la narración el rey y la reina se encontraban en los balcones y a ninguno de ellos se les ocurrió esconderse, como insinúa el señor Burke, para salvarse. Habiéndose apaciguado los ánimos y restaurado la tranquilidad, se inició una aclamación general con el grito de *Le Roi à Paris! Le Roi à Paris!* ¡El rey a París! Era un grito de paz y la proposición fue inmediatamente aceptada por el monarca. Con esta medida se evitaron todos los futuros proyectos de llevarse el rey a Metz, así como la aparición de una bandera contraria a la Constitución, extinguiéndose todas las sospechas. El rey y su familia llegaron a París por la tarde, siendo felicitados por su regreso por el señor Bailly, alcalde de París, quien tomó la palabra en nombre de sus conciudadanos. El señor Burke, que a lo largo de su libro confunde cosas, personas y principios, en su comentario al discurso de Bailly confunde también el tiempo. Censura al alcalde por hablar en su discurso de *un bon jour* (un buen día). El señor Burke debería estar enterado de que todas estas escenas transcurrieron en el espacio de dos días, aquel en

que se iniciaron con toda la apariencia de peligro y disturbios inminentes, y aquel en que terminaron sin que se produjeran los daños que amenazaban, y es precisamente a esta terminación pacífica y a la llegada del rey a París a lo que alude el señor Bailly. Nada menos que 300 000 personas tomaron parte en la marcha de Versalles a París, y en toda ella no hubo un solo acto de hostilidad.

El señor Burke, basándose en la autoridad de un desertor de la Asamblea Nacional, el señor Lally-Tollendal, dice que al entrar en París, el pueblo gritaba *Tous les évêques à la lanterne!* (¡A colgar a todos los obispos en los postes de los faroles!) Es realmente sorprendente que nadie, a no ser el señor Lally-Tollendal, haya oído este grito y que nadie lo creyera, si se exceptúa al señor Burke. No tiene ni la más mínima conexión con parte alguna de los sucesos, siendo ajeno totalmente a todas las circunstancias de los mismos. Hasta ahora, los obispos no habían aparecido en ninguna escena del drama del señor Burke. ¿Por qué, pues, esta súbita aparición de todos ellos a la vez, *tout à coup, et tous ensemble?* El señor Burke saca a sus obispos y a sus faroles en una linterna mágica, produciendo estas escenas por contraste, ya que no por conexión. Pero sirve para demostrarnos, como el resto de su libro, qué poco crédito debemos prestarle, ya que en él se desafía hasta la probabilidad con el solo propósito de difamar; y concluyo aquí con esta reflexión, en lugar de un soliloquio en defensa de la caballería, como el señor Burke, mi narración de la marcha a Versalles.[12]

Tengo que seguir ahora al señor Burke a través de una tupida selva de rapsodias, especie de disertación sobre los gobiernos, en la que afirma todo lo que se le ocurre, presumiendo que ha de ser creído y sin tomarse el trabajo de ofrecer prueba alguna para ello.

Antes de que pueda llegarse a una conclusión por medio de un razonamiento hay que probar, admitir o negar ciertos hechos, principios o datos que permitan hacerlo. El señor Burke, con sus habituales injurias, insulta la *Declaración de los Derechos del Hombre* publicada por la Asamblea Nacional de Francia, como la base sobre la que la Constitución de aquel país va a establecerse. La llama "despreciables papeles emborronados que hablan confusamente de los derechos del hombre".[13] ¿Es que con esta frase quiere el señor Burke negar que el hombre tenga algunos derechos? Si éste es su propósito, tiene que decir que no existen tales cosas como derechos en ningún lugar y que él mismo no posee ninguno. Porque ¿quién está en el mundo sino el hombre? Pero si el señor Burke admite que el hombre posee derechos, la pregunta debe ser: ¿cuáles son esos derechos y cómo llegó el hombre a tenerlos?

El error de quienes razonan con referencia a los derechos del hombre basándose en precedentes sacados de la antigüedad es que no retroceden bastante en las edades pretéritas. No recorren todo el camino. Se detienen en las etapas intermedias de 100 o 1 000 años y ponen lo que entonces se hacía como modelo para el momento actual. Pero

esto no tiene autoridad. Porque, si retrocedemos más en el pasado, encontraremos que prevalecen una opinión y una práctica totalmente contrarias, y si sólo lo antiguo va a establecer autoridad, entonces podemos presentar miles de autoridades que se contradicen entre sí; pero, si seguimos avanzando, llegaremos a un punto justo, llegaremos al momento en que el hombre salió de las manos de su Hacedor. ¿Qué era entonces? Un hombre. Su más alto y único título era éste: ser hombre, y no podía conferírsele un título superior. Pero de los títulos hablaré más adelante.

Hemos llegado ahora al origen del hombre y al origen de sus derechos. En cuanto al modo como se ha gobernado el mundo desde aquel día hasta hoy, no debe preocuparnos nada más que aprovechar los errores y los adelantos que la historia nos presenta. Aquellos que vivieron cien o mil años atrás eran entonces los modernos: lo mismo somos nosotros hoy. Tuvieron *sus* antiguos, y éstos, a su vez, tuvieron otros, y así llegará el momento en que nosotros seamos los antiguos de otros. Si el mero nombre de antigüedad va a gobernar los asuntos de la vida, la gente que viva dentro de 100 o 1 000 años buscará sus precedentes en nosotros, como nosotros hemos tomado precedentes de aquellos que vivieron hace 100 o 1 000 años. El hecho es que los periodos de la antigüedad, por probarlo todo, no demuestran nada. Es una autoridad contra otra a través de toda la senda y en ella llegamos al origen divino de los derechos del hombre en el momento de la creación. Aquí nuestra búsqueda encuentra un lugar de reposo y nuestra razón un hogar. Si a una distancia de 100 años de la creación hubiese surgido una disputa acerca de los derechos del hombre, se habrían referido a esta fuente de autoridad, y es a esa misma fuente de autoridad a la que debemos nosotros recurrir ahora.

Aunque no quiero mezclar en esta disputa ningún principio sectario de religión, creo que merece la pena observar que la propia genealogía de Cristo se hace derivar de Adán. ¿Por qué, pues, no hacemos derivar los derechos del hombre de la creación de éste? Responderé a la pregunta. Porque ha habido gobiernos irracionales que se han interpuesto, pretendiendo presuntuosamente laborar para *des-hacer* al hombre.

Si alguna generación humana poseyó el derecho de imponer la forma en que el mundo debía ser gobernado para siempre, fue precisamente la primera generación que existió, y si esa generación no lo hizo, ninguna generación posterior puede pretender ninguna autoridad para hacerlo ni imponerla de ninguna manera. El divino e iluminador principio de la igualdad de derechos del hombre (que tiene su origen en el Hacedor del hombre) se refiere no sólo a los hombres que viven en un momento dado, sino a las generaciones humanas que se suceden unas a otras. Cada generación es idéntica en derechos a las generaciones que la han precedido, por el mismo principio que establece que cada individuo nace igual en derechos a sus contemporáneos.

Todas las historias de la creación y todas las narraciones tradicionales, ya procedan del mundo culto o inculto, por mucho que varíen en sus opiniones o creencias en

determinados particulares, convienen en un punto: *la unidad del hombre;* con lo cual yo quiero significar que todos los hombres son del *mismo grado* y, por consecuencia, que todos los hombres nacieron iguales, con iguales derechos naturales, de la misma manera que si la posteridad hubiera continuado por *creación,* en lugar de por *generación,* ya que esta última es sólo la manera por la cual la primera se lleva a efecto y, en consecuencia, debe considerarse que cada niño nacido en el mundo deriva su existencia del mismo Dios. El mundo es tan nuevo para él como para el primer hombre que existió y su derecho natural es de la misma índole.

La versión mosaica de la Creación, tanto si la estimamos autoridad divina como si la consideramos meramente histórica, es clarísima en este punto, *la unidad o igualdad de los hombres.* Sus frases no admiten controversia: "Y dijo Dios: hagamos al hombre a nuestra imagen […] Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó". Se señala la distinción de sexos, pero ni siquiera implícitamente se establece ninguna otra distinción. Si ésta no es una autoridad divina es, al menos, histórica y demuestra que la igualdad del hombre, lejos de ser una doctrina moderna, es la más antigua que existe.

También debemos observar que todas las religiones conocidas en el mundo se fundan, en lo que se refiere al hombre, sobre *la unidad del género humano,* considerando a todos los hombres del mismo grado. Lo mismo en el infierno que en el cielo o en cualquier otro lugar en que se supone que el hombre existe con posterioridad a la vida terrestre, no existen más distinciones que entre los buenos y los malos. Y hasta las leyes en los Gobiernos están obligadas a aceptar estos principios, ya que los grados se refieren a los crímenes y no a las personas.

Ésta es una de las verdades más grandes y producirá enormes ventajas desarrollarla. Al considerar al hombre a esta luz y enseñarle a que se considere a sí mismo a esa luz, se le coloca en íntima relación con todos sus deberes, ya sea con referencia a su Creador o a la creación, de la que forma parte; y es sólo cuando olvida su origen o, para usar una frase más a la moda, su *cuna y familia,* cuando se convierte en disoluto. No es el menor de los daños de los gobiernos que hoy existen en todas partes de Europa el de que se arroja al hombre, en cuanto tal, a una enorme distancia de su Creador, llenándose ese vacío artificial por una serie de barreras sucesivas, o una especie de torniquetes, por los que tiene que pasar. Citaré el catálogo de barreras que ha establecido el señor Burke entre el Hombre y su Creador. Se coloca como heraldo y dice: *Tememos a Dios, miramos con veneración a los reyes, con afecto a los parlamentos, con sumisión a los magistrados, con reverencia a los sacerdotes y con respeto a la nobleza.*[14] El señor Burke ha olvidado la *caballería.* También se olvidó de mencionar a Pedro.

El deber del hombre no es una selva con torniquetes en las entradas a través de las cuales está obligado a pasar con sus boletos de admisión de una a otra. Es muy claro y

sencillo, y no consiste sino en dos cosas: su deber para con Dios que todo hombre tiene que sentir; y con respecto a su prójimo, el de obrar de la misma manera que quiere que éste obre con él. Si aquellos a los que se delegan determinados poderes obran bien, serán respetados; si no, serán despreciados; y con respecto a aquellos a quienes no se les ha delegado poder alguno, pero que se lo arrogan, el mundo racional no puede saber nada de ellos.

Hasta ahora no hemos hablado aún más que de los derechos naturales del hombre (y aun de ellos únicamente de modo parcial). Debemos ahora considerar los derechos civiles del hombre y mostrar cómo los unos provienen de los otros. El hombre no entra en la sociedad para volverse *peor* de lo que era antes, ni para tener menos derechos que los que tenía, sino para asegurarse estos derechos. Sus derechos naturales son el fundamento de todos sus derechos civiles. Pero será necesario referirnos a las diferentes calidades de los derechos civiles y naturales para marcar de modo más preciso esta distinción.

Con pocas palabras lo lograremos. Derechos naturales son aquellos que corresponden al hombre por el mero hecho de existir. De esta índole son los derechos intelectuales o derechos de la mente, y también aquellos derechos de actuar, en cuanto individuo, para su propia comodidad y felicidad, siempre que no lesione los derechos naturales de los otros. Son derechos civiles aquellos que corresponden al hombre por el hecho de ser miembro de la sociedad. Todo derecho civil tiene por base algún derecho natural preexistente en el individuo, pero cuyo disfrute personal no está suficientemente asegurado en todos los casos. De esta índole son los que se relacionan con la seguridad y protección.

Partiendo de esta breve descripción, nos será fácil distinguir entre aquella clase de derechos naturales que el hombre conserva en su persona después de entrar en sociedad y los que entrega al fondo común al convertirse en un miembro de la sociedad.

Los derechos naturales que conserva son aquellos en los cuales el *poder* de ejecutar está tan perfecto en el individuo como el propio derecho. En esta clase —como dije antes — figuran los derechos intelectuales o derechos de la mente; en consecuencia, la religión es uno de estos derechos. Los derechos naturales que no se conservan son aquellos en los cuales, aunque el derecho se da en el individuo de manera perfecta, el poder de llevarlos a la práctica es defectuoso. No responden a su finalidad. Un hombre, por derecho natural, tiene derecho a juzgar su propia causa; y, en lo que se refiere a la mente, nunca debe cederlo. Pero ¿de qué le sirve juzgar si no tiene poder para conseguir la reparación? En consecuencia, deposita este derecho en el fondo común de la sociedad y se vale del brazo de ésta —de la que él es parte— de preferencia al propio, y en adición a él. La sociedad no le *da* nada. Todo hombre es un copropietario dentro de la sociedad y tiene derecho a girar sobre el capital social.

De las premisas precedentes podemos derivar dos o tres conclusiones:

1. Que todo derecho civil surge de un derecho natural, o, en otras palabras es un derecho natural cambiado.

2. Que el poder civil, considerado propiamente, se compone del conjunto de aquella clase de derechos naturales del hombre que son defectuosos en el individuo por falta de poder y no responden a su finalidad, pero, al ser reunidos en un foco, resultan eficaces para las finalidades de cada uno.

3. Que el poder resultante del conjunto de derechos naturales, imperfectos en el individuo por falta de poder, no puede ser aplicado para invadir los derechos naturales retenidos por cada hombre, en los cuales el poder de ejecutar es tan perfecto como el propio derecho.

Así, pues, hemos descrito en pocas palabras el cambio sufrido por el hombre al convertirse de individuo natural en miembro de la sociedad, y hemos demostrado, o tratado de demostrar, la calidad de los derechos naturales que retiene y aquellos que intercambia por derechos civiles. Vamos ahora a aplicar estos principios al gobierno.

Echando una ojeada al mundo, resulta extraordinariamente fácil distinguir los gobiernos que han surgido de la sociedad, o del pacto social, de aquellos que no han surgido así, pero para aclarar este asunto más de lo que una simple ojeada puede consentir será conveniente pasar revista a las distintas fuentes de las que han surgido los gobiernos y a las bases en las que se han fundado.

Podemos resumirlos en tres capítulos:

Primero: *superstición.*

Segundo: *fuerza.*

Tercero: *el interés común de la sociedad y de los comunes derechos del hombre.*

El primero fue un gobierno de los sacerdotes; el segundo, de los conquistadores; el tercero, de la razón.

Cuando un grupo de hombres arteros fingió, valiéndose de oráculos, mantener un contacto directo con la divinidad, tratándola tan familiarmente como ahora suben por las escaleras de servicio de las cortes europeas, el mundo se encontraba bajo el gobierno de la superstición. Se consultaba a los oráculos y lo que éstos decían se convertía en ley; y esta clase de gobierno duró tanto como esa clase de superstición.

Después de esta etapa surgió una raza de conquistadores, cuyo gobierno, como el de Guillermo el Conquistador, se basaba en la fuerza, asumiendo la espada el nombre de cetro. Los gobiernos así establecidos duran tanto como la fuerza que los respalda, pero para utilizar en provecho propio todo instrumento susceptible de mantenerlos en el poder, unieron el fraude a la fuerza y crearon un ídolo, al que llamaron *Derecho Divino,* el cual, a imitación del papa, que pretende ser temporal y espiritual a la vez, y en contradicción con el fundador de la religión cristiana, se transformó con posterioridad, convirtiéndose

en un ídolo de otra forma que se llama *la Iglesia y el Estado.* Las llaves de San Pedro y las llaves de la Tesorería se guardaron juntas y la multitud engañada y admirada adoró la nueva invención. Cuando pienso en la dignidad natural del hombre, cuando siento (porque la Naturaleza no ha sido lo bastante bondadosa para embotar mis sentimientos), el honor y la felicidad de su carácter, me indigno al ver los intentos de gobernar a la humanidad por medio de la fuerza y el fraude como si todos los hombres fueran tontos y estúpidos y no puedo reprimir un fuerte sentimiento de disgusto hacia todos los que se han impuesto por este medio.

Debemos pasar ahora revista a los gobiernos nacidos de la sociedad, en contradicción a los que surgieron de la superstición y la conquista.

Se ha considerado como un progreso notable hacia el establecimiento de los principios de *libertad* decir que el gobierno debe considerarse como un pacto entre los que gobiernan y los gobernados; pero esto no puede ser cierto, porque es referirse al efecto antes que a la causa; porque como el hombre tuvo que haber existido antes de que existiesen los gobiernos, hubo un tiempo en que no existían gobiernos y, en consecuencia, no podían existir originalmente gobernantes con los que realizar un pacto. Por tanto, tuvieron que ser los *propios individuos,* actuando cada uno en virtud de su propio y personal y soberano derecho, los que *pactasen con cada uno de los otros individuos,* con objeto de formar un gobierno: y es éste el único modo de que pudieran surgir legítimamente los gobiernos y el único principio basándose en el cual tienen derecho a existir.

Para que tengamos una idea clara de lo que es el gobierno —o de lo que debe ser— debemos referirnos a su origen. Al hacer esto descubrimos con facilidad que los gobiernos tienen que haber surgido *del pueblo* o *sobre el pueblo.* El señor Burke no ha hecho tal distinción. No investiga nada hasta su fuente y, en consecuencia, lo confunde todo, pero ha expresado su intención de efectuar, en una oportunidad futura, una comparación entre las constituciones de Inglaterra y Francia. Como al arrojar así su guantelete convierte el tema en motivo de controversia, acudo al terreno al que me llama. Es en los grandes desafíos donde tienen derecho a aparecer las grandes verdades, y lo acepto con tanto más gusto ya que me ofrece al mismo tiempo oportunidad de seguir hablando de los gobiernos surgidos de la sociedad.

Pero será necesario primero que nos detengamos a definir lo que significa una *Constitución.* No es suficiente que adoptemos la palabra; debemos darle una significación fija.

Una Constitución no es cosa que exista sólo de nombre, sino de hecho. No tiene una existencia ideal, sino real; y dondequiera que no pueda presentarse en forma visible no existe. Una Constitución es algo que *antecede* a un gobierno, y el gobierno no es sino la criatura de la Constitución. La Constitución de un país no es obra de su gobierno, sino

del pueblo al constituir un gobierno. Es un cuerpo de elementos al cual uno puede referirse, que se puede citar artículo por artículo y que contiene los principios sobre los cuales debe establecerse el gobierno, la manera como debe organizarse, los poderes que debe tener, la forma de hacer las elecciones, la duración de sus parlamentos, o cualquier otro nombre que queramos dar a tales cuerpos legisladores; el alcance de los poderes que deba tener la parte ejecutiva del gobierno y, por último, todo lo que se relacione con la organización completa de un gobierno civil, los principios basándose en los cuales debe actuar y por los cuales debe estar obligado. Así, pues, una Constitución es al gobierno lo que las leyes hechas posteriormente por ese gobierno son a los tribunales encargados de aplicarlas. Éstos no hacen las leyes ni pueden alterarlas; sólo actúan de conformidad con las leyes y del mismo modo el gobierno debe gobernarse por la Constitución.

¿Es que acaso puede el señor Burke mostrarnos la Constitución inglesa? Si no puede, debemos, en consecuencia, concluir que, aunque se ha hablado mucho de esto, no existe ni ha existido nunca tal Constitución y, en consecuencia, el pueblo inglés tiene todavía que formar una Constitución.

El señor Burke no negará, a lo que presumo, la proposición que ya he adelantado, a saber, la de que los gobiernos surgen o *del* pueblo o *sobre* el pueblo. El gobierno inglés es uno de los que han surgido de una conquista y no de la sociedad y, en consecuencia, se erigió sobre el pueblo y, aunque se han modificado mucho las circunstancias desde los tiempos de Guillermo el Conquistador, el país no ha podido aún regenerarse y, en consecuencia, permanece sin Constitución.

Percibo facilísimamente los motivos por los que el señor Burke no quiso efectuar la comparación entre la Constitución inglesa y la francesa, ya que no podía menos de percibir, cuando se puso a su tarea, que en el lado en que se había colocado no había cosa semejante a una Constitución. Su libro es suficientemente voluminoso para haber contenido todo lo que hubiera querido decir sobre el asunto, y ello habría sido el mejor modo por el que la gente hubiera podido juzgar de sus méritos. ¿Por qué, pues, declinó o soslayó la única materia sobre la que merecía la pena escribir? Si las ventajas hubieran estado de su lado, era el terreno más sólido en que hubiera podido colocarse; pero, de no ocurrir así, era el más débil y, al no colocarse en él, debemos tomarlo como un signo de que ni podía poseerlo ni mantenerse en él.

En su discurso pronunciado en el Parlamento en el invierno pasado, el señor Burke dijo que *cuando la Asamblea Nacional se reunió por primera vez en los tres Estados* (la Nobleza, el Clero y el Tercer Estado) *Francia tenía una buena Constitución.* Esta frase demuestra, junto con otros ejemplos, que el señor Burke no entiende lo que es una Constitución. Las personas que allí se reunieron no eran una *Constitución,* sino una *Convención* para hacer una Constitución.

La actual Asamblea Nacional de Francia es, estrictamente hablando, el *pacto social*

personal. Sus miembros son los delegados de la nación en su carácter *original;* las asambleas futuras serán los delegados de la nación en su carácter *organizado.* La autoridad de la presente asamblea es diferente de lo que será la autoridad de la futura. La de ahora tiene como propósito formar una Constitución; las del futuro deberán legislar de acuerdo con los principios y formas prescritos en esta Constitución, y la experiencia es la que se encargará de mostrar qué alteraciones, enmiendas o adiciones son necesarias y la Constitución señalará el modo como deben hacerse tales cosas y no las dejará al poder discrecional del gobierno futuro.

Un gobierno basado en los principios en los que se erigen los gobiernos que surgen de la sociedad no puede tener el derecho de automodificarse. Si lo tuviera, sería arbitrario. Podría hacer lo que le viniera en gana; y donde se establece tal derecho, ello demuestra que allí no hay Constitución. La ley mediante la cual el Parlamento inglés se autorizó a sí mismo a actuar durante siete años, demuestra que no existe Constitución en Inglaterra. En virtud de la misma autoridad, podía haber seguido actuando muchos años más, o declararse vitalicio. El proyecto de reforma del Parlamento que el actual Mr. Pitt presentó al Parlamento hace algunos años se basaba en el mismo principio erróneo. El derecho a la reforma existe en la Nación con carácter originario, y el método constitucional hubiera sido elegir una convención general con ese propósito. Además, hay una cierta paradoja en la idea de que los cuerpos viciados se reformen por sí mismos.

Voy a deducir ahora algunas comparaciones de los preliminares anteriores. Ya he hablado de la Declaración de Derechos, de manera que, con el propósito de ser tan conciso como me sea posible, continuaré haciéndolo de otras partes de la Constitución francesa.

La Constitución de Francia dice: *Es elector todo hombre que pague anualmente un impuesto de sesenta sueldos* (2 chelines 6 peniques en moneda inglesa) *por año.* ¿Qué artículo puede colocar frente a éste el señor Burke? ¿Puede haber algo más limitado y al mismo tiempo más caprichoso que los requisitos para ser elector en Inglaterra? Limitado, porque ni siquiera vota un hombre de cada 100 (al decir esto me quedo corto). Caprichoso, porque el hombre más bajo que se suponga que existe, sin ningún medio de ganarse la vida honorablemente, es elector en algunos lugares; mientras que en otros, hombres que pagan grandes impuestos, conocidos como personas honorables, granjeros que pagan rentas de tres y cuatrocientas libras al año y que poseen en sus granjas propiedades de valor de tres y cuatro veces esa cantidad, no tienen derecho al voto.

Como dice el señor Burke en otra ocasión, en este extraño caos toda suerte de locuras se mezclan con crímenes de toda índole.

Guillermo el Conquistador y sus descendientes parcelaron el país de esta manera, sobornando algunas regiones con lo que llamaron *charters* (cartas o fueros), con objeto de mantener las otras partes del país sujetas más fácilmente a sus voluntades. Tal es la

causa de que estas cartas abunden tanto en Cornualles; el pueblo era adverso al gobierno establecido por medio de la conquista, y las ciudades fueron convertidas en guarnición y sobornadas para que esclavizaran las regiones anexas. Todas estas viejas cartas son como símbolos de la conquista, y ésta es la fuente de la que aún surgen tantos modos caprichosos de elección.

La Constitución francesa dice que *el número de representantes de cada lugar será proporcional al número de habitantes que pagan impuesto o electores.*

¿Qué artículo puede colocar frente a éste el señor Burke? El condado de Yorkshire, que contiene cerca de un millón de almas, sólo envía dos miembros al Parlamento, y lo mismo hace el condado de Rutland, que no tiene la centésima parte de aquella cifra. La villa de Old Sarum, que no está compuesta sino de tres casas, envía también dos miembros, y la ciudad de Manchester, que tiene más de 60 000 almas, no envía ninguno. ¿Existe algún principio en estas contradicciones? ¿Hay algo que permita señalar las huellas de la libertad o descubrir las de la sabiduría? No es, pues, maravilla que el señor Burke no haya querido hacer la comparación, tratando de distraer a sus lectores con una exhibición descabellada y sistemática de rapsodias paradójicas.

La Constitución francesa establece que la *Asamblea Nacional debe ser elegida cada dos años.*

¿Qué artículo puede oponer a éste el señor Burke? El hecho de que la nación no tiene derecho alguno en ese punto; el de que el gobierno actúa de una manera perfectamente arbitraria con respecto al caso y que puede citar como autoridad válida el precedente de un Parlamento anterior.

La Constitución francesa establece que *no habrá leyes de caza, que el labriego en cuyas tierras se encuentre la caza* (porque es el producto de esas tierras lo que la alimenta) *tiene derecho a capturar lo que pueda; que no habrá monopolios de ninguna clase, que todas las profesiones serán libres y todo hombre podrá elegir libremente una profesión para procurarse un medio honesto de vivir, y esto en cualquier lugar, villa o ciudad de la nación.*

¿Qué nos dirá el señor Burke respecto a esto? En Inglaterra la caza es propiedad de aquellos a cuyas expensas no se alimenta; y con respecto a los monopolios, el país está dividido en monopolios. Cada ciudad que goza de una carta constituye en sí misma un monopolio aristocrático, y los requisitos para ser elector nacen precisamente de estos monopolios. ¿Es esto libertad? ¿Es esto lo que el señor Burke entiende por Constitución?

En estos monopolios otorgados mediante una carta, un hombre que proceda de otra región del país es perseguido como si fuese un enemigo extranjero. Un inglés no es libre en su propio país. Cada uno de aquellos lugares opone una barrera a su camino y le dice que no es ciudadano, que no tiene derechos. Dentro de estos monopolios existen otros. En cada ciudad, como, por ejemplo Bath, que cuenta de 20 000 a 30 000 habitantes, el

derecho de elegir representantes al Parlamento se encuentra monopolizado por 31 personas. Y dentro de estos monopolios todavía existen otros. Un hombre, aunque sea de la misma ciudad, cuyos padres no estén en circunstancias de facilitarle una ocupación, se encuentra desposeído del derecho natural de adquirirla, cualesquiera que sean su genio e industria.

¿Son estos casos dignos de mostrarse como ejemplos a seguir por un país que, como Francia, trata de regenerarse saliendo de la esclavitud? Ciertamente que no. Y estoy seguro que cuando el pueblo de Inglaterra reflexione sobre ello, tratará, como Francia, de aniquilar esos vestigios de opresiones pretéritas, aquellos rastros de nación conquistada que todavía presenta. Si el señor Burke poseyera talentos análogos a los del autor de *La riqueza de las naciones,* habría estudiado todas las partes que entran en una Constitución y la integran al ensamblarse. Hubiera razonado de las minucias a los grandes principios. No es sólo por sus prejuicios, sino también por su carácter desordenado, por lo que el señor Burke se encuentra incapacitado para escribir sobre el tema. Su propio carácter no tiene constitución. Es un carácter a la ventura y no un carácter constituido. Pero tiene que decir algo. En consecuencia, ha subido por los aires como un globo, con el único objeto de atraer sobre sí las miradas de la multitud agrupada en la tierra. Hay mucho que aprender de la Constitución francesa. La tiranía y la dominación por la fuerza fueron trasplantadas de Normandía a Inglaterra con Guillermo el Conquistador, y el país se encuentra todavía desfigurado con sus huellas. ¡Ojalá pueda el ejemplo de toda Francia contribuir a regenerar la libertad que una de sus provincias destruyó!

La Constitución francesa establece que *para preservar de la corrupción a la representación nacional, ningún miembro de la Asamblea Nacional puede ser funcionario o empleado del gobierno, ni percibir de éste pensiones de ninguna clase.*

¿Qué puede el señor Burke oponer a esto? Musitaré su respuesta: ¡panes y peces! Este gobierno de panes y peces ha ocasionado más daño de lo que uno se imagina. La Asamblea Nacional lo ha descubierto y lo presenta como ejemplo al mundo. Si los gobiernos hubieran convenido en combatir con el propósito de esquilmar a sus países imponiéndoles impuestos, no podrían haberlo conseguido de modo más completo.

Hay muchas cosas en el gobierno inglés que me parecen exactamente el reverso de lo que debieran ser y de lo que aparentan ser. Se supone que el Parlamento, caprichosa e imperfectamente elegido, tiene, sin embargo, en depósito el tesoro nacional, en calidad de fideicomisario, pero dado el modo por el cual se integra un Parlamento inglés es como si al mismo tiempo un solo hombre fuera a un tiempo el acreedor y el deudor hipotecario, y en caso de mala aplicación del fideicomiso llegaría a ser como un acreedor que se juzgase a sí mismo. Si los que votan los subsidios son las mismas personas que los reciben y los distribuyen y rinden cuentas de su inversión, son responsables ante sí mismos, terminando así la *Comedia de errores* con la pantomima de Hush. Ni el partido

ministerial ni la oposición se aventurarán a tocar el tema. El tesoro nacional es el rocín común en el que todos montan. Es como lo que la gente del pueblo llama "Monta y ata. Tú cabalgas un rato y yo otro".[15] En Francia arreglan mejor las cosas.

La Constitución francesa establece que *el derecho de guerra y paz reside en la nación.*

¿Y en quién debe residir sino en quienes pagan los gastos?

Se dice que en Inglaterra reside este derecho en una metáfora[16] que se muestra en la Torre de Londres, mediante el pago de seis peniques o un chelín por persona; igual que los leones; sería un paso más razonable decir que residía en éstos, porque una metáfora inanimada no tiene más personalidad que un sombrero o una gorra. Nos damos hoy cuenta de lo absurdo que era adorar el becerro de oro de Aarón o la imagen de Nabucodonosor. Pero ¿por qué continúan los hombres practicando las cosas absurdas que desprecian en los otros?

Podría decirse con razón que, dada la forma en que está representada la nación inglesa, no se especifica dónde reside este derecho, si en la Corona o en el Parlamento. La guerra en todos los países es la cosecha común de todos los que participan en la división o reparto de los dineros públicos. Es el arte de la *conquista doméstica,* cuyo propósito único es el aumento de los ingresos del Estado, y como éstos no pueden obtenerse sin impuestos, debe buscarse un pretexto para mayores gastos. Al revisar la historia del gobierno inglés, sus guerras sucesivas y continuos impuestos, el espectador no cegado por prejuicios ni desviado por el interés, tiene que concluir que no se establecieron los impuestos para llevar a cabo las guerras, sino que se provocaron éstas para establecer más impuestos.

El señor Burke, como miembro de la Cámara de los Comunes, es parte del gobierno inglés. Y aunque públicamente se declare enemigo de la guerra, injuria a la Constitución francesa, que trata de acabar con aquélla. Presenta al gobierno inglés en todas sus partes como modelo para Francia; pero debía conocer las observaciones que los franceses han hecho acerca de él. Sostienen en favor del suyo que la porción de libertad de que se goza en Inglaterra es justamente la necesaria para esclavizar a un país de un modo más productivo que si se emplease el despotismo, y que, como el propósito real de todos los despotismos es obtener mayores ingresos, un gobierno así integrado obtiene más de lo que lograría ejerciendo el despotismo directo o permitiendo el disfrute total de la libertad, por lo que desde el punto de vista del interés es opuesto a las otras dos formas de gobierno. Explican también la buena disposición que tienen siempre tales gobiernos para declarar la guerra, observando los diferentes motivos que las producen. En los gobiernos despóticos las guerras son casi siempre consecuencia del orgullo; pero en aquellos gobiernos en que las guerras significan nuevos ingresos siempre existe un motivo para que sean permanentes.

La Constitución francesa, para remediar ambos males, ha retirado a los reyes y ministros el poder de declarar la guerra, atribuyéndolo a aquéllos sobre quienes tienen que recaer los gastos.

Cuando se discutía esta cuestión en la Asamblea Nacional de Francia, el pueblo de Inglaterra mostró mucho interés en el asunto, aplaudiendo mucho la manera como se había resuelto. Como principio, se aplica lo mismo a un país que a otro. Guillermo el Conquistador, *como tal conquistador,* tenía en su persona este poder de guerra y paz, y sus descendientes lo han venido ejerciendo como un derecho.

Aunque el señor Burke haya atribuido al Parlamento inglés de tiempos de la revolución de 1688 el derecho de obligar y controlar a esta nación y su posteridad *para siempre,* niega al mismo tiempo que el Parlamento o la nación tuvieron algún derecho a alterar lo que llama la sucesión a la Corona, salvo parcialmente o por una especie de modificación. Al tomar esta posición retrotrae la defensa de su posición hasta la *conquista normanda,* y al trazar así una línea de sucesión que va desde Guillermo el Conquistador hasta nuestros días hace necesario que investiguemos quién y cómo era este personaje, de dónde vino y cuál fue el origen, historia y naturaleza de lo que se conoce como "prerrogativas". Todo tiene que haber tenido un principio y debemos descubrirlo penetrando en la niebla de los tiempos antiguos. Que el señor Burke nos presente a su Guillermo de Normandía, ya que su argumentación llega hasta él. Desgraciadamente ocurre que al trazar esa línea hereditaria se presenta otra línea paralela: la de que si la sucesión monárquica marcha por la línea de la conquista, la nación marcha por la opuesta, esto es, como víctima de la conquista, y debe rescatarse a sí misma de esta desgracia.

Ahora se dirá que aunque el poder de declarar la guerra pertenece por herencia a los descendientes de los conquistadores, se equilibra por el derecho del Parlamento a negarle los subsidios. Pero ocurre siempre que cuando algo es de origen injusto no acaba de hacerse justo por muchas enmiendas que se le hagan, y ocurre con frecuencia que tanto las modificaciones como el original causan mucho perjuicio, como es el caso, en el ejemplo presente: si un poder declara precipitadamente la guerra, a consecuencia del derecho que ejerce, y el otro le escatima los subsidios, basándose también en su derecho, el remedio resulta peor que la enfermedad. Aquél fuerza a la nación a combatir; éste le ata las manos, pero el resultado más probable es que la lucha terminará en una colusión entre ellos y al final servirá de pantalla para ambos.

Sobre este asunto de la guerra debemos considerar tres cosas:

1. El derecho a declararla.
2. Los gastos para hacerla.
3. El modo de dirigirla después que se ha declarado.

La Constitución francesa coloca el *derecho* en manos de aquellos sobre quienes recae su *costo,* y esa unión sólo puede darse en la nación. El modo de dirigirla después que se declara se encomienda al departamento ejecutivo. Si éste fuese el caso en todos los países, no oiríamos hablar de muchas más guerras.

Antes de continuar examinando otras partes de la Constitución francesa, y para no fatigar con tantos argumentos al lector, quiero narrarle una anécdota que oí de labios del doctor Franklin.

Mientras éste residía en Francia como ministro de Norteamérica, durante la guerra, recibía numerosas proposiciones procedentes de proyectistas de todas clases y países, que deseaban trasladarse a la tierra en donde suponían que corrían la leche y la miel: América. Entre estas proposiciones hubo la de un hombre que se ofrecía a sí mismo como rey. Su proposición, hecha al doctor Franklin por medio de una carta que se encuentra hoy en manos del señor Beaumarchais, de París, declaraba, primero, que como los norteamericanos habían despedido o depuesto[17] a su rey, seguramente querrían otro. En segundo término, afirmaba que él era normando. En tercer lugar, que era de una familia más antigua que los duques de Normandía y de una ascendencia más honorable, ya que no se conocían en su línea bastardos de ninguna clase. Y en cuarto y último lugar, afirmaba que ya existía en Inglaterra el precedente de que los reyes habían salido de Normandía; y en esas razones basaba su ofrecimiento, *ordenando* al doctor que le hiciese llegar a Norteamérica. Pero como el señor Franklin no lo hizo así, ni se tomó el trabajo de contestarle, el proyectista le escribió una segunda carta, en la que, si bien es cierto que no lo amenazaba con marchar a conquistar Norteamérica, se resignaba con gran dignidad a que si su anterior oferta no era aceptada ¡se le recompensase por su generosidad mediante un pago de 30 000 libras esterlinas! Ahora volvamos a la cuestión de la sucesión. Como los argumentos en su favor deben necesariamente conectarse con algún principio, los del señor Burke conducen a que los monarcas ingleses no tienen su origen en Inglaterra, sino que son los descendientes de la línea normanda por derecho de conquista. Puede, por tanto, ser útil a su doctrina el conocimiento de esa anécdota y el informe de que, en caso de que dicha línea perezca por extinción natural, a la cual todos los mortales están sujetos, es posible volver a obtener reyes en Normandía y en términos mucho más ventajosos de los que impuso Guillermo el Conquistador y, en consecuencia, que el buen pueblo de Inglaterra, en el momento de la revolución de 1688, *pudo haber conseguido* algo mucho mejor, si hubiera existido un normando tan generoso como éste que hubiera conocido *las* necesidades de los *ingleses* y les hubiera hecho conocer las *suyas.* El carácter caballeresco que el señor Burke admira tanto se presta más a esta clase de negocios que un *holandés testarudo.* Pero volvamos a los asuntos de la Constitución.

La Constitución francesa dice: *No habrá títulos.* Y, a consecuencia de eso, todas esas clases de generación equívoca que en algunos países se llaman *aristocracia* y en otros

nobleza se han terminado, y los pares ascienden a *hombres.*

Los títulos no son sino apodos y todo apodo es un título. La cosa en sí es perfectamente inofensiva, pero señala al género humano con una suerte de presunción que lo degrada. Reduce al hombre a un diminutivo de hombre, en las cosas grandes, y a una falsificación de la mujer, en cosas pequeñas. Habla de su linda *cinta azul* como si fuese una muchacha, y muestra con orgullo infantil su nueva *jarretera.* Un cierto escritor de alguna antigüedad dijo: "Cuando yo era niño pensaba como tal, pero cuando llegué a ser hombre deseché las cosas infantiles".

Concuerda con el elevado nivel mental que hoy tiene Francia que se haya acabado con la tontería de los títulos. Francia ha sobrepasado las mantillas infantiles de *conde* y *duque* y se ha puesto los pantalones correspondientes a su hombría. Francia no ha nivelado, ha elevado. Ha acabado con los enanos y ha hecho elevarse al hombre. Ha dejado de agradar la mezquindad de palabras sin sentido como *duque, conde* o *barón.* Aun aquellos que poseían esas llamadas distinciones se han despojado de esa jerigonza; al salir de la infancia han despreciado los sonajeros. La inteligencia auténtica del hombre desea su hogar —la sociedad—, pero desprecia todas las pequeñeces que le separan de aquélla. Los títulos son como círculos trazados por una varita mágica para limitar la esfera de la felicidad del hombre. Éste vivía emparedado en la Bastilla de una palabra y ve en lontananza la envidiada vida de hombre.

¿Hay algo de maravilloso, pues, en que los títulos hayan sido declarados sin valor y nulos en Francia? ¿No resulta más maravilla que se conserven en los demás lugares? ¿Qué son? ¿Cuál es su valor y "cuál es su precio"?

Cuando pensamos o hablamos de un *juez* o de un *general,* los asociamos en nuestra mente con la idea de los respectivos cargos y personalidades; pensamos en la gravedad del uno y en el valor del otro, pero cuando usamos una palabra como un *mero título* no le asociamos idea alguna. En todo el vocabulario de Adán no hay ningún animal denominado conde o duque; y tampoco nosotros podemos conectar una idea cierta con estas palabras. No sabemos si significan fortaleza o debilidad, locura o sabiduría, niño u hombre, caballo o jinete. ¿Qué respeto podemos prestarles, ya que no describen nada y no significan nada? La imaginación ha atribuido figura y carácter a los centauros, sátiros y a toda la tribu mitológica; pero los títulos se burlan hasta de los poderes de la fantasía y son una quimera amorfa.

Pero esto no es todo. Si toda una nación está dispuesta a despreciarlos, todo su valor desaparece y nadie querrá poseerlos. Es la opinión común la que hace de ellos algo o nada, o algo peor que nada. No existe una ocasión para hacer desaparecer los títulos porque desaparecen por sí mismos cuando la sociedad está de acuerdo en ridiculizarlos. Esta especie de importancia imaginaria ha declinado visiblemente en todas partes de Europa y su fin se apresura a medida que el mundo de la razón va levantándose. Hubo

un tiempo en el que las clases más bajas de lo que se ha llamado *nobleza* disfrutaban de más consideración de la que gozan actualmente las más altas, y en que un hombre, cubierto con una armadura, cabalgaba por toda la cristiandad en busca de aventuras y era mucho más admirado por las gentes que hoy un duque. El mundo ha presenciado la caída de esta tontería, que ha caído porque nos hemos reído de ella, y dentro de poco presenciaremos la desaparición total de esta farsa. Los patriotas de Francia han descubierto en hora oportuna que el rango y la dignidad en la sociedad deben tener nuevas bases, porque las viejas han sido destruidas. Ahora deben basarse en cualidades sustanciales de carácter en lugar de hacerlo en los fundamentos quiméricos de los títulos; y han ofrendado sus títulos al altar, quemándolos como tributo a la razón.

Si la locura de los títulos no hubiera ocasionado daños, no habría valido la pena destruirlos solemnemente en la forma decretada por la Asamblea Nacional. Pero esto nos obliga a investigar más a fondo la naturaleza y el carácter de la aristocracia.

Así, pues, lo que se llama aristocracia en algunos países y nobleza en otros surgió de los gobiernos fundados en la conquista. Originariamente era una orden militar con el propósito de apoyar un gobierno militar (pues tales eran todos los gobiernos fundados en la conquista); y para mantener la sucesión de esa orden y servir a los fines que la motivaron se desheredó a todas las ramas menores de esas familias y se estableció la ley llamada de *primogenitura.*

La naturaleza y carácter de la aristocracia se nos muestra en esta última ley. Es una ley contra todas las leyes naturales y la propia. Naturaleza es quien exige su destrucción. Si se establece la justicia familiar, cae por su base la aristocracia. Mediante la ley aristocrática de la primogenitura, en una familia de seis hijos cinco quedan como expósitos. La aristocracia nunca ha tenido más que un hijo; los demás están destinados a que los devoren. Son arrojados como presa a los caníbales y es precisamente el padre natural el que prepara este festín antinatural.

Como todo lo que es contrario a la naturaleza del hombre afecta en grado mayor o menor el interés de la sociedad, esta situación también lo hace. Todos los hijos que la aristocracia deshereda (que son todos, excepto el primero) son, por regla general, arrojados, como los huérfanos sobre las espaldas de la parroquia, para que sean mantenidos por el pueblo; pero a un gasto mayor. Se crean en los gobiernos y en las Cortes empleos y cargos innecesarios, para mantenerlos a costa del público.

¿Con qué clase de reflexiones pueden un padre y una madre de esa índole contemplar a sus retoños más jóvenes? Por la naturaleza todos son hijos, y por el matrimonio todos son herederos; pero por las leyes aristocráticas son bastardos o huérfanos. Por un lado son carne y sangre de sus padres; por otro, completamente extraños. En consecuencia, para devolver los padres a sus hijos, y éstos a sus padres, en lo que debe ser su verdadera relación, y el hombre a la sociedad, y con el propósito de exterminar de raíz el

monstruo de la aristocracia, la Constitución francesa ha destruido la ley de la PRIMOGENITURA. Aquí yace el monstruo, y si el señor Burke quiere, puede escribir su epitafio.

Hasta ahora hemos considerado a la aristocracia principalmente sólo desde un punto de vista. Tenemos que considerarla ahora desde otro. Pero, la veamos por detrás o por delante, por los lados o por cualquier otro punto de vista, ya doméstico, ya público, sigue siendo un monstruo.

En Francia la aristocracia tiene un rasgo menos de los que posee en otros países. No ha integrado nunca un cuerpo de legisladores por herencia. Nunca constituyó lo que el señor de La Fayette ha descrito con frase exactísima, al referirse a la Cámara de los Lores inglesa: una *corporación de aristócratas.* Veamos ahora en qué fundamentos se ha basado la Constitución francesa para negarse a establecer en su país un organismo de esta índole.

En primer lugar, porque, como ya dije, la aristocracia se mantiene por una tiranía familiar e injusta.

En segundo término, porque la aristocracia es naturalmente inepta para legislar en beneficio de toda una nación. Sus ideas de la *justicia distributiva* están corrompidas en su fuente misma. Los aristócratas comienzan su vida pisoteando a sus hermanos y hermanas más pequeños y a toda clase de parientes. Se les enseña y educa para esto. ¿Con qué idea de justicia y de honor puede ingresar en una cámara legislativa un hombre que absorbe en su propia persona la herencia de toda una familia, o se limita a dar a sus hermanos una mínima parte de aquélla con la insolencia del que hace un donativo?

En tercer lugar, porque esta idea de los legisladores hereditarios es tan ilógica como la de los jueces hereditarios o jurados hereditarios; tan absurda como la de que existiese un matemático por herencia o un sabio por el mismo conducto; y tan ridícula, como la de que pudiera heredarse el cargo de poeta laureado.

En cuarto lugar, porque nadie debe confiar en un grupo de hombres que no se consideran obligados a dar a nadie cuenta de sus actos.

En quinto lugar, porque se continúa el principio poco civilizado de los gobiernos basados en la conquista, y la baja idea de que el hombre es propiedad del hombre y puede haber derecho personal a gobernarle.

En sexto y último lugar, porque la aristocracia tiene la tendencia a hacer degenerar la especie humana. La economía universal nos enseña, y el ejemplo de los judíos lo prueba, que la especie humana presenta una tendencia a degenerar cuando hay un número limitado y pequeño de personas, separadas de la sociedad en general, que se casan siempre con otros miembros del grupo. La aristocracia destruye hasta su pretendida finalidad y llega un momento en que el aristócrata se convierte en todo lo contrario de lo que es verdaderamente noble en el hombre. El señor Burke nos habla de la nobleza;

desearíamos que nos la mostrase. Los hombres más grandes han surgido en el suelo democrático. La aristocracia no ha podido seguir el paso emprendido por la democracia. El NOBLE artificial se convierte en un enano ante el NOBLE de la naturaleza, y en los pocos casos que conocemos (porque existen algunos en todos los países) en que la naturaleza por milagro ha sobrevivido a la aristocracia, ESOS HOMBRES LA DESPRECIAN. Pero es tiempo de que entremos en un nuevo tema.

La Constitución francesa ha reformado la situación del clero. Ha elevado los ingresos de las capas más bajas y ha disminuido los de las superiores. Ninguno de sus miembros va a percibir menos de 1 200 libras francesas (50 esterlinas), y ninguno, por alto que esté dentro de la jerarquía eclesiástica, percibirá más de 2 000 o 3 000 libras anuales. ¿Qué podrá oponer a esto el señor Burke? Escuchemos lo que dice:

> El pueblo de Inglaterra […] puede ver, sin lamentarlo ni protestar por ello, que un arzobispo tenga la precedencia sobre un duque; puede ver que un obispo de Durham o de Winchester esté en posesión de 10 000 libras anuales; y no puede comprender por qué esa cantidad está en peores manos que las propiedades de análoga importancia que posee este conde o ese caballero.[18]

El señor Burke ofrece esto como un ejemplo para Francia.

En cuanto a la primera parte, respecto a que si el arzobispo precede al duque o al obispo, viene a ser para la generalidad de las gentes algo como Sternhold y Hopkins o Hopkins y Sternhold; podéis poner en primer lugar a cualquiera de los dos; confieso que, como no entiendo la razón del argumento, no discutiré con el señor Burke.

Pero con respecto a la última parte de su proposición, sí tengo algo que decir: el señor Burke no ha planteado bien el caso. La comparación entre un obispo y un conde o un caballero está fuera de lugar. La debía haber puesto entre un obispo y un cura de parroquia, y entonces quedaría así: "El pueblo de Inglaterra puede ver, sin lamentarlo ni protestar por ello, que el obispo de Durham o el obispo de Winchester estén en posesión de 10 000 libras anuales y que un pobre cura de aldea sólo tenga durante el mismo tiempo 30 o 40 libras al año, o menos".

No, señor; no puede presenciar esas cosas sin lamentarlas ni protestar. Es un caso que hiere el sentido de justicia más elemental de todo hombre y es, precisamente, uno de los casos que piden a gritos una Constitución.

El grito "¡La iglesia, la iglesia!" se repetía en Francia tan a menudo como en el libro del señor Burke y en voz tan alta como cuando en el Parlamento de Inglaterra se está discutiendo la ley acerca de los disidentes; pero la generalidad de los componentes del clero francés no podía engañarse por este grito. Sabía que cualquiera que fuera el pretexto, el clero iba a ser uno de los principales objetos de reforma. Los que gritaban eran los altos dignatarios del clero, que no querían que se tomase ninguna medida reguladora para evitar que hubiese quien percibiera 10 000 libras al año y párrocos

desposeídos. Por eso el clero unió sus reivindicaciones a las peticiones de las demás clases oprimidas, consiguiendo con ello la reparación de los agravios.

La Constitución francesa *ha abolido los diezmos,* aquella fuente de continuos disgustos y disputas entre el propietario del diezmo y el feligrés. Cuando se posee una tierra a diezmo, la propiedad está dividida entre dos partes: la una recibe un décimo del producto y la otra los restantes nueve décimos. En consecuencia, y mirando la cosa en un principio de equidad, si la propiedad experimenta mejoras y llega a producir dos o tres veces más que antes, los gastos para estas mejoras deben sobrellevarse en idéntica proporción que en la repartición de los productos. Pero no ocurre así con los diezmos; el labriego lleva sobre sí todos los gastos, mientras que el propietario del diezmo se aprovecha de las mejoras en una décima parte, lo que, sumado al diezmo original, hace que perciba el valor de dos décimos en lugar de uno. Éste es otro de los casos que piden una Constitución.

La Constitución francesa ha abolido totalmente, o renunciado, a la *tolerancia* o *intolerancia* religiosas, habiendo establecido un DERECHO UNIVERSAL DE CONCIENCIA.

La tolerancia no es lo *contrario* de la intolerancia, sino su *falsificación.* Una y otra son despotismos. La una se arroga a sí misma el derecho de no otorgar la libertad de conciencia; la otra, el de concederlo. La una es el papa, armado con el fuego y la pira; la otra es el mismo papa vendiendo indulgencias. La primera podemos representárnosla en la fórmula Iglesia y Estado, la última es la Iglesia y el comercio.

Pero la tolerancia puede ser considerada a una luz mucho más fuerte. El hombre no se adora a sí mismo, sino a su Hacedor; la libertad de conciencia que reclama no es para emplearla en su provecho, sino para emplearla en servicio de su Dios. En este caso, y por consecuencia, debemos asociar dos seres: el *mortal,* que rinde la adoración, y el *ser* INMORTAL, que es objeto de la misma. Por tanto, la tolerancia no se coloca entre hombre y hombre, ni entre Iglesia e Iglesia, ni entre una confesión religiosa y otra, sino entre el hombre y Dios, entre el ser que adora y el *Ser* que es adorado; por el solo hecho de asumir una autoridad mediante la cual tolera al hombre que preste su adoración, se arroga de modo presuntuoso y blasfematorio el derecho de tolerar al Todopoderoso que reciba esa adoración.

Si se presentara ante el Parlamento un proyecto titulado *Ley para tolerar o dar libertad al Todopoderoso de recibir la adoración de los judíos y los turcos,* o *para prohibir al Todopoderoso que la reciba,* todos los hombres se alarmarían, calificándola de blasfemia. Habría una gran conmoción. Quedaría desenmascarada la presunción de la tolerancia en asuntos religiosos; pero la presunción no es menor, porque el nombre del "Hombre" sea el único que aparezca en esa ley, porque no puede separarse de esa idea la asociación entre lo *adorado* y el *adorador.* ¿Quién eres tú, ¡polvo vano y cenizas! cualquiera que sea tu nombre —rey, obispo, Iglesia, Estado, Parlamento o cualquier otra

cosa—, que te atreves a obstruir con tu insignificancia la relación que debe existir entre el alma del hombre y su Creador? Ocúpate de lo que te concierne. Si él cree como tú no crees ello prueba que tú no crees como cree él, y no hay poder en la tierra que pueda juzgar entre ambos.

Con respecto a las llamadas confesiones religiosas, si se deja a todo el mundo que juzgue su propia religión, no existe ninguna religión falsa; pero si cada cual tiene que juzgar la religión de los demás, entonces no hay religión que sea verdadera y, en consecuencia, o todo el mundo está en lo cierto o todo el mundo está equivocado. Pero por lo que hace a la religión misma, sin preocuparnos de nombres y en cuanto representa a la familia universal de la humanidad dirigiéndose al objeto divino de la adoración de todos, es *el hombre entregando a su Hacedor los frutos de su corazón;* y aunque esos frutos difieran uno de otro, como son diferentes los frutos de la tierra, se acepta el tributo agradecido de cada uno de los hombres.

Un obispo de Durham, o uno de Winchester, o el arzobispo que precede a los duques, no se negarán a recibir un diezmo consistente en una gavilla de trigo porque no sea un almiar de heno, ni viceversa; ni un cerdo, por no ser ni lo uno ni lo otro; pero esas mismas personas, actuando en nombre de una Iglesia establecida, se niegan a permitir que su Hacedor reciba los diezmos diversos que le ofrece la devoción del hombre.

Uno de los estribillos a que continuamente recurre el señor Burke en su libro es el de "la Iglesia y el Estado". No se refiere a determinada Iglesia ni a determinado Estado, sino a cualquier Estado y a cualquier Iglesia y recurre al término como figura general para sostener la doctrina política de que en cualquier país debe estar unida siempre la Iglesia con el Estado, censurando a la Asamblea Nacional francesa por no haber procedido de este modo. Vamos a dedicar algunas consideraciones al asunto.

Todas las religiones son por naturaleza benignas y amables y están indudablemente unidas a principios de alta moralidad. No habrían podido hacer prosélitos si hubieran predicado en un principio algo que fuera vicioso, cruel, persecutorio, inmoral o perverso. Como todo lo demás, las religiones tienen también su inicio y van actuando por persuasión, ejemplo y predicación. ¿Cómo pierden, pues, su benignidad originaria y se convierten en agrias e intolerantes?

Ello resulta, precisamente, de la unión que recomienda el señor Burke. La Iglesia, al unirse con el Estado, engendra una suerte de animal híbrido, de mula, capaz únicamente de destruir y no de reproducirse, y entonces resulta lo que llamamos *la Iglesia establecida por Ley,* monstruo extraño desde su cuna a los progenitores que lo engendraron, a quienes acaba por atacar y destruir.

La Inquisición española no procede de la religión originalmente profesada, sino de este animal híbrido engendrado por la Iglesia y el Estado. Las hogueras de Smithfield no tienen otro origen; y fue la resurrección de este mismo extraño animal lo que renovó el

rencor y la irreligión en Inglaterra y lo que arrojó a América los denominados cuáqueros y disidentes. Y es que la persecución religiosa no es uno de los atributos originales de ninguna religión, pero es siempre una característica de las religiones legales, es decir de las religiones establecidas por la ley. Si suprimimos esta práctica legal obtendremos el magnífico resultado de que todas las religiones volverán a adquirir su benignidad original. En los Estados Unidos de Norteamérica el sacerdote católico es un buen ciudadano, un hombre bueno y un buen vecino, reuniendo las mismas características un ministro episcopal, y esto surge, independientemente de los hombres, del hecho de que en aquel país no se reconoce oficialmente religión alguna.

Si consideramos este asunto desde el punto de vista temporal, veremos los malos efectos que ha tenido sobre la prosperidad de los pueblos. La unión de la Iglesia y el Estado ha empobrecido a España. La revocación del edicto de Nantes arrojó la manufactura de la seda de Francia a Inglaterra; y la Iglesia y el Estado están hoy arrojando a la industria algodonera de Inglaterra en dirección a Francia y a Norteamérica. Que el señor Burke continúe predicando su doctrina antipolítica de la Iglesia y el Estado. Ello hará algún bien. La Asamblea Nacional de Francia no seguirá su consejo, pero, indudablemente, se beneficiará de su locura. Fue precisamente por la observación directa de los desastrosos resultados de esa doctrina en Inglaterra por lo que los Estados Unidos la evitaron; y es por haberlos experimentado en la misma Francia por lo que la Asamblea Nacional la ha abolido y, como en Norteamérica, ha establecido EL DERECHO UNIVERSAL DE CONCIENCIA Y EL DERECHO UNIVERSAL DE CIUDADANÍA.[19]

El poder ejecutivo reside en ambos países en una persona denominada rey, pero la Constitución francesa distingue entre el rey y el soberano. Considera el oficio de rey como una función y sitúa la soberanía en la nación.

Los representantes de la nación que integran la Asamblea Nacional y que constituyen el poder legislativo tienen su origen en el pueblo y por obra del pueblo, mediante elección, derecho inherente al pueblo. En Inglaterra ocurre de otro modo: este cuerpo surge del establecimiento original de lo que se llama su monarquía; porque, por el hecho de la conquista, todos los poderes del pueblo o de la nación se concentraron en manos del conquistador, quien añadió a tal título el de rey; las mismas cosas que encontramos hoy en Francia como derechos del pueblo o de la nación, son consideradas en Inglaterra como concesiones de lo que se denomina la Corona. El Parlamento de Inglaterra, en sus dos ramas, ha surgido por cartas patentes de los descendientes del Conquistador. La Cámara de los Comunes no se originó como consecuencia del derecho del pueblo a delegar o elegir, sino como una concesión o un regalo.

La Constitución francesa menciona siempre a la nación antes que al rey. El artículo tercero de la Declaración de los Derechos dice:

"El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación." El señor Burke

arguye que en Inglaterra el rey es la fuente —que es la fuente de todos los honores—. Pero como esta idea deriva de la conquista, no la comentaré sino diciendo que la naturaleza de la conquista es volver las cosas de arriba abajo; y como el señor Burke no rehusará el privilegio de hablar dos veces, y como no hay sino dos partes en la figura, la *fuente* y el *caño,* estará en lo cierto si emplea la segunda.

La Constitución francesa coloca al poder legislativo antes del ejecutivo; la ley antes que el rey: *La loi, le roi*. Éste es el orden natural de las cosas, porque tiene que haber leyes antes de que puedan ser puestas en ejecución.

En Francia el rey no se dirige a la Asamblea Nacional diciendo "mi Asamblea", de modo similar a la frase que se emplea en Inglaterra de "mi Parlamento"; ni puede usarla, de acuerdo con la Constitución, ni se le permitiría. Posiblemente en Inglaterra será adecuado el uso, porque, como dije anteriormente, ambas Cámaras del Parlamento se originaron de la Corona por patente o dádiva y no de los derechos inherentes del pueblo, como la Asamblea Nacional en Francia, cuyo nombre denota su origen.

El presidente de la Asamblea Nacional no le pide al rey *que conceda a la Asamblea libertad de palabra,* como ocurre en la Cámara inglesa de los Comunes. La dignidad constitucional de la Asamblea le impide rebajarse a sí misma. La palabra es, en primer término, uno de los derechos naturales que el hombre conserva siempre y, con respecto a la Asamblea Nacional, el uso de la misma constituye su *deber* y la nación es *su autoridad.* Sus miembros fueron electos por el mayor grupo de hombres que haya ejercitado el derecho al voto que ha visto el mundo europeo. No surgen de la inmundicia de los burgos podridos, ni son los representantes vasallos de los aristócratas. Sintiendo la dignidad propia de sus caracteres, la mantienen. El lenguaje parlamentario que emplean en favor o en contra de determinado punto es libre, viril y severo, y se extiende a todas las partes y circunstancias del problema. Si alguna cuestión o asunto se refiere al departamento ejecutivo o a la persona que lo preside (el rey), se debate con espíritu varonil y lenguaje de caballeros, y su respuesta o mensajes se encuentran redactados en el mismo estilo. Ni se yerguen vanidosos con la vacuidad pretenciosa de la ignorancia vulgar, ni se inclinan haciendo las reverencias de la insignificancia adulona. Es que el orgullo gracioso de la verdad no conoce extremos y conserva en todas las circunstancias de la vida humana el verdadero carácter del hombre recto.

Examinemos ahora el otro aspecto de la cuestión. En los mensajes de los Parlamentos ingleses a sus reyes no podemos encontrar ni el espíritu intrépido de los antiguos Parlamentos de Francia, ni la serena dignidad de la actual Asamblea; tampoco percibimos en ellos huella alguna del estilo de las costumbres inglesas, que a veces bordean la rudeza. Como no son ni de origen extranjero ni de producción inglesa, debemos buscar su origen en otra parte, y lo encontramos en los tiempos de la conquista normanda. Son, evidentemente, los modelos propios del vasallaje y subrayan la enorme distancia que no

existe entre otros hombres sino los conquistadores y los conquistados. Que esta idea y estilo del vasallaje predominaba todavía en tiempos de la revolución de 1688 es evidente de la misma Declaración del Parlamento a los reyes Guillermo y María. No habían podido sacudírselos ni aun entonces. Veamos sus palabras: "Nos *sometemos* nosotros, nuestros herederos y nuestra posteridad, para siempre, del modo más humilde y fiel". La sumisión es un término que implica vasallaje, que repugna a la dignidad de la libertad y es un eco del lenguaje que se usaba en los pretéritos tiempos de la conquista.

Como la valoración de todas las cosas se hace por la comparación, aunque la revolución de 1688 haya sido exaltada por determinadas circunstancias más allá de su verdadera significación y valor, deberá encontrar su nivel propio. Ya se encuentra en menguante, eclipsada por el orbe cada vez mayor de la razón y por las luminosas revoluciones de Norteamérica y de Francia. En menos de un siglo habrá pasado, como todos los trabajos y labores del señor Burke, "al panteón familiar de todos los Capuletos". Difícilmente podrá creer entonces la humanidad que existió un país que se llamaba libre, cuyos habitantes buscaron en Holanda a un hombre al que revistieron de poderes con objeto de que les inspirase miedo, dándole más de un millón de libras esterlinas al año, por permitirles someterse como siervos y siervas por sí y por su posteridad, hasta el fin de los tiempos.

Pero existe una verdad que debe ser conocida; he tenido oportunidad de verla; es la de que, *no obstante todas las apariencias, no hay persona alguna que desprecie tanto a la monarquía como los propios cortesanos.* Pero ellos saben muy bien que si otros tuvieran oportunidad de verla como la ven ellos no podría mantenerse más tiempo el malabarismo. Se encuentran en las mismas condiciones de los hombres que viven de un espectáculo y que acaban por familiarizarse de tal modo con la ridiculez de la farsa que terminan por despreciarla; si los espectadores supieran tanto como ellos respecto a lo que pasa entre bambalinas se acabaría el espectáculo y las ganancias que de él se derivan. La diferencia entre un republicano y un cortesano, con respecto a la monarquía, consiste en que el primero se opone a ella, creyendo que es algo, y el último se ríe de ella, sabiendo que no es nada.

Como yo tenía correspondencia con el señor Burke, creyendo que era un hombre de principios más sólidos que lo que su libro nos muestra, le escribí el pasado invierno desde París, dándole cuenta del estado de los acontecimientos en general y de lo próspero y favorable que a mí me parecía. Entre otros temas, me refería en mi carta a la feliz situación en que se encontraba la Asamblea Nacional, pues yo consideraba que pisaba un terreno en el que su deber moral y su interés político se encontraban perfectamente unidos. Sus miembros no empleaban un lenguaje en el que no creyeran sólo por el propósito fraudulento de hacer que los otros creyesen en él. Su situación no requería artificio alguno para mantenerlos, ya que sólo tenía como mira ilustrar a la humanidad.

Su interés no era cultivar la ignorancia, sino hacerla desaparecer. No se encontraba en el caso de un partido ministerial o de oposición en Inglaterra que, aunque parecen contrarios, se encuentran unidos en mantener el misterio común. La Asamblea Nacional tiene que abrir sobre el mundo un depósito de luz. Tiene que enseñar al hombre cuál es su verdadera naturaleza, y mientras más se acerque a ese modelo, más fuerte se hará la Asamblea Nacional.

Si examinamos la Constitución francesa, vemos en ella un orden racional de las cosas. Los principios armonizan con las formas, y ambos, con sus orígenes. Podría decirse, como excusa para las formas malas, que no son más que formas, pero esto es una equivocación. Las formas derivan de los principios de que surgen. Es imposible que una forma mala funcione sobre nada que sea un mal principio. No se puede injertar una forma mala en un principio bueno, y dondequiera que las formas de un gobierno son malas, nos encontramos con un indicio cierto de que los principios también son malos. Y aquí pongo punto final a este asunto. Lo comencé haciendo resaltar que el señor Burke había desistido *voluntariamente* de efectuar una comparación entre las constituciones inglesa y francesa. Se excusa (en la p. 24)[20] de hacerlo diciendo que no tenía tiempo. El señor Burke ha tenido su libro entre manos más de ocho meses y ha producido un volumen de 366 páginas. Como esa omisión perjudica a su causa, su excusa la empeora, y los hombres del lado inglés del canal comenzarán a reflexionar acerca de si no existe un defecto radical en lo que se llama "la Constitución inglesa", que hizo necesario que el señor Burke suprimiera la comparación, evitándose así enfrentarse con aquél.

De la misma manera que el señor Burke no ha escrito sobre las constituciones, tampoco ha escrito sobre la Revolución francesa. No narra su comienzo ni su desarrollo. Sólo expresa su asombro. Dice: "Me parece encontrarme ante una gran crisis, no sólo de los asuntos de Francia, sino de toda Europa, y acaso de más que Europa. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, la Revolución francesa es lo más asombroso que ha ocurrido en el mundo".[21]

Como son los sabios quienes se asombran de las cosas tontas y son las otras gentes las que se asombran de las sabias, yo no sé en qué terreno se coloca el señor Burke para justificar su asombro, pero de lo que sí estoy cierto es de que él no entiende la Revolución francesa. Aparentemente ha surgido, como una creación, de un caos; pero no es sino la consecuencia de una revolución mental que existía en Francia con anterioridad. La mente de la nación había cambiado de antemano y el nuevo orden de cosas ha seguido naturalmente al nuevo orden de pensamientos. En esta parte de mi obra expondré, del modo más conciso posible, el desarrollo de la Revolución francesa, señalando las circunstancias que han contribuido a producirla.

El despotismo de Luis XIV, unido al esplendor de su corte, y la ostentación vana de su carácter, habían humillado de tal modo, fascinándola al mismo tiempo, la mente del

pueblo francés, que éste parecía haber perdido todo sentido de su propia dignidad, bastándole con la de su gran monarca; todo el reinado de Luis XV, notable únicamente por la debilidad y el relajamiento de las costumbres, no hizo otra alteración que extender una especie de letargo sobre toda la nación, que no parecía tener disposición alguna a salir de él.

Los únicos signos en los que es perceptible el espíritu de la libertad durante ese periodo se encuentran en los escritos de los filósofos franceses. Montesquieu, presidente del Parlamento de Burdeos, llegó hasta donde podía ir un escritor que vive bajo un gobierno despótico; y, encontrándose obligado a dividirse entre los principios y la prudencia, su mente aparece a veces envuelta bajo un velo, obligándonos a acreditarle en su favor más de lo que ha expresado.

Voltaire, que era al mismo tiempo el satírico y el adulador del despotismo, tomó otra dirección. Su fuerte descansa en descubrir y ridiculizar las supersticiones que los sacerdotes, unidos con los gobernantes, han venido entretejiendo en los gobiernos. No fue la pureza de sus principios ni su amor por la humanidad (ya que la sátira y la filantropía no concuerdan naturalmente), sino su fuerte capacidad de percibir la imbecilidad bajo sus verdaderas formas y su irresistible propensión a denunciarla, lo que le hizo escribir aquellos ataques. Fueron, sin embargo, tan formidables como si sus motivos hubieran sido virtuosos y merece el agradecimiento, más que la estimación, de la humanidad.

Por el contrario, en los escritos de Rousseau y del abate Raynal encontramos unos sentimientos de amor a la libertad que suscitan nuestra admiración y nuestro respeto y elevan las facultades humanas, aunque cuando lo logran no señalan un propósito determinado, dejando a la mente enamorada de un propósito, pero sin señalarle el procedimiento para llegar a poseerlo.

Los escritos de Quesnay, Turgot y los discípulos y amigos de estos autores son serios, pero sus autores trabajaban bajo la misma desventaja que Montesquieu, sus escritos están llenos de máximas morales de gobierno, pero más bien con el propósito de economizar y reformar la administración del gobierno que el gobierno mismo.

Pero todos estos escritos, y muchos más, tenían peso, y por la diferente manera de tratar el tema del gobierno —Montesquieu, por su juicio y conocimiento de las leyes; Voltaire, por su ingenio; Rousseau y Raynal, por su ánimo, y Quesnay y Turgot por sus máximas morales y sistemas de economía—, los lectores de todas clases encontraban en ello algo que les gustaba, con lo que se fomentó y difundió en toda la nación un espíritu de investigación política en la época en que estalló la lucha entre Inglaterra y las entonces colonias inglesas de Norteamérica.

Es bien sabido que en la guerra en que Francia intervino posteriormente la nación se adelantó al ministerio francés. Cada una de estas entidades tenía su propósito

determinado, pero ellos se dirigían a diferentes objetivos. La una buscaba libertad; la otra, vengarse de Inglaterra. Los oficiales y soldados franceses que fueron a Norteamérica a combatir ingresaron, por así decirlo, en una escuela de libertad y aprendieron allí de memoria no sólo la práctica, sino los principios.

Como era imposible separar los acontecimientos militares que tuvieron lugar en América de los principios de la revolución norteamericana, la publicación de esos sucesos en Francia aparecía necesariamente unida con los principios que los habían producido. Muchos de estos hechos eran en sí mismos principios, tales como la Declaración de Independencia y el tratado de alianza entre Francia y Norteamérica, que reconocía el derecho natural del hombre y justificaba la resistencia a la opresión. El entonces ministro de Francia, conde de Vergennes, no era amigo de Norteamérica, y es justicia y gratitud a la vez decir aquí que fue la reina de Francia quien puso de moda en la corte la causa de Norteamérica. El conde de Vergennes era amigo personal y social del doctor Franklin, y éste había logrado, por sus cualidades humanas de todo género, ejercer una cierta influencia sobre aquél; pero, en lo relativo a los principios, el conde de Vergennes era un déspota.

Hay que tomar también en cuenta —como un eslabón más en la cadena de las circunstancias— la situación del doctor Franklin como ministro de Norteamérica. La diplomacia es en sí misma la más estrecha de las esferas sociales en que el hombre pueda actuar. Impide el trato social por las sospechas recíprocas, de donde resulta que el diplomático es una especie de átomo inconexo que está repeliendo y siendo repelido continuamente. Pero no fue éste el caso del doctor Franklin. El no era diplomático de una corte, sino del *Hombre*. Su carácter como filósofo estaba ya perfectamente definido y su círculo social en Francia era universal. El conde de Vergennes impidió durante mucho tiempo la publicación en Francia de la Constitución norteamericana, traducida al francés; pero hasta en esto se vio obligado a ceder a la opinión pública, ya que por decoro tuvo que admitir lo que se había comprometido a defender. Las constituciones norteamericanas son a la libertad lo que una gramática es a un idioma determinado; definen las partes de su oración e interpretan prácticamente su sintaxis. Otro eslabón de esta gran cadena es la situación peculiar del entonces marqués de La Fayette. Había servido en América como oficial de las tropas revolucionarias, con nombramiento del Congreso, y por la universalidad de sus amistades se encontraba en íntimas relaciones tanto con los elementos civiles del gobierno de aquel país como con los militares. Hablaba su idioma, intervino en las discusiones acerca de los principios del gobierno y era siempre bien recibido en cualquier ocasión.

Cuando terminó la guerra, la causa de la libertad en Francia recibió un enorme refuerzo al regresar a este país los soldados y jefes franceses que habían combatido en Norteamérica. Poseían un conocimiento práctico unido a la teoría de aquélla y todos

estaban deseosos de que se les presentase la oportunidad de ponerla por obra. Hablando con propiedad, el hombre no puede crear las circunstancias para realizar su propósito, pero siempre tiene el poder de mejorarlas cuando se presentan, y así ocurrió en Francia.

El señor Necker fue desplazado del Ministerio en mayo de 1871, y por el mal manejo posterior de las finanzas, sobre todo durante la extravagante administración del señor Calonne, los ingresos del Estado, que eran aproximadamente 24 millones de libras esterlinas por año, resultaron inferiores a los gastos, no porque los ingresos hubieran disminuido, sino porque los gastos habían aumentado; y ésta fue una circunstancia que aprovechó la nación para producir la revolución. El ministro inglés, señor Pitt, ha aludido frecuentemente en sus presupuestos al estado de las finanzas francesas, sin entender el asunto. Si los *parlements* franceses hubieran estado tan dispuestos a registrar edictos que suponían nuevos impuestos como lo está el Parlamento inglés, no hubiera habido desarreglo en las finanzas ni revolución; pero esto se explicará por sí solo con lo que digo posteriormente. Debo indicar aquí el procedimiento con que antiguamente se imponían nuevos tributos en Francia. El rey o, mejor dicho, la corte o el ministerio que obraba empleando su nombre, preparaban los edictos para los impuestos según su libre discreción y los enviaban a los *parlements* para que éstos los registrasen, porque hasta que no estuvieran registrados por los parlamentos no podían ser efectivos. Desde hacía mucho tiempo existían disputas entre la corte y los parlamentos acerca de la extensión de la autoridad de los últimos en este capítulo. La corte insistía en que la autoridad de los parlamentos debía limitarse a hacer objeciones o indicar los motivos por los cuales no se aceptaba dicha medida, reservándose para sí el derecho de determinar si estos motivos estaban bien o mal fundados y, en consecuencia, o retirar el edicto u *ordenar* que se registrara bajo la autoridad real. Los parlamentos insistían en que no sólo tenían derecho a objetar, sino también a rechazar las nuevas medidas financieras, y en esta materia contaban siempre con el apoyo de la nación. Pero debo volver al orden de mi narración y decir que el señor Calonne necesitaba más dinero y que, como conocía la disposición de los parlamentos con respecto a los nuevos impuestos, trató ingeniosamente de conquistarlos por medios más suaves que el de la autoridad directa o de pasar por encima de ellos mediante una maniobra. Con este propósito revivió el proyecto de reunir un cuerpo de hombres procedentes de distintas provincias, bajo la denominación de "Asamblea de Notables", que se reunió en 1787, y que iba a recomendar los nuevos impuestos a los parlamentos o actuar como un parlamento. En 1617 se había convocado otra asamblea de este nombre.

Ya que vamos a considerar esta medida como el primer paso práctico hacia la Revolución, será conveniente que entremos en algunos particulares referentes a la misma. Se ha confundido a la Asamblea de Notables con los Estados Generales, pero se trata de algo totalmente distinto, ya que estos últimos se integran por elección. Las

personas que componían la Asamblea de Notables fueron todas ellas nombradas por el rey; constaba aquella asamblea de 140 miembros. Pero como el señor Calonne no podía contar con una mayoría a su favor dentro del seno de ese cuerpo, se las arregló ingeniosamente para lograr que la mayoría dentro de 140 estuviese integrada por sólo 44 personas y, al efecto, los dividió en siete secciones separadas, compuestas cada una de 20 miembros. Todos los asuntos generales se iban a decidir no por mayoría de personas, sino por mayoría de secciones, y como 11 votos constituían mayoría dentro de cada sección y cuatro secciones la mayoría de siete, el señor Calonne tenía buenos motivos para concluir que con sólo 44 votos podía lograr que prevaleciese su punto de vista en las cuestiones de índole general. Pero todos sus planes le resultaron contrarios, y aquel proyecto redundó en su ruina. El entonces señor marqués de La Fayette fue colocado en la segunda sección, presidida por el conde de Artois, y como las cuestiones financieras eran el objetivo, se trajeron naturalmente a discusión todas las circunstancias conectadas con ello. El señor de La Fayette acusó verbalmente a Calonne de haber vendido tierras de la Corona hasta un total de dos millones de libras, al parecer a espaldas del rey. El conde de Artois (con el propósito de intimidarle, ya que todavía existía la Bastilla) preguntó al marqués si quería poner por escrito su acusación. La Fayette contestó que sí. El conde de Artois no se lo pidió, pero trajo un mensaje del rey en el mismo sentido. La Fayette entonces formuló la acusación por escrito, para que se entregase al monarca, y comprometiéndose a demostrar la verdad de los cargos. No hubo trámites ulteriores en el asunto, pero el señor Calonne fue a poco destituido por el rey y enviado a Inglaterra.

Como el señor de La Fayette, dada su experiencia de lo que había visto en América, conocía mejor que la generalidad de los miembros de la Asamblea de Notables la ciencia del gobierno civil, recayó sobre él gran parte del trabajo. El plan de quienes se proponían establecer una constitución era discutir con la Corte acerca de los impuestos, y algunos de ellos hicieron públicos sus propósitos. Surgieron frecuentes disputas entre el conde de Artois y el marqués de La Fayette. Respecto al déficit existente, el último propuso remediarlo acoplando los gastos a los ingresos en lugar de aumentar éstos y, como ejemplo de reforma, propuso abolir la Bastilla y todas las prisiones del Estado existentes en la nación (cuyo mantenimiento ocasionaba grandes dispendios) y suprimir las *lettres de cachet;* pero estos problemas no atraían por entonces la atención y, por lo que respecta a las *lettres de cachet, una gran mayoría de los nobles se mostró favorable a su mantenimiento.*

La asamblea se negó a discutir el problema de facilitar nuevos impuestos al Tesoro, pues mantuvo la opinión de que no tenía autoridad para ello. En su debate sobre el tema, el señor de La Fayette sostuvo que la imposición de nuevos tributos no podría establecerse sino mediante una Asamblea Nacional, libremente electa por el pueblo, actuando como representante del mismo. El conde de Artois preguntó: "¿Quiere usted

decir los *Estados generales*?" La Fayette repuso que sí. Entonces su interlocutor continuó diciendo: "¿Quiere usted suscribir lo que ha dicho, para conocimiento del rey?" La Fayette contestó que no sólo lo haría, sino que llegaría a sostener que el modo más efectivo sería que el rey conviniese en establecer una Constitución.

Como había fracasado uno de los planes —el de lograr que la Asamblea de Notables actuase como *parlement*— pasó a primer término el otro, el de lograr que hiciera recomendaciones. La asamblea acordó recomendar el registro por el *parlement* de dos nuevos impuestos, uno de timbre y el otro territorial. Se estimaba que ambos producirían cerca de cinco millones de libras esterlinas anuales.

Pero debemos volver nuestra atención a los parlamentos, sobre quienes volvía a recaer la decisión.

El arzobispo de Tolosa (después arzobispo de Sens y ahora cardenal) fue nombrado para administrar las finanzas poco después de la dimisión de Calonne. Se le hizo también primer ministro, cargo que no siempre existía en Francia. Cuando no existía, los jefes de los principales departamentos despachaban directamente los asuntos con el rey, pero cuando se nombraba primer ministro era éste quien debía conocerlos. El arzobispo llegó a adquirir mayor autoridad oficial de la que había tenido ningún otro ministro desde el duque de Choiseul, y la nación se encontraba predispuesta en su favor; pero por una conducta que no merece la pena reseñar desperdició todas sus oportunidades, convirtiéndose en déspota, cayendo en desgracia y siendo nombrado cardenal.

Una vez disuelta la Asamblea de Notables, el nuevo ministro envió a los parlamentos, para su registro, los edictos estableciendo los impuestos recomendados por aquélla. Primero fueron presentados al Parlamento de París; éste respondió diciendo que con las cargas que soportaba la nación sólo debía mencionarse la *palabra impuesto con el propósito de reducirlos,* y rechazó ambos edictos.[22]

Al ocurrir esto, se ordenó la presencia del Parlamento en Versalles, donde, en la forma usual, el rey se presentó ante él en un acto que, bajo el antiguo gobierno, se llamaba Lecho de Justicia, siendo registrados ambos edictos en presencia del monarca por una orden del Estado, del modo referido anteriormente (pp. 109-110).

El Parlamento regresó inmediatamente a París, reanudó formalmente sus sesiones, ordenó que se borrasen los registros hechos y declaró que todo lo que se había hecho en Versalles era ilegal. Todos los miembros del Parlamento recibieron su respectiva *lettre de cachet,* siendo desterrados a Troyes; pero como continuaron tan inflexibles como antes, y como la venganza no podía surtir el efecto de los impuestos, se les permitió volver a París al poco tiempo.

Volvieron a presentárseles los edictos, actuando el conde de Artois como representante del rey. Con este propósito vino desde Versalles hasta París con un gran tren; el Parlamento se reunió para recibirle. Pero los desfiles y paradas no tienen ya

influencia en Francia, y cualesquiera que fuesen las ideas de importancia que llevara al iniciar su viaje, tuvo que retirarse con las de mortificación y descontento. Al descender de su carruaje para subir las escaleras de la casa del Parlamento, la multitud allí reunida en gran número gritaba: "Este es el señor de Artois, que quiere aún más de nuestro dinero, para gastarlo". Como, evidentemente, no presenciaba sino señales de desaprobación a sus propósitos, llegó a impresionarse, y el oficial de la guardia que lo escoltaba dio el grito de *Aux armes! (¡A las armas!)*. Dijo esto en voz tan alta que resonó en las entradas del edificio, produciéndose una confusión temporal. Precisamente yo me encontraba en uno de los salones por donde tenía que pasar y no pude evitarme las reflexiones acerca de lo miserable que es la situación de un hombre a quien no se respeta.

No obstante, trató de impresionar al Parlamento con palabras grandilocuentes, empezando su alocución de la siguiente manera: "El rey, nuestro señor y dueño…" El Parlamento lo recibió muy fríamente y reiteró su determinación de no registrar los edictos, terminándose la entrevista de este modo.

Luego de estas escenas surgió otro nuevo problema. En los distintos debates habidos entre la corte y los parlamentos acerca de los impuestos, el Parlamento de París acabó por declarar que, aunque se venía acostumbrando a registrar los edictos de impuestos, por ser conveniente hacerlo así, el derecho de crearlos pertenecía únicamente a los *Estados Generales* y que, en consecuencia, el Parlamento no podría en lo futuro continuar discutiendo un asunto sobre el que no tenía autoridad. Luego, el rey fue a París para entrevistarse con el Parlamento, en una sesión que duró desde las 10 de la mañana hasta las seis de la tarde, y de un modo que parecía completamente espontáneo, esto es, sin haberlo consultado con el gabinete o ministerio, les dio su palabra de que se convocaría a unos nuevos Estados Generales.

Esta escena produjo otra. El ministro y el gabinete eran adversarios decididos de esta medida porque sabían muy bien que, de llevarse a efecto, caerían, y como el rey no había mencionado el *momento* de la convocatoria, idearon un proyecto para eludirlo sin que apareciera que se oponían a ello.

Con este propósito, la Corte emprendió la tarea de hacer una especie de Constitución. Fue principalmente obra del señor de Lamoignon, guardasellos de la misma, que después se suicidó. Este nuevo plan, que consistía en el establecimiento de un cuerpo llamado *Cour Plénière,* al que se investiría de todos los poderes que el gobierno podía tener ocasión de utilizar. Las personas que lo integraban serían nombradas por el rey, quien cedería a ese cuerpo su discutido derecho a establecer nuevos impuestos, y también se estudiaría la aprobación de un nuevo código penal, así como de otro procesal. El proyecto en muchos puntos contenía mejores principios que aquellos por los cuales venía administrándose el gobierno, pero en sí misma la *Cour Plénière* no era más que otro medio mediante el cual se iba a continuar manteniendo el despotismo, sin aparecer que

actuaba directamente por cuenta propia.

El gabinete tenía muchas esperanzas en su nueva maquinación. Las personas que habían de integrar la *Cour Plénière* estaban ya nombradas, y como era necesario darle buena apariencia, figuraban entre los miembros muchos de los mejores hombres de la nación. Iba a comenzar el día 8 de mayo de 1788, pero surgió oposición contra ella en dos puntos: uno respecto al principio y el otro referente a la forma.

Con respecto al principio, se sostenía que el gobierno no tenía el derecho a transformarse y que, si se admitía por una vez esta práctica, se sentaría un precedente para cualquier otra alteración futura que se desease establecer; que el derecho de modificar el gobierno pertenecía a la nación y no a aquél. Y por lo que hace a la forma, se sostenía que la *Cour Plénière* no era más que un gabinete ampliado.

El entonces duque de la Rochefoucault, Luxemburgo, De Noailles y muchos otros rehusaron aceptar el nombramiento, oponiéndose vigorosamente al plan. Cuando fue enviado a los parlamentos para su registro y que entrase en ejecución el edicto para establecer esta nueva corte, aquéllos se resistieron también. El de París no se limitó a negar el registro, sino que negó la autoridad, renovándose la disputa entre el Parlamento y el gabinete con más fuerza que antes. Mientras el Parlamento se encontraba discutiendo el problema, el Ministerio ordenó que un regimiento de soldados rodease el edificio bloqueándolo. Los miembros del Parlamento mandaron a buscar sus lechos y provisiones, y vivieron como en una ciudadela sitiada, y como no se conseguía nada, se ordenó que el oficial que mandaba las tropas entrara en el edificio del Parlamento y los prendiese, lo que hizo, enviándose a los principales miembros a distintas prisiones. Casi al mismo tiempo llegó, procedente de la provincia de Bretaña, una diputación de personas con el propósito de protestar contra el establecimiento de la tal *Cour Plénière;* el arzobispo envió a la Bastilla a sus componentes. Pero el espíritu de la nación no se amilanó por eso, se daba cuenta de la firmeza del terreno en que se había colocado —la negativa a pagar impuestos— y se limitó a mantener una especie de resistencia pasiva que acabó efectivamente con todos los planes hechos en su contra.

Al fin tuvo que desecharse el proyecto de la *Cour Plénière* y a poco el primer ministro se vio obligado a dimitir, volviéndose a llamar al señor Necker a desempeñar dicho cargo.

El proyecto de establecer la *Cour Plénière* tuvo un efecto sobre la nación, del que ésta no se dio cuenta. Fue una especie de nueva forma de gobierno, que insensiblemente servía para hacer desaparecer el viejo, desgoznándolo de la autoridad supersticiosa de lo antiguo. Era un gobierno destronando a otro gobierno, y el antiguo, al tratar de implantar al nuevo, produjo un abismo.

El fracaso de este proyecto renovó el propósito de convocar los Estados Generales, dando lugar a una nueva serie de movimientos políticos. No existía una forma establecida

para convocar los Estados Generales; lo que éstos representaban, una diputación de lo que entonces se llamaba el Clero, la Nobleza y el Estado Llano, pero el número de sus miembros y la proporción no habían sido siempre los mismos. Reuniones de esa clase sólo se habían convocado en ocasiones extraordinarias, la última de las cuales fue en 1614, y entonces estuvo integrada por representaciones de los tres estados, en idénticas proporciones, votando por estados.

No se escapó a la sagacidad del señor Necker que la manera de 1614 no respondería a los propósitos actuales ni del gobierno ni de la nación. Tal como estaban los asuntos, hubiera sido muy difícil llegar a un acuerdo previo sobre algo. Los debates sobre privilegios y excepciones hubieran sido interminables, demorándose la entrada en discusión de los propósitos gubernamentales y del deseo de la nación de que se estableciese una Constitución. Pero él no quiso decidir en persona sobre la materia, y lo que hizo fue convocar de nuevo a la Asamblea de los Notables para que ésta resolviese. Como este cuerpo estaba integrado principalmente por la aristocracia y el clero bien pagado, decidió atenerse al modo empleado en 1614. Esta decisión era contraria al deseo de la nación y también a los de la Corte, porque la aristocracia se oponía a ambas y luchaba por privilegios independientes de las dos. Entonces se llevó el asunto al Parlamento, quien recomendó que el número de miembros del Tercer Estado debía ser igual al doble de los miembros que representaban los otros dos estados; que debían todos ellos formar una sola Cámara y que los acuerdos se tomaran por un solo cuerpo. Se convino finalmente en que habría 1 200 miembros, 600 de los cuales serían electos por el Estado Llano (siendo este número menor del que realmente tendrían derecho si su prestigio y valor se hubiesen considerado en escala nacional), 300 por el Clero y 300 por la Nobleza; pero con respecto al modo de reunirse, si en su totalidad o separadamente, y en cuanto a la manera en que debía votarse, se pospusieron estas cuestiones para más adelante.[23]

La elección que siguió, no fue muy reñida, sino muy animada. Los candidatos no eran hombres, sino principios. Se formaron sociedades en París, que al través de comités de correspondencia y comunicación establecidos en toda la nación, esparcían sus ideas con el propósito de ilustrar al pueblo, explicando a éste los principios del gobierno civil, y tan ordenada resultó la elección que no dio lugar al menor rumor de tumultos o motines.

Los Estados Generales debían haberse reunido en Versalles en abril de 1789, pero no lo hicieron hasta mayo. Se reunieron en tres salones diferentes, mejor dicho el Clero y la Nobleza se retiraron cada uno de ellos en una habitación separada.

La mayoría de los aristócratas sostenía lo que llamaban el privilegio de votar como cuerpo separado, y de dar su consentimiento o su negativa a los asuntos a ellos sometidos de esa manera. Muchos de los obispos y miembros del alto clero reclamaban para su orden el mismo privilegio. El *Tiers État* (como se le llamaba entonces) desaprobó

esa situación, negándose a reconocer cualquier orden artificial o privilegio de la misma índole, y no sólo se demostraron decididos en el punto, sino hasta desdeñosos. Comenzaron a considerar a la aristocracia como una especie de hongos cuyo crecimiento se debe a la corrupción de la sociedad, y a sostener que ni siquiera debían admitirse sus miembros como rama de aquélla; sosteniendo que de la disposición marcada de los aristócratas a que se mantuviesen las famosas *Lettres de Cachet* y otras instituciones similares, resultaba evidente que no podría integrarse ninguna Constitución, admitiendo hombres que presentaran otras características además de la de pertenecer a la nación.

Después de diversas discusiones sobre este tema, el *Tiers État* se declaró a sí mismo, en virtud de una moción presentada por el Abate Sieyès "LOS REPRESENTANTES DE LA NACIÓN"; añadiendo "que los otros órdenes podían ser considerados como diputados de corporaciones, y sólo podían tener voto deliberante cuando se reuniesen con carácter nacional, con los representantes nacionales".

Con este procedimiento se acabó con la rúbrica *États Généraux* o Estados Generales, dando lugar a la que hoy mantienen de *L'Assemblée Nationale* o Asamblea Nacional.

La moción de Sieyès no se hizo precipitadamente. Fue el resultado de frías deliberaciones y fue acordada entre los miembros del Tercer Estado y los miembros patriotas de los otros dos órdenes, que veían claramente la tontería, injusticia y daños que resultaban de distinciones privilegiadas artificiales.

Se hizo evidente que no podía establecerse ninguna Constitución merecedora de tal nombre sobre otra base que no fuese la de la totalidad de la nación. La aristocracia se había venido oponiendo al despotismo de la corte y fingía el lenguaje del patriotismo, pero se había opuesto a la corte (como se opusieron los barones ingleses al rey Juan) por considerarle su rival, y por los mismos motivos se oponía ahora a la nación.

Al aprobar esta moción, los representantes nacionales enviaron, como se había convenido, una invitación a los de los otros dos órdenes, para que se les uniesen con carácter nacional y continuasen las deliberaciones. Una mayoría de los miembros del clero, principalmente los curas de parroquia, se retiró de la cámara clerical y se unió a la nación y lo mismo ocurrió con 45 miembros de la otra cámara.

Con respecto a la última circunstancia, existe una especie de versión secreta que es necesario explicar; no se juzgó prudente entonces que todos los miembros patriotas de la cámara que se denominaba a sí misma "de los nobles" la abandonasen súbitamente y, en consecuencia de ese convenio, fueron abandonándola gradualmente, dejando siempre dentro de su seno algunos de sus correligionarios tanto para que continuaran razonando en defensa de la unión, como para vigilar a los sospechosos.

En poco tiempo, el número de los nobles que se sentaban con los representantes nacionales aumentó de 45 a 80, y poco después a una cifra mayor, lo que unido a la mayoría del Clero y al total de los procedentes del Tercer Estado disminuyó mucho la

importancia de los descontentos.

El rey, que al revés de la generalidad de las personas designadas con ese nombre, es un hombre de buen corazón, se mostró dispuesto a recomendar la unión de las tres cámaras, sobre la base adoptada por la Asamblea Nacional, pero los irreductibles trataban de evitarlo de todas maneras, y comenzaron a estudiar otro proyecto con ese propósito.

Se componía este grupo de una mayoría de la cámara aristocrática y una minoría de la clerical, principalmente obispos y altos dignatarios de la Iglesia, pero estos individuos estaban decididos a todo, valiéndose de la fuerza de la estratagema.

No se oponían a una Constitución, pero tenía que ser dictada por ellos y adecuada a sus opiniones y situaciones particulares.

Por otra parte, la nación se negaba a tomarlos en consideración de otra manera que como ciudadanos, y estaba decidida a excluir totalmente tales pretensiones nuevas. Mientras más visible se hacía la aristocracia, más se le despreciaba; había en la mayoría de los miembros de su seno una visible imbecilidad, falta de inteligencia, un *je ne sais quoi,* que hacía que aunque afectaban ser superiores al ciudadano, fuesen en realidad inferiores al hombre. La aristocracia perdió terreno más por el desprecio que por el odio; se le ridiculizaba como asno, más que temérsele como león. Y es que éste es el carácter general de la aristocracia, de los que se llaman nobles y forman parte de la nobleza, que viene a resultar incapacidad en todos los países.[24]

El plan de los descontentos consistía ahora en estas dos cosas: o bien deliberar y votar separadamente por cámaras (u órdenes), especialmente en aquellas cuestiones referentes a la Constitución (mediante lo cual la cámara aristocrática podía oponerse a cualquier artículo constitucional); o, caso de no lograr este propósito, derrocar por completo a la Asamblea Nacional.

Para lograr cualquiera de estos objetivos, comenzaron a establecer relaciones amistosas con el despotismo con el que hasta entonces habían querido tratar de rivalizar, y el conde de Artois pasó a ser su jefe. El rey (que ha declarado posteriormente que le engañaron) celebró, de acuerdo con los usos antiguos, un *Lecho de Justicia,* en el que aceptó la deliberación y el voto *por tête* (por cabezas) en algunos problemas, pero reservó la deliberación y voto sobre todas las cuestiones relacionadas con la Constitución, a las tres cámaras separadamente.

La declaración del rey se hizo contra el consejo de Necker, quien comenzó a darse cuenta de que ya no estaban conformes en la Corte con su actuación y que se trataba de sustituirlo por otro ministro.

Como todavía se mantenía aparentemente, la reunión en cámaras separadas —aunque en lo esencial había sido destruida— los representantes nacionales, inmediatamente después de oír lo declarado por el rey, se retiraron a sus salones, para deliberar sobre la conveniencia de protestar contra esa decisión y la minoría de la Cámara

(denominada de los nobles), que se había unido a la causa nacional, también se retiró a deliberar, reuniéndose en una casa particular.

Los descontentos, que en este momento planearon una serie de medidas, que se comprometió a llevar a la práctica el conde de Artois, y cuando se dieron cuenta, por el disgusto que provocaba la declaración real y la oposición contra ella, que no podían obtener control sobre la Constitución proyectada, comenzaron a prepararse para su objetivo final: conspirar contra la asamblea y derrocarla.

A la mañana siguiente, los miembros de la Asamblea Nacional se encontraron cerrada la puerta del edificio donde deliberaban, y guardado éste por tropas, se les negó el acceso a los salones. Entonces se retiraron a un local en la vecindad de Versalles, destinado a jugar a la pelota, el más adecuado que pudieron encontrar y, después de reanudar las sesiones, se juramentaron a no separarse bajo ninguna circunstancia —excepción hecha de la muerte— hasta que se hubiera establecido una Constitución. Como el experimento de cerrarles la casa no había tenido más efecto que el de producir una más estrecha unión entre los miembros de la asamblea, se les abrió al día siguiente y los asuntos continuaron en el lugar de costumbre.

Tenemos que considerar ahora el proyecto de formación de un nuevo ministerio, que estaría encargado de derrocar a la Asamblea Nacional. Como se hacía imprescindible el uso de la fuerza, se dictaron órdenes para reunir 30 000 hombres dándosele el mando a Broglie, uno de los que iban a integrar el ministerio proyectado, al que se hizo regresar del campo con este propósito. Pero como era necesario algún cuidado para mantener secreto el plan hasta el momento en que la ejecución estuviera lista, se creyó oportuno hacer pública una declaración, poniéndola en boca del conde de Artois, a la que debemos referirnos aquí.

No podía menos de ocurrir que mientras los descontentos continuasen celebrando sus sesiones separadas de la Asamblea Nacional, se produjera una atmósfera más excitada que si se hubieran mezclado con ella y era más fácil que se sospechara de ellos; pero como habían tomado esa actitud, y querían encontrar un pretexto para cesar, era necesario idearlo. Entonces De Artois declaró: “que si ellos [los miembros disidentes] no tomaban parte en las deliberaciones de la Asamblea Nacional, estaría en peligro la vida del rey”. Hecha esta declaración, abandonaron su actitud y se mezclaron con la asamblea en un solo cuerpo.

En el momento en que se hizo esta declaración, se consideró por la generalidad de la gente que era una idea absurda, lanzada por el conde de Artois, y que no tenía más propósito que sacar a los miembros disidentes de la situación insignificante en que se encontraban; y si no hubiera habido nada más que esto, la conclusión habría sido buena. Pero como las cosas se explican por su propio desarrollo, resultó que esta unión aparente era sólo una cubierta de las maquinaciones que seguían su camino secretamente y que

esa declaración se acomodaba a tal propósito. Poco tiempo después, la Asamblea Nacional se encontró rodeada de tropas, cuyo número iba acrecentándose diariamente por miles. Al observar tal situación, la Asamblea Nacional aprobó una fuerte reclamación al rey, quejándose de la impropiedad de tal medida y solicitando la razón de la misma. El rey que, como declaró posteriormente, no estaba en el secreto del asunto, respondió que no tenía más propósito que preservar la tranquilidad pública que parecía encontrarse muy turbada.

Pocos días después, el complot se reveló plenamente. Necker y sus compañeros de gabinete fueron desplazados, formándose otro ministerio compuesto por enemigos de la República, y Broglie y sus 25 000 o 30 000 hombres de tropas extranjeras llegaron para apoyarlo. Se había arrojado la máscara y la situación hizo crisis. El resultado fue que en un espacio de tres días el nuevo ministerio y sus partidarios encontraron prudente abandonar el país; se tomó la Bastilla y Broglie y sus tropas extranjeras se dispersaron, como ya quedó narrado en anteriores páginas de esta obra.

Hay algunas circunstancias curiosas en la historia de este ministerio de corta vida y en este cortísimo intento de contra-rrevolución. El Palacio de Versalles donde residía la Corte, no se encontraba a más de 400 varas de distancia del salón donde celebraba sus reuniones la Asamblea Nacional. Ambos lugares eran en este momento como los cuarteles generales de dos ejércitos combatientes; a pesar de ello la Corte se encontraba perfectamente ignorante de toda información que llegaba a la asamblea desde París como si hubiera estado a 100 millas de distancia. El entonces marqués de La Fayette, quien, como ya dije, había sido electo para presidir la asamblea, en este momento particular designó tres sucesivas diputaciones de la asamblea para que se entrevistaran con el rey en la mañana y en la tarde del mismo día en que se tomó la Bastilla, diputaciones que tenían por objeto informar y conferenciar con aquél acerca del estado de los asuntos; pero el Ministerio, que ni siquiera sabía que la Bastilla estaba siendo atacada, evitó toda comunicación y ya se regocijaba de lo rápidamente que había alcanzado el éxito que esperaba. En pocas horas llegaron noticias tan precisas, tan concretas y tan rápidas y tan contrarias a sus deseos, que quienes lo integraban comenzaron a abandonar sus mesas y a correr, empleando disfraces diversos, ninguno de ellos con su verdadera personalidad. Estaban poseídos de una ansiedad tal, que deseaban adelantarse a las noticias, porque de no ser así iban a ser detenidos y aunque aquéllas llegaban rápidamente, no corrieron tanto como ellos.

Conviene decir aquí, que la Asamblea Nacional no persiguió a esos conspiradores fugitivos ni los tomó en cuenta ni trató de tomar contra ellos ninguna represalia.

Ocupada como se encontraba en establecer una Constitución, basada en los Derechos del Hombre y en la Autoridad Popular, la única sobre la que debe fundarse el gobierno de cualquier país, la asamblea no experimentó ninguna de las pasiones mezquinas que

señalan a los gobiernos injustos, fundados en su propia autoridad o en el absurdo de la sucesión hereditaria. Es facultad de la mente humana convertirse en lo que intenta ser y obrar al unísono con su propósito.

Habiendo terminado con la conspiración, una de las primeras tareas de la Asamblea Nacional —en lugar de desatarse en proclamas vindicativas, como ha ocurrido con otros gobiernos— fue la de promulgar una Declaración de los Derechos del Hombre como base sobre la cual iba a erigirse la nueva Constitución, declaración que transcribo en las páginas siguientes.

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO
(hecha por la Asamblea Nacional de Francia)

Los representantes del pueblo francés, constituidos en Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido o el menosprecio de los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer, en una declaración solemne, los derechos naturales, imprescriptibles e inalienables del hombre, a fin de que esta declaración, constantemente presente en las mentes de los miembros del cuerpo social, les recuerde siempre sus derechos y deberes; a fin de que pudiendo en todo momento ser comparados los actos del poder legislativo y los del poder ejecutivo con el objeto de toda institución política sean así más respetados; y a fin de que las reclamaciones de los ciudadanos, fundadas desde ahora en principios simples e indiscutibles, resulten siempre en el mantenimiento de la Constitución y en la felicidad de todos.

En consecuencia, la Asamblea Nacional reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, los siguientes Derechos del Hombre y del Ciudadano.

I. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden fundarse más que sobre la utilidad común.

II. El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.

III. El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún cuerpo ni individuo puede ejercer ninguna autoridad que no emane expresamente de ella.

IV. La libertad consiste en poder hacer todo lo que no dañe a otro; por tanto, el ejercicio de los derechos naturales del hombre no tiene otros límites que aquellos que aseguran a los demás miembros de la sociedad el goce de los mismos derechos. Estos límites no pueden ser determinados más que por la ley.

V. La ley no tiene derecho a prohibir más que las acciones nocivas a la sociedad. Todo lo que no está prohibido por la ley, no puede ser impedido, y a nadie se puede obligar a hacer lo que la ley no ordena.

VI. La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen el

derecho de concurrir a su formación, personalmente o por sus representantes. Debe ser la misma para todos, tanto cuando proteja como cuando castigue. Siendo todos los ciudadanos iguales ante sus ojos, todos son igualmente admisibles para todas las dignidades, cargos y empleos, según su capacidad, sin otras distinciones que las de sus virtudes y talentos.

VII. Ningún hombre podrá ser acusado, detenido o preso sino en los casos determinados por la ley y con arreglo a las formalidades prescritas por ella. Quienes soliciten, expidan, ejecuten o hagan ejecutar órdenes arbitrarias, deben ser castigados; pero todo ciudadano llamado o detenido, en virtud de la ley, debe obedecer en el acto; se hace culpable por la resistencia.

VIII. La ley no debe establecer más que las penas estricta y evidentemente necesarias, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito y legalmente aplicada.

IX. Presumiéndose inocente a todo hombre mientras no haya sido declarado culpable, si se juzga indispensable detenerlo, todo rigor innecesario para asegurarse de su persona, debe ser severamente reprimido por la ley.

X. Ningún hombre debe ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, con tal que su manifestación no perturbe el orden público establecido por la ley.

XI. La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre; todo ciudadano puede, pues, escribir e imprimir libremente, salvo la responsabilidad por el abuso de esta libertad, en los casos determinados por la ley.

XII. La garantía de los derechos del hombre y del ciudadano necesita una fuerza pública; por tanto, esa fuerza se instituye en beneficio de todos y no para la utilidad particular de aquellos a quienes está confiada.

XIII. Es indispensable una contribución común para el mantenimiento de esta fuerza pública y para los gastos de la administración. Debe ser repartida igualmente entre todos los ciudadanos con arreglo a sus medios.

XIV. Los ciudadanos tienen el derecho de comprobar por sí mismos o por sus representantes, la necesidad de la contribución pública, consentirla libremente, seguir su empleo y determinar su cuota, el reparto, el cobro y la duración.

XV. La sociedad tiene derecho a exigir cuentas de su administración a todo agente público.

XVI. Toda sociedad, en la cual la garantía de los derechos no está asegurada, ni determinada la separación de poderes, no tiene Constitución.

XVII. Siendo las propiedades un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ellas, sino cuando una necesidad pública, legalmente comprobada, lo exija evidentemente y bajo la condición de una justa y previa indemnización.

OBSERVACIONES SOBRE LA DECLARACIÓN DE DERECHOS

Los primeros tres artículos comprenden en términos generales el conjunto de la declaración. Todos los demás, se originan en aquéllos o le siguen como aclaraciones. Los artículos 4º, 5º y 6º definen más particularmente lo que sólo se expresa de un modo general en los tres primeros.

Los 7º, 8º, 9º 10º y 11º son declaraciones de principios sobre los que deben basarse las leyes conforme a los derechos ya declarados. Pero, tanto en Francia como en otros países, muchas gentes se preguntan si el artículo décimo garantiza suficientemente el derecho que en él se reconoce, porque despoja a la religión de toda dignidad divina, debilitando su fuerza operativa sobre la mente, al convertirla en tema de leyes humanas. Se presenta al hombre como una luz interceptada por un medio nublado, en el cual la fuente está oscurecida y fuera del alcance de su vista y entonces el hombre no percibe nada que deba ser objeto de su reverencia en ese rayo oscurecido.[1]

Los artículos subsiguientes, comenzando con el 12º, están sustancialmente contenidos en los principios de los anteriores; pero en la situación particular en que se encontraba Francia, teniendo que deshacer lo que estaba mal hecho y establecer lo que era justo, se creyó pertinente insistir en lo que en otras condiciones hubiera sido innecesario.

Al tiempo que se consideraba por la asamblea la Declaración de los Derechos, algunos de sus miembros hicieron notar que si iba a proclamarse una Declaración de Derechos, ésta debía ir acompañada por otra de deberes. Esta observación descubre mentes que reflexionaban, y que sólo erraron al no reflexionar lo suficiente. Una Declaración de Derechos constituye, por reciprocidad, una Declaración de Deberes. Todo lo que es mi derecho como hombre, es también el derecho de otro hombre y se convierte en mi deber garantizarlo tanto como poseerlo.

Los primeros tres artículos son la base de la libertad, lo mismo individual que nacional. No puede llamarse libre ningún país mientras su gobierno no se derive de los principios en ellos contenidos y no los conserven puros, y la Declaración de Derechos en su conjunto resulta más valiosa para el mundo y le hará más bien en definitiva, que todas las leyes y estatutos que han sido promulgados hasta ahora.

En el exordio que precede a la Declaración de los Derechos contemplamos el solemne y majestuoso espectáculo de una nación que inicia sus labores bajo los auspicios de su

Creador, con el propósito de establecer un gobierno y esto constituye una escena tan nueva, tan trascendentalmente inigualada por todo lo que antes ha ocurrido en el mundo europeo, que el nombre de revolución es inferior a él; se eleva a la categoría de REGENERACIÓN DEL HOMBRE. ¿Qué son los gobiernos actuales de la Europa, sino escenarios de iniquidades y opresiones? ¿Qué es el gobierno de Inglaterra? ¿No dicen todos sus habitantes que es un mercado, en el que todo hombre tiene su precio, y donde la corrupción se ha convertido en práctica común a expensas de un pueblo engañado? No nos maravillemos, pues, de que se trate de presentar bajo otras luces a la Revolución francesa. Si se hubiera limitado a la destrucción del despotismo flagrante, es posible que el señor Burke y otros hubieran permanecido callados. Su grito es ahora: "Ha ido demasiado lejos". Es decir, ha ido demasiado lejos para ellos. Como ataca a la corrupción de frente, toda la tribu venal está alarmada. Sus temores se descubren en sus indignaciones y no hacen sino publicar la queja de sus vicios heridos. Pero tal oposición no significa para la Revolución francesa un perjuicio, sino un homenaje. Mientras más se le golpee, más chispas producirá. Y lo que temo es que no se le golpee lo suficiente. No tiene nada que temer de los ataques; la verdad le ha dado su fundamento y el tiempo recordará a la Revolución francesa con un nombre tan duradero como el suyo.

Como ya he descrito el proceso de la Revolución francesa a través de sus principales etapas, desde su inicio hasta la toma de la Bastilla, y su fundamentación en los Derechos del Hombre, cierro este capítulo con el enérgico apóstrofe del señor de La Fayette: "Ojalá que este gran monumento elevado a la libertad sirva de lección a los opresores y de ejemplo a los oprimidos!"[2]

CAPÍTULO MISCELÁNEO

Para evitar interrumpir la argumentación en las páginas precedentes de este trabajo, o de la narración que le siguen, me he reservado algunas observaciones para incluirlas en un capítulo misceláneo; con lo que la variedad no podrá ser censurada por motivar confusión.

Es que el libro del señor Burke es *todo* miscelánea. Su intención fue atacar a la Revolución francesa; pero en lugar de proceder con orden premeditado, la ha atacado con multitud de ideas que caen unas sobre otras, destruyéndose.

Pero estas confusiones y contradicciones en el libro del señor Burke son fácilmente explicables. Cuando un hombre en una empresa larga pretende dirigir un curso por algo que no sea una verdad o principio polar, es seguro que perderá el rumbo. Mantener unidas todas las partes de su argumentación y hacer del todo una unidad, son cosas que están más allá del alcance al no tener siempre a la vista esa guía. Ni la memoria ni la invención pueden suplir su falta. La primera le falla; la última le traiciona.

A pesar de los absurdos —pues no merecen otro nombre— que el señor Burke ha afirmado acerca de las sucesiones hereditarias, y de que una nación no tiene el derecho de formar un gobierno por sí misma, ocurre que en su obra el señor Burke nos ofrece una definición de lo que es el gobierno.

"El gobierno, nos dice, es una invención de la sabiduría humana". Admitiendo que el gobierno sea un instrumento de la sabiduría humana, tiene necesariamente que seguirse de ello que tanto la sucesión hereditaria como los denominados derechos hereditarios no pueden formar parte de él, porque es imposible hacer hereditaria la sabiduría; y por otra parte, que no puede ser una invención sabia la que entrega su manejo —es decir, el manejo de la nación—, a la sabiduría de un idiota.

El terreno en el que se coloca el señor Burke, resulta fatal para todas y cada una de las partes de la causa que defiende. La argumentación pasa de los derechos hereditarios a la sabiduría hereditaria, y entonces surge la pregunta: ¿quién es el hombre más sabio?

Debe entonces demostrarnos que cada uno de los que se encuentran en las líneas de las sucesiones hereditarias ha sido un Salomón o, caso contrario, no ha tenido título bastante para ser rey.

¡Y qué tanto se ha anotado el señor Burke! Usando una frase de marineros, ha fregado el puente y escasamente ha dejado legible un nombre o dos en la lista de los

reyes, y con una guadaña tan formidable como las de la Muerte y el Tiempo, ha segado y diezmado la Cámara de los Lores.

Pero parece que el señor Burke previó esta réplica y ha procurado protegerse, haciéndonos creer que el gobierno no es sólo una invención de la sabiduría humana, sino también un monopolio de sabiduría.

Coloca a un lado la nación como integrada por tontos, y al otro su gobierno de sabios, todos ellos sabios de Gotham,[1] y entonces, proclama que "los hombres tienen un DERECHO a que se procure satisfacer esas NECESIDADES mediante esa sabiduría". Después de hacer esa proclamación procede a explicarnos cuáles son las *necesidades* del hombre y también en qué consisten sus *derechos.*

En esto ha procedido diestramente, porque convierte sus necesidades en una *necesidad* de sabiduría; pero como eso constituye un consuelo poco eficaz, se toma el trabajo de informar a los hombres que tienen un *derecho,* no a la sabiduría, sino a ser gobernados por ella; y con el propósito de imbuirles la reverencia solemne hacia este monopolio gubernamental de la sabiduría y a su vastísima capacidad para todos los propósitos, posibles o imposibles, justos o equivocados, sigue su curso con una importancia misteriosa, casi astrológica, para decirles a los hombres cuáles son esos poderes en estas palabras: "Los Derechos de los Hombres en los gobiernos son sus ventajas; que se encuentran a veces en el equilibrio entre diferencias de bienes; en los compromisos entre *bien* y *mal* y a veces entre *mal* y *mal.* La razón política es un *principio calculador;* suma, resta, multiplica y divide, moral y no metafísica ni matemáticamente, denominaciones morales verdaderas".[2]

Como es posible que el sorprendido auditorio al que el señor Burke supone estar dirigiéndose no entienda muy claramente esta jerga erudita, voy a tratar de interpretarla. Su significado —¡oh, buen pueblo!— es éste: que el gobierno no se encuentra regido por ningún principio; que puede hacer bien del mal, o mal del bien, a su arbitrio. En resumen, que el gobierno es un *poder arbitrario.*

Pero hay algo, que el señor Burke ha olvidado:

Primero: no nos ha demostrado de dónde procede originariamente la sabiduría, y

Segundo: no nos ha demostrado en virtud de qué autoridad comenzó a actuar.

Del modo como nos presenta el asunto, resulta que el gobierno se apodera de la sabiduría o que la sabiduría se apodera del gobierno. No tiene origen, y sus poderes no tienen autoridad. En resumen, es una usurpación.

No quiero detenerme a investigar los motivos, pero ya procedan de un sentimiento de vergüenza o de la conciencia de un defecto radical del gobierno, que es necesario mantener invisible, o de ambas causas, lo cierto es que los defensores de los gobiernos monárquicos nunca se atreven a hacerlos derivar de su fuente, o a llegar hasta ella. Es uno de los *lemas* por los que puede ser conocido. Dentro de mil años quienes vivan en

Norteamérica o Francia podrán mirar hacia atrás con orgullo al contemplar el origen de sus gobiernos respectivos, y decir: *¡Ésta fue la labor de nuestros gloriosos antecesores!* ¿Pero qué puede decir un orador monárquico? ¿De qué puede vanagloriarse? ¡Ah! desgraciadamente no tiene nada sobre qué fundarse. Hay algo que le prohíbe investigar el principio, no vaya a ser que salga de la vieja oscuridad de los tiempos idos un bandido, una especie de Robin Hood, que se aparezca vociferando y diga: *yo soy el origen.* Por muy tercamente que el señor Burke trabajara hace dos años acerca del proyecto de ley de regencia y de sucesión hereditaria, y a pesar de que se ha roto la cabeza buscando precedentes, no tiene suficiente audacia para sacar a Guillermo de Normandía y decirnos: *he aquí al primero de la lista, he aquí la fuente del honor;* porque resultaría que el tal señor era hijo de una prostituta y saqueador de la nación inglesa.

En todos los países las opiniones de los hombres con respecto a los gobiernos están cambiando rápidamente. Las revoluciones de Norteamérica y de Francia han arrojado sobre el mundo un rayo de luz, que alcanza al hombre. Los enormes gastos de los gobiernos han obligado al pueblo a pensar, al hacerle sentir, y una vez que el velo comienza a rasgarse, no admite reparación. La ignorancia tiene una naturaleza peculiar: una vez que se disipa, es imposible restablecerla. Es que originalmente no es nada de por sí, sino la ausencia de conocimientos y aunque se puede *hacer permanecer* a un hombre ignorante, no puede *hacérsele ignorante.*

La mente, al descubrir la verdad, actúa del mismo modo como actúa a través del ojo al descubrir los objetos: una vez que ha sido visto un objeto, es imposible hacer retrotraer la mente a la misma condición en que estaba antes de percibirlo.

Los que hablan de una contrarrevolución en Francia demuestran tener muy poco conocimiento del hombre. No existe dentro del radio del lenguaje humano un conjunto ordenado de palabras que pueda expresar ni siquiera los medios de efectuar una contrarrevolución. Los medios tienen que consistir en borrar absolutamente los conocimientos; y todavía no se ha descubierto la manera de hacer que el hombre *des-conozca* sus conocimientos o *des-piense* sus pensamientos.

El señor Burke está empeñado en vano en detener el progreso del conocimiento; y al venir de él, resulta peor, porque hay una cierta transacción, conocida en la ciudad, que le hace sospechoso de cobrar una pensión procedente de las arcas reales, bajo un nombre ficticio. Es posible que esta sea la razón de ciertas doctrinas extrañas que expone en su libro, las que, aunque apuntan aparentemente a la Sociedad de la Revolución, están dirigidas en realidad contra toda la nación. "[El rey de Inglaterra] posee su corona [porque según el señor Burke ella no pertenece a la nación] *a pesar* de la elección de la Sociedad de la Revolución, que no tiene ni un solo voto *individual* o *colectivo* para elegir un rey; y los herederos de Su Majestad en su tiempo u orden ostentarán la corona *con el mismo desdén* por su elección con que ha sucedido Su Majestad en la que

ostenta".[3]

Quién sea rey de Inglaterra, o de cualquier otra parte, o si ha de haber o no rey, o si el pueblo escoge como rey un jefe cheroqui o a un húsar de Hesse, no es cosa que me preocupe; allá él; pero la doctrina, en cuanto esto se relaciona con los derechos de los hombres y de las naciones, me parece lo más abominable que se haya podido musitar en el país más esclavizado que haya existido bajo los cielos. No puedo juzgar si es que suena peor a mis oídos, no acostumbrados a tales despotismos, de lo que puede sonarle a otra persona; pero sí puedo juzgar ese abominable principio.

No es, como he dicho antes, a la Sociedad de la Revolución a la que ataca el señor Burke; es a la nación, considerada tanto en su carácter *original,* como en el *representativo;* y se ha tomado el trabajo de hacerse entender al decir que los miembros de aquélla no tenían voto *individual ni colectivamente.* La Sociedad de la Revolución está compuesta de ciudadanos de todas clases y de miembros de ambas Cámaras del Parlamento y, en consecuencia, si no existe derecho alguno para que voten en cualquiera de estas calidades, no puede haber derecho para ninguno de ellos dentro de la nación o dentro del Parlamento. Esta declaración debe obligar a ser cautos a todos los países antes de importar familias extranjeras para que rijan sus destinos. Resulta curioso observar que aunque el pueblo de Inglaterra está acostumbrado a hablar de reyes, es siempre de una dinastía extranjera, y aunque profesa públicamente odio a los extranjeros, se encuentra siempre gobernada por ellos. Ahora resulta que es por la Casa de Brunswick, una de las minúsculas tribus de Alemania. Ha venido siendo la práctica de los Parlamentos ingleses regular lo que se llama sucesión hereditaria (partiendo del supuesto que la nación continuaba aceptando anexionarse una rama monárquica para formar su gobierno; porque sin esto el Parlamento no podía tener autoridad para haberla enviado a buscar a Holanda o a Hannover o imponerle un rey contra su deseo). Yo creo que éste debe ser el límite último al que puede llegar un Parlamento en esta materia, pero el derecho de la nación trasciende a *toda* ella, porque tiene el derecho de cambiar *enteramente* su forma de gobierno. El derecho del Parlamento es sólo un derecho por delegación, en fideicomiso, y procede de una parte muy pequeña de la nación y una de las cámaras no tiene ni siquiera eso. Pero el derecho de la nación es un derecho originario, tan universal como pagar impuestos. La nación es la que paga todo y, en consecuencia, todo debe conformarse a su voluntad general.

Me acuerdo de un discurso pronunciado en lo que se llama la Cámara de los Pares inglesa por el entonces conde de Shelbourne —creo que siendo ministro— aplicable a este caso. Yo no acostumbro a recargar mi memoria con todos los discursos que he escuchado, pero recuerdo aproximadamente las palabras y el sentido de éste. Eran poco más o menos como sigue: "Que la forma de gobierno era una cuestión que depende siempre de la voluntad de la nación, de tal modo, que si ésta escoge una forma

monárquica, tiene derecho a hacerlo; y si después elige ser república, tiene derecho a ser república y a decirle al rey: 'Ya no os necesitamos' ".

Cuando el señor Burke dice que "los herederos de Su Majestad, cada uno de ellos en su tiempo y lugar, ostentarán la corona con el *mismo desdén* por su elección con que ha sucedido Su Majestad en la que ostenta", me parece que es decir demasiado, aun para la persona más humilde del país, que contribuye con parte de su trabajo diario al millón de libras esterlinas anuales que el país dona a la personalidad a la que llama rey. El gobierno insolente es despótico, pero cuando se le añade el desdén se convierte en algo peor, y pagar por ser desdeñado es el extremo de la esclavitud. Esta clase de gobierno procede de Alemania y me recuerda lo que dijo en Norteamérica uno de los soldados del ducado de Brunswick que fue hecho prisionero de los norteamericanos: "¡Ah! América es un magnífico país libre; merece que la gente pelee por él; me doy cuenta de la diferencia porque conozco el mío. En mi país, si el príncipe nos dice que comamos paja, comemos paja". Y yo me dije: ¡que Dios ayude al país, sea Inglaterra o cualquier otro, cuyas libertades se encuentran protegidas por los principios alemanes de gobierno y por príncipes de Brunswick!

Como el señor Burke habla a veces de Inglaterra, otras de Francia y otras del mundo y los gobiernos en general, se hace muy difícil contestar su libro sin recurrir aparentemente a su mismo procedimiento. Aunque los principios de gobierno son temas de carácter general, es casi imposible en muchos casos separarlos de la idea del lugar y circunstancias, sobre todo cuando las circunstancias se utilizan como argumentos, cosa que acostumbra a hacer frecuentemente el señor Burke.

En la primera parte de su obra, y dirigiéndose al pueblo de Francia, dice "Ninguna experiencia nos ha enseñado [se refiere a los ingleses] que nuestras libertades pueden perpetuarse regularmente conservándose sagradas como nuestro *derecho hereditario,* por ningún otro camino o método que el de la *corona hereditaria".* Yo pregunto al señor Burke: ¿quién va a quitárselos? El señor de La Fayette, al hablar a Francia, le dice: "Para que una nación sea libre basta con que lo desee". Pero el señor Burke nos presenta una Inglaterra que carece de capacidad para cuidarse a sí misma, por lo que sus libertades deben ser cuidadas por un rey que tiene "desdén" por ella. Si Inglaterra ha descendido hasta esto, es que está preparándose a comer paja como en Hannover o en Brunswick. Pero, aparte del absurdo de esta declaración, sucede que todos los hechos están en contra del señor Burke. Fue precisamente porque el gobierno era *hereditario* por lo que se pusieron en peligro las libertades del pueblo. Carlos I y Jacobo II son ejemplos de esta verdad; y, a pesar de ello, ninguno llegó a tener "desdén" por la nación.

Como a veces resulta ventajoso al pueblo de un país escuchar lo que otros pueblos tengan que decir acerca de él, es posible que el pueblo de Francia pueda aprender algo del libro del señor Burke, y que el pueblo de Inglaterra aprenda también de las respuestas

a que dé lugar. Cuando las naciones disputan acerca de la libertad, se abre un anchísimo campo de debates. La argumentación comienza con los derechos de la guerra, sin sus males; y como el conocimiento es el objeto por el que se lucha, el bando que sufra la derrota obtiene, no obstante, el premio.

El señor Burke habla de lo que llama una corona hereditaria como si ésta fuera un producto de la naturaleza o como si tuviera, como el tiempo, poder para actuar, no sólo independientemente, sino a pesar del hombre; o como si fuera una cosa o tema unánimemente aceptado. Por desgracia, no tiene ninguna de esas propiedades, sino que constituye el reverso de todas ellas. Es un producto de la imaginación, cuya vigencia es mucho más que dudosa y cuya legalidad va a ser negada dentro de muy pocos años.

Pero para conseguir una visión más clara de lo que puede dar el empleo de términos generales, será necesario exponer los distintos aspectos bajo los cuales es posible considerar eso que se llama una corona hereditaria o, más propiamente hablando, un derecho hereditario a la sucesión al gobierno de una nación. Estos aspectos son:

Primero: el derecho de una determinada familia a tenerlo.

Segundo: el derecho de una nación a elegir a una familia determinada para esa función.

Con respecto al primero de esos aspectos, el referente a que una familia se arrogue poderes hereditarios basados en su propia autoridad e independientes del consentimiento de la nación, ningún hombre consciente vacilará en llamarlo despotismo, y sería inútil y lesivo para sus mentes tratar de demostrarlo.

Pero el segundo aspecto, referente a que la nación escoja para que la gobierne a una familia determinada, dándole poderes hereditarios, no parece ser, a primera vista, un acto despótico, pero si los hombre reflexionasen un momento, llevando esa reflexión a sus consecuencias posteriores, pasando de sus personas a las de sus descendientes, verían que la sucesión hereditaria tiene como consecuencia para otros el despotismo que rechazaron cuando se ejercía sobre ellos. Actúa impidiendo que funcione el consentimiento de las generaciones sucesivas; e impedir que funcione el consentimiento es despotismo. Cuando la persona que en cualquier tiempo y lugar se encuentra en posesión de un gobierno, o cualquiera de las que le suceden, dice a una nación: tengo este poder con “desdén” por ti, no explica en qué autoridad basa su pretensión. Para las personas sometidas a esclavitud, la reflexión de que fueron vendidas por sus padres no es un consuelo, sino una agravación de su dolor; y como lo que aumenta la criminalidad de un acto cualquiera no puede ser invocado para probar su legalidad, resulta que no puede establecerse la sucesión hereditaria como cosa legal.

Con el propósito de llegar a un mejor entendimiento de este punto, será necesario considerar a la generación que determinó establecer al frente de un gobierno a una familia determinada con poderes hereditarios, sin tomar en cuenta las generaciones que van a

seguirla; y considerar al mismo tiempo el carácter con que actúa la primera generación con respecto a las sucesivas.

La generación que elige a una persona, colocándola a la cabeza de su gobierno, ya sea con el título de rey o con cualquier otra denominación, actúa por su propia preferencia, prudente o imprudentemente, siempre como agente libre de sí misma.

La persona así exaltada no lo es en virtud de un derecho hereditario, sino por elección y designación, y la generación que ha procedido a elevarla no vive bajo un gobierno hereditario, sino bajo uno de su propia elección implantado por ella.

Si esa generación y la persona designada fueran a vivir por siempre, nunca ocurriría una sucesión hereditaria y, en consecuencia, ésta sólo se produce después de la muerte de aquellas personas.

En consecuencia, como los problemas de las sucesiones hereditarias están fuera de lugar con respecto a la *primera* generación, debemos ahora considerar el carácter en el cual actúa *esa* generación con respecto a la que viene inmediatamente después y a todas las sucesivas.

Se arroga un carácter para el que no tiene ni derecho ni título de ninguna clase. Se transforma de legisladora en testadora y aparece haciendo su TESTAMENTO, que ha de producir consecuencias después de su definición, legando el gobierno, y no sólo trata de legarlo a la generación subsiguiente, sino de establecer sobre ella una forma de gobierno nueva y distinta de aquélla bajo la cual vivió la testadora. Ya hemos observado que ésta no vivió bajo un gobierno hereditario, sino bajo un gobierno de su elección, establecido por ella, y ahora trata, por virtud de un acto de última voluntad o testamento (que no tiene ninguna autoridad para hacer) de privar a la generación inmediata y a las futuras de los derechos y libre representación que ejercitó por sí misma.

Pero aparte del derecho que tenga cualquier generación para actuar como testadora, los propósitos para los cuales lo hace no están dentro del radio de ninguna ley ni testamento ni acto de última voluntad.

Los derechos de los hombres en sociedad no se pueden legar ni son transferibles ni anulables, sino únicamente transmisibles por herencia, y no está en poder de ninguna generación interceptarlos para siempre, suprimiendo la transmisión a la descendencia.

Si la actual generación, o cualquier otra, se encuentra dispuesta a ser esclava, ello no disminuye el derecho de las sucesivas generaciones a la libertad. Las injusticias no pueden transmitirse legalmente.

Cuando el señor Burke trata de sostener la tesis de que en la revolución de 1688 la nación inglesa renunció y abdicó de la manera más solemne sus derechos para sí y para su posteridad hasta el fin de los tiempos, se expresa en un lenguaje que no merece contestación y que sólo puede provocar desprecio hacia sus principios prostituidos o, cuando más, piedad por la ignorancia de que hace gala.

Desde cualquier punto de vista que consideremos la sucesión hereditaria como originada en actos de última voluntad y testamentos de generaciones extinguidas, resulta un absurdo. *A* no puede hacer un testamento para privar de su propiedad a *B* y dársela a *C;* sin embargo, lo que se llama sucesión hereditaria opera en esta forma. Cierta generación extinta hizo un testamento para despojar de sus derechos a la próxima generación y a todas las futuras, y entregar esos derechos a una tercera persona, quien, con posterioridad, se adelanta y dice a los descendientes de la primera, empleando el lenguaje del señor Burke, que *no poseen derechos;* que éstos le han sido transmitidos a él y que él los gobernará *a pesar suyo.* ¡Libra, Señor, a este mundo de tales principios y de tal ignorancia!

Pero, después de todo, ¿qué es la metáfora llamada Corona o monarquía? ¿Es una cosa, un nombre o un fraude? ¿Es una "invención de la humana sabiduría" o de la astucia humana para obtener dinero de la nación bajo pretextos especiosos? ¿Es algo que necesita la nación? Si lo es ¿en qué sentido resulta necesaria, qué servicios realiza, cuáles son sus tareas y cuáles sus méritos? ¿Reside la virtud en la metáfora o en el hombre? ¿Es que acaso el joyero que hace la corona crea también las virtudes de que se supone adornada? ¿Actúa como la gorra de los deseos de Fortunato o la espada de madera de Arlequín? ¿Convierte al hombre en mago? En definitiva ¿en qué consiste? Parece ser que se trata de algo que está pasado de moda y cayendo en ridículo y que algunos países desechan por caro e innecesario. En Norteamérica se considera como un absurdo y en Francia ha declinado tanto que la bondad del hombre y el respeto hacia su bondad personal son los únicos motivos que continúan manteniendo la apariencia de su existencia.

Si el gobierno fuera lo que el señor Burke describe con su frase "una invención de la sabiduría humana", me atrevería a preguntarle: ¿estaba a tan bajo nivel la sabiduría de Inglaterra que fue necesario importarla de Holanda y de Hannover? Pero debo hacer al pueblo inglés la justicia de decir que no ocurría así y, aunque hubiese ocurrido, hubo error en la carga. La sabiduría de cada país, cuando se encuentra propiamente dirigida, es suficiente para todos sus propósitos y no existía en Inglaterra mayor motivo del que había existido en Norteamérica para mandar a buscar un estatúder holandés o un elector alemán. Si un país no puede entender sus propios asuntos, ¿cómo va a entenderlos un extranjero que no conoce sus leyes, ni sus costumbres, ni su lenguaje? Si existiera un hombre tan trascendentalmente superior en sabiduría a todos sus compatriotas que su sabiduría fuese necesaria para instruir a la nación, podría existir una razón en favor de la monarquía; pero cuando miramos un país y observamos cómo cada una de las partes que lo integran entiende sus propios problemas, y cuando miramos el mundo y percibimos que de todos los hombres que lo habitan es precisamente la raza de los reyes la más insignificante por lo que hace a su capacidad, nuestros razonamientos no pueden

menos que conducirnos a que formulemos la pregunta: ¿para qué se conserva a esos hombres?

Si existe algo en la monarquía que nosotros los norteamericanos no entendemos, yo quisiera que el señor Burke fuera tan bondadoso que nos lo dijera. Veo en Norteamérica un gobierno que se extiende sobre un país 10 veces más grande que Inglaterra y que se mantiene con regularidad, con un gasto de sólo la cuadragésima parte de lo que cuesta el gobierno en Inglaterra. Si le pregunto a un hombre allí si quiere ser un rey me responderá en el acto que si lo tomo por idiota. ¿Por qué ocurre esta diferencia? ¿Es que somos más o menos sabios que los otros? Veo en Norteamérica que la generalidad del pueblo vive con un bienestar desconocido en los países monárquicos; y veo que el principio de su gobierno, que es el de los *Derechos iguales del Hombre,* está haciendo rápidos progresos en el mundo.

Si la monarquía es una cosa inútil ¿por qué se mantiene en todas partes? Y si es una cosa necesaria ¿cómo podemos prescindir de ella? Que el *gobierno civil* es necesario es algo que todos los pueblos civilizados están de acuerdo en sostener, pero el gobierno civil es un gobierno republicano. Todas aquellas partes del gobierno de Inglaterra que comienzan en el cargo de gendarme y continúan con los magistrados, juzgados de paz y *assizes* generales, incluyendo el juicio por jurados, son parte del gobierno republicano. No aparece en parte alguna de ellas nada de la monarquía, excepto en el título que Guillermo el Conquistador impuso a los ingleses, obligándolos a llamarle "Su Soberano Señor el Rey".

Se puede concebir fácilmente que una banda de hombres interesados, tales como paniaguados, pensionados, gentiles hombres de cámara, de casa y boca, letrina o Dios sabe qué, pueden encontrar tantas razones justificativas de la monarquía como sean necesarias para el importe de sus sueldos, que se pagan a expensas del país; pero si pregunto al agricultor y al fabricante, al comerciante y al negociante y a quienes trabajan en todas las ocupaciones útiles de la vida, hasta la del jornalero, de qué les sirve la monarquía, no podrán responderme. Si les pregunto qué cosa es la monarquía me responderán que creen que es algo así como una sinecura.

A pesar de que los impuestos de Inglaterra ascienden casi a 17 millones al año, que, según se dice, están destinados al pago de los gastos de gobierno, es evidente todavía que se deja a la nación al cuidado de gobernarse a sí misma y lo hace por medio de sus magistrados y jurados, exclusivamente a su cuenta, basándose en principios republicanos, sin cargo a los gastos de impuestos. Los sueldos de los jueces casi son las únicas cargas que se pagan con cargo a los ingresos. Considerando que todo el gobierno interior se lleva a cabo por el pueblo, los impuestos de Inglaterra debían ser los menores de todos los países europeos, pero, a pesar de esto, resulta lo contrario. Como no puede atribuirse esta situación anómala al gobierno civil, el asunto nos conduce necesariamente a la parte

monárquica.

Cuando el pueblo de Inglaterra envió a buscar al primer Jorge (y resultará un rompecabezas aun para un hombre más sabio que el señor Burke descubrirnos los motivos por los cuales podía desearse su presencia o los servicios que podía prestar) debió haberle puesto, por lo menos, la condición de que abandonase Hannover. Además de las interminables intrigas alemanas que tenían que seguirse del hecho de que un elector alemán fuese rey de Inglaterra, existe una imposibilidad natural de unir en la misma persona los principios de la libertad y los del despotismo o, como se dice en Inglaterra, del poder arbitrario. Un elector alemán es un déspota dentro de su electorado. ¿Cómo, pues, se podría esperar que se adhiriera a los principios de libertad en un país cuando su interés en otro había de mantenerse por el despotismo? Esta unión no puede subsistir, y hubiera sido posible prever que los electores alemanes se convertirían en reyes alemanes o, para decirlo en las palabras del señor Burke, asumirían el gobierno con "desdén". Los ingleses han tenido el hábito de considerar a un rey de Inglaterra únicamente por las características exteriores que presenta; pero mientras dure la conexión esa misma persona tiene a la vez un real sitio en otro país, cuyo interés es diferente al de ellos, resultando contrarios en sí mismos los principios de los gobiernos. A esa persona Inglaterra se le representará como una residencia y el electorado como la finca. Los ingleses pueden desear —y yo creo que lo hacen— buen éxito al principio de la libertad en Francia o en Alemania; pero un elector alemán tiembla ante la caída del despotismo en su electorado; y el ducado de Mecklemburgo, donde gobierna la familia de la actual reina, se encuentra en el mismo estado miserable de poder arbitrario y el pueblo en un vasallaje servil.

No ha habido época en que hubiera sido más necesario para los ingleses permanecer vigilantes ante las intrigas continentales que en la actual y distinguir la política del electorado de la política de su nación. La revolución de Francia ha cambiado por completo las relaciones existentes entre Inglaterra y Francia como naciones; pero los déspotas alemanes, con Prusia a la cabeza, se están combinando contra la libertad; y el apego que tiene el señor Pitt al cargo que ejerce, así como los intereses creados de sus familiares, no nos ofrecen suficiente garantía de que no llegue a participar en esta intriga.

Como todo lo que ocurre en el mundo se convierte en objeto de la historia, voy a dejar por el momento el tema y a pasar revista concisamente al estado de los partidos y la política en Inglaterra, de la misma manera que el señor Burke ha procedido con respecto a Francia.

Si el actual reinado comenzó con desdén o no es cosa que dejo al señor Burke, aunque es cierto que acusaba señaladamente esa apariencia. La animosidad de la nación inglesa era, como se recordará, muy fuerte; y si los verdaderos principios de libertad hubiesen sido tan bien entendidos entonces como ahora prometen serlo, es probable que

la nación no se hubiera sometido con tanta paciencia. Tanto el primer Jorge como el segundo se daban cuenta de que tenían un rival en los restos de los Estuardo, y como no podían menos de considerarse sujetos a la condición de observar buena conducta, tuvieron la prudencia de conservar para sí mismos sus principios alemanes de gobierno; pero cuando la familia de los Estuardo desapareció, esta prudencia dejó de ser tan necesaria como antes.

La lucha entre los derechos y las denominadas prerrogativas continuó enardeciendo a la nación hasta poco tiempo después de la conclusión de la guerra norteamericana, cuando todo se calmó repentinamente y la popularidad de la corte creció como un hongo, de la noche a la mañana.

Para explicar esta rápida transición conviene observar que existen dos especies distintas de popularidad: la una debida al mérito y la otra al resentimiento. Como la nación se había dividido en dos partidos y cada uno de ellos exaltaba los méritos de sus respectivos campeones parlamentarios a favor y en contra de la prerrogativa, nada podía producir una conmoción más general que una coalición inmediata entre esos adversarios de la víspera. Sus partidarios respectivos se quedaron defraudados y excitados por el disgusto producido por esa medida, y no encontraron mejor remedio que unirse en la execración común contra todos los campeones parlamentarios. Apareció un estímulo para el resentimiento aún más fuerte que el producido por la lucha sobre las prerrogativas. La nación abandonó todas las discusiones acerca de estos temas y sólo se preocupó de encontrar una satisfacción. La indignación producida por la Coalición sobrepujó de tal modo la indignación contra la Corte, que la extinguió y, sin que cambiaran los principios de la Corte, el mismo pueblo que había reprobado su despotismo se unió a ella para vengarse del Parlamento de la Coalición. No se trataba de a quién prefería, sino de a quién odiaba más, y los menos odiados pasaron por amados. La disolución del Parlamento de la Coalición, que ofreció una válvula de escape para el resentimiento de la nación, no podía dejar de ser popular; de ahí surgió la popularidad de la Corte.

Transiciones de esta clase ponen a una nación bajo el imperio del despecho, en lugar de principios fijos y firmes, y una vez que se ha dejado dominar por él, por temerario que ello sea, experimenta la necesidad de continuar el procedimiento inicial para justificarse a sí misma. Aprueba las medidas que censuraría en otro momento y se esfuerza en persuadirse de que debe sofocar su propio juicio crítico.

Al elegirse el nuevo Parlamento, el nuevo ministro, señor Pitt, se encontró con una mayoría muy firme; y la nación le dio amplio crédito, no porque lo mereciera, sino porque el país había resuelto hacerlo por resentimiento hacia el ministerio anterior. Llamó la atención pública con una proposición de reforma parlamentaria que, de haber sido puesta en vigor, hubiera equivalido a la justificación pública de la corrupción. Se trataba, nada menos, de que la nación comprara los “burgos podridos”, en lugar de haber

castigado a las personas que traficaban en estas materias.

Pasando por alto los dos escándalos del asunto holandés y la consignación de un millón de libras al año para reducir la deuda pública, la cuestión que ahora se nos presenta con caracteres más señalados es el asunto de la regencia. Jamás, en el curso de mis observaciones, ha tenido más éxito la farsa ni ha sido más completamente engañada una nación. Pero para ponerlo de manifiesto será necesario que examinemos algunas de las circunstancias del problema.

El señor Fox había declarado en la Cámara de los Comunes que el príncipe de Gales, como heredero aparente, tenía derecho en su persona a asumir las riendas del gobierno. El señor Pitt se oponía y, mientras esa oposición se confinaba al terreno de la doctrina, estaba en lo justo. Pero los principios por los que el señor Pitt mantenía la política contraria a la del señor Fox eran tan malos, o quizá peores que los de éste, ya que hubiera establecido una aristocracia sobre la Nación y sobre la pequeña representación que ésta tiene en la Cámara de los Comunes.

No es del caso examinar ahora si la forma de Gobierno inglés es mala o buena; pero tomándola tal como es, sin considerar sus méritos o errores, el señor Pitt se encontraba más lejos de acertar que el señor Fox.

Se supone que el Gobierno consiste de tres partes: mientras que la nación disponga que continúe en esta forma, cada una de esas partes tiene una *posición nacional,* independiente de las otras, ya que ninguna se deriva de las demás. Si el señor Fox hubiera pasado por alto el Parlamento y mantenido que la persona aludida basaba sus pretensiones en la nación, el señor Pitt habría tenido que defender el denominado derecho del Parlamento contra el de la nación.

Aparentemente el señor Fox defendió los derechos hereditarios y el señor Pitt los parlamentarios, pero la verdad es que ambos se basaban en el derecho hereditario y que el señor Pitt adoptó la posición peor.

Lo que se denomina Parlamento se compone de dos cámaras, una de las cuales es más hereditaria y está más lejos del control de la nación de lo que se supone que está la propia Corona. Es una aristocracia hereditaria que ejerce y pretende tener derechos y autoridad imprescriptibles e irrevocables, totalmente independientes de la nación. ¿En dónde estaba, pues, la razón de la merecida popularidad de defender este poder hereditario en contra de otro poder hereditario menos independiente de la nación de lo que presume ser, y de absorber los derechos de toda la nación en una Cámara sobre la que la nación no tiene ni derecho electoral ni control alguno?

El impulso de la nación era acertado; pero actuó sin reflexionar. Aprobaba la oposición que se hacía al derecho defendido por el señor Fox, sin percibir que el señor Pitt estaba defendiendo en oposición a él otro derecho imprescriptible más alejado aún de la nación.

Con respecto a la Cámara de los Comunes, es elegida por una pequeña parte de la nación; pero aunque el voto estuviera tan extendido como los impuestos —como debe ocurrir— no sería sino un órgano de la nación y por lo mismo no podría poseer derechos inherentes. Cuando la Asamblea Nacional de Francia resuelve un asunto, lo resuelve actuando en nombre de la nación; pero cuando el señor Pitt actúa en cuestiones nacionales, en la medida en que se refiere a la Cámara de los Comunes, absorbe los derechos de la nación dentro del órgano, convirtiendo al órgano en nación y a la nación en un cero.

En pocas palabras, el problema de la regencia fue cuestión del millón de libras esterlinas al año, entregadas al departamento ejecutivo, y que maneja éste; el señor Pitt no podía intervenir en la administración de esta suma sin establecer la supremacía del Parlamento; y una vez logrado esto resultaba indiferente quién fuera el regente, ya que debía serlo a sus propias expensas. Entre las cosas curiosas que se discutieron en este asunto, una de las más significativas fue la de convertir en rey al Gran Sello y el hecho de imprimirlo sobre un documento había de constituir autoridad real. En consecuencia, si la autoridad real es un Gran Sello, no es nada en sí; y una buena constitución tendría mucho más valor para la nación del que tienen ahora los tres poderes nominales tal como hoy existen.

El uso continuo y repetido de la palabra *Constitución* en el Parlamento inglés, nos demuestra que no existe ninguna y que el conjunto es sólo una forma de gobierno sin Constitución, que se constituye a sí mismo con los poderes que se le antojan. Si existiera una Constitución, podría uno referirse a ella y el debate sobre cualquier punto de la misma terminaría con la consulta de la Constitución. Un diputado inglés dice que la Constitución es esto y otro sostiene que la Constitución es aquello —hoy día es una cosa, mañana algo distinto— y el hecho de que continúe el debate demuestra que no existe ninguna Constitución. La Constitución es ahora el estribillo del Parlamento, entonado para agradar los oídos de la nación. Anteriormente era la *supremacía universal del Parlamento —la omnipotencia del Parlamento—,* pero desde el progreso de la libertad en Francia, estas frases resuenan con aspereza despótica y ahora al Parlamento inglés ha adoptado la moda de la Asamblea Nacional, pero no su sustancia y habla continuamente de la *Constitución.*

Como la actual generación del pueblo inglés no creó su gobierno, no puede imputársele ninguno de sus defectos, pero que tarde o temprano tiene que recaer en sus manos la tarea de efectuar una reforma constitucional es tan seguro como el hecho de que en Francia ha ocurrido lo mismo. Si Francia —con unos ingresos de cerca de 24 millones de libras esterlinas y una extensión de terreno rico y fértil cuatro veces mayor que Inglaterra, con una población de 24 millones de contribuyentes, y con más de 90 millones de libras esterlinas en oro y plata en circulación, con una deuda menor que la de

Inglaterra— consideró necesario, cualquiera que sea el motivo, llegar a una ordenación de sus asuntos, ello resuelve la cuestión de la consolidación de la deuda pública en ambos países.

Está fuera de la cuestión decir el tiempo que ha durado la Constitución inglesa y sacar de ello la consecuencia del tiempo que deba continuar haciéndolo; la pregunta es ¿cuánto tiempo podrá durar la nueva práctica de la consolidación? Ésta constituye una invención muy moderna y todavía no ha durado ni siquiera lo que la vida de un hombre y, a pesar de ello, en tan corto espacio de tiempo ha acumulado tanto que, unido a los gastos generales se requiere un total de impuestos por lo menos igual al total de la renta territorial de la nación para subvenir a los gastos anuales. Tiene que ser evidente para todos el hecho de que un gobierno no podría continuar el mismo sistema que ha seguido durante los últimos 70 años; y por la misma razón, no podrá continuar siempre así.

El sistema de deuda consolidada no es dinero ni, propiamente hablando, crédito. En efecto, emite en papel una suma igual a la que en apariencia toma a préstamo y descansa sobre impuestos para mantener vivo este capital imaginario mediante el pago de intereses, enviando de nuevo esta anualidad al mercado para ser vendida contra papel ya en circulación. Si se concede algún crédito, es a la disposición del pueblo a pagar el impuesto, y no al gobierno que lo establece. Cuando esta disposición termine, acaba junto con ella lo que se supone crédito del gobierno. El ejemplo de Francia bajo el anterior gobierno nos demuestra que cuando toda una nación está determinada a mantenerse en ese terreno, es imposible obligar por la fuerza al pago de impuestos.

El señor Burke, en la revista que pasa al estado de las finanzas en Francia, afirma que la cantidad de oro y plata en ese país es aproximadamente de 88 millones de libras esterlinas. Al hacer esto, presumo que haya dividido por la diferencia del tipo de cambio en lugar del tipo de 24 libras francesas por una esterlina; ya que la exposición del señor Necker, de quien lo toma el señor Burke, hace ascender aquélla a *2 200 millones de libras,* que es más de 91 millones y medio de libras esterlinas.

El señor Necker, en Francia, y el señor George Chalmers de la Oficina de Comercio y Plantaciones, de la que es presidente Lord Hawkesbury, en Inglaterra, publicaron aproximadamente con la misma fecha, 1786, un estado de la cantidad de dinero que había en cada nación, de acuerdo con las estadísticas de las Casas de Moneda respectivas. El señor Chalmers declaraba, basándose en los informes de la Casa de Moneda que funciona en la Torre de Londres, que la cantidad de dinero circulante en Inglaterra, Escocia e Irlanda, era de 20 millones de libras esterlinas.[4]

El señor Necker dice[5] que el total de dinero en Francia vuelto a amonedar con el metal de las piezas retiradas de la circulación, era de 2 500 millones de libras francesas (más de 104 millones de libras esterlinas y después de deducir la pérdida y la cantidad que puede estar circulando en las colonias, declara que la circulación en Francia

propiamente dicha es de 91 millones y medio de libras esterlinas, pero aun tomando esa cifra como el señor Burke la ha citado, significa más de 68 millones más que la cantidad de dinero que hay en Inglaterra.

Que la cantidad de dinero en Francia no puede ser menor que la que indica esta suma, puede verse en seguida por el estado de los ingresos públicos en aquel país, sin necesidad de referirse a los archivos de la Casa de la Moneda francesa para prueba. Los ingresos del Estado francés antes de la Revolución, eran cerca de 24 millones de libras esterlinas y como entonces no había papel moneda, todos los impuestos se cobraban en plata y oro y hubiera sido imposible cobrar impuestos de esta cuantía sobre una cantidad de dinero en circulación menor que la declarada por el señor Necker. Antes de que se estableciera el papel en Inglaterra, los ingresos eran cerca de una cuarta parte del total de oro y plata que había en la nación, como puede saberse si examinamos el estado de la hacienda inglesa antes del rey Guillermo y la cantidad de dinero que existía en la nación entonces, que era casi igual a la que existe ahora.

No sirve de nada a una nación engañarla o permitir que se le engañe; pero los prejuicios de algunos y las imposturas de otros han venido presentando a Francia como una nación que posee poco dinero, a pesar de que la cantidad es nada menos que cuatro veces lo que posee Inglaterra, y proporcionalmente mucho mayor. Para justificar esta deficiencia por parte de Inglaterra, debemos hacer referencia al sistema inglés de consolidación de deudas públicas. Actúa multiplicando el papel que sustituye al dinero en varias formas y mientras más se multiplica el papel, más oportunidades se presentan de exportar el metálico, hasta llegar a admitir la posibilidad (si se suprime papel de cantidades pequeñas) de que no llegue a circular efectivo alguno.

Sé que éste no es un tema agradable para los lectores ingleses, pero la materia a la que tengo que referirme es tan importante de por sí, que debe llamar la atención de los hombres interesados en las transacciones financieras de carácter público. Existe una circunstancia expuesta por el señor Necker en su *Tratado sobre la administración de finanzas,* que nunca se ha tenido en cuenta en Inglaterra, pero que forma la única base sobre la que puede calcularse la cantidad de dinero (oro y plata) que deba existir en todas las naciones europeas para mantener una proporción relativa con las demás.

Son Cádiz y Lisboa los dos puertos por los que se importa el dinero, oro y plata, procedente de la América del Sur y de allí se reparte y extiende sobre Europa por medio del comercio, aumentando la cantidad de dinero existente en todas partes. En consecuencia, si se pueden comprobar los totales de las importaciones anuales a Europa y las proporciones relativas del comercio exterior de las diversas naciones, ello nos dará una regla suficientemente segura para establecer la cantidad de dinero que pueda poseer cada nación en un momento dado.

El señor Necker demuestra, estudiando los archivos de Lisboa y Cádiz, que la

importación de metales preciosos en Europa asciende anualmente a cinco millones de libras esterlinas. No ha tomado la cifra de un solo año, sino que ha calculado el promedio de 15 años sucesivos, desde 1763 a 1777, ambos inclusive, en cuyo tiempo el total fue de 1 800 millones de libras francesas, que reducidas a libras esterlinas son 75 millones.[6]

Desde el comienzo del Gobierno de la dinastía de Hannover, que ocurrió en 1714, al momento en que el señor Chalmers publicó su libro van transcurridos 72 años y la cantidad importada en Europa en ese tiempo, debe haber sido, de acuerdo con los datos del señor Necker, 360 millones de libras esterlinas.

Si el comercio exterior de la Gran Bretaña constituye la sexta parte del total del comercio exterior de Europa (que es probablemente un cálculo inferior al de los caballeros de la Bolsa), la proporción de esta suma que debería obtener la Gran Bretaña, para mantenerse en proporción con el resto de Europa, sería también la sexta parte, que es 60 millones de libras esterlinas; y si se hace para Inglaterra el mismo cálculo que ha hecho el señor Necker con respecto a Francia acerca de las deducciones por desgaste y pérdidas, la cantidad remanente después de estas restas, sería la de 52 millones y esa suma debía haber estado en la nación al tiempo que el señor Chalmers publicaba sus datos, la que añadida a la suma que había en la nación cuando comenzó a reinar la Casa Hannover, debía hacer cuando menos un total de 66 millones de libras esterlinas; en lugar de ello no había sino 20 millones, cifra 46 millones más baja que la cantidad que le corresponde proporcionalmente.

Como la cantidad de oro y plata importada por Lisboa y Cádiz se puede fijar más exactamente que la de cualquier producto importado en Inglaterra, y como la cantidad de dinero acuñado en la Torre de Londres es todavía más exacta, los datos principales no admiten controversia. En consecuencia, o el comercio de Inglaterra no produce ganancia alguna, o el oro y la plata que produce se esfuma continuamente por canales invisibles, con un promedio de cerca de tres cuartos de millón por año, suma que en el curso de 72 años explica la diferencia; y la ausencia de esa cantidad se suple con papel.[7]

La revolución de Francia va acompañada de muchas nuevas circunstancias, no sólo en la esfera política sino en el círculo de las transacciones financieras. Entre otras, muestra que en una nación rica puede haber un gobierno insolvente. Por lo que toca al anterior gobierno de Francia, era insolvente; porque la nación había decidido no pagar más sus extravagancias, y por lo mismo el gobierno no podía mantenerse, a pesar de que la nación no carecía de nada. Puede decirse que un gobierno es insolvente, siempre que solicite de la nación el pago de su déficit. La insolvencia del último gobierno francés y del actual de Inglaterra no presenta más diferencia que la de las respectivas disposiciones de sus pueblos. El de Francia se negó a auxiliar al antiguo gobierno, mientras que el de Inglaterra se ha sometido a los impuestos, sin hacer investigación alguna. Lo que se llama la Corona en Inglaterra se ha encontrado en estado de insolvencia repetidas veces, la

última de las cuales, según pública noticia, ocurrió en mayo de 1777, cuando solicitó de la nación que le pagase 600 000 libras esterlinas de deudas privadas, que de otra manera no podía solventar.

El error de los señores Pitt, Burke y muchos otros, desconocedores de los asuntos de Francia, fue confundir la nación francesa con el gobierno francés. Efectivamente, la nación francesa se propuso que su gobierno se declarara insolvente con la idea de tomar la dirección de la cosa pública en sus propias manos, reservándose los medios de auxiliar al nuevo gobierno. En un país de tan vasta extensión y población como Francia no puede haber carencia de medios naturales y los políticos aparecen en el momento que la nación lo desea. Cuando el señor Burke, en su discurso pronunciado en el Parlamento inglés, el pasado invierno, echó una ojeada *sobre el mapa de Europa y vio un abismo donde antes estuvo Francia,* estaba viendo visiones. Existía la misma Francia geográfica que antes y dentro de ella todos los medios naturales. El único abismo que pudo haber percibido era el producido por la desaparición del despotismo y que iba a ser colmado por una Constitución dotada de recursos mucho más formidables que el poder que había expirado.

Aunque la nación francesa hizo insolvente al anterior gobierno, no permitió que dicha insolvencia perjudicara a los acreedores, y éstos, considerando a la nación como el pagador efectivo y al gobierno únicamente como su agente, confiaron en la nación de preferencia al gobierno. Esto parece perturbar grandemente al señor Burke, que considera el precedente fatal para la política mediante la cual los gobiernos se consideraban seguros. Han contraído éstos deudas con el propósito de lograr el apoyo de lo que se llama la nación; pero el ejemplo de Francia nos demuestra que la seguridad permanente del acreedor reside en la nación y no en el gobierno, y que en el gobierno, y que en todas las revoluciones posibles que puedan ocurrir en los gobiernos, los medios siguen estando en poder de la nación y ésta continúa existiendo. El señor Burke arguye que los acreedores deben evitar la caída de los gobiernos en quienes han confiado; pero la Asamblea Nacional los ha considerado como acreedores de la nación y no del gobierno, es decir, del dueño y no del mayordomo.

A pesar de que el pasado gobierno de Francia no pudo hacer frente a los gastos ordinarios, el actual ha pagado gran parte de esa suma. Esto se ha logrado por dos procedimientos: reduciendo los gastos del gobierno y vendiendo las propiedades territoriales monásticas y eclesiásticas. Para asegurarse un mundo mejor del que estaban a punto de abandonar, devotos y penitentes que fueran antes libertinos, ladrones y avaros, habían legado en fideicomiso al clero propiedades inmensas, que debían ser empleadas en obras pías; y el clero se limitó a quedarse con ellas. La Asamblea Nacional ordenó que se vendiesen en bien de toda la nación y que se proveyese al sostenimiento decoroso del clero.

Como consecuencia de la Revolución, los intereses anuales de la deuda de Francia van a ser reducidos, por lo menos, en seis millones de libras esterlinas al pagarse cerca de 100 millones de capital, con lo que al disminuir los gastos por lo menos en tres millones, se colocará a Francia en una situación envidiable y digna de ser imitada por toda Europa.

Si se examina el asunto en su totalidad, ¡qué contraste más grande resulta! Al tiempo que el señor Burke hablaba de la bancarrota general en Francia, la Asamblea Nacional estaba devolviendo el capital de su deuda, y mientras en Inglaterra los impuestos han aumentado en cerca de un millón anual en Francia han disminuido varios millones. Tampoco han dicho el señor Burke ni el señor Pitt, en esta legislatura del Parlamento, una sola palabra respecto a los asuntos de Francia o al estado de las finanzas francesas. El tema comienza a ser entendido con toda claridad y ya no sirven los engaños.

En el libro del señor Burke nos encontramos con un enigma general, que corre por todas sus páginas. Escribe indignado contra la Asamblea Nacional, pero ¿por qué se indigna? Si sus afirmaciones fueran tan ciertas como son faltas de base, y Francia, con su revolución, hubiera aniquilado su poder, convirtiéndose en lo que él llama *abismo,* ello podría provocar el agravio de un francés (que se considerara como hombre perteneciente a la nación), y provocar su ira contra la Asamblea Nacional, pero ¿por qué excita la ira del señor Burke? ¡Ah! es que a lo que el señor Burke se refiere no es a la nación francesa, sino a la CORTE, y toda Corte en Europa, temiendo la misma suerte, se encuentra de luto. No escribe ni como francés ni como inglés, sino en el carácter servil de esa criatura conocida en todos los países y en ninguno amada, que se llama CORTESANO. Lo mismo da que sea la Corte de Versalles o la de St. James o la de Carlton House o de la futura Corte; porque los principios rastreros de todas las cortes y los cortesanos son siempre los mismos. Forman una política especial en toda Europa, separada y por encima de los intereses de las naciones y cuando parecen pelearse, están de acuerdo en saquear. No puede haber nada más terrible para una Corte o un cortesano, que la revolución de Francia. Lo que es una verdadera bendición para las naciones, es amargura para ellos y como su existencia depende del engaño de un país, tiemblan ante la aproximación de los principios y temen el precedente que amenaza con destruirlos.

CONCLUSIÓN

La razón y la ignorancia, términos contradictorios, ejercen una gran influencia sobre la gran masa de la humanidad. Si cualquiera de ellos puede extenderse suficientemente en un país, la maquinaria del gobierno marcha con mucha facilidad. La razón se obedece a sí misma y la ignorancia se somete a todo lo que se le dicta.

Los dos modos de gobierno que prevalecen en el mundo son:

Primero: el gobierno por elección y representación.

Segundo: el gobierno por sucesión hereditaria.

El primero se conoce generalmente con el nombre de república; el segundo, con el de monarquía y aristocracia.

Estas dos formas distintas y contrarias se elevan sobre las dos bases distintas y contrarias de la razón y la ignorancia.

Como el ejercicio del gobierno requiere talentos y capacidades y como los talentos y las capacidades no se obtienen por herencia, es evidente que el gobierno hereditario exige al hombre una creencia que su razón no puede suscribir, y que sólo puede establecerse manteniéndole en la ignorancia. De aquí que mientras más ignorante sea un país, se encuentra mejor preparado para esta clase de gobierno.

Por el contrario, en una república bien constituida, el gobierno no requiere que el hombre crea nada más allá de los límites que su razón le impone.

Percibe la *razón de ser* de todo el sistema, su origen y su modo de actuar, y como el sistema está mejor respaldado mientras mejor se le entiende, las facultades humanas actúan con audacia y adquieren bajo esta forma de gobierno una hombría gigantesca.

Así, pues, como cada una de estas formas gubernamentales actúa sobre una base diferente, moviéndose la una libremente con la ayuda de la razón y la otra por la ignorancia, tenemos que considerar aquella especie de gobierno que se designa con el nombre de gobierno mixto, o como algunas veces se designa, ridiculizándolo, un *gobierno de esto, eso* y *aquello.*

El factor predominante en esta clase de gobierno es necesariamente la corrupción. Por muy imperfectas que sean en estos gobiernos mixtos la elección y la representación, ello da, sin embargo, lugar a que la razón actúe en mayor proporción de lo que conviene a la parte hereditaria, y en consecuencia obliga a ésta a tratar de comprar a aquélla.

En un gobierno mixto todo es imperfecto, y es necesario negar y soldar las partes en desacuerdo, valiéndose de la corrupción, para que actúen como un todo. El señor Burke aparece muy disgustado de que Francia, ya que se atrevió a recurrir a una revolución, no haya adoptado lo que llama *una Constitución británica;* y el modo doliente en que se expresa en esta ocasión implica una sospecha de que la Constitución inglesa necesitaba algo para seguir teniendo ocultos sus defectos.

En los gobiernos mixtos no existe responsabilidad, porque cada una de las partes tapa la de las otras hasta que la responsabilidad se esfuma y la corrupción que mueve a toda la máquina, contribuye al mismo tiempo a su propia evasión del castigo. Cuando se establece como máxima que *un rey no puede obrar mal,* lo que se hace es colocarle en un estado de seguridad semejante al de los idiotas y locos, ya que por lo que a él respecta toda responsabilidad está excluida.

Desciende entonces la responsabilidad sobre el ministro, que se ampara bajo una mayoría en el Parlamento, de la que por medio de prebendas, pensiones y otros medios

de corrupción, dispone siempre libremente. Y esta mayoría se justifica a sí misma por la misma autoridad con que protege al ministro. En este movimiento rotatorio se elimina la responsabilidad de las partes y la del todo.

Cuando hay una parte del gobierno que no puede obrar mal, ello implica que no hace nada y que es sólo el instrumento de otro poder, bajo cuya dirección y consejo actúa.

En un gobierno mixto lo que se supone que es el rey es en realidad el gabinete; y como el gabinete es siempre parte del Parlamento y sus miembros justifican en una de sus calidades lo que aconsejan y hacen en la otra, resulta que un gobierno mixto se convierte en un enigma continuo; dada la corrupción necesaria para soldar las partes, lleva consigo la necesidad de que un país soporte a la vez los gastos de todas las formas de gobierno y finalmente se convierta en un gobierno por un comité, dentro del cual los consejeros, los actores, los que aprueban, los que justifican, las personas responsables y las personas no responsables, son las mismas personas.

Por esta pantomima y el cambio de escena y de personalidad, las partes se ayudan unas a otras en asuntos en que ninguna de ellas se atrevería a actuar aisladamente.

Cuando se trata de obtener dinero, esta variedad de caracteres se disuelve aparentemente y se cambia entre ellos una profusión de elogios parlamentarios. Cada uno admira con asombro la sabiduría, la liberalidad y el desinterés de los otros y todos exhalan suspiros lastimeros por las cargas de la nación.

Pero en una república bien constituida, no pueden producirse estas farsas de soldadura, elogios mutuos y conmiseraciones; como la representación es idéntica en todo el país y completa en sí misma, cualquiera que sea la disposición del legislativo y el ejecutivo, todos estos poderes emanan de una fuente natural. Las partes que lo constituyen no son extrañas entre sí como la democracia, la aristocracia y la monarquía. Como no existen distinciones discordantes, no hay nada que corromper mediante el compromiso, ni qué confundir mediante maquinaciones. Las medidas públicas, por su propia naturaleza, se dirigen al entendimiento de toda la nación y como se basan en sus propios méritos, no tienen que recurrir a aduladores llamamientos a la vanidad. La lamentación continua respecto a la carga de los impuestos, por mucho éxito que tenga en los gobiernos mixtos, resulta incongruente con el sentido y el espíritu de una república. Si los impuestos son necesarios, son desde luego ventajosos, pero si requieren excusas, esas excusas llevan en sí mismas, implícitas, una acusación. ¿Por qué se engaña al hombre o por qué se engaña a sí mismo?

Cuando se habla de los hombres como reyes y como súbditos o cuando se menciona al gobierno bajo los títulos distintos o combinados de monarquía, aristocracia y democracia, ¿qué es lo que ha de entender por estos términos el hombre razonable? Si existieran en realidad en el mundo dos o más *elementos* distintos y separados de poder humano, veríamos los distintos orígenes a los que pudieran referirse descriptivamente

esos términos; pero como sólo existe una especie de hombre, no puede haber más que un elemento de poder humano y ese elemento es el hombre mismo. La monarquía, la aristocracia y la democracia no son sino criaturas de la imaginación y se pueden inventar miles de esta especie, de la misma manera que se han inventado esas tres.

De las revoluciones ocurridas en Norteamérica y en Francia, así como de los síntomas que han surgido en otros países, resulta evidente que ha cambiado la opinión del mundo con respecto a los sistemas de gobierno que han venido rigiendo y que las revoluciones no entran dentro del radio de los cálculos políticos.

El progreso de los tiempos y de las circunstancias a las que los hombres atribuyen la realización de grandes cambios es demasiado mecánico para medir la fuerza y el impulso de la mente, así como la rapidez de reflexión que engendran las revoluciones; todos los antiguos gobiernos han sufrido una fuerte conmoción con los que ya han surgido y que eran antes más improbables y constituyen ahora un mayor motivo de asombro de lo que sería una revolución general en Europa.

Cuando consideramos la desastrosa situación del hombre bajo los sistemas de gobierno monárquico y hereditario, arrastrado de su hogar por un poder, o traído por otro, empobrecido por los impuestos más de lo que podía estarlo por sus enemigos, resulta evidente que esos sistemas son malos y que es necesaria una revolución general en el principio y en la construcción de los gobiernos.

¿Qué cosa es el gobierno sino la administración de los asuntos de una nación? No es, ni por su propia naturaleza podría serlo, la propiedad de un hombre determinado o de una familia, sino de la comunidad total, a cuyas expensas se mantiene y aun cuando por maquinaciones y actos de fuerza haya sido convertido en algo hereditario, esta franca usurpación no puede alterar el derecho de las cosas. La soberanía, como derecho, pertenece exclusivamente a la nación y no al individuo; y una nación tiene en todo momento un derecho inherente e imprescriptible a abolir cualquier forma de gobierno si la encuentra inconveniente y a establecer otra conforme a su interés, disposición y felicidad. La distinción bárbara y romanceresca que divide a los hombres en reyes y súbditos, aunque pueda convenir a la situación de los cortesanos, no puede resultar conveniente a la de los ciudadanos; y desaparece al aceptar los principios sobre los cuales se fundan hoy los gobiernos. Todo ciudadano es miembro de la soberanía y como tal no puede reconocer sujeción personal alguna, ya que sólo puede prestar obediencia a las leyes.

Cuando los hombres piensan en la naturaleza del gobierno, deben necesariamente suponer que posee un conocimiento de todos los asuntos y materias sobre los que va a ejercer autoridad. En esta concepción del gobierno, el sistema republicano, tal como hoy se encuentra establecido en Norteamérica y en Francia, comprende a toda la nación; y el conocimiento, necesario al interés de todas las partes, debe encontrarse en el centro,

integrado por las partes mediante la representación; pero los antiguos gobiernos son de tal naturaleza, que excluyen tanto el conocimiento como la felicidad; un gobierno formado por monjes que nada saben del mundo, más allá de los muros de sus conventos, resulta tan ilógico como el gobierno de reyes.

Lo que llamábamos antiguamente revoluciones, eran poco más que simples cambios de personas o alteraciones de las circunstancias locales. Surgían y pasaban como acontecimientos ordinarios y no llevaban en sí mismos nada que pudiera influenciar más allá del lugar donde ocurrían. Pero lo que vemos ahora en el mundo como producto de las revoluciones en Norteamérica y Francia es una renovación del orden natural de las cosas, un sistema de principios tan universal como la verdad y la existencia del hombre, que combina la felicidad moral y política con la prosperidad nacional.

I. Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden fundarse más que sobre la utilidad común.
II. El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son: la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.
III. El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún cuerpo ni individuo puede ejercer ninguna autoridad que no emane expresamente de ella.

En estos principios no hay nada que pueda arrojar a una nación a la confusión, inflamando ambiciones desenfrenadas. Están calculados para atraer la sabiduría y las capacidades y ejercitarlas para el bien público y no exclusivamente para conseguir emolumentos ni el engrandecimiento de grupos particulares de hombres o familias. La soberanía monárquica, enemiga de la humanidad y fuente de la miseria, ha quedado abolida y la soberanía ha sido restaurada en su puesto natural y original, la nación. Si ocurriera así en toda Europa, habría desaparecido la causa de las guerras.

Se atribuye a Enrique IV de Francia, hombre de corazón grande y benévolo, haber propuesto —allá por el año de 1610— un plan para abolir la guerra en Europa: este plan consistía en constituir un Congreso europeo, o como dicen los autores franceses, una República pacífica, integrada por delegados de las distintas naciones, quienes habrían de actuar como Tribunal de Arbitraje en todas las disputas que pudieran surgir entre una nación y las otras.

Si se hubiese adoptado tal plan en la época en que se propuso, los impuestos de Inglaterra y Francia —dos de las partes interesadas— habrían sido en nuestros días por lo menos 10 millones de libras esterlinas anuales menos de lo que eran al comienzo de la Revolución francesa.

Para concebir una causa suficiente para impedir que se adoptara dicho plan (y que en

lugar de Congreso, con el propósito de *impedir* la guerra se convocase únicamente para *terminar* una guerra después de unos gastos estériles de varios años), se hace necesario considerar el interés de los gobiernos como distinto del interés de las naciones.

Todo lo que motiva el establecimiento de impuestos en una nación se convierte también en medio de ingresos para un gobierno. Todas las guerras terminan con un aumento de impuestos y en consecuencia con el aumento de ingresos; y en cualquier caso de guerra, del modo como ahora se inician y se terminan, resultan aumentados los poderes e intereses de los gobiernos. En consecuencia, como la guerra resulta productiva y fácilmente proporciona pretextos para establecer nuevos impuestos y hacer nombramientos para cargos y prebendas, se convierte en parte principal del sistema de los viejos gobiernos; de modo que establecer un sistema cualquiera para abolir la guerra, por muy ventajoso que hubiera resultado para los pueblos, desposeía a los gobiernos de la más lucrativa de sus ramas. Las frívolas causas en que se basan las guerras demuestran la disposición e interés de los gobiernos en mantener el sistema de la guerra y denuncia los motivos en que aquéllos se inspiran.

¿Por qué no es posible conducir a las repúblicas a la guerra, sino porque la naturaleza de sus gobiernos no admite interés distinto al de sus respectivas naciones? Aun Holanda, a pesar de ser una república mal construida y con un comercio que se extiende en todo el mundo, pasó casi un siglo sin sostener guerras; y desde el instante en que la forma de gobierno se transformó en Francia, aparecieron con el nuevo gobierno los principios republicanos de paz y prosperidad domésticas, siendo lógico deducir que las mismas causas producirían las mismas consecuencias en otras naciones.

Como la guerra es el sistema de gobierno en la vieja construcción política, la animosidad que mantienen entre sí las naciones no es sino lo que la política de sus gobiernos excita para mantener vivo el espíritu del sistema. Cada gobierno acusa al otro de perfidia, intriga y ambición con objeto de enardecer la imaginación de sus respectivos pueblos y conducirles a las hostilidades. El Hombre no es el enemigo del Hombre, sino por intermedio de un falso sistema de gobierno. En consecuencia, en lugar de producirse contra la ambición de los reyes, la exclamación debe ir dirigida contra el principio de tales gobiernos; y en lugar de buscar la reforma del individuo, la sabiduría de una nación debe aplicarse a reformar el sistema.

No se trata aquí de si las formas y máximas de los gobiernos que todavía se mantienen estaban adaptadas a las condiciones del mundo en el momento en que se establecieron. Mientras más antiguas sean, menos corresponden al actual sistema de cosas.

El tiempo y el cambio de circunstancias y opiniones producen el mismo efecto progresivo sobre las formas de gobierno que sobre las costumbres y prácticas: hacen que resulten anticuadas. La agricultura, el comercio, las manufacturas y las artes de la paz,

mediante las cuales se fomenta la prosperidad de las naciones, exigen un sistema de gobierno y, para dirigir su acción, unos conocimientos distintos de los que se podían haber requerido en la condición anterior del mundo.

Dado el estado actual de ilustración de la humanidad, no es difícil percibir que los gobiernos hereditarios van hacia su ocaso y que las revoluciones fundadas sobre la amplia base de la soberanía nacional y del gobierno por representación se están abriendo camino en Europa y resultaría un acto de prudencia prever su llegada, y producir la revolución por medio de la razón y mediante acomodamientos en lugar de obligarla a que se produzca como resultado de convulsiones.

Dado lo que ahora vemos, no debe considerarse improbable la reforma en el mundo político. Estamos en una era de revoluciones, en la que puede esperarse todo.

La intriga de las Cortes, por medio de la cual se mantiene el sistema de las guerras, puede provocar una confederación de naciones para abolirlas y el establecimiento de un Congreso europeo que patrocine el progreso de los gobiernos libres y fomentar la civilización de las naciones en su trato mutuo, es un acontecimiento que hoy resulta más probable de lo que fueron antaño las revoluciones, la alianza de Francia y Norteamérica.

SEGUNDA PARTE

COMBINACIÓN DEL PRINCIPIO Y LA PRÁCTICA

AL SEÑOR DE LA FAYETTE

Después de un conocimiento de cerca de 15 años en situaciones difíciles, en Norteamérica, y de varias consultas en Europa, es para mí un placer ofreceros este pequeño tratado en prueba de gratitud por vuestros servicios a mi amada Norteamérica y como testimonio de mi estimación por las virtudes, públicas y privadas, que sé que poseéis.

El único punto en que he podido descubrir una discrepancia entre nosotros no se refiere a los principios de gobierno, sino al momento de su aplicación. Por mi parte, considero igualmente lesivo para los buenos principios retardar su aplicación o acelerarla con demasiada rapidez. Lo que vos suponéis realizable en 14 o 15 años, yo lo creo practicable en un periodo mucho más corto. A mi parecer, la humanidad tiene siempre la madurez suficiente para entender su verdadero interés, a condición de que se le presente a su entendimiento de modo claro y de tal suerte que no provoque sospecha de algo que se parezca a interés personal, ni hiera por demasiado pretencioso. Allí donde quisiéramos reformar no debemos hacer reproches.

Cuando se consolidó la revolución norteamericana me sentí dispuesto a sentarme tranquilamente y a gozar de la calma. Se me antojaba que, después de este acontecimiento, no habría de surgir ningún otro con suficiente grandeza para hacerme abandonar la tranquilidad y sentir como había sentido antes. Pero cuando la causa motivadora de la acción es el principio y no la ocasión, el hombre es, a mi entender, el mismo en todas partes.

Una vez más me encuentro ahora en la vida pública; y como no tengo derecho a esperar un remanente de vida de tantos años como vos, he resuelto trabajar todo lo rápidamente que pueda, y como deseo apasionadamente vuestra ayuda y vuestro trato, quiero que aceleréis la aplicación de vuestros principios y me rebaséis.

Si emprendéis una campaña en la próxima primavera, y lo más probable es que no haya necesidad de ella, iré a unirme con vos. Si se inicia esa campaña, espero que terminará con la extinción del despotismo alemán y el establecimiento de la libertad en toda Alemania. Cuando Francia se encuentre rodeada de revoluciones, reinarán en ella la paz y la seguridad, y sus impuestos, así como los de Alemania, serán, en consecuencia, menores.

Vuestro sincero y afectísimo amigo,

Londres, 9 de febrero de 1792.

PREFACIO

Cuando comencé: el capítulo titulado *Conclusión* de la primera parte de *Los derechos del hombre,* publicada el año pasado, mi intención era darle mayor amplitud; pero calculando mentalmente la totalidad de la materia que pensaba añadir, me encontré con que, o tendría que hacer demasiado voluminosa mi obra o que reducir demasiado mi plan. En consecuencia, le puse fin tan pronto como el tema lo permitió y reservé para otra oportunidad lo demás que tenía que decir.

Otras varias razones contribuyeron a que adoptara esa determinación. Antes de pasar adelante deseaba saber cómo sería recibida una obra escrita con un estilo de pensamiento y de expresión diferente del que ha sido habitual en Inglaterra. Por obra de la Revolución francesa se abría a la vista de la humanidad un espléndido horizonte. La violenta oposición del señor Burke suscitó la controversia en Inglaterra. El señor Burke atacaba principios que sabía (por información) que yo había de discutir con él porque son principios que estimo buenos, que he contribuido a fundar y que me considero obligado a defender. Si él no hubiese suscitado la controversia, es más que probable que yo hubiese permanecido silencioso.

Otra razón para aplazar la publicación del resto de la obra fue que el señor Burke prometió en su primera publicación volver a tratar el tema en otra oportunidad y hacer una comparación de lo que él llama las Constituciones inglesa y francesa; en consecuencia, me mantuve reservado esperando que él hablase primero. Desde entonces ha publicado dos obras sin cumplir su promesa: cosa que ciertamente no habría omitido si la comparación hubiese resultado favorable a su posición.

En su última obra, la *Apelación contra los nuevos* whigs *ante los antiguos,* ha citado unas 10 páginas de *Los derechos del hombre* y, al tomarse la molestia de hacer esto, dice —refiriéndose a los principios contenidos en ellos— "que no tratará en lo más mínimo de refutarlos". Conozco lo bastante al señor Burke para saber que lo hubiera hecho si hubiera podido. Pero en lugar de discutirlos, se consuela inmediatamente después, diciendo que "él ha cumplido su misión". Y no la ha cumplido. No ha cumplido su promesa de comparar las constituciones. Él suscitó la controversia, lanzó el reto y ha rehuido el encuentro; y es ya el *vivo ejemplo* de su propia opinión de que "¡la era de la caballería ha pasado!"

Tanto el título como la sustancia de su última obra, la *Apelación,* son su

condenación. Los principios tienen que mantenerse por sus propios méritos y si son buenos así lo harán. Ponerlos bajo la protección de la autoridad de otros hombres, como ha hecho el señor Burke, no conduce a otra cosa que a hacerlos sospechosos. El señor Burke no es muy aficionado a compartir sus honores, pero, en este caso, astutamente comparte la desgracia.

¿Pero quiénes son aquellos ante los cuales hace el señor Burke su apelación? Una serie de pensadores pueriles y políticos a medias, nacidos el siglo pasado, hombres que no llegan a las últimas consecuencias de un principio sino en tanto conviene a su propósito de partido; la nación fue siempre echada a un lado; y éste ha sido el carácter de todos los partidos desde aquellos días hasta el presente. La nación no ve en tales actos o tales políticas nada digno de atención. Un pequeño asunto puede agitar a un partido, pero se necesita algo grande para conmover a una nación.

Aunque no veo en la *Apelación* del señor Burke nada digno de mención especial, hay, sin embargo, una expresión sobre la cual voy a hacer algunas observaciones. Después de hacer numerosas citas de *Los derechos del hombre* y de rehuir toda discusión de los principios contenidos en dicha obra, dice: "Probablemente *(si se llega a estimar que tales escritos merecen otra refutación que no sea la hecha por la justicia criminal)* esto lo harán otros que opinen como el señor Burke y con el mismo celo".

En primer término, esto no lo ha hecho todavía nadie. Creo que diferentes personas han publicado no menos de ocho o 10 libelos con la intención de replicar a la primera parte de *Los derechos del hombre* y ninguno de ellos, que yo sepa, ha pasado de la primera edición y ni siquiera los títulos de ellos han logrado un recuerdo general. Como soy opuesto a la innecesaria multiplicación de publicaciones, no he contestado a ninguno de ellos. Y como creo que un hombre puede perder su reputación por escribir demasiado, cuando ningún otro puede hacérsela perder, procuro evitar cuidadosamente este escollo.

Pero así como, por una parte, quisiera rehuir toda publicación innecesaria, por otra quisiera evitar todo lo que pudiera aparecer como orgullo despectivo respecto a los demás. Si el señor Burke o cualquier otra persona de su bando en esta discusión publican una réplica a *Los derechos del hombre* cuyo número de ejemplares llegue a la mitad o siquiera a la cuarta parte de los que ha alcanzado la edición de *Los derechos del hombre,* responderé a su obra. Pero hasta que esto suceda adoptaré como guía el sentir del público (y el mundo sabe que no soy adulador) estimando que lo que aquél no considera digno de ser leído, no merece, por mi parte, una respuesta. Creo que el número de ejemplares alcanzado por la primera parte de *Los derechos del hombre,* reuniendo Inglaterra, Escocia e Irlanda, oscila entre 40 000 y 50 000.

Voy a referirme ahora al resto de la cita del señor Burke que acabo de hacer.

"Si —dice— se llega a estimar que tales escritos merecen otra refutación que no sea la hecha por la justicia criminal."

Si se me perdona el retruécano, he de decir que, en efecto, ha de ser *criminal* la justicia que condene una obra como compensación de su incapacidad de refutarla. La mayor condena que se podría hacer de ella sería una refutación. Pero procediendo por el método a que el señor Burke alude, la condenación habría de recaer, en último término sobre la criminalidad del proceso y no sobre la obra y, siendo así, prefiero ser el autor a ser el juez o jurado que la condenase.

Pero volvamos rápidamente a lo esencial. He disentido de algunos caballeros cultos sobre el asunto de las persecuciones criminales. Con posterioridad veo que se van haciendo de mi opinión, que voy a declarar aquí del modo tan completo y a la vez tan conciso como me sea posible.

En primer término plantearé un problema relativo a toda ley, y después la compararé con un gobierno o con lo que en Inglaterra se llama, o se ha llamado, una Constitución.

Sería un acto de despotismo, o de lo que en Inglaterra se llama poder arbitrario, dictar una ley que prohibiera la investigación de los principios, buenos o malos, en que dicha ley, o cualquier otra, se sustentase.

Aunque una ley sea mala, una cosa es oponerse a su aplicación y otra, completamente diferente, exponer sus errores, razonar sobre sus defectos y hacer ver la causa por la que debiera derogarse o por qué debiera sustituirse por otra. Siempre he mantenido la opinión (haciendo también de ella mi práctica) de que es mejor obedecer a una ley mala, utilizando a la vez todo argumento que ponga de manifiesto sus errores y procurando su derogación, que violarla por la fuerza; porque el precedente de infringir una ley mala podría debilitar la fuerza y conducir a una violación discrecional de aquellas que son buenas.

Lo mismo ocurre con respecto a los principios y formas de gobierno o con respecto a lo que se llama constituciones y a las partes de que están compuestas.

Los gobiernos deben establecerse para el bien de las naciones y no para beneficio y engrandecimiento de individuos determinados, y por eso debe la humanidad pechar con la carga de sostenerlos. Los defectos de todo gobierno o Constitución, tanto en lo relativo a sus principios como por lo que refiere a la forma, deben, por la misma razón, estar tan abiertos a la discusión como los defectos de una ley y señalarlos es un deber que todo hombre tiene para con la sociedad. Cuando la generalidad de una nación ve aquellos defectos y los medios de remediarlos, esa nación reformará su gobierno o su Constitución, como el gobierno derogará o modificará la ley en el caso de que sean visibles los defectos de ésta. La acción del gobierno se limita a la elaboración y administración de las leyes; pero es a la nación a quien corresponde el derecho de formar o reformar, generar o regenerar constituciones y gobiernos; y, por consiguiente, esas cuestiones, en cuanto temas de investigación, están siempre ante el país *como derecho de éste* y no pueden convertirse en materia justiciable sin invadir los derechos generales del

país. En este terreno me enfrentaré con el señor Burke cuantas veces le plazca. Es preferible que la argumentación aparezca en toda su integridad a tratar de sofocarla. Fue él mismo quien abrió la controversia y no debe desertar de ella.

No creo que la monarquía y la aristocracia puedan continuar siete años más en ninguno de los países ilustrados de Europa. Permanecerán si se aportan mejores razones en pro que en contra de ellas; en caso contrario no subsistirán. La humanidad no está ahora en situación de que se le diga que no debe pensar o que no debe leer; y las publicaciones que no van más allá de investigar los principios de gobierno, que se contentan con invitar a los hombres a razonar y reflexionar y con mostrar los errores y las excelencias de los diferentes sistemas, tienen derecho a aparecer. Si no despiertan curiosidad, no vale la pena perseguirlas, y si suscitan atención no servirá de nada hacerlo, ya que no puede llegar a prohibirse la lectura. Esta sería una sentencia contra el pueblo en lugar de contra el autor y sería también el modo más efectivo de hacer o precipitar revoluciones.

En todos los casos que afectan universalmente a una nación, relativos a los sistemas de gobierno, no es competente para decidir un jurado de *12* hombres. Donde no hay testigos que examinar, ni hechos que probar, y donde toda la cuestión se halla ante el pueblo en su plenitud y los méritos o deméritos de ella descansan en su opinión; y donde un tribunal no puede conocer nada que sea distinto de lo que todo el mundo conoce fuera de él, un grupo de 12 hombres puede ser tan buen jurado como otro cualquiera, y lo más probable sería que revocase el veredicto de este último o que no fuese capaz de dictar un veredicto a causa de la diversidad de las opiniones de sus miembros. Una cosa es que una nación apruebe una obra o un plan, y otra, totalmente diferente, que confiara a cualquier jurado el poder de decidir si la nación tiene o no derecho a reformar su gobierno, o debe hacerlo. Menciono estos casos a fin de que el señor Burke pueda ver que no escribo sobre el gobierno sin reflexionar sobre lo que es el derecho e, igualmente, sobre lo que son los derechos. En tales casos el único jurado eficaz sería una convención de toda la nación elegida imparcialmente; porque en tales casos toda la nación forma la gran vecindad de donde se sacan los jurados. Si el señor Burke propusiera un tal jurado yo renunciaría a los privilegios de ser ciudadano de otro país y, defendiendo los principios de aquél aguardaría el resultado a condición de que él hiciera lo mismo, porque mi opinión es que los condenados serían su obra y sus principios y no los míos.

En lo que se refiere a los prejuicios que tienen los hombres por educación y hábito en favor de cualquier forma o sistema de gobierno particular, esos prejuicios tienen que pasar aún por la prueba de la razón y de la reflexión. En realidad, tales prejuicios no son nada. Nadie sustenta un prejuicio a favor de una cosa a sabiendas de que es injusta. Su apego a ella se basa en la creencia de que es justa, y cuando ve que no lo es desaparece el prejuicio. No tenemos sino una idea defectuosa de lo que es prejuicio. Se podría decir

que hasta que los hombres piensan por sí mismos todo es prejuicio y *no opinión,* porque sólo es opinión aquello que es el resultado de la razón y de la reflexión. Hago esta observación a fin de que el señor Burke no confíe demasiado en los que han sido los prejuicios consuetudinarios del país.

No creo que nunca se haya tratado al pueblo de Inglaterra con justicia y buena fe. Le han engañado los partidos y los hombres que se arrogaban la calidad de dirigentes. Ya es hora de desterrar aquella falta de atención que durante tanto tiempo ha sido la causa que ha fomentado la ampliación de los impuestos hasta el exceso. Ya es hora de rechazar todas aquellas baladas y brindis calculados para esclavizar y que sirven para ahogar la reflexión. Sobre tales asuntos los hombres no tienen otra cosa que hacer sino pensar, y ni obrarán mal ni serán engañados. Decir que un pueblo no está preparado para la libertad equivale a hacerle optar por la miseria y a decir que se prefiere estar cargado de impuestos a no estarlo. Si pudiera probarse tal argumento, demostraría también que aquellos que gobiernan no tienen capacidad para gobernarlo, porque forman parte de la misma masa nacional.

Pero admitiendo que se cambien los gobiernos de toda Europa, ello puede hacerse ciertamente sin convulsiones ni espíritu de venganza. No vale la pena hacer cambios o revoluciones a menos que se trate de algún beneficio nacional; y cuando una nación crea que ocurre así habrá peligro, como en Norteamérica y Francia, para quienes se opongan a hacerlos; y con esta reflexión doy por terminado mi prefacio.

THOMAS PAINE

Londres, 9 de febrero de 1792.

INTRODUCCIÓN

Se puede aplicar a la razón y a la libertad lo que Arquímedes dijo de las fuerzas mecánicas: "Dadme —afirmaba— un punto de apoyo y levantaré el mundo".

La revolución norteamericana ofreció en la política lo que sólo era teoría en la mecánica. Tan profundamente arraigados estaban todos los gobiernos del Viejo Mundo, y tan eficazmente se había establecido en las mentes la tiranía y la antigüedad de los hábitos, que ni en Asia, África o Europa podría hacerse ninguna tentativa de reformar la condición política del hombre. La libertad había sido perseguida por todo el mundo; la razón era considerada como rebelión; y la esclavitud del miedo había hecho que los hombres tuvieran miedo a pensar.

Pero tal es la irresistible naturaleza de la verdad, que todo lo que demanda, todo lo que necesita, es la libertad de manifestarse. El sol no necesita ningún letrero para distinguirse de la oscuridad; y apenas se mostraron al mundo los gobiernos norteamericanos, el despotismo sintió una conmoción y el hombre comenzó a vislumbrar la liberación.

La independencia de Norteamérica, considerada simplemente como mera separación de Inglaterra, habría sido un asunto de escasa importancia de no haber ido acompañada de una revolución en los principios y la práctica de los gobiernos. Hizo una plataforma, no sólo para sí misma, sino para el mundo, y puso su mira más allá de las ventajas que para ella pudieran resultar. Hasta el hessiano contratado para luchar contra ella como mercenario puede hoy vivir para bendecir su derrota; e Inglaterra, condenando los vicios de su gobierno, se complace en su fracaso.

Así como Norteamérica era el único punto del mundo político donde podían iniciarse los principios de reforma universal, así también era el mejor en el mundo natural. Un conjunto de circunstancias conspiró no sólo para dar vida a sus principios, sino para llevarlos a gigantesca madurez. El espectáculo que este país ofrece a los ojos del observador tiene en sí algo que genera y estimula las grandes ideas. La naturaleza se le aparece en toda su magnitud. Los grandiosos objetos que contempla actúan en su mente, ampliándola, y le hacen participar de la grandeza del espectáculo. Sus primeros colonizadores fueron emigrantes de diferentes naciones europeas y de diversas confesiones religiosas que huían de las persecuciones de los gobiernos del Viejo Mundo y se reunían en el Nuevo, no como enemigos, sino como hermanos. Las necesidades que

indefectiblemente acompañan a la obra de cultivar un país salvaje produjeron entre ellos un estado de sociedad que los países, desde largo tiempo extenuados por las disputas e intrigas de los gobiernos, habían descuidado mantener. En tal situación, el hombre se transforma en lo que debe ser. Ve a los demás hombres, no con la idea inhumana de un enemigo natural, sino como semejante, y este ejemplo muestra al mundo artificial que el hombre debe volver a la naturaleza para informarse.

Es racional concluir del rápido progreso realizado por Norteamérica en toda suerte de mejoras, que si los gobiernos de Asia, África y Europa hubiesen comenzado sobre un principio similar al de Norteamérica o no se hubiesen corrompido muy pronto, aquellos países estarían en esta época en una condición muy superior a aquélla en que hoy se encuentran. Época tras época han transcurrido sin otro objeto que el de contemplar su empobrecimiento. Si pudiésemos imaginar un espectador que no supiera nada del mundo y puesto en él sin otro objeto que el de hacer sus observaciones, tomaría una gran parte del Viejo Mundo por nuevo y lo vería combatir precisamente con las dificultades y las fatigas de una colonia naciente. No podría suponer que las hordas de pobres miserables que abundan en los países viejos pudieran ser otra cosa que gentes que no habían tenido todavía tiempo para tener cubiertas sus necesidades. Difícilmente se le hubiese podido ocurrir que eran la consecuencia de lo que en dichos países se llama gobierno.

Si de las regiones más empobrecidas del Viejo Mundo pasamos la vista a aquellas que se encuentran en un grado de progreso avanzado, hallaremos siempre la ávida mano del gobierno introduciéndose por todos los rincones y grietas de la industria y alzándose con los despojos del pueblo. El gobierno ejercita de continuo su capacidad inventiva para conseguir nuevos pretextos de imposición y de ingresos. Contempla la prosperidad como su presa y no permite que nadie deje de pagar su tributo.

Como las revoluciones han empezado (y como la probabilidad es siempre mayor contra el comienzo de una cosa que contra la prosecución de lo ya comenzado), es natural esperar que seguirán otras revoluciones. Los gastos sorprendentes y siempre en aumento con que se administran los viejos gobiernos, las numerosas guerras que emprenden o provocan, los obstáculos que ponen en el camino de la civilización y el comercio universales y la opresión y la usurpación que practican en el interior, han agotado la paciencia y consumido la propiedad del mundo. En tal situación, y con los ejemplos ya existentes, son de esperar revoluciones. Las revoluciones se han convertido en el tema de toda conversación y pueden considerarse como la *orden del día.*

Si pueden instaurarse sistemas de gobierno menos costosos y que produzcan más bienestar general que aquellos que han existido, toda tentativa de oponerse a su advenimiento será, en definitiva, infructuosa. La razón, como el tiempo, se abrirá su camino y el prejuicio resultará vencido en su lucha contra el interés. Si la paz, la civilización y el comercio universales han de ser alguna vez el venturoso patrimonio del

hombre, ello no podrá realizarse sino mediante una revolución en el sistema de los gobiernos. Todos los gobiernos monárquicos son militares. La guerra es su negocio, el botín y los ingresos sus objetivos. Mientras subsistan tales gobiernos, la paz no tendrá seguridad absoluta ni un solo día. ¿Qué es la historia de todos los gobiernos monárquicos sino un desagradable cuadro de la desgracia humana con el accidental respiro de algunos años de reposo? Agotados por la guerra y fatigados de la carnicería humana, se sientan a descansar y le llaman a eso paz. Ciertamente no es ésta la condición que los cielos imaginaron para el hombre; y si *ésta es la monarquía,* bien puede contarse la monarquía entre los pecados de los judíos.

Las revoluciones ocurridas antiguamente en el mundo no tenían en sí nada que interesase a la masa de la humanidad. Se extendían únicamente a un cambio de personas y de medidas, pero no de principios, y surgían o desaparecían entre las transacciones ordinarias del momento. Lo que ahora presenciamos puede llamarse, sin impropiedad, *contrarrevolución.* La conquista y la tiranía, en alguna época primitiva, desposeyeron al hombre de sus derechos, y el hombre los está recuperando ahora. Y como la marea de todas las cosas humanas tiene su flujo y reflujo en direcciones contrarias, así sucede también en esta cuestión. Un gobierno fundado en una *teoría moral, en un sistema de paz universal, en los imprescriptibles Derechos del Hombre,* se desplaza ahora de Occidente a Oriente. Su progreso no interesa a determinados individuos, sino a las naciones, y promete una nueva era a la raza humana.

El peligro a que más expuesto se halla el éxito de las revoluciones es el de intentarlas antes de que los principios en que se basan estén suficientemente difundidos y comprendidos. Casi todo lo que pertenece a las circunstancias de una nación ha sido absorbido y confundido en esa palabra general y misteriosa que es el *gobierno.* Aunque éste evita pechar con los errores que comete y los daños que ocasiona, no pierde ocasión de atribuirse cuanto tiene la apariencia de prosperidad. Arrebata sus méritos a la industria, erigiéndose pedantescamente en la causa de sus efectos, y sustrae a la cualidad de hombre los méritos que le pertenecen como ser social.

En consecuencia, puede ser de utilidad, en estos días de revoluciones, hacer una distinción entre aquellas cosas que son efecto del gobierno y aquellas que no lo son. Esto se hará mejor mediante un examen de la sociedad y de la civilización y de las consecuencias que resultan de ellas, como cosas distintas de aquello a lo que se llama gobiernos. Comenzando por esta investigación podremos asignar los efectos a su verdadera causa y analizar la masa de errores comunes.

CAPÍTULO I
De la sociedad y de la civilización

Gran parte del orden que reina en la humanidad no es efecto de la existencia del gobierno. Tiene su origen en los principios de la sociedad y en la constitución natural del hombre. Existió antes de que existiera el gobierno y continuaría existiendo caso de abolirse el formalismo del gobierno. La dependencia mutua y el interés recíproco en que el hombre se encuentra respecto al hombre y todas las partes de una comunidad civilizada respecto a las demás, crean la gran cadena de conexión que las mantiene unidas. El terrateniente, el labrador, el fabricante, el comerciante, el negociante y todo el que se ocupa en una actividad, prosperan por la ayuda que cada uno recibe del otro y del todo. El interés común regula sus negocios y constituye su ley; y las leyes que establece el uso común tienen mayor influencia que las que dicta el gobierno. En suma, la sociedad realiza por sí misma casi todo lo que se atribuye al gobierno.

Para comprender la naturaleza y la cantidad de gobierno adecuada al hombre es necesario poner la atención en su carácter. Como la naturaleza le creó para la vida social, le adaptó a la condición a que le destinaba. Hizo que sus necesidades naturales fuesen en todos los casos mayores que su poder individual. Ningún hombre tiene capacidad para subvenir a sus propias necesidades sin el auxilio de la sociedad; y al actuar aquellas necesidades sobre cada individuo impelen a la totalidad de ellos hacia la sociedad, de la misma manera y con la misma naturalidad con que la gravitación concurre hacia un centro.

Pero la naturaleza ha ido más lejos. No sólo ha forzado al hombre a entrar en sociedad por la diversidad de necesidades a que puede subvenir la ayuda mutua de unos a otros, sino que ha inculcado en él un sistema de afectos sociales que, si no necesarios para su existencia, son esenciales para su felicidad. No hay periodo de la vida en que este amor a la sociedad cese de actuar. Comienza y termina con nuestro propio ser.

Si examinamos con atención la naturaleza y la constitución del hombre, la diversidad de necesidades y aptitudes en diferentes hombres para acomodarse recíprocamente a las necesidades de los demás, su inclinación a la sociedad y, por consiguiente, a salvaguardar las ventajas que resultan de ellas, podremos descubrir con facilidad que una gran parte de lo que se llama gobierno es mera imposición.

La necesidad del gobierno no va más allá de subvenir a los pocos casos en que la

sociedad y la civilización carecen de la competencia adecuada; y no se necesitan ejemplos para hacer ver que todo lo que el gobierno puede añadir útilmente ha sido realizado, sin él, por el consentimiento general de la sociedad.

Durante más de dos años, antes del comienzo de la guerra [de independencia] norteamericana, y en un periodo mucho más largo en algunos de los Estados norteamericanos, no existieron formas de gobierno. Se habían abolido los antiguos gobiernos y el país estaba demasiado ocupado con la defensa para entretener su atención en la instauración de nuevos gobiernos; no obstante, durante este intervalo el orden y la armonía se mantuvieron tan incólumes como en cualquier país de Europa. Existe en el hombre, y mucho más en la sociedad, porque abarca una mayor variedad de facultades y recursos, una aptitud natural para acomodarse a cualquier situación en que se encuentre. En el instante mismo en que es abolido el gobierno formal, la sociedad comienza a actuar; se produce una asociación general y el interés común engendra la seguridad general.

Tan lejos está de ser verdad, como se ha pretendido, que la abolición de todo gobierno formal entrañe la disolución de la sociedad, que esta abolición, actuando por un impulso contrario, hace más compacta y unida a la sociedad. Toda aquella parte de su organización que fue encomendada a su gobierno revierte de nuevo a ella y se realiza por su intermedio. Cuando los hombres, tanto por instinto natural como por el beneficio recíproco, se han acostumbrado a la vida social y civilizada, practican siempre lo bastante de sus principios para poderse guiar a través de cualesquiera cambios que estimen necesario o conveniente introducir en su gobierno. En suma, el hombre es, de modo tan natural, criatura de la sociedad, que es casi imposible hacerle salir de ella.

El gobierno formal no realiza sino una pequeña parte de la vida civilizada, y aun cuando se estableciese el mejor que la sabiduría humana pudiera imaginar, sería más bien un nombre y una idea que un hecho. La seguridad y prosperidad del individuo y del todo dependen, infinitamente más que de ninguna otra cosa que pueda realizar el gobierno mejor constituido, de los grandes y fundamentales principios de la sociedad y de la civilización, de los usos generales universalmente consentidos y mutua y recíprocamente mantenidos, de la incesante circulación de intereses que, pasando por sus innumerables canales, fortalecen toda la masa de hombres civilizados.

Cuanto más perfecta es la civilización, menos necesidad tiene de gobierno porque regirá tanto más sus propios asuntos y se gobernará por sí misma; pero tan contraria es la práctica de los viejos gobiernos a la razón del caso, que sus gastos aumentan en la proporción en que debieran disminuir. La vida civilizada no necesita más que unas pocas leyes generales, y esas pocas de tal utilidad general que, estén o no apoyadas por las formas de gobierno, el efecto será aproximadamente el mismo. Si consideramos cuáles son los principios que primeramente concentran a los hombres en sociedad y cuáles son

los motivos que con posterioridad regulan sus mutuas relaciones, encontraremos, en el momento que lleguemos a lo que se llama gobierno, que casi la totalidad de los asuntos la realiza la natural acción recíproca de las partes.

Con respecto a todas esas materias, el hombre tiene más firmeza de lo que él mismo cree o los gobiernos desearían que creyera. Todas las grandes leyes de la sociedad son leyes de la naturaleza. Las que se refieren al comercio y al tráfico, ya sea con respecto a las relaciones entre individuos o entre las naciones, son leyes de intereses mutuos y recíprocos. Son observadas y obedecidas porque está en el interés de las partes hacerlo así y no por cualesquiera leyes formales que sus gobiernos puedan imponer o hacer intervenir.

Pero ¡cuánto más frecuente es que la inclinación natural a la sociedad sea perturbada o destruida por la acción del gobierno! Cuando el gobierno, en lugar de estar arraigado en los principios de aquélla, pretende existir por sí mismo y se conduce parcialmente empleando el favor y la opresión, se convierte en la causa de los males que debiera evitar.

Si dirigimos una mirada retrospectiva a las sediciones y tumultos que han ocurrido en Inglaterra en diversas épocas, hallaremos que no procedían de la falta de gobierno, sino que era el gobierno mismo la causa generatriz: en lugar de consolidar la sociedad la dividía, la privaba de su natural cohesión y engendraba descontentos y desórdenes que de otro modo no hubieran existido. En aquellas asociaciones que los hombres instituyen con fines comerciales o cualesquiera otros, y en las que el gobierno no interviene en absoluto, aquéllos actúan sólo con sujeción a los principios de la sociedad, vemos cuán naturalmente se unen las diferentes partes; y esto hace ver, por comparación, que, lejos de ser siempre la causa o el medio del orden, los gobiernos son con frecuencia la de su destrucción. Los tumultos de 1780 no tuvieron otro origen que las reliquias de aquellos prejuicios que el gobierno por sí mismo había estimulado. Pero con respecto a Inglaterra hay también otras causas.

El exceso y la desigualdad en los impuestos, por disfrazados que puedan estar sus medios, nunca dejan de descubrirse por sus efectos. Como una gran masa de la comunidad se ve lanzada, por esta causa, a la miseria y al descontento, se halla constantemente al borde de la conmoción y, privada, como desgraciadamente lo está, de medios de información, se deja arrastrar con facilidad a la violencia. Cualquiera que sea la causa aparente de las sediciones, la verdadera es siempre la falta de bienestar. Ella demuestra que hay algo malo en el sistema de gobierno que daña la felicidad por virtud de la cual ha de mantenerse la sociedad.

Pero como el hecho es superior al razonamiento, el ejemplo de Norteamérica se presenta por sí solo para confirmar estas observaciones. Si hay un país en el mundo en que menos pudiera esperarse la concordia con arreglo a la creencia general, ese país es

Norteamérica. Constituido como está por gentes de diferentes naciones,[1] habituadas a diferentes formas y hábitos de gobierno, que hablan diferentes lenguas y más diferentes aún en sus cultos, diríase que la unión de tal pueblo era impracticable; pero por la simple operación de instituir un gobierno basado en los principios de la sociedad y los derechos del hombre se elimina toda dificultad y todas las partes son puestas en cordial unísono. Allí los pobres no están oprimidos y los ricos no son privilegiados. La industria no sufre por la espléndida extravagancia de una Corte que se divierte a sus expensas. Sus impuestos son pocos, porque su gobierno es justo, y como no hay nada que haga miserables a los ciudadanos, nada hay que engendre sediciones y tumultos.

Un metafísico, como el señor Burke, habría torturado su imaginación para descubrir de qué modo se podría gobernar tal pueblo. Habría supuesto que unos tendrían que ser dirigidos por el fraude, otros por la fuerza y todos por alguna suerte de artificio; que debería recurrirse al genio para engañar a los ignorantes y a la exhibición y ostentación para fascinar al vulgo. Perdido en la abundancia de sus investigaciones, habría resuelto y vuelto a resolver para, finalmente, no ver el fácil y llano sendero que se extiende derechamente ante él.

Una de las grandes ventajas de la revolución norteamericana ha sido la de que ha llevado al descubrimiento de los principios y ha puesto al desnudo la impostura de los gobiernos. Hasta entonces, todas las revoluciones se operaron en el reducido círculo de una Corte y nunca en el gran escenario de una nación. Los partidos fueron siempre de la clase cortesana, y cualquiera que fuese su furor reformista, preservaron cuidadosamente el fraude de su estamento.

En todo caso cuidaron de representar al gobierno como una cosa compuesta de misterios que sólo ellos comprendían, y sustrajeron al conocimiento de la nación la única cosa que era saludable conocer, a saber, *que el gobierno no es otra cosa que una asociación nacional que actúa según los principios de la sociedad.*

Habiéndonos esforzado así por mostrar que el estado social y civilizado del hombre es capaz de realizar por sí mismo casi todo lo necesario para su protección y gobierno, será conveniente, por otra parte, hacer un examen de los gobiernos viejos que hoy subsisten y comprobar si sus principios y su práctica son conformes a éste.

CAPÍTULO II
Del origen de los gobiernos viejos que hoy subsisten

Es imposible que gobiernos tales como los que hasta ahora han existido en el mundo hayan podido comenzar de otra manera que por una total violación de todo principio sagrado y moral. La oscuridad en que está envuelto el origen de todos los gobiernos viejos que hoy subsisten da a entender la iniquidad y el deshonor con que comenzaron. El origen de los actuales gobiernos de Norteamérica y Francia se recordará siempre, porque es honroso recordarlo; pero, con respecto a los demás, hasta la adulación ha enviado su memoria a la tumba del tiempo sin una inscripción.

En las primitivas y aisladas edades del mundo, cuando la principal ocupación de los hombres era la de cuidar los rebaños, no debió ser cosa difícil para bandidos y rufianes invadir una comarca y someterla a tributos. Establecido así su poder, el jefe de la banda encontró la manera de sustituir el nombre de bandido por el de monarca; y he aquí el origen de la monarquía y de los reyes.

Por ser el gobierno de Inglaterra uno de los más recientes en su origen es, acaso, por lo que se relaciona con la línea de sucesión de sus monarcas, el que mejor se recuerda. El odio que engendró la invasión y tiranía de los normandos tuvo que haber arraigado profundamente en la nación para haber sobrevivido a la tentativa de borrarlo. Aunque ningún cortesano hablará del toque de queda, ninguna aldea de Inglaterra lo ha olvidado.

Aquellas partidas de bandoleros, después de haberse repartido el mundo y de haberlo dividido en dominios, comenzaron, como es natural, a disputar entre sí. Otros consideraron lícito apoderarse de lo que había sido obtenido por la violencia, y un segundo bandido sucedió al primero. Alternativamente invadieron los dominios que cada cual se había asignado a sí mismo, y la brutalidad con que recíprocamente se trataron explica el carácter original de la monarquía. Fue el caso del rufián que tortura al rufián. El conquistador consideró al conquistado no como su prisionero, sino como su propiedad. Le llevó en triunfo, arrastrando sus cadenas, y le condenó, según su capricho, a la esclavitud o a la muerte. Con el tiempo, borrada la historia de sus comienzos, sus sucesores adoptaron nuevas apariencias para ocultar la marca de su vergüenza, pero sus principios y finalidades continuaron siendo los mismos. Lo que primeramente fue botín adoptó el nombre más suave de ingresos públicos y fingieron haber heredado el poder originariamente usurpado.

¿Qué podía esperarse de tal comienzo de los gobiernos sino un sistema de guerra y depredación? Se han dedicado a ello como a su negocio. El vicio no es más peculiar del uno que del otro, sino que es el principio común de todos. No hay en tales gobiernos capacidad vital suficiente para poder insertar en sí mismos un principio de reforma; y el remedio más breve, más fácil y más eficaz es comenzar de nuevo desde la base.

¡Qué escenas de horror, qué perfección de iniquidad se presentan a nuestra vista cuando contemplamos el carácter y repasamos la historia de tales gobiernos! Si quisiéramos pintar la naturaleza humana con una bajeza de corazón y una hipocresía de actitud que hiciera estremecer la conciencia y que la humanidad repudiaría, habrían de ser los reyes, las Cortes y los gabinetes quienes sirvieran de modelo. El hombre tal como es por naturaleza, pese a todos sus vicios, no está a la altura de semejante papel.

¿Es posible suponer que si los gobiernos se hubiesen originado en un principio justo y no tuviesen interés en buscar uno malo, se habría encontrado el mundo en la miserable y colérica situación en que le hemos visto? ¿Qué puede incitar al labrador, mientras empuja su arado, a abandonar sus pacíficas ocupaciones y marchar a la guerra contra el labrador de otro país? O ¿qué incentivo puede encontrar para ello el industrial? ¿Qué es para ellos, o para cualquier otra clase de hombres de una nación, el dominio? ¿Añadirá una sola yugada a la propiedad de cada hombre o elevará su valor? ¿No cuesta lo mismo la conquista que la derrota y no son los impuestos la inevitable consecuencia de cualquiera de las dos? Aunque este razonamiento pueda ser correcto tratándose de una nación, no lo es tanto si se refiere al gobierno. La guerra es la mesa de faraón de los gobiernos, y las naciones, las engañadas en el juego.

Si hay algo sorprendente, por exceder de lo que pudiera esperarse de este miserable espectáculo de los gobiernos, es el progreso que las artes pacíficas de la agricultura, la manufactura y el comercio han hecho bajo tal carga de desesperación y de opresión acumulada desde tan largo tiempo. Ello sirve para demostrar que el instinto no actúa en los animales con un impulso más fuerte que los principios de la sociedad y de la civilización operan en el hombre. A pesar de tanto motivo para descorazonarse, el hombre persigue su objetivo y no cede sino a la imposibilidad.

CAPÍTULO III
De los viejos y nuevos sistemas de gobierno

Nada puede aparecer más contradictorio que los principios en que se orientaron los viejos gobiernos al iniciar su vida y la condición a que la sociedad, la civilización y el comercio son capaces de conducir a la humanidad. En el viejo sistema, el gobierno es una arrogación de poder para su propio engrandecimiento; en el nuevo, una delegación de poder para beneficio común de la sociedad. El primero se sostiene manteniendo un sistema de guerra; el segundo favorece un sistema de paz como el verdadero medio de enriquecer una nación. El uno fomenta los prejuicios nacionales; el otro fomenta la sociedad universal como medio para el comercio universal. El uno mide su prosperidad por la cantidad de ingresos de que se apodera; el otro demuestra su excelencia por la pequeña cantidad de impuestos que necesita.

El señor Burke ha hablado de los viejos y de los nuevos *whigs*. Si se divierte empleando honores y distinciones pueriles, yo no le he de interrumpir en su distracción. No es a él, sino al abate Sieyès, a quien dirijo este capítulo. Estoy ya comprometido con este último caballero a discutir el tema del gobierno monárquico; y como el tema se presenta naturalmente al comparar los viejos sistemas con los nuevos, aprovecho esta oportunidad para ofrecerle mis observaciones. Me ocuparé de modo incidental del señor Burke.

Aunque podría probarse que el sistema de gobierno que ahora se llama NUEVO es, por lo que hace a su principio, el más antiguo de todos los que han existido, puesto que está fundado en los derechos originales e inherentes del hombre, como la tiranía y la espada han suspendido el ejercicio de aquellos derechos durante muchas centurias, sirve mejor al propósito de distinción seguir llamándole *nuevo* que invocar el derecho de llamarle viejo.

La primera distinción general entre aquellos dos sistemas es que el ahora llamado viejo es *hereditario* en todo o en parte, y el nuevo es enteramente *representativo*. Rechaza todo gobierno hereditario:

Primero, por constituir una impostura de que se hace víctima a la humanidad.

Segundo, por inadecuado a los propósitos para los que es necesario el gobierno.

Con respecto al primero de estos puntos: no puede probarse por qué derecho hereditario pudo haber comenzado el gobierno; ni que exista, dentro del círculo del poder de los mortales, derecho a establecerlo. El hombre no tiene autoridad sobre su posteridad

en materia de derechos personales y, en consecuencia, ningún hombre o corporación de hombres tiene, o puede tener, derecho a establecer un gobierno hereditario. Si hubiéramos de volver a la existencia nosotros mismos, en lugar de vernos relevados por la posteridad, tampoco entonces tendríamos derecho a privarnos de los derechos que un tiempo nos pertenecieron. ¿Con qué fundamento pretendemos entonces arrebatárselos a los demás?

Todo gobierno hereditario es por naturaleza tiránico. Una corona hereditaria o un trono hereditario, o cualquiera que sea el nombre fantástico que se dé a tales cosas, no tienen otra explicación posible que no sea la de que la humanidad es una propiedad hereditaria. Heredar un gobierno es heredar a un pueblo como si fuera piara o rebaño.

Con respecto al segundo punto, el de la inadecuación a los propósitos para los que es necesario el gobierno, hemos de considerar únicamente qué cosa sea esencialmente el gobierno y compararlo con las circunstancias a que ha de sujetarse la sucesión hereditaria.

El gobierno debe ser una cosa que se halle siempre en plena madurez. Debe ser concebido como superior a todos los accidentes a que se halla sujeto el individuo y, por consiguiente, la sucesión hereditaria, por estar *sujeta a todos ellos,* es el más irregular e imperfecto de todos los sistemas de gobierno.

Hemos oído llamar a los *Derechos del hombre* sistema *aplanador;* pero el único sistema a que es aplicable con propiedad la palabra *aplanador* es al sistema monárquico hereditario. Es un sistema de *aplanamiento mental.* Admite indistintamente toda suerte de caracteres en la misma autoridad. Vicio y virtud, ignorancia y sabiduría, en suma, toda cualidad, buena o mala, es puesta al mismo nivel. Los reyes se suceden unos a otros, no como seres racionales, sino como animales. No importa cuáles sean sus caracteres intelectuales o morales. ¿Puede sorprendernos, entonces, el estado de abyección en que se encuentra la inteligencia humana en los países monárquicos, cuando el gobierno mismo se constituye con arreglo a tan abyecto sistema aplanador? Por otra parte, no tiene un carácter fijo. Hoy es una cosa, mañana es otra diferente. Cambia según el temperamento de cada sucesor y está sujeto a las variaciones de cada individuo. Es un gobierno que actúa por intermedio de las pasiones y de los accidentes. Se muestra bajo toda la diversidad de caracteres de la niñez, la decrepitud y la chochez; aparece como algo con nodriza, andaderas o muletas. Trastoca todo el orden de la naturaleza. A veces pone a niños sobre los hombres y los caprichos de la menor edad sobre la sabiduría y la experiencia. En suma, no podemos concebir una figura más ridícula de gobierno que la ofrecida, en todas sus formas, por la sucesión hereditaria.

Si por decreto de la naturaleza o por una disposición emanada de los cielos que el hombre pudiera conocer se hiciera que la virtud y la sabiduría pertenecieran invariablemente a la sucesión hereditaria, desaparecerían las objeciones a ella; pero

cuando vemos que la naturaleza actúa como si desaprobara o se divirtiera con el sistema hereditario, cuando vemos que la capacidad mental de los sucesores, en todos los países, está por debajo del término medio de la inteligencia humana; cuando vemos que éste es un tirano, el otro un idiota, el tercero un loco y algunos las tres cosas a la vez, no es posible poner confianza en el sistema cuando puede actuar la razón humana.

No es al abate Sieyès a quien necesito dirigir este razonamiento, ya que él mismo me ha evitado ese trabajo dando su opinión sobre el caso. "Si se pregunta —dice— cuál es mi opinión con respecto al derecho hereditario, respondo, sin titubear, que, en buena teoría, una transmisión hereditaria de cualquier poder u oficio no puede acomodarse nunca a las leyes de una verdadera representación. El derecho hereditario es, en este sentido, tanto un atentado al principio como una violencia a la sociedad." "Pero remitámonos —continúa— a la historia de todas las monarquías y principados electivos: ¿hay alguna en que el procedimiento electivo no sea peor que el de la sucesión hereditaria?"

Pero debatir cuál de los dos es el peor equivale a reconocer que ambos son malos: en este punto estamos de acuerdo. La preferencia que el abate concede es una condenación de aquello que prefiere. Tal modo de razonar, en una cuestión como ésta, es inadmisible, porque, finalmente, redunda en una acusación a la Providencia que, en materia de gobiernos, no habría dejado al hombre sino una elección entre dos males, puesto que admite que el mejor de ellos es "un atentado al principio y un ultraje a la sociedad".

Pasando por alto, en este momento, todos los males y daños que la monarquía ha ocasionado al mundo, nada puede probar más eficazmente su inutilidad en un estado de *gobierno civil,* que hacerla hereditaria. ¿Haríamos hereditario un oficio que requiere sabiduría y capacidad para desempeñarlo? Y si la sabiduría y la capacidad no son necesarias, tal oficio, cualquiera que pueda ser, es superfluo e insignificante.

La sucesión hereditaria es una caricatura de la monarquía. La pone en el ridículo más evidente, presentándola como un oficio que puede desempeñar un niño o un idiota; ser un obrero corriente requiere alguna capacidad; pero ser rey sólo requiere tener la figura animal de hombre —una especie de autómata que respira—. Este género de superstición podrá perdurar algunos años más, pero no podrá resistir largo tiempo a la despertada razón y al interés del hombre.

En cuanto al señor Burke, es un partidario de la monarquía, no sólo por ser pensionista de ella, si lo es, como tengo entendido, sino en cuanto político. Ha adoptado una opinión despectiva de la humanidad que, a su vez, está adoptando la misma respecto a él. El señor Burke considera a aquélla como un rebaño de seres que debe ser gobernado por el fraude, la ficción y la apariencia; y un ídolo, para él, haría tan buena figura de monarca como un hombre. Sin embargo, le haré la justicia de decir que, con respecto a Norteamérica, ha sido muy amable. Ha sostenido siempre, al menos que yo

sepa, que el pueblo de Norteamérica era más ilustrado que el de Inglaterra o el de cualquier otro país de Europa; y que, en consecuencia, no era necesaria en sus gobiernos la impostura de la apariencia.

La comparación entre monarquía hereditaria y monarquía electiva que ha hecho el abate no era necesaria, porque el sistema representativo rechaza a ambas; no obstante, si yo hiciera la comparación, decidiría contrariamente a como él lo ha hecho.

Las guerras civiles que se han originado en conflictos de pretensiones hereditarias son más numerosas y han sido más terribles y de mayor duración que las ocasionadas por la elección. Todas las guerras civiles de Francia surgieron del sistema hereditario, fueron producidas o por reinvindicaciones hereditarias o por imperfección del procedimiento hereditario que admite la regencia o la monarquía con nodriza. Con respecto a Inglaterra, su historia está llena de los mismos infortunios. Las luchas por la sucesión entre las casas de York y de Lancaster duraron toda una centuria, y después de aquel periodo se han producido otras de análoga naturaleza. Las de 1715 y 1745 fueron de la misma especie. La guerra de sucesión a la corona española enemistó casi a media Europa. Los disturbios de Holanda tienen su origen en el carácter hereditario del estatúder. Un cargo hereditario en un gobierno que se llama libre es como una espina en la carne, que produce una fermentación encaminada a expulsarla.

Pero puedo ir más lejos y atribuir también a la misma causa las guerras extranjeras de cualquier género que sean. Añadiendo el mal de la sucesión hereditaria al de la monarquía se crea el interés permanente de una familia cuyos objetivos constantes son la dominación y las rentas. Polonia, aunque monarquía electiva, ha tenido menos guerras que las monarquías hereditarias y es el único gobierno que ha hecho un ensayo voluntario, aunque en pequeña escala, de reformar la condición del país.

Habiendo lanzado así una mirada a algunos de los defectos de los viejos sistemas o sistemas hereditarios de gobierno, comparémoslos ahora con el nuevo sistema o sistema representativo.

El sistema representativo toma como base la sociedad y la civilización, y por guías la naturaleza, la razón y la experiencia.

En todas las épocas y en todos los países la experiencia ha demostrado que es imposible imponerse a la naturaleza en su función de distribución de capacidades mentales. La naturaleza las distribuye a su gusto. Sea cual sea la regla con que, a nuestro parecer, las disemina entre la humanidad, tal regla permanece secreta para el hombre. Sería tan ridículo tratar de establecer la posibilidad de hacer hereditaria la belleza humana como la de hacer hereditaria la sabiduría. Sea cual sea la esencia de la sabiduría, es como una planta sin semilla: hay que cuidarla cuando aparece, pero no se le puede producir a voluntad. Para todo propósito hay siempre una suficiencia en alguna parte de la masa general de la sociedad; pero cambia continuamente de sitio con respecto a las partes de la

sociedad. Hoy surge en una, mañana en otra y es muy probable que haya visitado, en rotación, a todas las familias de la tierra, para retirarse de nuevo.

Como esto es conforme al orden de la naturaleza, el orden del gobierno debe seguirlo necesariamente o degenerará en la ignorancia, como vemos que lo hace. El sistema hereditario, por consiguiente, es tan contrario a la sabiduría humana como a los derechos humanos; y es tan absurdo como injusto.

Del mismo modo que la república de las letras destaca las mejores producciones, dando al genio una oportunidad legítima y universal, el sistema representativo de gobierno está ideado para producir las leyes más sabias, recogiendo sabiduría de donde puede encontrarse. Sonrío para mis adentros cuando contemplo la ridícula insignificancia en que caerían la literatura y todas las ciencias si se les hiciera hereditarias; y aplico a los gobiernos la misma idea. Un gobernante hereditario es algo tan incongruente como un autor hereditario. No sé si Homero o Euclides tuvieron hijos; pero aventuro la opinión de que, si los hubieran tenido y no hubieran dejado ellos terminadas sus obras, dichos hijos no habrían podido acabarlas.

¿Necesitamos una prueba más sólida del absurdo del gobierno hereditario que la ofrecida por los descendientes de los hombres que un tiempo fueron famosos en cualquier rama de la vida? ¿Hay siquiera un ejemplo en el que no se produzca una total inversión del carácter? Se diría que la corriente de facultades mentales discurre, hasta donde puede, por ciertos canales y que, de pronto, abandona su curso y aparece en otros. ¡Cuán irracional no es, pues, el sistema hereditario que establece canales de poder por los que la sabiduría se niega a fluir! Continuando este absurdo, el hombre está en perpetua contradicción consigo mismo; acepta como rey, o como primer magistrado, o como legislador, una persona a la que no elegiría ni para gendarme.

Una observación superficial nos haría pensar que las revoluciones crean genios y talentos; pero tales acontecimientos no hacen más que ponerlos de relieve. Existe en el hombre una masa de sentimientos en estado latente y que, a menos que algo los ponga en acción, descenderán con él, en tal estado, a la tumba. Como es ventajoso para la sociedad que se emplee la totalidad de facultades, la contextura del gobierno debe ser tal que ponga de relieve, mediante una acción serena y regular, todo el volumen de capacidad que nunca deja de aparecer en las revoluciones.

Ello no puede ocurrir en la insípida situación del gobierno hereditario, no sólo porque éste lo impide, sino porque su tendencia es a embotarlo. Cuando la inteligencia de una nación se inclina ante cualquier superstición política en su gobierno, tal como la sucesión hereditaria, pierde una considerable porción de sus facultades en todas las demás materias y objetos. La sucesión hereditaria requiere la misma obediencia a la ignorancia que a la sabiduría, y una vez que la inteligencia es capaz de prestarse a esta reverencia sin discernimiento, desciende por abajo de la estatura de la madurez mental. Sólo puede

ser grande en las cosas pequeñas. Realiza una traición contra sí misma y ahoga las sensaciones que excitan al descubrimiento.

Aunque los gobiernos antiguos nos ofrecen una imagen miserable de la condición del hombre, hay uno que sobre todos los demás constituye una excepción. Me refiero a la democracia de los atenienses. Vemos más de admirar y menos de condenar en este pueblo grande, extraordinario, que en ninguno otro de los que nos presenta la historia.

El señor Burke está tan poco al corriente de los principios constitutivos de gobierno, que confunde la democracia con la representación. La representación era una cosa desconocida en las antiguas democracias. En ellas la masa del pueblo se reunía y promulgaba las leyes (gramaticalmente hablando) en primera persona. La democracia simple no fue otra cosa que la plaza pública de los antiguos. Significa la *forma,* así como el principio público del gobierno. A medida que aumentó la población de aquellas democracias y se extendió su territorio, la forma democrática simple se hizo difícil de manejar e impracticable, y como no se conocía el sistema de representación, la consecuencia fue que degeneraron entre convulsiones en monarquías, o quedaron absorbidas en las que ya existían. Si se hubiera conocido entonces el sistema representativo como se conoce ahora, no hay motivo para creer que aquellas formas de gobierno que al presente se llaman monárquica y aristocrática hubiesen logrado existencia. Fue la falta de un método que permitiera consolidar las partes de la sociedad una vez que ésta llegó a ser demasiado populosa y la forma democrática simple resultó demasiado costosa, y también la condición aislada y solitaria de los pastores y gente del campo en otras partes del mundo, la que facilitó las oportunidades para el comienzo de aquellos modos de gobierno contra natura.

Como es necesario despejar el cúmulo de errores en que ha sido envuelto el tema del gobierno, procederé a llamar la atención sobre algunos otros.

Los cortesanos y los gobiernos de las Cortes han utilizado siempre el ardid de cubrir de injurias a una cosa vaga a la que llaman republicanismo; pero nunca trataron de explicar lo que era o es el republicanismo. Examinemos brevemente este problema.

Las únicas formas de gobierno son la democrática, la aristocrática, la monárquica y la que ahora se llama representativa.

Lo que se llama *república* no es una *forma particular* de gobierno. Es plenamente característico de la tendencia, motivo o finalidad para la que debe instituirse el gobierno y para cuyos fines debe ser empleado: RES-PUBLICA, los asuntos públicos, o el bien público; o, traducida literalmente, la *cosa pública.* Es una palabra de buen origen que se refiere a lo que debe ser el carácter y ocupación del gobierno; y en este sentido se opone, naturalmente, a la palabra *monarquía,* que tiene una significación original indigna. Implica ésta la idea de un poder arbitrario detentado por un individuo, en cuyo ejercicio es *él mismo* y no la *res-publica* el objetivo.

Todo gobierno que no actúe bajo el principio de la *república* o, en otras palabras, que no haga de la *res-publica* su pleno y único objeto, no es un buen gobierno. Un gobierno republicano no es otra cosa que un gobierno establecido y guiado por el interés público, tanto individual como colectivamente. No está ligado por necesidad a ninguna forma particular, pero se asocia más naturalmente con la forma representativa, que es la mejor calculada para asegurar el fin por el cual una nación se impone la carga de sostenerlo.

Varias formas de gobierno se han titulado repúblicas. Polonia se titula a sí misma república cuando en realidad es una aristocracia hereditaria con lo que se llama monarquía electiva. Holanda se califica de república y es, principalmente, aristocrática con un estatuderato hereditario. Pero el gobierno de Norteamérica, que está plenamente dentro del sistema de representación, es, por su carácter y su modo de operar, la única república que ahora existe. Su gobierno no tiene otro objetivo que el interés público de la nación y, en consecuencia, es propiamente una república; y los norteamericanos han cuidado de que ÉSTE, y no otro, sea siempre el objetivo de su gobierno, rechazando todo lo hereditario y fundando al gobierno únicamente en el sistema de representación.

Aquellos que han dicho que la república no es una *forma* de gobierno aplicable a países de gran extensión confunden, en primer término, las *tareas* de un gobierno con la *forma* de gobierno; porque la *res-publica* corresponde igualmente a toda extensión de territorio y población. Y, en segundo lugar, si algo querían decir respecto a la *forma,* sería de la forma de democracia simple, que fue el modo de gobierno en las antiguas democracias, en las que no existía la representación. En consecuencia, la cuestión no es que una república no pueda ser extensa, sino que no pueda serlo en la forma de democracia simple; y la cuestión se plantea naturalmente, *¿cuál es la mejor forma de gobierno para conducir la* RES-PUBLICA *o los* NEGOCIOS PÚBLICOS *de una nación cuando llega a ser demasiado extensa y populosa para emplear la forma de democracia simple?*

No puede ser la monarquía, porque la monarquía está sujeta a una objeción del mismo calibre que la forma simple de democracia.

Es posible que un individuo pueda establecer un sistema de principios con base en los cuales pueda implantarse constitucionalmente el gobierno en cualquier extensión de territorio. Esto no es más que una operación de la mente que actúa por sus propios poderes. Pero la práctica de tales principios, aplicados a las diversas y numerosas circunstancias de una nación, a su agricultura, manufactura, tráfico, comercio, etc., requiere un conocimiento de diferente naturaleza y que sólo pueden tener las diversas partes de la sociedad. Es un conjunto de conocimientos prácticos que un solo individuo no puede poseer y, en consecuencia, la forma monárquica, en su aplicación útil, se encuentra tan limitada por la incompetencia de conocimiento como lo estaba la forma democrática por la multiplicidad de población. La una degenera en confusión por la

extensión; la otra cae en la ignorancia y en la incapacidad, como se evidencia en las grandes monarquías. Por consiguiente, la forma monárquica no puede ser sustitutiva de la democracia, ya que tiene iguales inconvenientes.

Mucho menos puede serlo cuando es hereditaria. De todas las formas de gobierno ésta es la más eficaz para excluir el conocimiento. La alta inteligencia democrática no se hubiera podido someter por su propia voluntad a ser gobernada por niños e idiotas y a toda la confusa insignificancia de carácter que sirve a tal sistema meramente animal, vergüenza y oprobio de la razón y del hombre.

En cuanto a la forma aristocrática, tiene los mismos vicios y defectos que la monárquica, excepto que la oportunidad para las capacidades es mayor por la proporción de los números, pero no hay seguridad respecto al recto uso y aplicación de las mismas.[1]

Refiriéndonos, pues, a la democracia simple original, nos suministra los verdaderos supuestos a partir de los cuales puede iniciarse el gobierno en gran escala. Es incapaz de extensión, no por su principio, sino por el inconveniente de su forma; como la monarquía y la aristocracia por su incapacidad. Conservando, pues, la democracia como base y rechazando los corruptos sistemas de monarquía y aristocracia, el sistema representativo se presenta por sí solo, naturalmente, ya que remedia inmediatamente los defectos de la democracia simple en cuanto a la forma y la incapacidad de los otros dos por lo que respecta al conocimiento.

La democracia simple fue la sociedad que se gobernaba a sí misma sin ayuda de medios secundarios. Injertando la representación en la democracia conseguimos un sistema de gobierno capaz de abarcar y confederar todos los intereses diversos y cualquier extensión de territorio y población; y esto, con ventajas tan superiores al gobierno hereditario como la República de las Letras respecto a la literatura.

En este sistema se funda el gobierno norteamericano. Es la representación injertada en la democracia. Ha fijado la forma en una escala paralela en todos los casos a la extensión del principio. Lo que Atenas era en miniatura, lo será Norteamérica en grande. Aquélla fue la maravilla del mundo antiguo; ésta se está convirtiendo en la admiración y el modelo del presente. De todas las formas de gobierno es la más fácil de comprender y excluye inmediatamente la ignorancia e inseguridad del sistema hereditario y los inconvenientes de la democracia simple.

Es imposible de concebir un sistema de gobierno capaz de actuar sobre tal extensión de territorio y tal círculo de intereses como el que se produce inmediatamente por obra de la representación. Francia, con lo grande y populosa que es, no es más que un rincón, dada la capacidad del sistema. Es preferible a la democracia simple, incluso en los territorios pequeños. Con la representación Atenas hubiera superado su propia democracia.

Lo que se llama gobierno o, mejor dicho, lo que debiéramos concebir como gobierno,

no es más que cierto centro común en el que se unen todas las partes de una sociedad. Esto no puede realizarse por ningún método tan beneficioso para los diversos intereses de la comunidad como el sistema representativo. Concentra el conocimiento necesario al interés de las partes y del todo. Coloca al gobierno en un estado de permanente madurez. Como ya se ha hecho observar, no es nunca joven, ni nunca viejo. No está sujeto ni a la minoridad ni a la chochez. Nunca se mueve con andaderas ni con muletas. No admite una separación entre sabiduría y poder, y es superior, como siempre debe serlo un gobierno, a todos los accidentes de la vida individual y, por ello, es superior a lo que se llama monarquía.

Una nación no es un cuerpo cuya figura pueda representarse por la del cuerpo humano, sino que es como un cuerpo contenido en un círculo, con un centro común al que convergen todos los radios; y este centro está formado por la representación. Conectar la representación con lo que se llama monarquía es instituir un gobierno excéntrico. La representación es, por sí misma, la monarquía delegada de una nación y no puede envilecerse a sí misma compartiendo su delegación con nadie.

El señor Burke ha hecho uso dos o tres veces, en sus discursos parlamentarios y en sus publicaciones, de un tintineo de palabras que no comportan ideas. Hablando del gobierno, dice: "Es mejor tener la monarquía como base y el republicanismo como correctivo, que el republicanismo por base y la monarquía como correctivo". Si entiende que es mejor corregir la locura con la sabiduría que la sabiduría con la locura, no le objetaré nada sino que sería mucho mejor rechazar la locura por completo.

Pero ¿qué es esa cosa a la que el señor Burke llama monarquía? ¿La querrá explicar? Todo el mundo puede comprender lo que es la representación y que debe, necesariamente, encerrar una variedad de conocimientos y talentos. Pero ¿qué seguridad hay de que existan las mismas cualidades de parte de la monarquía? O ¿dónde está la sabiduría cuando la monarquía reside en un niño? ¿Qué puede conocer del gobierno? ¿Quién, pues, es el monarca o dónde está la monarquía? Si ha de ser representada por una regencia, resulta una farsa. Una regencia es una especie falsificada de república, y la totalidad de la monarquía no merece mejor descripción. Es todo lo variable que pueda concebir la imaginación. No tiene nada del carácter estable que debe poseer el gobierno. Cada sucesión es una revolución y cada regencia una contrarrevolución. La totalidad de ella es una escena de cabildeos e intrigas perpetuos de la Corte, de que el propio señor Burke es un ejemplo. Para hacer que la monarquía sea compatible con el gobierno, el inmediato sucesor no debería nacer niño, sino hombre, y ese hombre debería ser un Salomón. Es ridículo que las naciones tengan que esperar y que el gobierno se interrumpa hasta que el muchacho se haga hombre.

Sea que yo tenga demasiado poco entendimiento para comprender o demasiado para dejarme engañar; sea que tenga exceso de orgullo o demasiado poco, o por cualquier otra

cosa, dejo aquí esta cuestión; pero lo cierto es que lo que se llama monarquía me parece siempre una estupidez despreciable. La comparo a algo oculto tras una cortina y a propósito de lo cual reina mucha agitación y se hace mucho ruido, adoptándose un aire maravilloso de aparente solemnidad; pero cuando acontece que, por accidente, se descorre la cortina y la asistencia ve de lo que se trata, rompe en carcajadas.

En el sistema representativo de gobierno no puede ocurrir nada de esto. A semejanza de la nación misma, posee un perpetuo vigor, tanto de cuerpo como de inteligencia, y se presenta al abierto teatro del mundo de una manera limpia y viril. Cualesquiera que sean sus excelencias o sus defectos, son visibles para todos. No existe por fraude y misterio, ni se ocupa de afectación y sofismas, sino que inspira un lenguaje que, pasando de corazón a corazón, es sentido y comprendido.

Tenemos que cerrar nuestros ojos a la razón y que degradar indignamente nuestro entendimiento para no ver la locura de lo que se llama monarquía. La naturaleza es ordenada en todas sus obras; pero éste es un modo de gobierno que contraría a la naturaleza. Trastoca el progreso de las facultades humanas. Sujeta a la madurez al gobierno de los niños y a la sabiduría al de la estupidez.

Por el contrario, el sistema representativo marcha siempre paralelo con el orden y las leyes inmutables de la naturaleza y encuentra la razón del hombre en cada una de sus partes. Por ejemplo:

En el gobierno federal norteamericano se delega más poder al presidente de los Estados Unidos que a ningún miembro del Congreso. Por consiguiente, no puede ser elegido para dicho cargo si tiene menos de 35 años. A esta edad el juicio del hombre ha madurado y ha vivido lo suficiente para conocer al hombre y las cosas y, con ello, el país. Pero en el sistema monárquico (excluyendo las numerosas probabilidades que existen contra cada hombre nacido en el mundo, de sacar premio en la lotería de las facultades humanas), se pone a la cabeza de una nación y de un gobierno al inmediato sucesor, sea quien sea, a la edad de 18 años. ¿Debe considerarse esto como un acto de sabiduría? ¿Se compadece esto con la peculiar dignidad y el carácter varonil de una nación? ¿Con qué propiedad se llama a tal mozalbete padre del pueblo? En todos los demás casos, una persona es menor hasta la edad de 21 años. Antes de este momento no se le confía la administración de una yugada de terreno ni la propiedad hereditaria de un rebaño de ovejas o una piara de cerdos; pero, ¡sorprendente cosa!, a la edad de 18 años se le confía toda una nación.

Que la monarquía es un engaño, un simple artificio de la Corte para procurarse dinero se evidencia (al menos para mí) en cualquiera de los aspectos en que puede ser vista. Sería imposible en el sistema racional de gobierno representativo hacer prosperar un presupuesto de gastos de tan enorme cuantía como admite esta ficción. El gobierno no es, por su naturaleza, una institución muy costosa. La totalidad de gastos del gobierno

federal de Norteamérica, fundado, como ya he dicho, en el sistema de representación, y que se extiende sobre un país aproximadamente 10 veces mayor que Inglaterra, es apenas 600 000 dólares, o sea 135 000 libras esterlinas.

Supongo que ningún hombre que esté en sus cabales comparará las cualidades de los reyes de Europa con las del general Washington. Y, sin embargo, en Francia, y también en Inglaterra, solamente los gastos de la lista civil, para el sostenimiento de un hombre, son ocho veces mayores que el total de gastos del gobierno federal en Norteamérica. Encontrar una razón para esto me parece casi imposible. La generalidad del pueblo de Norteamérica, especialmente los pobres, tienen más capacidad para pagar impuestos que la generalidad del pueblo en Francia o Inglaterra.

Pero es el caso que el sistema representativo difunde por toda una nación un cuerpo de conocimientos sobre el tema del gobierno, capaz de desterrar la ignorancia y de excluir el exceso de impuestos. La astucia de la Corte no puede actuar en este terreno. No hay lugar para el misterio; en ninguna parte puede iniciarse. Aquellos ciudadanos que no figuran en la representación conocen la naturaleza de los asuntos tan bien como los que pertenecen a ella. Una afectación de misteriosa importancia sería rechazada con desprecio. Las naciones no pueden tener secretos; y los secretos de las Cortes, como los secretos de los individuos, son siempre sus defectos.

En el sistema representativo la razón de todas las cosas debe aparecer públicamente. Todo hombre es propietario del gobierno y considera que entender en él es una parte necesaria de sus asuntos. Concierne a su interés porque afecta a su propiedad. Examina el costo y lo compara con las ventajas; y, sobre todo, no tiene que adoptar la costumbre servil de seguir a los que en otros gobiernos se llaman DIRIGENTES.

Sólo cegando el entendimiento del hombre y haciéndole creer que el gobierno es algo maravillosamente misterioso, pueden obtenerse ingresos excesivos. La monarquía está bien pensada para asegurar esta finalidad. Es el papismo del gobierno, una cosa mantenida para distraer a los ignorantes y hacerles soportar pacientemente las cargas.

El gobierno de un país libre, hablando con propiedad, no está en las personas, sino en las leyes. La promulgación de éstas no requiere gran gasto; y con administrarlas está hecho todo lo que el gobierno civil tiene que hacer; todo lo demás es artificio de Corte.

CAPÍTULO IV
De las constituciones

Que cuando los hombres hablan de constituciones y gobiernos entienden hacerlo de cosas distintas y separadas, es evidente. Ahora bien, ¿por qué se emplean dichos términos distinta y separadamente? Una Constitución no es el acto de un gobierno, sino el de un pueblo que constituye un gobierno; y gobierno sin Constitución es poder sin derecho.

Todo poder ejercido sobre una nación debe tener un comienzo. Tiene que ser delegado por ella o arrogado por quien lo ejerce. No hay otros orígenes. Todo poder delegado es confianza y todo poder arrogado es usurpación. El tiempo no altera la naturaleza ni la calidad de uno y otro.

Examinando este asunto, el caso y las circunstancias de Norteamérica se presentan como en los comienzos de un mundo, y nuestra investigación sobre el origen del gobierno se abrevia porque nos referimos a hechos que han acontecido en nuestra propia época. No hay necesidad de andar de acá para allá buscando información en el oscuro campo de la antigüedad ni de aventurar por nuestra cuenta una conjetura. De un golpe se nos lleva al punto en que vemos surgir al gobierno como si hubiésemos vivido en el comienzo del tiempo. La masa efectiva, no de historia, sino de hechos, se encuentra directamente ante nosotros sin que la hayan mutilado las ficciones o los errores de la tradición.

Voy a exponer aquí, de manera concisa, los comienzos de las constituciones norteamericanas, y con ello se mostrará suficientemente la diferencia entre constituciones y gobiernos.

No huelga recordar al lector que los Estados Unidos de Norteamérica se componen de 13 estados separados y que cada uno de ellos estableció un gobierno propio a raíz de la Declaración de Independencia hecha el 4 de julio de 1776. Para formar su gobierno, cada estado obró con independencia de los demás; pero el mismo principio general informó al todo. Cuando quedaron constituidos los gobiernos de los diversos estados, procedieron a formar el gobierno federal que actúa sobre la totalidad en todas las materias que conciernen al interés del conjunto o que tienen relación con el comercio de los diferentes estados entre sí o con las naciones extranjeras. Comenzaré poniendo un ejemplo de uno de los gobiernos de estado (el de Pensilvania) y después continuaré con

el gobierno federal.

El estado de Pensilvania, aunque de la misma extensión territorial, aproximadamente, que Inglaterra, estaba dividido entonces en sólo 12 condados. Cada uno de estos condados había elegido un comité al comienzo de la disputa con el gobierno inglés, y como la ciudad de Filadelfia, que también tenía su comité, era la más céntrica para la información, se convirtió en el centro de comunicación de los comités de los diversos condados. Cuando se hizo necesario proceder a la formación de un gobierno, el comité de Filadelfia propuso una conferencia de todos los comités, que había de celebrarse en dicha ciudad y que se reunió a fines de julio de 1776.

Aunque aquellos comités habían sido elegidos por el pueblo, no habían sido elegidos expresamente con el propósito ni investidos con la autoridad de hacer una Constitución, y como, de una manera consecuente con las ideas jurídicas norteamericanas, no podían arrogarse tal poder, sólo pudieron conferenciar sobre la materia y ponerla en vías de realización. En consecuencia, los comisionados no hicieron otra cosa que plantear la cuestión y recomendar a los diversos condados que eligiesen seis representantes por cada condado, que se reunirían en convención en Filadelfia, con poderes para hacer una Constitución y someterla a la consideración pública.

Esta convención, de la que fue presidente Benjamin Franklin, después de reunirse y deliberar, aprobó una Constitución, ordenó seguidamente que fuese publicada, no como una cosa ya decidida, sino para someterla a la consideración de todo el pueblo, a su aprobación o desestimación, y después suspendió sus reuniones por un tiempo determinado. Transcurrido este plazo, la convención volvió a reunirse y, como se conocía ya la opinión general del pueblo favorable a su aprobación, la Constitución fue firmada, sellada y proclamada por la *autoridad del pueblo,* y el instrumento original depositado como un documento público. Entonces, la convención señaló un día para celebrar las elecciones generales de los representantes que habían de componer el gobierno y el momento en que había de comenzar a actuar; y hecho esto, se disolvió y sus miembros se reintegraron a sus respectivos hogares y ocupaciones.

En dicha Constitución se hizo, en primer término, una declaración de derechos; después seguía la forma que el gobierno había de tener y los poderes que había de poseer: la autoridad de los tribunales de justicia y de los jurados, la manera como habían de celebrarse las elecciones y la proporción de representantes con arreglo al número de electores, el periodo que había de durar cada una de las asambleas (que era de un año) y el modo de recaudar y la contabilidad de los gastos del tesoro público, el modo de nombrar para los cargos públicos, etcétera.

Ningún artículo de esta Constitución podía alterarse o infringirse a discreción del gobierno que había de entrar en funciones. Era una ley para el gobierno. Pero como habría sido imprudente excluir la ventaja de la experiencia, y para evitar también la

acumulación de errores, si se encontraba alguno, y para mantener el unísono entre el gobierno y las circunstancias del estado en todo tiempo, la Constitución estipulaba que a la expiración de cada siete años debería elegirse una convención con el propósito expreso de revisar la Constitución y hacer en ella las alteraciones, adiciones y supresiones que se estimaran necesarias.

Aquí vemos un proceso regular —un gobierno que surge de una Constitución formada por el pueblo en su carácter original; y aquella que sirve no sólo de autoridad, sino de ley de control para el gobierno—. Era la Biblia política del Estado. Apenas había familia que no la poseyera. Cada miembro del gobierno tenía un ejemplar, y nada era más corriente cuando se suscitaba un debate respecto al principio de una proposición de ley o sobre la extensión de cualquier autoridad, que los miembros del gobierno sacaran de su bolsillo la Constitución impresa y leyeran el capítulo que tenía relación con la materia que se debatía.

Habiendo ofrecido así el ejemplo de uno de los estados, voy a mostrar el procedimiento por el que surgió y se formó la Constitución federal de los Estados Unidos.

El Congreso, en sus dos primeras reuniones, en septiembre de 1774 y en mayo de 1775, no era más que una diputación de las asambleas legislativas de las diversas provincias convertidas después en estados y no tenía otra autoridad que la que dimanaba del común consentimiento y de la necesidad de su actuación como un cuerpo público. En todo lo que se refería a los asuntos interiores de Norteamérica, el Congreso no fue más allá de expedir recomendaciones a las diversas asambleas provinciales, las cuales las adoptaban o no, a su discreción. Nada de lo hecho por el Congreso era obligatorio; no obstante esta situación, se le obedeció con mayor fidelidad y buen deseo que a cualquier gobierno de Europa. Este ejemplo, como el de la Asamblea Nacional de Francia, muestra suficientemente que la fuerza del gobierno no consiste en algo *interior* a él, sino en el apego de una nación y en el interés que el pueblo tiene en sostenerlo. Cuando pierde éste, el gobierno no es más que un niño en el poder, y aunque como el antiguo gobierno de Francia puede, durante un cierto tiempo, molestar a los individuos, ello no hace más que facilitar su propia caída.

Después de la Declaración de Independencia pareció conforme con el principio en que se fundaba el gobierno representativo, que se definiera y afirmara la autoridad del Congreso. No se trataba de si dicha autoridad había de ser mayor o menor que la ejercida entonces discrecionalmente por el Congreso. Se trataba, simplemente, de la rectitud de la medida.

Con este propósito se propuso la ley llamada *Act of Confederation* (que fue una especie de Constitución federal imperfecta) y después de larga deliberación fue terminada en el año 1781. No era una ley del Congreso porque repugna a los principios del gobierno

representativo que un cuerpo se confiera poder a sí mismo. Primeramente el Congreso informó a los diversos estados respecto a los poderes de que consideraba necesario estar investido en la unión para cumplir los deberes y prestar los servicios que de él se requerían; y los estados, separadamente, se pusieron de acuerdo entre sí y concentraron en el Congreso aquellos poderes.

Acaso no esté de más observar que en ambos ejemplos (el de Pensilvania y el de los Estados Unidos) no hay otra cosa que se parezca a la idea de un pacto entre el pueblo, de una parte, y el gobierno de otra. El pacto fue el de los ciudadanos, unos con otros, para crear y constituir un gobierno. Suponer que cualquier gobierno puede ser parte en un pacto con todo el pueblo equivale a suponer que tiene existencia antes de tener derecho a existir. El único ejemplo en el cual puede celebrarse un pacto entre el pueblo y aquellos que ejercen el gobierno es el de que el pueblo les pagará durante el tiempo que decida emplearlos.

El gobierno no es una industria que cualquier hombre o cuerpo de hombres tiene derecho a establecer y a ejercer para su particular provecho, sino que es, plenamente, un fideicomiso establecido por la propia autoridad de aquellos que lo delegan y para quienes es siempre revocable. Por sí mismo no tiene derechos; sólo deberes.

Ofrecidos así dos ejemplos de la formación original de una Constitución, mostraré la manera como han sido modificadas ambas desde su primer establecimiento.

Se vio por experiencia que los poderes de que estaban investidos por sus constituciones los gobiernos de los diferentes estados eran demasiado grandes y aquellos de que estaba investido el gobierno federal por el *Act of Confederation,* demasiado pequeños. El defecto no residía en el principio, sino en la distribución del poder.

Aparecieron en folletos y periódicos numerosos escritos sobre la conveniencia y necesidad de una nueva estructuración del gobierno federal. Después de algún tiempo de discusiones públicas, realizadas a través de la prensa y en las conversaciones, el estado de Virginia, que había experimentado algunos inconvenientes con respecto al comercio, propuso que se celebrara una conferencia continental; y, en consecuencia, se reunió en Annapolis (Maryland), en 1786, una diputación de cinco o seis de las asambleas de los estados. Esta reunión, no considerándose con suficiente autoridad para abordar la cuestión de la reforma, no hizo sino declarar su opinión general sobre la conveniencia de la medida y recomendar la celebración de una convención de todos los estados durante el año siguiente.

La convención se reunió en Filadelfia en mayo de 1787 y eligió presidente al general Washington. En esta época el general no tenía relación con ninguno de los gobiernos de los estados ni con el Congreso. Renunció a su cargo cuando terminó la guerra y había vivido desde entonces como un ciudadano particular.

La convención entró en el fondo de todas las cuestiones y, puestos de acuerdo sus

miembros, después de diversos debates e investigaciones sobre las diferentes partes de una Constitución federal, se planteó la cuestión de hallar la manera de darle autoridad y vigencia.

Para este fin no fueron a la busca, como hubiera hecho una camarilla de cortesanos, de un estatúder holandés o de un elector alemán, sino que remitieron toda la cuestión al sentir y a los intereses del país.

Primeramente ordenaron que se publicase la Constitución propuesta. En segundo lugar, que cada estado eligiese una convención con el expreso propósito de tomarla en consideración, ratificándola o rechazándola; y que tan pronto como se obtuviera la aprobación y ratificación de nueve estados, procedieran éstos a la elección de los miembros del nuevo gobierno federal que por proporción les correspondieran; que esta operación comenzase inmediatamente y que cesase el gobierno federal existente.

En consecuencia, los diversos estados procedieron a elegir sus convenciones. Algunas de aquellas convenciones ratificaron la Constitución por una mayoría muy grande y dos o tres por unanimidad. En otras hubo mucha discusión y división de opiniones. En la de Massachusetts, que se reunió en Boston, la mayoría no excedió de 19 o 20 votos de un total aproximado de 300 miembros, pero tal es la naturaleza del sistema representativo, que decide pacíficamente todas las cuestiones por mayoría. Una vez terminado el debate en la convención de Massachusetts, y computados los votos, los miembros de la oposición se levantaron y declararon: *que aun cuando ellos habían argumentado y votado en contra de ella, porque veían ciertas partes desde un punto de vista diferente al de los otros miembros, como el voto había decidido en favor de la Constitución en la forma en que había sido propuesta, le darían el mismo apoyo práctico que si hubieran votado en favor de ella.*

Tan pronto como nueve estados dieron su asentimiento (y los restantes siguieron a medida que fueron elegidas sus convenciones), se derribó el viejo sistema del gobierno federal, erigiéndose el nuevo, del que es presidente el general Washington. En este punto no puedo dejar de observar que la personalidad y los servicios de este señor son suficientes para avergonzar a todos los hombres que se llaman reyes. Mientras éstos reciben del sudor y trabajos de la humanidad pródigos gajes que ni sus capacidades ni sus servicios justifican, aquél presta todos los servicios que puede y rehúsa cualquier recompensa pecuniaria. No aceptó ningún sueldo como general en jefe; no acepta ninguno como presidente de los Estados Unidos.

Después de establecida la nueva Constitución federal, el estado de Pensilvania, considerando que algunas partes de su propia Constitución necesitaban ser modificadas, eligió una convención con este fin. Se publicaron las modificaciones propuestas y, habiéndolas aprobado el pueblo, fueron puestas en vigor.

Para hacer estas constituciones o modificarlas poca o ninguna dificultad se suscitó. El

curso ordinario de las cosas no se interrumpió y las ventajas han sido muchas. Es siempre el interés de gran número de gentes en una nación tener las cosas bien en lugar de dejar que continúen mal; y cuando se ponen a debate los asuntos públicos y el juicio público es libre, no decidirá mal, a menos que decida con demasiado apresuramiento.

En los dos ejemplos de cambio de constituciones, los gobiernos existentes a la sazón no fueron, ni actores, ni parte. El gobierno no tiene derecho a mostrarse parte en ningún debate en que se discutan los principios o modos de hacer, o cambiar, las constituciones. Las constituciones y los gobiernos que de ellas emanan no se establecen en beneficio de quienes ejercen los poderes de gobierno. En todas estas cuestiones el derecho de juzgar y actuar corresponde a los que pagan y no a los que reciben.

Una Constitución es propiedad de una nación y no de quienes ejercen el gobierno. Todas las constituciones de Norteamérica declaran que han sido establecidas por la autoridad del pueblo. En Francia se emplea la palabra nación en lugar de pueblo; pero, en ambos casos, una Constitución es una cosa que precede al gobierno y siempre distinta de él.

No es difícil darse cuenta en Inglaterra de que todo, salvo la nación, tiene una Constitución. Cualquier sociedad o asociación que se funda, acuerda primeramente un cierto número de artículos originales, distribuidos convenientemente, que son su Constitución. Después, nombra los agentes cuyos poderes y facultades se fijan en dicha Constitución, y entonces comienza el gobierno de dicha sociedad. Aquellos agentes, cualquiera que sea el nombre con que se les designe, no tienen autoridad para adicionar, alterar o reducir los artículos originales. Sólo al poder constituyente compete este derecho.

Por no comprender la diferencia entre Constitución y gobierno, se han extraviado siempre el doctor Johnson y todos los escritores de su especie. Apenas si conciben que debe existir, necesariamente, en alguna parte, un poder de *control* y lo sitúan en la discreción de las personas que ejercen el gobierno en lugar de colocarlo en una Constitución hecha por la nación. Cuando está en una Constitución tiene a la nación como sostén y los poderes natural y político de control están unidos. Las leyes dictadas por el gobierno controlan a los hombres sólo en cuanto individuos, pero la nación, a través de su Constitución, controla a todo el gobierno, y tiene capacidad natural para hacerlo. El poder final de control y el poder constituyente original son uno y el mismo poder.

El doctor Johnson no habría podido sostener tal opinión en ningún país donde existiera una Constitución; y él mismo es una prueba que tal cosa no existe en Inglaterra. Pero puede plantearse y merece la pena de examinar la cuestión de cómo puede llegar a hacerse tan general la idea de la existencia de una Constitución, no existiendo ésta.

Para decidir tal cuestión es necesario considerar la Constitución en sus dos aspectos:

primero, como creadora de un gobierno al que confiere poderes; segundo, como medio de regular y restringir los poderes otorgados.

Si comenzamos por Guillermo de Normandía, nos encontramos con que el gobierno de Inglaterra fue, en su origen, una tiranía, establecida por la invasión y la conquista del país. Admitido esto, se verá que el esfuerzo hecho por la nación en diferentes periodos para debilitar dicha tiranía y hacerla menos intolerable ha sido considerado equivocadamente como Constitución.

La Magna Carta, como fue llamada (ahora es como un almanaque de la misma fecha), no fue más que una imposición al gobierno para obligarle a renunciar a parte de sus pretensiones. No creó ni dio poderes al gobierno a la manera como lo hace una Constitución; sino que fue, hasta donde llegó, una reconquista y no una Constitución; si la nación hubiese eliminado totalmente la usurpación, como ha hecho Francia con su despotismo, habría tenido que hacer una Constitución.

La historia de los Eduardos y de los Enriques y hasta el comienzo de los Estuardo, ofreció tantos ejemplos de tiranía como podían realizarse dentro de los límites a que la nación la había restringido. Los Estuardo se esforzaron por sobrepasar aquellos límites y su suerte es bien conocida. En todos aquellos ejemplos no vemos nada que se parezca a una Constitución, sino restricciones a poderes arrogados.

Después de esto, otro Guillermo, descendiente de la misma rama y reivindicando el mismo origen, consiguió la posesión; y de los dos males, Jacobo y Guillermo, la nación prefirió el que le parecía menor; ya que, dadas las circunstancias, tenía que aceptar uno. La ley llamada *Bill of Rights* (Declaración de Derechos) entra ahora en consideración. ¿Qué es, sino un contrato entre las diversas partes del gobierno para dividirse los poderes, los beneficios y los privilegios? Tendréis tanto, y yo tendré el resto; y con respecto a la nación, dice, por *vuestra parte, tú tendrás el derecho de petición.* Siendo éste el caso, la Declaración de Derechos es más propiamente la declaración de la injusticia y de la afrenta. En cuanto al llamado Parlamento convención, fue una cosa que se creó a sí misma y, por consiguiente, creó también la autoridad por cuya virtud actuaba. Se reunieron unas cuantas personas y se dieron a sí mismas este nombre. Varias de ellas no habían sido nunca elegidas y ninguna de ellas lo fue para la finalidad que las reunía.

Desde la época de Guillermo apareció una especie de gobierno que dimanaba del *Bill of Rights* aprobado por aquella coalición, y más aún, después de la corrupción introducida durante la dinastía hannoveriana, por obra de Walpole, que no puede llamarse por otro nombre que el de legislación despótica. Aunque sus partes pueden obstaculizarse recíprocamente, el conjunto no tiene limitaciones; y el único derecho que reconoce fuera de sí mismo es el derecho de petición. ¿Dónde está, pues, la Constitución que da o restringe el poder?

Por el hecho de que una parte del gobierno sea electiva, no deja éste de ser despótico, si las personas elegidas poseen después, en cuanto Parlamento, poderes ilimitados. En este caso la elección queda separada de la representación y los candidatos son candidatos al despotismo.

No puedo creer que a una nación que reflexione sobre su propio derecho, se le ocurra llamar *Constitución* a tal cosa, a menos que sea el gobierno quien haya lanzado la palabra *constitución*. Tal palabra ha entrado en circulación en forma parecida a como lo han hecho las palabras *aburrido* y *excéntrico,* blanqueadas por los discursos del Parlamento como si estuvieran en los postigos de las ventanas o en los montantes de las puertas; pero sea lo que sea, la Constitución en otros aspectos ha sido, indudablemente, *la más productiva máquina tributaria que se haya inventado jamás.* Los impuestos en Francia, bajo la nueva Constitución apenas llegan a 13 chelines por cabeza[1] y los de Inglaterra, bajo lo que se llama su actual Constitución, ascienden a 48 y seis peniques por cabeza —hombres, mujeres y niños— importando un total aproximado de 17 millones de libras esterlinas, aparte de los gastos de recaudación que se elevan a un millón más.

En un país como Inglaterra, donde la totalidad del gobierno civil se realiza por el pueblo de cada ciudad y condado por medio de las parroquias, jueces de paz, sesiones trimestrales, jurados y jueces, sin ninguna preocupación por lo que se llama gobierno, ni otro gasto que el sueldo de los jueces es sorprendente cómo pueda ser empleada tal cantidad de impuestos. Ni siquiera la defensa interna del país se paga con los ingresos. En toda ocasión, real o imaginaria, se recurre continuamente a nuevos empréstitos y a nuevos impuestos. No es sorprendente, pues, que una máquina de gobierno, tan beneficiosa para los defensores de la Corte, sea exaltada triunfalmente. ¡No es sorprendente que en St. James o St. Stephen se oiga hablar continuamente de Constitución! ¡No es sorprendente que se repruebe la Revolución francesa y se trate con reproches a la *res-publica*! El *libro rojo* de Inglaterra, como el libro rojo de Francia, explicarán la razón.[2]

Ahora, por vía de descanso, voy a dedicar al señor Burke una o dos ideas. Y le pido perdón por no haberle atendido durante tanto tiempo.

"Norteamérica —dice en su discurso sobre el proyecto de ley de Constitución del Canadá— nunca imaginó doctrina tan absurda como la de los *Derechos del Hombre"*.

El señor Burke hace presunciones tan audaces y aventura sus afirmaciones y sus premisas con tal falta de juicio, que sin preocuparnos de los principios de filosofía o de política, las simples conclusiones lógicas a que conducen son ridículas. Por ejemplo: si, como afirma el señor Burke, los gobiernos no están fundados en los Derechos del HOMBRE y están fundados en *cualesquiera otros derechos,* deberán, en consecuencia, estar fundados en el derecho de *algo* que *no es el hombre,* ¿Qué es, entonces, ese algo?

Hablando en términos generales, no conocemos otras criaturas que habiten la tierra sino los hombres y las bestias; y en todos los casos en que sólo se nos ofrecen dos cosas, hay que admitir una de las dos; la negación demostrada de una de ellas equivale a la afirmación de la otra; y en consecuencia, estableciendo el señor Burke una prueba contra los derechos del *hombre,* prueba en favor de las *bestias;* por ende, prueba que el gobierno es una bestia; y como las cosas difíciles se explican, a veces, unas por otras, vemos ahora el origen de mantener bestias feroces en la Torre; porque, ciertamente, no pueden servir para otra cosa que para indicar el origen del gobierno. Ocupan el lugar de una Constitución. ¡Oh, John Bull, cuántos honores te has perdido por no ser una bestia feroz! ¡Por el sistema del señor Burke, te hubieras pasado la vida en la Torre!

Si los argumentos del señor Burke no tienen peso suficiente para ser tomados en serio, la culpa no es mía, sino de él; y como estoy dispuesto a excusarme ante el lector por la libertad que me he tomado, espero que el señor Burke lo hará también por haber dado el motivo.

Una vez hecha al señor Burke la cortesía de recordarlo, vuelvo al tema.

Por falta de una Constitución que restringiera y regulara el impulso desordenado de poder, muchas de las leyes de Inglaterra son irracionales y tiránicas y su ejecución vaga y problemática.

La atención del gobierno de Inglaterra (pues prefiero llamarle por este nombre que por el de gobierno inglés) parece haber estado, desde su conexión política con Alemania, tan completamente acaparada y absorbida por la política exterior y los medios de recaudar impuestos, que se diría que no existe para otros fines. Los asuntos interiores están abandonados; y con respecto a una verdadera legislación, apenas si existe tal cosa.

Casi todas las cuestiones legales deben resolverse por algún precedente, sea bueno o malo, de adecuada aplicación o no; y la práctica se ha hecho tan general que suscita la sospecha de proceder de una política más profunda de lo que a primera vista parece.

Desde la revolución norteamericana, y aún más desde la de Francia, esta alabanza de la doctrina de los precedentes, tomados de épocas y circunstancias anteriores a aquellos acontecimientos, ha sido la práctica estudiada del gobierno Inglés. La generalidad de aquellos precedentes se funda en principios y opiniones que son lo contrario de lo que debieran ser; y cuanto más distante es la época de que están tomados, más sospechosos han de ser. Pero mediante la asociación de aquellos precedentes con un supersticioso respeto por las cosas antiguas, a la manera de los frailes que enseñan las reliquias y las llaman sagradas, se engaña a la generalidad de los hombres conforme se desea. Los gobiernos actúan ahora como si temieran despertar una sola reflexión en el hombre. Le van llevando con suavidad al sepulcro de los precedentes para matar sus facultades y distraer su atención de la escena de las revoluciones. Se dan cuenta de que el hombre va llegando al conocimiento con más rapidez de lo que ellos desean y su política de los

precedentes es el barómetro de sus temores. Este papismo político, como el papismo eclesiástico de antaño, ha pasado su época y se está precipitando hacia su muerte. Las reliquias destrozadas y los precedentes anticuados, el fraile y el monarca, se reducirán juntos a polvo.

El gobierno por los precedentes, sin consideración al principio que informa a éstos, es uno de los sistemas más viles que pueden establecerse. En numerosos ejemplos el precedente debería servir de advertencia y no de ejemplo y es preciso evitarlo en lugar de imitarlo; pero en lugar de esto, se toman los precedentes en bloque y se les coloca de golpe en el lugar de la Constitución y la ley.

O la doctrina de los precedentes es una política para mantener al hombre en estado de ignorancia o es la confesión práctica de que la sabiduría degenera en el gobierno a medida que avanza en edad y de que sólo puede andar cojeando con la ayuda de los bastones y muletas de los precedentes. ¿Cómo es que las mismas personas que querrían, orgullosamente, ser consideradas como más sabias que sus predecesores, aparecen sólo como los espectros de una sabiduría desaparecida? ¡De qué manera tan extraña se trata la antigüedad! Para servir a ciertos fines se habla de ella como de una época de oscurantismo e ignorancia, y para servir a otros se la considera como la luz del mundo.

Si se sigue la doctrina de los precedentes, los gastos del gobierno no pueden continuar siendo los mismos. ¿Por qué pagar excesivamente a hombres que tienen tan poco que hacer? Si todo lo que puede acontecer está ya en los precedentes, la legislación ha terminado y el precedente, como un diccionario, decide cada caso. En consecuencia, o el gobierno ha llegado a la chochez y tiene que renovarse, o se han presentado ya todas las ocasiones de poner en práctica su sabiduría.

Vemos ahora en toda Europa, y particularmente en Inglaterra, el curioso fenómeno de una nación que mira de un lado y el gobierno de otro; la una hacia adelante y el otro hacia atrás. Si los gobiernos han de seguir los precedentes mientras que las naciones persiguen el perfeccionamiento, habrán de llegar a una separación definitiva; y cuanto más pronto y cuanto más civilmente decidan esta cuestión, tanto mejor.[3]

Una vez que hemos hablado de las constituciones, en general, como cosas distintas de los gobiernos reales, consideremos las partes de que está compuesta una Constitución. En este punto, las opiniones difieren más que con respecto al conjunto. Que una nación deba tener una Constitución, como norma de conducta de su gobierno, es una cuestión sencilla en la que todos los hombres, que no sean de un modo inmediato cortesanos, estarán de acuerdo. Sólo se multiplican las opiniones en la cuestión de las partes que la componen.

Pero esta dificultad, como todas las demás, se reduce cuando se plantea de modo que pueda ser rectamente entendida.

La primera cosa es que una nación tiene derecho a establecer una Constitución.

Si ejerce este derecho del modo más juicioso, desde un principio, es cuestión totalmente diferente. Lo ejerce conforme al juicio que posee; y si continúa haciéndolo así, acabarán por descubrirse todos los errores.

Cuando se establece este derecho en una nación, no hay por qué temer que haya de emplearlo en su propio daño. Una nación no puede tener interés en equivocarse.

Aunque todas las constituciones de Norteamérica se fundan en un mismo principio general, no hay, sin embargo, dos que sean exactamente iguales en las partes que las componen o en la distribución de los poderes que dan a los gobiernos. Unas son más complejas y otras menos.

Para hacer una Constitución es necesario, en primer término, considerar cuáles son los fines para los que es necesario el gobierno. En segundo lugar, cuáles son los medios mejores y menos costosos para el cumplimiento de esos fines.

El gobierno no es más que una asociación nacional; y el objeto de esta asociación es el bien de todos, tanto individual como colectivamente. Todo hombre desea proseguir en su ocupación y gozar de los frutos de sus trabajos y del producto de su propiedad en paz y seguridad y con los menores gastos posibles. Cuando estas cosas se realizan, quedan cumplidos todos los fines para los que debe establecerse el gobierno.

Se ha hecho habitual considerar al gobierno desde tres aspectos generales y distintos. El legislativo, el ejecutivo y el judicial.

Pero si permitimos a nuestro juicio conducirse sin que el hábito de la multiplicación de términos le embarace, no podremos percibir más de dos divisiones del poder de que se compone el gobierno civil, a saber, la de legislar o dictar leyes, y la de ejecutarlas o administrarlas. En consecuencia, todo lo que corresponde al gobierno civil se clasifica en una o en otra de estas dos divisiones.

En materia de ejecución de las leyes, lo que se llama poder judicial es, en sentido estricto y propio, el poder ejecutivo de todo país. Es a ese poder al que todo individuo tiene que apelar y el que hace que la ley sea ejecutada; y no tenemos ninguna otra idea clara respecto a la ejecución oficial de las leyes. En Inglaterra, y también en Norteamérica y Francia, este poder comienza por el juez de paz y se desarrolla a través de todos los tribunales de justicia.

Dejo a los cortesanos la explicación de qué se quiere decir al llamar a la monarquía poder ejecutivo. Es simplemente el nombre en el cual se realizan los actos de gobierno; y cualquier otro o ninguno, respondería al mismo propósito. Las leyes no tienen mayor o menor autoridad por ello. Deben derivar su apoyo de la equidad de sus principios y del interés que la nación sienta por ellos; si necesitan cualquier otro, es señal de que hay algo imperfecto en el sistema de gobierno. Las leyes difíciles de ejecutar no pueden ser, en términos generales, buenas.

Con respecto a la organización del *poder legislativo,* se han adoptado diferentes

modos en diversos países. En América se compone, generalmente, de dos cámaras. En Francia no tiene más que una, pero en ambos países se constituye plenamente por representación.

El caso es que la humanidad (por la larga tiranía de los poderes arrogados) había tenido tan pocas oportunidades para hacer las experiencias de los modos y principios de gobierno, para descubrir el mejor, *que apenas comienza ahora a conocerse el gobierno* y falta aún experiencia para poder determinar muchos particulares.

Las objeciones contra las dos cámaras son, primeramente, que hay una incongruencia en que cualquier parte del todo de una legislatura llegue, por votación, a la decisión final de un asunto, mientras que *dicho asunto,* con respecto a *aquel todo,* está aún en vías de deliberación y, consiguientemente, abierto a nuevos esclarecimientos.

En segundo lugar, que considerando el voto en cada una, como cuerpo separado, es siempre admisible la posibilidad, y en la práctica es frecuente el caso de que la minoría gobierne a la mayoría, y en algunas ocasiones llegando a un grado de gran incongruencia.

Y, por último, que es incongruente que dos cámaras, arbitrariamente, se frenen y controlen recíprocamente; porque no puede probarse, basándose en los principios de la justa representación, que una de las dos sea más sabia o mejor que la otra. Pueden frenarse en lo malo como en lo bueno, y, por consiguiente, atribuir el poder allí donde no podemos atribuir la sabiduría para usarlo, ni estar seguros de que sea rectamente empleado, hace que el riesgo sea, por lo menos, igual a la precaución.[4]

La objeción contra la cámara única es la de que está siempre en situación de comprometerse demasiado pronto. Pero, al mismo tiempo, debe recordarse que cuando hay una Constitución que define el poder y establece los principios dentro de los que debe actuar una asamblea legislativa, provee de un freno más eficaz y actúa más poderosamente que cualquier otro freno que pueda existir. Por ejemplo:

Si en cualquiera de las asambleas legislativas norteamericanas se presentase una proposición de ley semejante a la que aprobó el Parlamento inglés al comienzo del reinado de Jorge I, ampliando a mayor periodo que el hoy establecido la duración de las asambleas, encontraría un freno en la Constitución que dice, en efecto, *hasta aquí puedes llegar y no más allá.*

Pero a fin de eliminar la objeción contra la cámara única, de que actúa con un impulso demasiado vivo y, al mismo tiempo, evitar las incongruencias y, en algunos casos, los absurdos, a que da lugar la existencia de dos cámaras, se ha propuesto el siguiente método como mejor que los otros dos.

Primero: tener sólo una representación.

Segundo: dividir, por suerte, la representación, en dos o tres partes.

Tercero: que todo proyecto de ley propuesto sea debatido en aquellas partes, sucesivamente; que los componentes de dichas partes puedan asistir a las sesiones de las

demás, pero sin intervenir en la votación. Después de lo cual, la totalidad de la representación se reunirá para celebrar un debate general y decidir por votación.

A esta propuesta mejora se ha añadido otra con el propósito de mantener a la representación en estado de constante renovación; consiste en que un tercio de la representación cese al expirar el año y sea remplazado por nuevas elecciones. Otro tercio a la terminación del segundo año, remplazado de la misma manera y cada tres años unas nuevas elecciones generales.[5]

Pero de cualquier manera que se dispongan las diferentes partes de una Constitución, hay *un* principio general que distingue la libertad de la esclavitud, a saber, *que todo gobierno hereditario sobre un pueblo supone para él una especie de esclavitud y el gobierno representativo la libertad.*

Considerando al gobierno a la única luz bajo la que se le debe considerar, la de una ASOCIACIÓN NACIONAL, debe construirse de tal modo que no pueda ser perturbado por cualquier accidente que acontezca entre las partes; y, en consecuencia, no debe ponerse en manos de ningún individuo ningún poder extraordinario, capaz de producir tal efecto. La muerte, la enfermedad, la ausencia o la defección de cualquier individuo de un gobierno no debe tener más importancia respecto a la nación, que si la misma circunstancia hubiera sobrevenido a un miembro del Parlamento inglés o de la Asamblea Nacional de Francia.

Es difícil que haya nada más degradante para la grandeza nacional, que el hecho de ser sumida en confusión por algo que acontece a un individuo o por algo realizado por cualquiera; y lo ridículo del espectáculo se agranda por la natural insignificancia de la persona que la ocasiona. Si un gobierno estuviera organizado de forma que no pudiera pasarse sin la presencia en el senado de una oca o un ganso, las dificultades provocadas por la huida o la enfermedad de la oca o del ganso serían precisamente tan grandes y tan reales como si se le llamara rey. Nos reímos de las estúpidas dificultades que los individuos se crean a sí mismos, sin darnos cuenta de que las más grandes de todas las cosas ridículas las realizan los gobiernos.[6]

Todas las constituciones de Norteamérica se basan en un sistema que excluye las pueriles perplejidades que se presentan en los países monárquicos. No puede producirse en ellos, por ninguna circunstancia, ninguna suspensión del gobierno, ni siquiera momentánea. El sistema de representación provee a todo y es el único sistema en que las naciones y los gobiernos pueden siempre aparecer en su propio carácter.

Así como no debe ponerse en manos de ningún individuo un poder extraordinario, no debe tampoco disponerse del dinero público en favor de ninguna persona, más allá de lo que sus servicios al Estado puedan merecer. No significa nada que se llame a un hombre presidente, rey, emperador, senador o cualquier otro nombre que la corrección o la estupidez pueda inventar o la arrogancia asumir; lo único que importa es que pueda

prestar un cierto servicio al Estado; y el servicio de tal individuo en el ejercicio del cargo, ya se llame a tal cargo monárquico, presidencial o senatorial, por cualquier otro nombre o título, no puede nunca exceder de 10 000 libras por año. Todos los grandes servicios que se han hecho en el mundo han sido prestados con carácter voluntario por personas que no han aceptado nada para sí mismas; pero los servicios rutinarios están siempre regulados por una pauta de capacidades, que queda dentro de lo que la generalidad de las gentes pueden tener en cada país y, en consecuencia, no puede merecer muy extraordinaria recompensa. *El gobierno,* dice Swift, *es una cosa sencilla y ajustada a la capacidad de muchas cabezas.*

Es inhumano hablar de un millón de libras esterlinas por año, sacadas de los impuestos públicos de cualquier país, para el sostenimiento de un individuo, mientras que millares de gentes, forzadas a contribuir para ese fin, están pereciendo de necesidad y luchando con la miseria. El gobierno no debe consistir en un contraste entre las prisiones y los palacios, entre la pobreza y la pompa; no está instituido para privar de su ochavo al necesitado y aumentar la miseria del desgraciado. Pero de este aspecto de la cuestión hablaré más adelante, limitándome ahora a hacer observaciones de carácter político.

Cuando en un gobierno se atribuye a cualquier individuo un poder extraordinario y unos emolumentos extraordinarios, dicho individuo se convierte en el centro en torno al cual se genera y se forma toda suerte de corrupción. Dad a cualquier hombre un millón por año y añadid a esto el poder de crear y disponer de puestos a expensas del país, y las libertades de éste cesarán de estar en seguridad. Lo que se llama esplendor de un trono no es otra cosa que la corrupción del Estado. Ha sido inventado por una banda de parásitos que viven en lujosa indolencia a costa de los impuestos públicos.

Una vez establecido tan vicioso sistema, se convierte en el guardián y protector de todos los abusos inferiores. El hombre que recibe un millón por año es el último en favorecer un espíritu de reforma, por miedo a que la reforma pueda alcanzarle. Siempre está en su interés defender los abusos inferiores, como otras tantas avanzadas que protegen la ciudadela; y en esta especie de fortificación política, todas las partes tienen una tal común dependencia que nunca se podrá esperar que se ataquen unas a otras.[7]

La monarquía no habría durado tantos años en el mundo si no hubiera sido por los abusos que protege. Es el fraude principal que cubre a todos los demás. Admitiendo que otros participen del botín consigue amigos; y cuando deje de hacerlo, dejará de ser el ídolo de los cortesanos.

Como el principio en que se basan ahora las constituciones rechaza todo derecho hereditario al gobierno, rechaza también toda la serie de pretensiones conocidas por el nombre de prerrogativas.

Si hay algún gobierno en que se pudieran confiar a un individuo, con aparente seguridad, las prerrogativas, es el gobierno federal de Norteamérica. El presidente de los

Estados Unidos de América es elegido por cuatro años nada más. No sólo es responsable en el sentido general de la palabra, sino que se establece en la Constitución un procedimiento especial para juzgarle. No puede ser elegido si tiene menos de 35 años; y ha de haber nacido en el país.

Comparando estas circunstancias con el gobierno de Inglaterra, la diferencia, por lo que respecta a este último, se eleva al absurdo. Quien ejerce la prerrogativa en Inglaterra es, con frecuencia, un extranjero; siempre medio extranjero y siempre casado con una persona extranjera. Nunca está en plena conexión, natural o política, con el país; no es responsable por nada y es mayor de edad a los 18 años; no obstante, se permite a tal persona concluir alianzas con países extranjeros, sin que la nación tenga, ni siquiera, conocimiento de ello, y hacer la guerra y la paz sin su consentimiento.

Pero no es todo esto. Aunque tal persona no puede disponer del gobierno a la manera de un testador, dicta las alianzas matrimoniales, que, en efecto, realizan una gran parte del mismo fin. No puede legar, directamente, la mitad del gobierno a Prusia, pero puede hacer un enlace matrimonial que producirá casi el mismo efecto. En esas circunstancias, es una felicidad para Inglaterra no estar situada en el continente, pues en tal caso podría, como Holanda, caer bajo la dictadura de Prusia. Por matrimonio, Holanda está tan efectivamente gobernada por Prusia como si el medio de conseguirlo hubiese sido la plena tiranía de legar el gobierno. La presidencia de Norteamérica (o como algunas veces se le llama, el ejecutivo) es el único cargo de que está excluido un extranjero, y en Inglaterra es el único a que está admitido. Un extranjero no puede ser miembro del Parlamento, pero puede ser lo que se llama rey. Si hay una razón para excluir a los extranjeros, debe ser para aquellos cargos en que el daño puede ser más efectivo y en los que se asegura mejor la fidelidad mediante la unión del interés y el afecto. Pero cuando las naciones se dediquen al gran asunto de hacer constituciones, examinarán con más precisión la naturaleza y los asuntos de aquel departamento al que se llama ejecutivo. Todo el mundo puede ver lo que son el departamento legislativo y el judicial; pero con respecto al que en Europa se denomina ejecutivo, a diferencia de los otros dos, o es una cosa políticamente superflua o un caos de cosas desconocidas.

Todo lo que se necesita es un departamento oficial, al que se envían informes desde las diferentes partes de una nación, o desde el extranjero, para ser sometidos a la representación nacional; pero no es congruente denominar a ese departamento "ejecutivo"; ni puede considerársele de otro modo que como inferior al legislativo. En todo país, la autoridad soberana es el poder de hacer las leyes, y cualquier otra cosa es un departamento oficial.

A la distribución de los principios y a la organización de las diversas partes de una Constitución sigue la provisión que ha de hacerse para el sostenimiento de aquellas personas a quienes la nación confíe la administración de los poderes constitucionales.

Una nación no puede tener derecho a ocupar el tiempo y los servicios de cualquier persona a expensas de ésta, cuando la elija para emplearla o encargarla de un departamento cualquiera: tampoco puede darse una razón para proveer al sostenimiento de una parte del gobierno y no al de otra.

Pero admitiendo que el honor de ser encargado de una parte del gobierno deba ser considerado como recompensa suficiente, ello debe hacerse igualmente para toda persona. Si los miembros del legislativo de un país han de servir a su propia costa, lo que se llama ejecutivo, sea monárquico o se le designe por otro nombre, debe servir de la misma manera. Es incongruente pagar a los unos y aceptar gratis los servicios de los otros.

En Norteamérica todo departamento del gobierno está decorosamente dotado; pero a nadie se le paga de modo extravagante. A todo miembro del Congreso y de las asambleas se le concede lo suficiente para sus gastos. En cambio, en Inglaterra se hace una provisión muy pródiga para el sostenimiento de una parte del gobierno y ninguna para la otra, siendo la consecuencia que se provee a la una de los medios de corrupción y la otra queda en situación de ser corrompida. Si menos de la cuarta parte de tales gastos se invirtiera del modo como se hace en Norteamérica, se remediaría una gran parte de la corrupción.

Otra reforma de las constituciones norteamericanas es la supresión de todos los juramentos personales. El juramento de fidelidad, en Norteamérica, se presta sólo a la nación. Es inadecuado colocar a un individuo como representación de la nación. La felicidad de una nación es el objetivo superior y, en consecuencia, no debe oscurecerse el fin de un juramento de fidelidad por el hecho de que se preste, de modo figurado, a alguna persona o se tome en nombre de ella. El juramento, llamado juramento cívico, en Francia, a saber, la "nación, la ley y el rey", es impropio. Si se toma, debe ser como en Norteamérica, sólo a la nación. La ley puede ser o no ser buena; pero en este lugar no puede tener otra significación que la de medio que contribuye a la felicidad de la nación y, por tanto, está incluida en ella. El resto del juramento es impropio, por la razón de que deben abolirse todos los juramentos personales. Son, por una parte, reminiscencias de la tiranía y, por otra, de la esclavitud; y no debe utilizarse el nombre del CREADOR como testimonio de la degradación de su creación; o si se toma el rey como ya se ha mencionado, como significativo de la nación, es una redundancia en este lugar. Pero cualquiera que sea la excusa que pueda darse a los juramentos en el primer establecimiento de un gobierno, no deben permitirse después. Si un gobierno necesita el soporte de los juramentos es señal de que no merece ser apoyado y de que no debe ser apoyado. Haced al gobierno como debe ser y él se apoyará a sí mismo.

Para concluir esta parte del tema: una de las más grandes mejoras que se han logrado para la seguridad perpetua y el progreso de la libertad constitucional, es la precaución que

toman las nuevas constituciones respecto a la revisión, alteración o enmiendas que, ocasionalmente, puedan hacerse a las mismas.

El principio sobre el que construye el señor Burke su credo político, el de *ligar y controlar a la posteridad hasta el fin de los tiempos y el de renunciar y abdicar para siempre los derechos de toda su posteridad,* ha llegado a ser demasiado detestable para que pueda constituir objeto de discusión; y, en consecuencia, paso sobre él sin otra observación que exponerlo.

Sólo ahora comienza a conocerse el gobierno. Hasta el presente, ha sido el mero ejercicio de poder que prohibía toda eficaz investigación de los derechos, y se fundaba totalmente en la posesión. Mientras fue su juez el enemigo de la libertad, el progreso de sus principios debe haber sido poco considerable.

Las constituciones de Norteamérica, y también la de Francia, han fijado un periodo para su revisión o han establecido la manera como han de hacerse las mejoras. Acaso sea imposible establecer algo que combine los principios con las opiniones y la práctica sin que el curso de las circunstancias, a través de un espacio de años, venga, en cierta medida, a desvirtuarlo o hacerlo incongruente; y, en consecuencia, para impedir que se acumulen las dificultades hasta el punto de desalentar los intentos de reforma o de provocar revoluciones, lo mejor es facilitar los medios de encauzarlas a medida que aparecen. Los Derechos del Hombre son los derechos de todas las generaciones de hombres y no pueden ser monopolizados por ninguna. Lo que merece ser observado será observado por sus propios merecimientos, y en esto y no en cualesquiera otras condiciones con las que se le pueda recargar, reside su seguridad. Cuando un hombre deja propiedad a sus herederos no les impone una obligación que deban aceptar. ¿Por qué, pues, hemos de hacer de otra manera respecto a las constituciones?

La mejor Constitución que pueda imaginarse, congruente con la condición del momento actual, puede estar lejos de aquella perfección que unos pocos años pueden suministrar. Respecto al tema del gobierno se está produciendo en los hombres un amanecer de la razón que no se había mostrado hasta ahora. A medida que se extinga la barbarie de los viejos gobiernos actuales habrá de cambiar la condición moral de las naciones con respecto a las demás. No se educará al hombre con la idea salvaje de considerar a su especie como su enemigo porque el accidente del nacimiento dé existencia a los individuos en países que se distinguen por diferentes nombres; y como las constituciones tienen siempre alguna relación, tanto con las circunstancias exteriores como con las interiores, los medios de beneficiarse por todo cambio, externo o interno, deben ser parte de toda Constitución.

Vemos ya una modificación en la disposición nacional recíproca de Inglaterra y Francia que, cuando miramos hacia atrás en sólo pocos años, es, por sí misma, una revolución. ¿Quién hubiera previsto, o quién hubiera creído, que una Asamblea Nacional

francesa hubiera sido nunca un brindis popular en Inglaterra, o que una alianza amistosa de las dos naciones llegase a ser el deseo de ambas? Ello muestra que el hombre, de no estar corrompido por los gobiernos, es, naturalmente, amigo del hombre y que la naturaleza humana no es por sí misma viciosa. Ese espíritu de celo y ferocidad que inspiraron los gobiernos de los dos países y que hizo a los hombres sumisos al propósito de imposición tributaria, cede ya a los dictados de la razón, del interés y de la humanidad. Comienza a entenderse la ocupación de las Cortes y comienza a declinar la afectación de misterio, con toda la hechicería artificial con la que engañaron a la humanidad. Ha recibido un golpe de muerte y, aunque puede sostenerse aún, expirará.

El gobierno debe estar tan abierto a las posibilidades de mejorar como cualquier otra cosa que concierna al hombre y, en lugar de ello, ha estado monopolizado años y años por lo más ignorante y vicioso de la raza humana. ¿Necesitamos otra prueba de su indigna dirección que el exceso de deudas e impuestos que hacen gemir a toda nación, y las disputas en que han precipitado al mundo?

Como está saliendo ahora de tan bárbara condición, es demasiado pronto para determinar hasta qué punto de perfección pueda aún llevarse al gobierno. Por lo que podemos prever, toda Europa puede formar una sola gran república y el hombre ser libre del todo.

CAPÍTULO V
Modos y medios de mejorar la condición de Europa, mezclados con observaciones misceláneas

Al contemplar un tema que abarca con magnitud ecuatorial el ámbito entero de la humanidad, es imposible confinar la investigación a una sola dirección. Se funda en todo carácter y condición que concierne al hombre y mezcla al individuo, a la nación y al mundo.

De una pequeña chispa, encendida en América, ha brotado una llama que no se extinguirá. Sin ser devoradora como la *Ultima Ratio Regum,* serpentea en su marcha de nación a nación y conquista en silencio. El hombre se encuentra cambiado y apenas se da cuenta de cómo se ha producido el cambio. Adquiere un conocimiento de sus derechos atendiendo precisamente a su interés, y descubre en el resultado que la fuerza y los poderes del despotismo consisten enteramente en el miedo a resistirle y que para *ser libre basta con querer serlo.*

Habiéndome esforzado, en las partes precedentes de esta obra, por establecer un sistema de principios como base sobre la cual deben ser erigidos los gobiernos, continuaré ahora con los modos y medios de ponerlos en práctica. Pero a fin de introducir esta parte del tema de un modo más conveniente y con más sólido efecto, son necesarias algunas observaciones preliminares deducibles de aquellos principios o conexas con ellos. Sea cual sea la forma o constitución del gobierno, no debe tener otro objeto que la felicidad *general.* Cuando, en lugar de esto, incrementa la miseria en cualquier parte de la sociedad, emplea un mal sistema y es necesaria una reforma.

El lenguaje consuetudinario ha clasificado la condición del hombre en dos especies: la vida civilizada y la salvaje. A la una ha adscrito la felicidad y la abundancia; a la otra, la pena y la necesidad. Pero por mucho que nuestra imaginación pueda verse impresionada por la descripción y la comparación, es cierto, sin embargo, en los países a los que se denomina civilizados, que una gran parte de la humanidad se halla en un estado de pobreza e infortunio muy por bajo de la condición del indio. No hablo de un país, sino de todos. Así es en Inglaterra, así es en toda Europa. Investiguemos la causa.

No consiste en ninguna imperfección natural de los principios de la civilización, sino en que se impide que dichos principios tengan una acción universal; la consecuencia de

ello es un sistema perpetuo de guerra y gasto que agota al país y anula la felicidad general de que es capaz la civilización.

Todos los gobiernos de Europa (exceptuando ahora a Francia) están construidos, no sobre el principio de civilización universal, sino sobre lo opuesto a dicho principio. En la medida en que esos gobiernos se relacionan entre sí, se encuentra en análoga situación a la que imaginamos ser la de la vida incivilizada o salvaje; se ponen fuera de la ley, tanto de DIOS como del hombre y, con respecto al principio y a la conducta recíproca, están, como muchos individuos, en estado de naturaleza.

Los habitantes de cada país se civilizan fácilmente bajo la civilización de las leyes; pero encontrándose aún los gobiernos en un estado incivilizado, y casi continuamente en guerra, corrompen la abundancia que produce la vida civilizada haciendo de mayor extensión la parte incivilizada. Así, pues, por este injerto de la barbarie del gobierno en la civilización interna de un país, se saca de este último, y especialmente de los pobres, una gran parte de aquellos frutos del trabajo que debieran aplicarse a su propia subsistencia y bienestar. Aparte de toda reflexión moral o filosófica, es un hecho triste el de que este sistema bárbaro consuma anualmente más de una cuarta parte del trabajo de la humanidad.

Lo que ha servido para prolongar este mal ha sido la ventaja pecuniaria que todos los gobiernos de Europa encontraron en mantener este estado de incivilización. Les proporciona pretexto para adquirir poder y rentas para las cuales no habría motivo ni excusa si se completase el círculo de la civilización. Sólo el gobierno civil, o el gobierno de las leyes, no engendra pretextos para muchos impuestos; actúa en el interior, bajo la mirada de todo el país y excluye la posibilidad de una imposición excesiva. Pero cuando la escena se desarrolla en la incivil disputa de los gobiernos, el campo de los pretextos se ensancha y, no siendo ya juez el país, queda abierto a toda impostura que convenga a los gobiernos.

No ya la trigésima, sino apenas una cuadragésima parte de los impuestos establecidos en Inglaterra están motivados por los fines del gobierno civil o se aplican a ellos. No es difícil ver que todo lo que hace el gobierno a este respecto es dictar leyes y que el país las administra y ejecuta, a sus expensas, por medio de los jueces de paz, jurados, sesiones trimestrales y jueces, además de los impuestos que paga.

En este aspecto de la cuestión, tenemos dos géneros distintos de gobierno: uno, el gobierno civil o gobierno de las leyes, que actúa en el interior; otro, la Corte o el gobierno de gabinete, que opera en el exterior, en el plano rudo de la vida incivilizada; el uno motiva poca carga; el otro, una ilimitada prodigalidad; y tan distintos son los dos, que si el último viniera, por decirlo así, a desaparecer como tragado por la tierra, el primero no sufriría ninguna perturbación. Continuaría, no obstante, porque está en el interés común de la nación el que lo hiciera y porque todos los medios están en ejercicio.

Las revoluciones, pues, tienen por objeto un cambio en la condición moral de los gobiernos, y con este cambio disminuirá la carga de los impuestos públicos y le será permitido a la civilización disfrutar de aquella abundancia de que ahora está privada.

Contemplando la totalidad del tema, extiendo mi examen al departamento de comercio. En todas mis publicaciones en que el tema lo ha permitido, he sido un defensor del comercio porque soy amigo de sus efectos. Es un sistema pacífico que actúa para hacer afectiva a la humanidad, haciendo útiles, unos a otros, las naciones y los individuos. En cuanto a la mera reforma teórica, nunca la he alabado. El procedimiento más eficaz es el de mejorar la condición del hombre por medio de su interés; y es en este terreno donde me coloco.

Si se permitiera al comercio actuar con la extensión universal de que es capaz, acabaría con el sistema de guerra y produciría una revolución en el estado salvaje de los gobiernos. La invención del comercio ha aparecido después de haber comenzado aquellos gobiernos y es la mayor aproximación hacia la civilización universal que se ha hecho por medios que no dimanan de modo inmediato de principios morales.

Todo lo que tiende a fomentar el intercambio civil de las naciones por un cambio de beneficios es una materia tan digna de la filosofía como de la política. El comercio no es otra cosa que el tráfico de dos individuos, multiplicado en una escala numérica; y la misma regla que la naturaleza imaginó para la relación de dos, la quiso para todos. Con este fin, ha distribuido los materiales de las manufacturas y del comercio en partes diversas y distantes de la nación y del mundo; y como dichas materias no pueden obtenerse por la guerra tan barata o cómodamente como por el comercio, ha dado a este último los medios de extirpar aquélla.

Como los dos son exactamente contrapuestos, el estado incivilizado de los gobiernos de Europa es perjudicial al comercio. Cualquier clase de destrucción o de obstáculos sirve para disminuir la cantidad, y poco importa en qué parte del mundo comercial comience la reducción. Como la sangre, no puede quitarse de ninguna de las partes sin quitar de la masa total en circulación, y todos participan en la pérdida. Cuando se destruye la capacidad de compra de una nación, dicha destrucción alcanza igualmente al vendedor. Si el gobierno de Inglaterra destruyese el comercio de todas las demás naciones, ello sería el procedimiento más eficaz de arruinar el suyo.

Es posible que una nación sea agente de transportes del mundo, pero no puede ser el comerciante. No puede ser el vendedor y el comprador de su propia mercancía. La capacidad de comprar tiene que residir fuera de ella; y, en consecuencia, la prosperidad de toda nación comercial se regula por la prosperidad de las demás. Si son pobres, ella no podrá ser rica, y su situación, sea la que sea, es un índice de la altura de la marea comercial en otras naciones.

Que se pueda comprender los principios del comercio y su manera universal de

funcionar sin comprender su práctica, es cosa que la razón no negará; y sólo en este terreno discuto el tema. Una cosa es en la contaduría y otra cosa es en el mundo. Con respecto a su modo de funcionar, debe considerarse como una cosa recíproca, pues sólo una mitad de su poder reside dentro de la nación, y tan efectivamente queda destruido el todo destruyendo la mitad que se encuentra fuera, como si la destrucción se hubiese cometido en la parte que está dentro, porque ninguna de las dos puede actuar sin la otra.

Cuando en la última guerra, igual que en las anteriores, descendió el comercio de Inglaterra, ello aconteció porque la cantidad general disminuyó en todas partes; y ahora se levanta porque el comercio se encuentra en un estado ascendente en todas las naciones. Si Inglaterra, en la actualidad, importa y exporta más que en ningún periodo anterior, la nación con la que comercia habrá de hacer lo mismo necesariamente: sus importaciones son las exportaciones de aquélla y viceversa.

Una sola nación con comercio floreciente es cosa que no puede existir; cada nación no puede hacer más que participar; y la destrucción de cualquier parte ha de afectar necesariamente al todo. En consecuencia, cuando los gobiernos están en guerra, el ataque se hace contra el fondo común de comercio y la consecuencia es la misma que si cada uno hubiera atacado su propio fondo.

El actual incremento del comercio no debe atribuirse a los ministros o a cualquier artificio político, sino a su propia acción natural, como consecuencia de la paz. Se habían destrozado los mercados regulares, se habían roto los canales del tráfico, las grandes rutas del mar estuvieron infestadas de corsarios de todas las naciones y la atención del mundo solicitada por otros objetos. Cesadas las interrupciones, la paz ha restituido a su orden adecuado la perturbada situación de las cosas.[1]

Es digno de notar que toda la nación calcula la balanza de comercio como favorable a ella y, en consecuencia, algo debe haber de anormal en las ideas comunes sobre este asunto.

El hecho, sin embargo, es cierto, conforme a lo que se entiende por balanza; por eso se apoya universalmente al comercio. Toda nación experimenta la ventaja, o abandonaría la práctica; pero el engaño reside en el modo de calcular y en atribuir a una causa equivocada aquello que se llama beneficios.

El señor Pitt se ha entretenido a veces calculando por los libros de aduanas lo que él llama balanza de comercio. Este modo de calcular no sólo no ofrece una regla que sea cierta, sino que proporciona una falsa.

En primer lugar, todo barco mercante que parte de la aduana aparece en los libros como una exportación; y conforme a la balanza de la aduana, las pérdidas en el mar y por quiebras extranjeras se computan todas como beneficios porque aparecen como exportaciones.

En segundo término, porque la importación realizada por el comercio de contrabando

no aparece en los libros de aduanas, para calcularla frente a las exportaciones.

En consecuencia, no puede calcularse con tales documentos una balanza que no conduzca a ventajas superiores; si examinamos la acción natural del comercio, la idea es falaz; y, si fuera cierta, pronto sería perjudicial. El gran soporte del comercio consiste en que la balanza produzca una igualdad de beneficios entre todas las naciones.

Dos comerciantes de diferentes naciones que negocien entre sí, se harán ricos y cada uno calculará la balanza a su favor; por consiguiente, no se enriquecen el uno a costa del otro; y lo mismo sucede con respecto a las naciones en que residen. Lo que debe ocurrir es que cada nación se enriquezca por sus propios medios e incremente esta riqueza por algo que se procure de otra a cambio de lo que ella produce.

Si un comerciante de Inglaterra envía al extranjero un artículo de manufactura inglesa que le cueste un chelín e importa algo que vende por dos, obtiene una diferencia a su favor de un chelín, pero este chelín no se ha ganado de la nación extranjera o del comerciante extranjero, porque éste hace lo mismo con el artículo que recibe y ninguno de los dos tiene una ventaja sobre el otro. El valor original de los dos artículos en su propio país era sólo un chelín, pero por el cambio de la situación adquieren una nueva idea de valor igual al doble del que tenían al principio, y este incremento de valor se divide por igual.

No hay una balanza para el comercio exterior diferente de la del comercio interior. Los comerciantes de Londres y de Newcastle comercian bajo los mismos principios que si residieran en naciones diferentes y hacen su contabilidad del mismo modo; sin embargo, Londres no se enriquecerá a expensas de Newcastle más que Newcastle a expensas de Londres; pues los carbones, la mercancía de Newcastle, tienen en Londres un valor adicional y lo mismo ocurre con la mercancía de Londres en Newcastle.

Aunque el principio de todo comercio es el mismo, el interior, desde un punto de vista nacional, es la parte más beneficiosa, porque la totalidad de las ventajas, para ambas partes, queda dentro de la nación; en tanto que en el comercio exterior es sólo participación por mitad.

De todo comercio, el menos beneficioso es el establecido con dominios exteriores. Para unos pocos individuos puede ser beneficioso, simplemente porque es comercio, pero es una pérdida para la nación. Los gastos de mantener un dominio absorben, con mucho, los beneficios de cualquier comercio. No incrementan la abundancia general en el mundo, sino que tienden a reducirla, y como abandonando las posesiones entraría en circulación una masa mayor, la participación, sin los gastos, sería más valiosa que una mayor abundancia con ellos.

Pero es imposible monopolizar el comercio con las colonias; y, en consecuencia, es aún más falaz. El comercio no puede vivir en senderos acotados y necesariamente escapa por medios legales o ilegales que hacen fracasar la tentativa; y, de triunfar, sería aún peor.

Francia, desde la Revolución, se ha mostrado más que indiferente respecto a dos dominios exteriores y otras naciones harán lo mismo cuando examinen el asunto desde el punto de vista del comercio.

A los gastos de una colonia ha de añadirse el de las armadas, y cuando el importe de los dos se reste de los beneficios del comercio, aparecerá que eso que se llama balanza de comercio, aun admitiendo que exista, no lo disfruta la nación, sino que lo absorbe el gobierno.

La idea de tener armadas para la protección del comercio, es ilusoria. Es poner los medios de destrucción en lugar de los medios de protección. El comercio no necesita otra protección que el recíproco interés que toda nación siente en mantenerlo —es un fondo común—; existe para ventajas de todos; y la única interrupción que encuentra proviene de la incivilizada condición actual de los gobiernos, cuya reforma es de interés común.[2]

Dejando este asunto, voy ahora a ocuparme de otras materias. Como es necesario incluir a Inglaterra en la perspectiva de una reforma general, es conveniente averiguar los defectos de su gobierno. Sólo reformando cada nación su propio gobierno puede mejorarse el todo y disfrutarse de todo el beneficio de la reforma. De las reformas parciales sólo pueden resultar ventajas parciales.

Francia e Inglaterra son los únicos países de Europa donde hubiera podido iniciarse con éxito una reforma en el gobierno. La una, asegurada por el océano, y la otra, por la inmensidad de su fortaleza interna, podrían desafiar la malevolencia del despotismo extranjero. Pero ocurre con las revoluciones como con el comercio, que las ventajas aumentan al hacerse generales, y duplicarán para cada una de las partes lo que habría de recibir sola.

Como se está abriendo a la vista del mundo un nuevo sistema, las Cortes europeas están maquinando para contrarrestarlo. Se discuten alianzas, contrarias a todos los sistemas anteriores, y va tomando forma un interés común de las Cortes contra el interés común del hombre. Esta combinación traza una línea que corre a través de Europa y ofrece un contenido tan enteramente nuevo que excluye todos los cálculos que se basan en las anteriores circunstancias. Mientras el despotismo guerreó contra el despotismo, el hombre no tuvo interés en la lucha; pero en una causa que une al soldado con el ciudadano, y una nación con otra nación, el despotismo de las Cortes, aunque se sienta en peligro y planee la venganza, tiene miedo de pegar.

En los fastos de la historia no ha surgido cuestión que se destaque con la importancia de la presente. No se trata de que éste o el otro partido deba estar en el poder, de que deba prevalecer *Whig* o *Tory,* alto o bajo; sino de si el hombre heredará los derechos que le corresponden y si habrá de realizarse la civilización universal. ¿Va a gozar de los frutos de sus trabajos, o los va a consumir el derroche de los gobiernos? ¿Se desterrará el latrocinio de las Cortes y la miseria de los países?

Cuando, en países que se llaman civilizados, vemos a la vejez encaminarse al asilo y la juventud a la horca, tiene que haber algo malo en el sistema de gobierno. Por la apariencia externa, de tales países se diría que todo es felicidad; pero a los ojos de la observación común se oculta una masa de miserables que apenas si tiene otra posibilidad que la de expirar en la pobreza o en la infamia. Su entrada en la vida está marcada con el presagio de su destino; y hasta que esto se remedie, será inútil castigar.

El gobierno civil no consiste en ordenar ejecuciones, sino en tomar las providencias necesarias para la instrucción de la juventud y el auxilio a la vejez, a fin de excluir, lo más posible, el despilfarro de los unos y la desesperación de los otros. En lugar de esto se derrochan los recursos de un país, entregados a reyes, Cortes, mercenarios, impostores y prostitutas, y hasta se obliga a los pobres, pese a todas las necesidades que gravitan sobre ellos, a soportar el fraude que les oprime.

¿Cómo es que apenas se ejecuta a personas que no sean pobres? El hecho es una prueba, entre otras cosas, de la miseria de su condición. Criados sin moral y lanzados al mundo sin una perspectiva, son víctimas expuestas al vicio y a la barbarie legal. Los millones que se despilfarran superfluamente en los gobiernos son más que suficientes para modificar aquellas calamidades y para mejorar la condición de todos y cada uno de los hombres de una nación que no vivan en las cercanías de una Corte. Espero mostrar esto en el curso de esta obra.

Es natural a la compasión asociarse al infortunio. Al suscitar esta cuestión no busco ninguna recompensa —no temo a ninguna consecuencia—. Fortificado con esta orgullosa integridad que desdeña triunfar o rendirse, defenderé los Derechos del Hombre.

Tengo a mi favor haber hecho un aprendizaje de la vida. Conozco el valor de la enseñanza moral y he visto el peligro de la contraria.

En un periodo inicial, con poco más de 16 años, inexperto y aventurero, y entusiasmado con el falso heroísmo de un maestro[3] que había servido en un barco de guerra, comencé a labrar mi propia fortuna, y me enganché en el corsario *Terrible,* al mando del capitán Death. De esta aventura fui, felizmente, disuadido por la amorosa y moral reprimenda de un buen padre que, dados sus hábitos de vida, pues pertenecía a la confesión de los cuáqueros, debió empezar a considerarme perdido. Pero aunque la impresión me afectó mucho por el momento, comenzó a desvanecerse con el tiempo y, más tarde, me enganché en el corsario *Rey de Prusia,* mandado por el capitán Méndez, y me hice a la mar. A pesar de tal comienzo y con todos los inconvenientes de la edad temprana contra mí, estoy orgulloso de poder decir que con una perseverancia que no desmayaba ante las dificultades y un desinterés que forzaba al respeto, no sólo he contribuido a levantar un nuevo imperio en el mundo, fundado en un nuevo sistema de gobierno, sino que he llegado en literatura política, género en el que es más difícil triunfar y distinguirse, a una elevación que la aristocracia, con todos sus medios, no ha sido capaz

de alcanzar y con la que nadie ha podido competir.

Conociendo mi propio corazón y sintiéndome como me siento ahora, superior a todas las disputas de partido, al encarnizamiento de adversarios interesados o equivocados, no respondo a la falsedad o a las injurias, sino que ataco los defectos del gobierno inglés.[4]

Comienzo por las cartas y corporaciones. Es una contradicción en los términos decir que una carta da derechos. Produce un efecto contrario —el de retirar derechos—. Los derechos son inherentes a todos los habitantes; pero las cartas, anulando esos derechos en la mayoría, dejan el derecho, por exclusión, en manos de unos pocos. Si las cartas estuvieran concebidas en tales términos que expresaran de modo directo *que todo habitante que no sea miembro de una corporación,*[*] *no podrá ejercitar el derecho de voto,* tales cartas serían, en apariencia, no de derecho, sino de exclusión. El efecto es el mismo bajo la forma que ahora presentan; y las únicas personas a quienes afectan son aquellas a quienes excluye. Aquellos cuyos derechos se garantizan, por no haberles sido retirados, no ejercitan derechos distintos de los que les corresponden como miembros de la comunidad, sin carta; y, en consecuencia, todas las cartas no tienen otra acción que no sea indirectamente negativa. No dan derechos a A, sino que establecen una diferencia a favor de A retirando el derecho a B y, por consiguiente, son instrumentos de injusticia.

Pero las cartas y las corporaciones producen un efecto malo mucho más extenso que el relacionado meramente con las elecciones. Son origen de inacabables disputas en las localidades en que existen y reducen los derechos comunes de la sociedad nacional. Por obra de estas cartas y corporaciones no puede decirse que un hombre natural de Inglaterra sea un inglés en toda la extensión de la palabra. No es ciudadano de la nación como lo es de Francia un francés y un norteamericano de Norteamérica. Sus derechos están circunscritos a la ciudad, y en algunos casos a la parroquia de su nacimiento; y todas las demás partes, aunque de su tierra natal, son para él como un país extranjero. Para adquirir residencia en una de aquéllas, debe someterse a naturalización local, que deberá comprar, o no se le admite, y se le expulsa de la localidad. Esta especie de feudalismo se mantiene para engrandecer a las corporaciones a expensas de las ciudades; y el efecto es visible.

La generalidad de las ciudades de corporación están en un estado de aislada decadencia y preservadas de ulterior ruina únicamente por alguna circunstancia que concurra en su situación, tal como un río navegable o una feraz comarca en derredor. Como la población es una de las principales fuentes de riqueza (porque sin ella la tierra, por sí misma, no tiene valor), todo lo que actúa de impedimento de su desarrollo ha de reducir el valor de la propiedad; y como las corporaciones no sólo tienen esta tendencia, sino que la realizan directamente, no pueden menos de ser perjudiciales. Si debiera seguirse una política distinta de la libertad general de toda persona para establecerse donde escogiera (como en Francia o Norteamérica), sería más lógico dar un estímulo a

los recién llegados que impedir su admisión exigiendo de ellos una prima.[5]

Las personas más inmediatamente interesadas en la abolición de las corporaciones son los habitantes de las ciudades donde se hallan establecidas. Los ejemplos de Manchester, Birmingham y Sheffield muestran, por contraste, lo perjudiciales que son para el comercio y la propiedad esas instituciones góticas. Pueden encontrarse algunos ejemplos, tal como el de Londres, cuyas ventajas naturales y comerciales, debidas a su situación sobre el Támesis, le hacen capaz de resistir las calamidades políticas de una corporación; pero en los demás casos la fatalidad es demasiado visible para ser puesta en duda o negada.

Aunque la totalidad de la nación no está afectada de modo tan directo por la depresión de la propiedad en las ciudades de corporación como los habitantes mismos, participa de las consecuencias. Disminuyendo el valor de la propiedad, se reduce el volumen del comercio nacional. Cada hombre es un cliente en proporción a su capacidad; y como todas las partes de la nación comercian entre sí, todo lo que afecte a una de estas dos partes ha de comunicarse necesariamente al todo.

Como una de las cámaras del Parlamento inglés está, en gran medida, constituida por elección de estas corporaciones, y como es antinatural que de una fuente infecta mane una corriente pura, sus vicios no son sino una continuación de los vicios de su origen. Un hombre con dignidad moral y buenos principios políticos no puede someterse a la abyecta tarea y a las malas artes con que se realizan esas elecciones. Para triunfar como candidato hay que estar privado de aquellas cualidades que deben adornar a un recto legislador; y estando así sometido a la corrupción por el modo de entrar en el Parlamento, no es de esperar que el representante sea mejor que el hombre. El señor Burke, hablando de la representación inglesa, ha lanzado tan audaz desafío como no se viera aun en los tiempos de la caballería. "Nuestra representación —dice— ha sido *perfectamente adecuada para todos los fines* para los que es deseable o imaginable una representación del pueblo. Desafío —continúa— a los enemigos de nuestra Constitución a probar lo contrario."* Esta declaración de un hombre que ha estado en constante oposición a todas las medidas del Parlamento, durante toda su vida política, con excepción de un año o dos, es de lo más extraordinaria; y contrastándola con él mismo, no admite otra alternativa que la de haberse conducido contra su juicio como miembro de aquél, o haber hecho una declaración contraria a su opinión como autor.

Pero no es sólo en la representación donde residen los defectos, y, en consecuencia, paso seguidamente a ocuparme de la aristocracia.

Lo que se llama Cámara de los Pares está constituida sobre un fundamento muy similar a aquel contra el que hay una ley en otros casos. Se reduce a una coalición de personas movidas por un interés común a todas ellas. No puede darse ninguna razón de por qué una cámara legislativa haya de estar compuesta enteramente de hombres cuya

ocupación consiste en arrendar propiedad territorial, y no de arrendatarios o de cerveceros o panaderos o cualquier otra clase distinta de hombres.

El señor Burke llama a esta Cámara *la gran base y pilar de seguridad de la propiedad territorial.* Examinemos esta idea.

¿Qué pilar de seguridad requieren los terratenientes, más que cualquier otra clase en el Estado, o qué derecho tiene a una representación distinta y separada del interés general de la nación? El único uso que se hace de tal poder (y que siempre se ha hecho) es el de desviar los impuestos de quienes lo tienen y echar la carga sobre aquellos artículos de consumo que menos les pueden afectar.

Que ésta ha sido la consecuencia (y será siempre la consecuencia) de construir gobiernos con base en combinaciones lo evidencia, en Inglaterra, la historia de sus impuestos.

A pesar de que se han incrementado y multiplicado los impuestos sobre todo artículo de consumo general, la contribución territorial que afecta más particularmente a este "pilar" ha disminuido. En 1788 el monto de la contribución territorial era de 1 950 000 libras, o sea medio millón menos de lo que producía apenas hace 100 años,[6] a pesar de que, en muchos casos, se han duplicado las rentas desde aquel periodo.

Antes del advenimiento de la dinastía de Hannover, los impuestos estaban divididos aproximadamente en igual proporción entre la tierra y los artículos de consumo, y era más bien la tierra la que soportaba la mayor parte; pero desde esa época se han cargado sobre el consumo cerca de 13 millones anuales, aproximadamente, de nuevos impuestos; consecuencia de ello ha sido un constante incremento, en número y miseria, de los pobres y en el importe del impuesto de beneficencia. Aun en este punto la carga no recae, en iguales proporciones, sobre la aristocracia que sobre el resto de la comunidad. Sus residencias, tanto en el campo como en la ciudad, no están mezcladas con las viviendas de los pobres. Vive al margen de la miseria y de los gastos para socorrerla. Es en las ciudades manufactureras y en las aldeas agrícolas donde aquellas cargas pesan con más fuerza y, en muchas de ellas, se ve a una clase de pobres mantener a otra.

Algunos de los impuestos más gravosos y productivos están concebidos de tal modo que originan una exención en favor de aquel pilar que se coloca, así, en su propia defensa. El impuesto sobre la cerveza elaborada para la venta no afecta a la aristocracia, que elabora su propia cerveza libre de esta imposición. Recae únicamente sobre aquellos que no tienen oportunidad o capacidad para elaborarla y que han de comprarla en pequeñas cantidades. Pero ¿qué pensará la humanidad de la justicia de los impuestos cuando ve que solamente éste, del cual, por las circunstancias, está exenta la aristocracia, es aproximadamente igual al importe total de la contribución territorial, ya que era en el año 1788, y no es menor ahora, de 1 666 152 libras, y que añadiéndole los impuestos sobre la malta y el lúpulo excede de esa cifra? Que un solo artículo, empleado de ese

modo parcial y consumido principalmente por el elemento trabajador, haya de estar sujeto a un impuesto igual al recaudado sobre toda la renta territorial de la nación es, acaso, un hecho que no tiene paralelo en los anales del fisco.

Ésta es una de las consecuencias a que da lugar una cámara legislativa compuesta con base en una combinación de gentes que tienen un interés común; porque sean cuales sean las políticas que defiendan en relación con los partidos, en este punto están todos unidos. Que una combinación actúe para elevar el precio de cualquier artículo de venta, o el tipo de salario, o que actúe para desviar hacia otra clase de la comunidad los impuestos que le correspondería pagar, el principio y los efectos son los mismos; y si lo uno es ilegal, será difícil demostrar que lo otro debe existir.

No vale decir que los impuestos se proponen en primer término en la Cámara de los Comunes, porque como la otra Cámara tiene siempre la posibilidad de una negativa, puede siempre defenderse; y sería ridículo suponer que no se conocía de antemano su aquiescencia a las medidas propuestas. Aparte de que ha obtenido tanta influencia con el tráfico de los burgos y de que tantos de sus parientes y amigos están distribuidos en ambos lados de los Comunes, que, además de un derecho de negativa absoluta en una de las cámaras, tiene una preponderancia en la otra en todos los asuntos de interés común.

Es difícil descubrir qué se entiende por la *propiedad territorial* si eso no significa una coalición de terratenientes aristocráticos que oponen su propio interés pecuniario al de los colonos y al de todas las ramas del comercio o de la manufactura. En todos los demás aspectos es el único interés que no necesita de una protección particular. Disfruta de la protección general del mundo. Todo individuo, alto o bajo, está interesado en los frutos de la tierra; hombres, mujeres y niños, de todas las edades y condiciones, se levantarán para prestar asistencia al colono antes de que una cosecha quede sin recoger; y no harían lo mismo con ninguna otra clase de propiedad. Es la única cosa por la que se eleva la plegaria común de la humanidad y la única que no puede fracasar por falta de medios. Es el interés, no de la política, sino de la existencia del hombre y, si cesa, éste tiene que dejar de existir.

Ningún otro grupo de la nación cuenta con el mismo apoyo unido. El comercio, las manufacturas, las artes, las ciencias y cualquier otra cosa, comparada con ésta, sólo tienen un apoyo parcial. Su prosperidad o su decadencia no tienen la misma influencia universal. Cuando los valles ríen y cantan no sólo se regocija el agricultor, sino toda la creación. Es una prosperidad que excluye toda envidia; y esto no puede decirse de cualquier otra cosa. ¿Por qué, pues, habla el señor Burke de la Cámara de los Pares como del pilar de la propiedad territorial? Habría de hundirse en la tierra este pilar y continuaría la misma propiedad territorial y proseguirían el mismo arar, sembrar y recolectar. Los aristócratas no son los colonos que trabajan la tierra y levantan el producto, sino los meros consumidores de la renta; y cuando se les compara con el

mundo activo, son los zánganos, un serrallo masculino, que ni recoge la miel ni forma la colmena, sino que existe únicamente para la ociosidad.

El señor Burke, en su primer ensayo, llamaba a la aristocracia *el capitel corintio de la sociedad civilizada.*[*] Para completar la imagen ha añadido ahora el *pilar;* pero falta aún la base: y cuando una nación se decida a actuar como Sansón, no ciega, sino audaz, abatirá el templo de Dagón con los lores y los filisteos.

Si una cámara legislativa ha de estar compuesta de hombres de una clase con el propósito de proteger un interés determinado, todos los demás intereses debieran tener otra. La desigualdad, así como la carga impositiva, surge de admitirla en un caso y no en todos. Si hubiese existido una cámara de colonos, no habría leyes de caza; si una cámara de comerciantes y manufactureros, los impuestos no habrían sido tan desiguales ni tan excesivos. Porque su poder impositivo ha estado en manos de aquellos que podían quitar de sus espaldas tan gran parte, es por lo que se ha desencadenado sin freno.

Los impuestos con que se han gravado los artículos de consumo producen a los hombres de modesta o mediana condición un daño mayor que el alivio que para ellos supone el que no recaigan sobre la propiedad territorio por las siguientes razones:

Primeramente, en proporción a su propiedad, consumen más de los artículos productivos gravados que quienes poseen grandes fincas. En segundo lugar, sus domicilios están, sobre todo, en las ciudades, y sus propiedades consisten en casas; y el incremento del impuesto de beneficencia ocasionado por los impuestos sobre el consumo, está en mucha mayor proporción por cuanto la contribución territorial ha sido favorecida. En Birmingham, el impuesto de beneficencia no es menor de siete chelines por libra. Como ya se ha hecho observar, la aristocracia está exenta en gran medida de este impuesto.

Ésta no es más que una parte de los perjuicios que dimanan del indigno sistema de una Cámara de Pares.

Como combinación puede siempre apartar de sí una parte considerable de impuestos; como cámara hereditaria, no responsable ante nadie, semeja a un burgo podrido cuyo consentimiento hay que cortejar y conseguir por interés. Solamente algunos de sus miembros no son, de un modo o de otro, participantes o árbitros de los caudales públicos. Uno se hace camarlengo, o gentilhombre de cámara; otro, mayordomo o sumiller de corps, o cualquier otro insignificante oficio nominal al que va anexo un sueldo, pagado de los impuestos públicos, y que impide la apariencia directa de la corrupción. Tales situaciones son denigrantes para la dignidad del hombre, y allí donde hay quien se somete a ellas, el honor no puede subsistir.

A todos éstos han de añadirse las numerosas personas que dependen de ellos, la larga lista de segundones y parientes lejanos a quienes hay que sostener de los gastos públicos; en suma, si se hiciera un cálculo de la carga que representa la aristocracia para la nación,

se hallaría que es aproximadamente igual a la del sostenimiento de los pobres. Sólo el duque de Richmond (y hay casos similares a éste) percibe una suma tal que con ella podrían mantenerse 2 000 pobres y ancianos. ¿Qué hay, pues, de maravilloso en que, bajo tal sistema de gobierno, las contribuciones e impuestos se hayan multiplicado hasta el punto en que hoy lo están?

Al exponer estas cuestiones hablo con lenguaje abierto y desenvuelto, no dictado por otra pasión que la de la humanidad. No es sorprendente que, a mí, que no sólo he rehusado ofrecimientos, porque los consideraba indignos, sino que he renunciado a recompensas que podía haber aceptado con decoro, me parezcan repugnantes la mezquindad y la imposición. La independencia es mi felicidad y veo las cosas como son, sin consideración de lugar ni persona; mi patria es el mundo y mi religión hacer el bien.

El señor Burke, hablando del derecho aristocrático de primogenitura, dice: "Es la ley permanente de nuestra herencia territorial y, sin duda, tiene, a mi entender, una tendencia —continúa—, una benéfica tendencia a conservar una característica de peso y consecuencia". El señor Burke podrá llamar a esta ley como le plazca, pero la humanidad y la reflexión imparcial la denunciarán como una ley de injusticia brutal. Si no estuviésemos acostumbrados a su práctica cotidiana y se nos dijera que esta ley era de un lejano país, concluiríamos que los legisladores del mismo no habían llegado a un estado de civilización.

En cuanto a que conserve unas características de *peso y consecuencia,* a primera vista me parece que ocurre lo contrario. Constituye un atentado a la personalidad; una especie de piratería sobre la propiedad familiar. Podrá tener peso entre colonos dependientes, pero no es de ninguna consecuencia en la escala de lo nacional y mucho menos de lo universal. Hablando por mí mismo, mis padres no pudieron darme un chelín más allá de lo que gastaron en mi educación; y al hacer esto se hundían en la miseria; sin embargo, poseo más de lo que en el mundo se llama consecuencia que cualquier persona que aparezca en el catálogo de aristócratas del señor Burke.

Después de este examen sumario de algunos de los defectos de las dos Cámaras del Parlamento, continúo con lo que se llama la Corona y habré de ser muy conciso.

Se entiende por ella un cargo nominal de un millón de libras por año, cuya tarea consiste en percibir el dinero. Que la persona que lo desempeñe sea sabia o imbécil, cuerda o loca, nacida en el país o extranjera, es cosa que no preocupa. Todo ministerio actúa sobre la misma idea en que se basa el señor Burke al escribir, la de que el pueblo debe tener los ojos vendados, que debe mantenérsele en supersticiosa ignorancia, empleando uno u otro espantapájaros; y lo que se llama la Corona responde a este propósito y, en consecuencia, responde a todos los propósitos que se puedan esperar de ella. Esto es más de lo que se puede decir de las otras dos ramas.

El azar a que está expuesto este cargo en todos los países no consiste en algo que

pueda acontecer al hombre, sino en algo que pueda acontecer a la nación —el peligro de que vuelva a su razón.

Ha sido consuetudinario llamar a la Corona poder ejecutivo, y la costumbre continúa, a pesar de que la razón para ello ha cesado.

Se le llamaba *ejecutivo* porque la persona a quien se aludía acostumbraba formalmente a actuar como un juez administrando o ejecutando las leyes. Los tribunales eran entonces una parte de la Corte. En consecuencia, el poder que ahora se llama judicial es lo que entonces se llamaba ejecutivo; y, consiguientemente, uno de los dos términos es redundante, y uno de los dos cargos inútil. Cuando ahora hablamos de la Corona, no decimos nada; no significa ni un juez ni un general; aparte de que son las leyes las que gobiernan y no el hombre. Se conservan los términos antiguos para dar una apariencia de importancia a lo vacío de las formas; y el solo efecto que producen es el de aumentar los gastos.

Antes de ocuparme de los medios de hacer a los gobiernos más conducentes al bienestar general de la humanidad de lo que lo son en la actualidad, no estará de más pasar revista al progreso de los impuestos en Inglaterra.

Es una idea común la de que una vez establecidos los impuestos no desaparecen nunca. Aunque ello ha resultado cierto en tiempos recientes, no siempre fue así. En consecuencia, o los pueblos de antaño fueron más vigilantes de su gobierno que los de hogaño, o los gobiernos se administraron con menos prodigalidad.

Hace ahora 700 años de la conquista normanda y del establecimiento de lo que se llama la Corona. Dividiendo este lapso de tiempo en siete periodos distintos de 100 años cada uno, el importe anual de los impuestos, en cada periodo, es como sigue:

Importe anual de impuestos cobrados por Guillermo el Conquistador, comenzando por el año de 1066	£ 400 000
Importe anual de los impuestos 100 años después de la conquista (1166)	200 000
Importe anual de los impuestos 200 años después de *la* conquista (1266)	150 000
Importe anual de los impuestos 300 años después de la conquista (1366)	130 000
Importe anual de los impuestos 400 años después de la conquista (1466)	100 000

Estos cálculos y los que siguen están tomados de la *History of the Revenue,* de Sir John Sinclair; resulta de ellos que los impuestos continuaron decreciendo durante 400 años; a la expiración de dicho periodo se habían reducido a las tres cuartas partes, es

decir, de 400 000 libras a 100 000. El pueblo de Inglaterra, en la actualidad, tiene una idea tradicional e histórica de la bravura de sus antepasados; pero cualesquiera que hayan sido las virtudes o los vicios de éstos, constituían ciertamente un pueblo que no quería ser engañado, y que mantuvo al gobierno en el temor en lo que respecta a impuestos, si no en cuanto a los principios. Aunque no pudo acabar con la usurpación monárquica, la restringió a una economía de impuestos republicana.

Examinemos ahora los 300 años restantes:

Importe anual de los impuestos a los 500 años de la conquista (1566)	£ 500 000
Importe anual de los impuestos 600 años después de la conquista (1666)	1 800 000
Importe anual de los impuestos en el momento presente (1791)	17 000 000

La diferencia entre los primeros 400 años y los 300 últimos es tan sorprendente, que justifica la opinión de que el carácter nacional de los ingleses ha cambiado. Hubiera sido imposible forzar con violencias a los antiguos ingleses para someterlos al exceso de impuestos que hoy existe; y cuando se considera que la paga del ejército, de la marina y de todos los empleados fiscales es hoy la misma que era hace más de 100 años, cuando los impuestos no ascendían a más de la décima parte de lo que en la actualidad importan, parece imposible explicarse la enormidad del gasto por otros motivos que no sean la dilapidación, la corrupción y la intriga.[7]

Con la revolución de 1688, y más aún desde la dinastía de Hannover, vino el destructivo sistema de intrigas continentales y el furor por las guerras extranjeras y por las posesiones exteriores; sistemas de tal misterio impenetrable que los gastos no toleran cuenta alguna; una sola línea representa millones. A qué exceso hubiera llegado la imposición si la Revolución francesa no hubiese contribuido a desarticular el sistema y a poner fin a los pretextos, es difícil decirlo. Vista, como debe verse esta revolución, como el afortunado medio de reducir la carga de los impuestos en ambos países, es de mucha más importancia para Inglaterra que para Francia; y si se le utiliza de modo conveniente para todos los beneficios de que es capaz y a los que conduce, merece tanta celebración en un país como en el otro.

Continuando este tema, comenzaré con la cuestión que primeramente se presenta, la de la reducción de la carga tributaria; y habré de añadir aquellas cuestiones y proposiciones que se refieren a los tres países: Inglaterra, Francia y Norteamérica, que la actual perspectiva de las cosas parece justificar. Quiero decir una alianza de los tres, para los fines que mencionaré en su lugar adecuado.

Lo que ha acontecido puede acontecer de nuevo. Por el cálculo anteriormente expuesto sobre el progreso de los impuestos, se ha visto que los impuestos habían sido reducidos a una cuarta parte de lo que anteriormente eran. Aunque las presentes circunstancias no admiten la misma reducción, admiten un comienzo que pueda realizar dicho fin en menos tiempo que en caso precedente.

El importe de los impuestos para el año económico que terminó el día de San Miguel de 1788 fue como sigue:

Contribución territorial	£ 1 950 000
Aduanas	3 789 274
Contribuciones indirectas (incluyendo el antiguo y el nuevo impuesto sobre la malta)	6 751 727
Timbre	1 278 214
Impuestos e incidentes diversos	1 803 755
	£ 15 572 970

Desde el año 1788 se han establecido más de un millón de nuevos impuestos, aparte del producto de las loterías, y como los impuestos han sido en general más productivos después que antes, el importe puede fijarse, en números redondos, en £ 17 000 000.

N. B. Los gastos de recaudación y las devoluciones de derechos de importación, que juntos ascienden aproximadamente a dos millones, se pagan con el importe bruto, y lo que se fija arriba es la suma neta ingresada en el Tesoro.

Esta suma de 17 millones se aplica a dos finalidades diferentes: una, a pagar el interés de la deuda nacional; y la otra, a los gastos corrientes de ambas. Se aplican aproximadamente nueve millones a la primera, y el remanente, aproximadamente ocho millones, a la última. En cuanto al millón que se dice aplicado a la reducción de la deuda, como equivale a pagarlo con una mano y recaudarlo con la otra, no merece mucha atención.

Afortunadamente para Francia, aconteció que poseía bienes nacionales para saldar su deuda y, de este modo, reducir sus impuestos; pero como no ocurre así en Inglaterra, su reducción de impuestos sólo puede llevarse a efecto reduciendo los gastos, y ello puede hacerse ahora hasta la suma de cuatro o cinco millones anuales, como se demostrará más adelante. Cuando se haya realizado esto, se neutralizará más la enorme carga de la guerra de Norteamérica y la economía provendrá del mismo origen de donde provenía el mal.

En cuanto a la deuda nacional, por muy gravoso que sea su interés para los contribuyentes, como sirve no obstante para mantener vivo un capital útil al comercio, sus efectos compensan una parte considerable de su carga; y como la cantidad de oro y

plata en Inglaterra es, por unas u otras causas, inferior a su debida proporción[8] (pues no es más que 20 millones, cuando debiera ser 60), sería, aparte de la injusticia, una mala política extinguir un capital que sirve para suplir este defecto. Pero con respecto a los gastos corrientes, todo lo que se economice de ellos es ventajoso. El exceso puede servir para mantener viva la corrupción, pero no tiene ninguna reacción en el crédito y en el comercio como sí lo tiene en el interés de la deuda.

Es muy probable ahora que el gobierno inglés (no digo la nación) no esté en disposición amistosa respecto a la Revolución francesa. Todo lo que sirva para desenmascarar la intriga y reducir la influencia de las cortes reduciendo los impuestos será mal recibido por los que se alimentan del botín. Mientras pudo mantenerse el clamor de la intriga francesa, el poder arbitrario, el papismo y los suecos, se sedujo con facilidad a la nación, sometiéndola a los impuestos por el temor. Aquellos días han pasado ya; el engaño ha recogido, así es de esperar, su última cosecha y aparece la perspectiva de mejores tiempos para ambos países y para el mundo.

Dando por sentado que puede constituirse una alianza entre Inglaterra, Francia y Norteamérica para los fines que más adelante se indicará, pueden reducirse los gastos nacionales de Francia y de Inglaterra. Ninguno de esos países necesitará ya las mismas flotas y ejércitos y puede hacerse la reducción, barco por barco. Pero para realizar estos objetivos los gobiernos deben necesariamente adaptarse a un principio común y congruente. No podrá establecerse nunca la confianza mientras quede una disposición hostil en cualquiera de ellos, o cuando el misterio y el secreto de una de las partes se oponga a la buena fe y la franqueza de las otras.

Aceptadas estas cosas, los gastos nacionales podrían retroceder, *en gracia a un precedente,* a lo que eran en un periodo en que Francia e Inglaterra no eran enemigas. Consiguientemente, este periodo debe ser anterior a la dinastía hannoveriana y también a la revolución de 1688.[9] El primer ejemplo que se presenta anterior a aquellas fechas es la época de prodigalidad y despilfarro de Carlos II; época en la que Inglaterra y Francia actuaban como aliadas. Si he elegido un periodo de prodigalidad, es precisamente para hacer ver la prodigalidad moderna bajo un aspecto peor aún; particularmente, porque la paga de la armada, el ejército y los empleados de la Renta, no han aumentado desde aquel tiempo.

En tiempo de paz era entonces como sigue (véase *History of the Revenue,* de Sir John Sinclair):

Marina	£ 300 000
Ejército	212 000
Artillería	40 000
Lista civil	462 115

£ 1 014 115

El Parlamento, no obstante, fijó el total anual en tiempo de paz en £ 1 200 000.[10] Si retrocedemos a la época de Isabel, el importe de todos los impuestos no era más que medio millón; sin embargo, durante este periodo la nación no ve nada que reprochar por falta de consecuencia.

Consideradas, pues, en conjunto, todas las circunstancias que surgen de la Revolución francesa, de la accesible armonía y el recíproco interés de las dos naciones, la abolición por ambas partes de las intrigas de Corte y el progreso en la ciencia del gobierno, el gasto anual podría reducirse a millón y medio, a saber:

Marina	£ 500 000
Ejército	500 000
Gastos de gobierno	500 000
	£ 1 500 000

Esta suma es aún mayor que los gastos de gobierno en Norteamérica, a pesar de que el gobierno civil interior en Inglaterra, quiero decir el que administran las sesiones trimestrales *(quarter sessions),* los jurados y los jueces, lo cual es, en realidad, casi todo y lo realiza la nación, absorbe una parte menor de los ingresos públicos que la misma especie y parte de gobierno lo es en Norteamérica.

Es hora ya de que las naciones se gobiernen de un modo racional y no como animales, a placer de sus jinetes. Leyendo la historia de los reyes, el hombre casi se sentiría inclinado a suponer que el gobierno consistía en una caza de ciervos y que la nación paga un millón por año al cazador. El hombre debiera tener el suficiente orgullo o vergüenza para enrojecer de verse así engañado, y cuando sienta su propia personalidad lo hará. En todos los problemas de esta naturaleza ocurre con frecuencia que pasan por su mente una serie de ideas que todavía no está acostumbrado a fomentar y comunicar. Impedido por algo que se reviste de prudencia, se conduce como un hipócrita consigo mismo y con los demás. Es curioso, no obstante, observar cuán pronto puede desvanecerse este encanto. Una sola expresión, audazmente concebida y manifestada, atrae a veces a todo un concurso a los sentimientos convenientes: y de este modo se influye sobre naciones enteras.

En cuanto a los cargos de que pueda componerse cualquier gobierno civil, importa poco el nombre con que se les designe. En la rutina de las cosas, como ya se ha observado, cualquiera que sea el título que un hombre ostente, presidente, rey, emperador, senador o cualquier otra cosa, es imposible que sea cual sea el servicio que

pueda realizar, merezca de la nación más de 10 000 libras por año; y así como no debe pagarse a nadie otra cosa que sus servicios, ningún hombre de verdadero corazón aceptará nunca otra cosa que ésa. Los caudales públicos deben manejarse con el más escrupuloso sentimiento del honor. No son sólo producto de las riquezas, sino de las penosas ganancias del trabajo y de la pobreza. Se obtienen incluso de la amargura, de la necesidad y de la miseria. No hay mendigo que pase por la calle, o perezca en ella, que no contribuya con su óbolo a dicha masa.

Si fuese posible que el Congreso de Norteamérica se desviara de su deber y del interés de sus mandantes y ofreciera al general Washington, como presidente de Norteamérica, un millón anual, éste no lo aceptaría, no podría aceptarlo. Su sentido del honor es de otra naturaleza. A Inglaterra le ha costado casi 70 millones de libras esterlinas mantener a una familia importada del extranjero, de muy inferior capacidad que millares de ciudadanos de la nación; y apenas ha pasado año que no se haya producido alguna nueva y mercenaria solicitud. Hasta los honorarios de los médicos se han remitido al pueblo para que los pague. No es sorprendente que las prisiones estén rebosantes y que aumenten las contribuciones y el impuesto de beneficencia. Bajo tal sistema no ha de buscarse nada sino lo que ya ha acontecido; y en cuanto a la reforma, en cualquier momento que venga, tendrá que proceder de la nación y no del gobierno.

Para demostrar que la suma de 500 000 libras es más que suficiente para atender a todos los gastos del gobierno, exclusión hecha de la armada y del ejército, se añade el siguiente cálculo para cualquier país de la misma extensión que Inglaterra.

En primer término, 300 representantes bien seleccionados son suficientes para todos los fines a que pueda aplicarse la legislación y preferibles a un número mayor. Puede dividírseles en dos o tres cámaras o reunírseles en una, como en Francia, o de cualquier otra manera que disponga una Constitución. Como en todos los países libres se considera la representación como la más honrosa de las condiciones, la asignación que a ella se haga será simplemente para atender los gastos que ocasione el servicio a los representantes, y no para dotarlo como un empleo.

Si a cada representante se le concede una asignación, al tipo de 500 libras al año, descontando las faltas de asistencia, los gastos, si todos los representantes asisten durante seis meses cada año, serían	£ 75 000
Los departamentos oficiales no pueden, razonablemente, exceder la siguiente cifra, con los sueldos que se expresan:	
Tres cargos, a 10 000 libras cada uno	30 000
Diez ídem, a 5 000	50 000

Veinte ídem, a 2 000 libras	40 000
Cuarenta ídem, a 1 000 libras	40 000
Doscientos ídem, a 500 libras	100 000
Trescientos ídem, a 200 libras	60 000
Quinientos ídem, a 100 libras	50 000
Setecientos ídem, a 75 libras	52 500
	£ 497 500

Si una nación lo prefiere, puede deducir el cuatro por ciento anual de todos los cargos y dotar uno con 20 000 libras al año.

Se paga a todos los empleados fiscales detrayendo sus sueldos de los ingresos que recaudan y, por consiguiente, no figuran en este cálculo.

No se ofrece el precedente cálculo como una relación exacta de los empleos, sino para hacer ver el número y tipo de sueldos que pueden ser atendidos con 500 000 libras; y, por experiencia, se hallará que es imposible encontrar asuntos suficientes para justificar siquiera estos gastos. En cuanto a la manera como se realiza ahora el despacho de los asuntos en algunas oficinas, tales como el correo y ciertos despachos del Tesoro, etc., los jefes apenas hacen más que firmar tres o cuatro veces al año; y todo el trabajo lo realizan empleados subalternos.

En consecuencia, considerando suficiente en tiempo de paz, para todos los fines honestos de gobierno, un millón y medio, que asciende a 300 000 libras más que los gastos de tiempo de paz en la época de despilfarro y prodigalidad de Carlos II (a pesar de que, como ya se ha hecho observar, la paga y sueldos del ejército, la marina y los oficiales fiscales continúan siendo los mismos que en aquel periodo) quedará un exceso de más de seis millones, aparte de los presentes gastos ordinarios. La cuestión, será, pues, cómo disponer de este exceso.

Quienquiera que haya observado el modo como se entrelazan el comercio y los impuestos se dará cuenta de la imposibilidad de separarlos súbitamente. Primero, porque los artículos ahora disponibles están ya cargados con los derechos de aduanas; y la reducción no puede llevarse a efecto sobre lo que ya está almacenado.

En segundo lugar, porque todos aquellos artículos sobre los cuales se cargan los derechos en bruto, tales como por barril, barrica, quintal o tonelada, la abolición de los derechos no se puede distribuir tan plenamente que pueda quedar exento el consumidor que compra por pinta o por libra. El último derecho sobre la cerveza clara y oscura ascendía a tres chelines por barril y, caso de abolirse, reduciría la compra en un cuarto de penique por pinta y, por consiguiente, carecería de importancia práctica.

Siendo ésta la condición de gran parte de los impuestos, será necesario buscar otros que se hallen libres de esta dificultad y en los que la reducción sea directa y visible, y

capaz de tener un efecto inmediato.

En primer término, pues, el de beneficencia, que es un impuesto directo, palpable para todo cabeza de familia que conoce igualmente al ochavo la suma que paga. No se conoce con seguridad el importe total del impuesto de beneficencia en toda la nación; pero es posible calcularlo. Sir John Sinclair, en su *History of the Revenue,* lo ha fijado en £ 2 100 587. Una parte considerable de esa cantidad se gasta en litigios con que se atormenta a los pobres en lugar de socorrerlos. El gasto, sin embargo, es el mismo para la parroquia, sea cualquiera la causa de donde surja.

En Birmingham, el monto del impuesto de beneficencia es de 14 000 libras al año. Esta suma, aunque importante, resulta moderada si se compara con la población. Se dice que Birmingham tiene 70 000 almas y, con arreglo a esa proporción, 14 000 libras de impuesto de beneficencia por 70 000 almas, el importe de dicho impuesto para toda la nación, fijando en siete millones la población de Inglaterra, sería únicamente un millón cuatrocientas mil libras. Es, pues, más probable que se haya calculado en más la población de Birmingham.

Catorce mil libras es la suma que corresponde a 50 000 almas, fijando en dos millones el monto del impuesto de beneficencia para toda la nación.

Pero sea como quiera, no es otra cosa que la consecuencia de la excesiva carga de impuestos, porque en la época en que los impuestos eran muy bajos, los pobres tenían capacidad para mantenerse a sí mismos; y entonces no había impuesto de beneficencia.[11] En el presente estado de cosas, un trabajador con mujer y dos o tres hijos no paga menos de siete a ocho libras de impuestos al año. No se da cuenta de ello porque esa cantidad está oculta para él en los artículos que compra y sólo piensa en la carestía; pero como los impuestos le privan, por lo menos, de la cuarta parte de sus ganancias anuales, se encuentra como consecuencia de ello en la incapacidad de atender al sustento de su familia, de modo especial cuando él o alguno de los suyos cae enfermo.

En consecuencia, el primer paso para aliviar prácticamente la carga tributaria sería la abolición total del impuesto de beneficencia y, en su lugar, hacer una remisión de impuestos, a los pobres, del doble del importe del actual impuesto de beneficencia, es decir, cuatro millones anuales obtenidos del exceso de impuestos. Por esta medida los pobres se beneficiarían en dos millones y los cabezas de familia en dos millones. Esto sólo equivaldría a una reducción de 120 millones de la deuda nacional y, por consiguiente, al gasto total de la guerra norteamericana.

Quedaría, pues, por considerar cuál es el método más eficaz de distribuir esta remisión de cuatro millones.

Se ve fácilmente que los pobres son, por regla general, familias numerosas y ancianos que han pasado la edad de trabajar. Si se atiende a estas dos clases, el remedio alcanzará a tal punto a toda la extensión del problema, que será incidental lo que de él quede y, en

gran medida, caerá dentro de los límites de las asociaciones de beneficencia que, si bien de humilde origen, merecen ser colocadas entre las mejores instituciones modernas. Admitiendo que Inglaterra tenga siete millones de almas; si un quinto de este número corresponde a esa clase de pobres que es necesario ayudar, el número de ellos será 1 400 000. De este número, 140 000 son ancianos pobres, como se mostrará más adelante, y habrá que proveer a su sustento de distinta manera.

Quedará un 1 260 000 que, a cinco personas por familia, hará un total de 252 000 familias, empobrecidas por los gastos de los hijos y lo gravoso de los impuestos.

El número de hijos menores de 14 años, en cada una de aquellas familias, resultará alrededor de unos cinco por cada dos familias, ya que unas tienen dos y otras tres; algunas uno y otras cuatro; algunas ninguno y otras cinco; pero raramente acontece que más de cinco sean menores de catorce años, y pasada esta edad son capaces de prestar algún servicio o trabajar como aprendices.

Atribuyendo cinco hijos (menores de 14 años) a cada dos familias,

El número de hijos será	630 000
El número de padres, si vivieran todos, sería	504 000

Es cierto que si se atiende a los niños, los padres experimentan un alivio de importancia, porque de donde dimana su pobreza es de los gastos de criarlos.

Una vez determinado el mayor número de los que se supone tienen necesidad de socorro, en relación con familias jóvenes, paso a ocuparme del modo de socorro o distribución, que es:

Pagar como remisión de impuestos a cada familia pobre, del exceso de impuestos, y en lugar del impuesto de beneficencia, cuatro libras al año por cada hijo menor de catorce años; obligar a los padres de dichos niños a enviarlos a la escuela para que aprendan a leer, escribir y las cuatro reglas; y a los ministros de cada parroquia, de toda confesión, a certificar conjuntamente a este propósito a una oficina que aquel deber se ha cumplido. El importe de este gasto sería,

Para 630 000 niños, a £ 4 al año cada uno	£ 2 520 000.

Adoptando este método, no sólo se aliviaría la pobreza de los padres, sino que se desterraría la ignorancia de la generación que surge y el número de pobres sería menor en lo sucesivo, porque las capacidades de los pobres, con ayuda de la educación, serían mayores. Más de un joven con buena disposición natural, aprendiz de un oficio mecánico, como carpintero, ebanista, constructor de molinos, de barcos, herrero, etc., se encuentra impedido de progresar en el curso de la vida por no haber tenido una pequeña

educación elemental cuando muchacho.

Examinemos ahora el caso de las personas de edad avanzada.

Las dividiremos en dos clases. Primera, las que se aproximan a la vejez, que comienza a los 50 años. Segunda, los ancianos a partir de los 60.

A los 50, aunque las facultades mentales del hombre están en pleno vigor, y su juicio más formado que en ningún momento anterior, las facultades físicas para la vida del trabajo comienzan a declinar. No puede soportar la misma cantidad de fatiga que en un periodo anterior. Comienza a ganar menos y es menos capaz de resistir a la intemperie; y en aquellos oficios sedentarios en los que se requiere mucha vista, se debilita rápidamente y se considera como un caballo viejo al que se empieza a abandonar. A los 60 su trabajo debe haber terminado, al menos por necesidad inmediata. Es lamentable que en países que se llaman civilizados se vea a los ancianos realizar un trabajo superior a sus fuerzas para ganar el pan cotidiano.

Para formarme una idea del número de mayores de 50 años, algunas veces he contado el número de personas que encontraba en las calles de Londres, hombres, mujeres y niños y, generalmente, he hallado que el promedio es de uno por cada 16 o 17 personas. Si se objeta que las personas de edad no salen mucho a la calle, podrá contestarse que tampoco los niños; y una gran proporción de niños crecidos están en las escuelas, o en las casas de trabajo como aprendices. Tomando, pues, como divisor 16, el número total de personas de ambos sexos de 50 o más años, en Inglaterra, ricos y pobres, será 420 000.

Las personas a que se ha de atender, de esta gran cifra, serán: los agricultores, jornaleros, peones de todos los oficios y sus esposas, marineros y soldados licenciados, sirvientes de ambos sexos, retirados, y viudas pobres.

Habrá también un número considerable de pequeños comerciantes que habiendo vivido decentemente en la época anterior de su vida, comienzan, cuando se aproxima la vejez, a perder sus negocios y al fin caen en la ruina.

Además de éstos habrá constantemente, aplastados por las revoluciones de esa rueda que ningún hombre puede detener ni regular, un número de gentes de todas las clases de vida que hayan tenido relación con el comercio y la aventura.

Para hacer frente a todos aquellos accidentes, y a cualesquiera otros que se puedan presentar, fijo el número de personas a quienes, en una época u otra de sus vidas, después de los 50 años, pueda estimarse necesario o conveniente atender mejor de lo que ellas puedan hacerlo por sí mismas, y ello no con carácter de gracia o de favor, sino por derecho, en un tercio del número total, que es 140 000, como se fija anteriormente (p. 260), y para quienes se proponía otra forma distinta de asistencia. Si hubiera más, la sociedad, a pesar de la ostentación y la pompa del gobierno, estaría en una situación deplorable en Inglaterra.

De estos 140 000, fijo en la mitad, 70 000, el número de personas de más de 50 y menos de 60, y en la otra mitad los de 60 y más años. Habiendo fijado así la probable proporción del número de personas de edad avanzada, me ocuparé ahora del modo de hacer su situación llevadera, a saber.

Pagar a toda persona de esas condiciones, de 50 años, hasta que llegue a los 60, la suma de seis libras al año, del exceso de impuestos, y 10 libras vitalicias anuales pasados los 60. El gasto por este concepto sería:

Setenta mil personas a £ 6 al año	£ 420 000
Setenta mil personas a £ 10 al año	700 000
	£ 1 120 000

Este apoyo, como se ha hecho observar, no tiene la naturaleza de un acto de caridad, sino de un derecho. Toda persona, varón o hembra, paga en Inglaterra un promedio de impuestos de dos libras, ocho chelines y seis peniques al año desde el día de su nacimiento; y si se añaden los gastos de recaudación, paga dos libras, 11 chelines y seis peniques; por consiguiente, al cabo de 50 años ha pagado 128 libras, 15 chelines, y a los 60, 154 libras, 10 chelines. En consecuencia, convirtiendo su impuesto individual en una tontina, el dinero que recibirá después de los 50 años será apenas un poco más del interés legal del dinero líquido que ha pagado; el resto lo completan aquellos cuyas circunstancias no les obligan a solicitar tal apoyo y, en ambos casos, el capital cubre los gastos del gobierno. Por este motivo es por lo que he extendido la cifra probable de beneficiarios a un tercio del número de personas de edad de la nación. ¿Es, pues, preferible que se hagan llevaderas las vidas de 140 000 personas de edad avanzada, o que se gaste en un individuo del más despreciable e insignificante valor un millón anual de los caudales públicos? Dejemos que la razón y la justicia, que el honor y la humanidad, e incluso la hipocresía y la adulación, y que el señor Burke, Jorge, Luis, Leopoldo, Federico, Catalina, Cornwallis o Tippo Sahib, respondan a la pregunta.[12]

La suma así remitida a los pobres sería:

A 250 000 familias pobres, que comprende 630 000 niños.	£ 2 520 000
A 140 000 personas de edad avanzada	1 120 000
	£ 3 640 000

De los cuatro millones quedará, pues, un remanente de 360 000 libras, parte del cual podrá ser aplicado de la manera siguiente:

Después de que se haya atendido a todos los casos mencionados habrá aún un

número de familias que, si bien no son propiamente pobres, encuentran difícil dar educación a sus hijos; y dichos niños estarían en peores condiciones que si sus padres fueran realmente pobres. Una nación bajo un gobierno bien organizado no permitirá a nadie que quede sin educación. Sólo el gobierno monárquico o aristocrático necesita la ignorancia como apoyo.

Supongamos, pues, 400 000 niños en estas condiciones, que es un número mayor del que se debe suponer después de las medidas ya adoptadas; el método sería:

Conceder por cada uno de dichos niños 10 chelines al año para los gastos escolares durante seis años, lo cual les proporcionaría seis meses de escuela cada año, y media corona al año para papel y cartillas.

El gasto para esta atención sería anualmente[13] £ 250 000.

Quedará, pues, un remanente de 110 000 libras.

A pesar de los grandes métodos de ayuda que puedan imaginar los gobiernos mejor instituidos y mejor inspirados, habrá siempre un número de casos menos importantes, que la buena política, así como la beneficencia, aconsejan que la nación tome en cuenta.

Si se dieran 20 chelines inmediatamente al nacimiento de un hijo a toda mujer que lo solicitara —y ninguna lo haría si las circunstancias no la obligaban—, se podría aliviar una gran cantidad de situaciones de necesidad urgente.

En Inglaterra se producen 200 000 nacimientos al año, y si esta ayuda se solicitara por la cuarta parte de casos,

El importe total sería de £ 50 000

También podrían aplicarse 20 000 libras para los gastos de entierro de personas que, desplazadas de su residencia por motivos de trabajo, mueren lejos de sus familiares. Relevando a las parroquias de esta carga, el forastero enfermo sería mejor atendido.

Terminaré esta parte del tema con un plan adaptado a las condiciones de una metrópoli tal como Londres.

En una metrópoli ocurren continuamente casos diferentes de los que se presentan en la provincia, y que requieren un método de auxilio diferente o más bien adicional. En la provincia, incluso en las ciudades grandes, las gentes se conocen entre sí, y la miseria nunca llega al extremo que algunas veces presenta en una metrópoli. En la provincia no se conoce el caso de personas que, en el sentido literal de las expresiones, se mueren de hambre o de frío por falta de alojamiento. No obstante, tales casos, y otros de la misma extrema miseria, se presentan en Londres.

Más de un joven llega a Londres lleno de esperanzas y con poco o ningún dinero y, a menos que encuentre un empleo inmediatamente, se encuentra ya medio arruinado; y los muchachos criados en Londres sin ningún medio de subsistencia y, como frecuentemente

acontece, a cargo de padres disolutos, están aún en peor condición; y los sirvientes que han perdido su colocación no están mucho mejor. En suma, está surgiendo continuamente un mundo de pequeños casos, que no conoce la vida ocupada u opulenta, y que abre la primera puerta a la miseria. El hambre no figura entre las necesidades aplazables, y un día, e incluso unas pocas horas, en tal situación, constituye frecuentemente la crisis de una vida de miseria.

Estas circunstancias que son, por lo general, la causa de los pequeños robos y raterías que conducen a otras más grandes, son evitables. Puesto que quedan aún 20 000 libras de los cuatro millones de exceso de impuesto, con otro fondo de que se hablará después, que asciende aproximadamente a 20 000 libras más, esa cantidad no tiene mejor empleo que este objeto. El plan podría ser:

Primero. Erigir dos o más edificios, o emplear algunos de los ya edificados, capaces de contener, por lo menos, seis mil personas, y establecer en cada uno de ellos tantos oficios como pueda imaginarse, a fin de que toda persona que llegue a ellos encuentre la posibilidad de hacer algo.

Segundo. Recibir a todos los que vengan sin preguntarles quiénes ni qué son. La única condición sería que por tantas o cuantas horas de trabajo, cada persona recibiera tantas comidas de alimento sano y un alojamiento tan confortable, tan bueno, al menos, como en un cuartel. Cierta parte del valor del trabajo de cada persona se reservará para entregársela cuando se marche; y cada persona podrá permanecer un tiempo tan largo o tan corto como le parezca, o volver cuando le plazca, en dichas condiciones.

Si cada persona permaneciese tres meses, se podría asistir, por rotación, a 24 000 personas al año, aunque el número efectivo en cada momento fuera sólo de seis mil. Estableciendo un asilo de esta naturaleza, las personas que temporalmente se encuentran en la miseria tendrían una oportunidad de rehacerse y les permitiría buscar mejor empleo.

Admitiendo que su trabajo pague únicamente la mitad de los gastos de su sostenimiento, después de reservar una parte de sus ganancias para ellos mismos, la suma adicional de 40 000 libras cubriría todas las demás cargas, incluso para un número mayor de seis mil.

El fondo que muy probablemente puede servir a este propósito, como adición a las 20 000 libras restantes del primer fondo, sería el producto del impuesto sobre los carbones, tan inicua y locamente aplicado al sostenimiento del duque de Richmond. Es horrible que un hombre, y más ahora al precio a que están los carbones, viva de la miseria de la comunidad; y todo gobierno que consienta tal abuso merece ser depuesto. Se dice que este fondo asciende, aproximadamente, a 20 000 libras al año.

Concluiré ahora este plan enumerando los diferentes particulares, y después me ocuparé de otras materias.

La enumeración es la siguiente:

Primero. Abolición de dos millones del impuesto de beneficencia.

Segundo. Provisión para 252 000 familias pobres.

Tercero. Educación para un millón treinta mil niños.

Cuarto. Auxilio decoroso para 140 000 personas de edad avanzada.

Quinto. Cincuenta mil donativos de 20 chelines cada uno con motivo de 50 000 nacimientos.

Sexto. Veinte mil donativos de 20 chelines cada uno con ocasión de 20 000 matrimonios.

Séptimo. Dotación de 20 000 libras para los gastos de entierro de personas que están fuera de su residencia por causa de trabajo y que mueren lejos de sus familiares.

Octavo. Empleo en toda época para los pobres accidentales, en las ciudades de Londres y Westminster.

Por obra de este plan se anularán esos instrumentos de tortura civil que son las leyes de beneficencia *(poor laws)* y se evitaría el dispendioso gasto de litigios. No desgarraría el corazón de los humanos el espectáculo de niños hambrientos y en harapos y de los ancianos de 70 u 80 años mendigando su pan. Los pobres moribundos no serán arrastrados de localidad en localidad para que exhalen el último suspiro en otro sitio como represalia de parroquia contra parroquia. Las viudas tendrían con qué mantener a sus hijos y no serían apartadas del mundo a la muerte de sus maridos, como culpables y criminales; y no se consideraría ya a los niños como causantes del acrecentamiento de miseria de sus padres. Se conocerían los antros de los miserables, porque ello cedería en su ventaja y disminuiría el número de los pequeños delitos y faltas, producto de la miseria y de la pobreza. Los pobres, al igual que los ricos, se interesarán entonces en apoyar al gobierno, y cesarán la causa y los temores de motines y tumultos. Los que vivís con desahogo y os solazáis en la abundancia —y de éstos hay en Turquía y en Rusia, igual que en Inglaterra— y os decís a vosotros mismos: "¿no estamos bien situados?", ¿habéis pensado en tales cosas? Cuando lo hagáis, terminaréis de hablar y de sentir únicamente por vosotros mismos.

El plan es fácil en la práctica. No obstaculizará al comercio por una interrupción súbita en el orden de los impuestos, sino que producirá sus efectos por el cambio de aplicación de ellos; y el dinero necesario a tal fin se obtendrá de la recaudación de las contribuciones indirectas que se realiza ocho veces al año en toda villa de mercado en Inglaterra.

Una vez tratado y concluido este asunto, voy a ocuparme del inmediato.

Fijando los gastos ordinarios actuales en siete millones y medio, que es la cifra mínima a que se elevan ahora, quedará (después de la suma de un millón y medio fijada para los gastos ordinarios y de los cuatro millones para el servicio antes mencionado) la

suma de dos millones; parte de la cual ha de aplicarse de la manera siguiente:

Aunque las flotas y los ejércitos serán, en gran medida, inútiles, por una alianza con Francia, las personas que se han dedicado a dichos servicios y, en consecuencia, se han incapacitado para otras actividades de la vida, no deben ser los que sufran por las medidas que hacen la felicidad de otros. Son una clase de hombres diferente de aquéllos que forman una corte o merodean en torno a ella.

Subsistirá, al menos por algunos años, una parte del ejército, y también de la armada, y a ello se ha provisto ya, en la primera parte de este plan, con un millón, que es casi medio millón más que los gastos del ejército y la armada en tiempo de paz en la pródiga época de Carlos II.

Supongamos, pues, que han de licenciarse 15 000 soldados y que se ha de pagar a cada uno un subsidio vitalicio de tres chelines por semana, exento de toda deducción, del mismo modo que se paga a los pensionistas del Chelsea College, y para reintegrarlos a sus oficios y familias; y también que ha de hacerse una adición de 15 000 veces seis peniques por semana para el pago de los soldados que han de quedar. El gasto anual sería:

Para el pago de 15 000 soldados licenciados, a tres chelines por semana	£ 117 000
Pago adicional a los soldados que quedan en servicio	19 500
Suponiendo que la paga de los oficiales de los cuerpos disueltos sea de la misma cuantía que la suma concedida a los soldados	117 000
	£ 253 500
Para prevenir cálculos erróneos admítase la misma suma para la marina licenciada que para el ejército y el mismo incremento de paga	253 500
	£ 507 000

Cada año se amortizará alguna parte de esta suma de medio millón (omito el exceso de siete mil libras para hacer números redondos), y con el tiempo se amortizará el total, excepto el aumento de la paga de 29 000 libras, porque está fundado en el principio de las rentas vitalicias. A medida que se amortice, podrá ir desapareciendo una parte de los impuestos; por ejemplo, cuando se amorticen 30 000 libras se podrá abolir por entero el derecho sobre el lúpulo; y a medida que se amorticen otras partes se podrán reducir los derechos sobre las bujías y el jabón hasta que, por último, desaparezcan definitivamente. Queda ahora, al menos, un millón y medio de ingresos por concepto de impuestos que no tienen razón de ser.

El impuesto sobre casas y ventanas es uno de aquellos impuestos directos que, como el de beneficencia, no se confunde con el comercio, y cuando desaparezca, se sentirá el alivio inmediatamente. Este impuesto pesa gravemente sobre la clase media.

El importe mismo, según los datos de 1788, fue:

	£	*ch.*	*p.*
Casas y ventanas por la ley de 1766	385 459	11	7
Idem por la ley de 1779	130 739	14	5½
	516 199	6	0½

Si desapareciese este impuesto, quedaría, aproximadamente, un millón de libras en impuestos que deben desaparecer también; y como siempre es conveniente mantener en reserva una suma para cuestiones imprevistas, acaso sea mejor no llevar más lejos las reducciones en el primer ejemplo, y considerar lo que se pueda realizar por otros métodos de reforma.

Entre los impuestos que se sienten más pesadamente está el impuesto de conmutación. En consecuencia, propondré un plan para su abolición, sustituyéndolo por otro que realice tres fines simultáneos:

Primero, trasladar el gravamen a donde pueda ser mejor soportado.

Segundo, restaurar la justicia entre las familias por una distribución de la propiedad.

Tercero, hacer desaparecer la excesiva influencia que se origina en el antinatural derecho de primogenitura y que es una de las principales fuentes de corrupción electoral.

El importe del impuesto de conmutación según rendimiento en 1788 era de £ 771 657.

Cuando se proponen nuevos impuestos el país se satisface oyendo hablar de impuestos suntuarios. En unos tiempos se llama lujo a una cosa y en otros a otra; pero el verdadero lujo no consiste en el artículo, sino en los medios de procurárselo, y éstos están siempre ocultos a la vista.

Yo no sé por qué cualquier planta o hierba del campo haya de ser mayor lujo en un país que en otro; pero una propiedad excesiva es siempre, en ambos, un lujo y, como tal, debe ser el verdadero objeto de la imposición. Es, pues, justo cogerles la palabra a esa especie de arbitristas y argumentarles con el mismo principio que ellos han sentado, el de *hacer recaer los impuestos sobre el lujo.* Si ellos, o su campeón el señor Burke, quien mucho me temo que se está pasando de moda, tanto como el caballero de armadura, pueden probar que una propiedad de 20 000, 30 000, o 40 000 libras al año no es un lujo, renuncio al argumento.

Admitiendo que para el sostenimiento de una familia se necesita una suma anual

cualquiera, pongamos, por ejemplo, mil libras, el segundo millar tiene ya el carácter de un lujo, el tercero aún más, y continuando así llegaremos, por último, a una suma que acaso se pueda calificar adecuadamente de lujo prohibible. Sería poco político poner límites a la propiedad adquirida por la industria y, por lo tanto, es justo colocar la prohibición más allá de la probable adquisición a que la industria puede dar lugar; pero debe haber un límite a la propiedad o acumulación de propiedad adquirida por herencia. Debe pasar a alguna otra línea. En toda nación los más ricos tienen parientes pobres y a menudo de un grado muy próximo de consanguinidad.

El cuadro que sigue, de imposición progresiva, está concebido con arreglo a los principios ya mencionados y como sustitutivo del impuesto de conmutación. Se alcanzará el punto de prohibición por una operación regular, y de este modo quedará anulado el aristocrático derecho de primogenitura.

CUADRO I

Un impuesto sobre todas las propiedades de un valor líquido anual de £ 50, después de deducir la contribución territorial,

	ch.	*p.*
Hasta £ 500	0	3 por libra
De £ 500 a £ 1000	0	6 ” ”
Sobre el segundo millar	0	9 ” ”
Sobre el tercer millar	1	0 ” ”
Sobre el cuarto millar	1	6 ” ”
Sobre el quinto millar	2	0 ” ”
Sobre el sexto millar	3	0 ” ”
Sobre el séptimo millar	4	0 ” ”
Sobre el octavo millar	5	0 ” ”
Sobre el noveno millar	6	0 ” ”
Sobre el décimo millar	7	0 ” ”
Sobre el undécimo millar	8	0 ” ”
Sobre el duodécimo millar	9	0 ” ”
Sobre el 13º millar	10	0 ” ”
Sobre el 14º millar	11	0 ” ”

Sobre el 15º millar	12	0 ” ”
Sobre el 16º millar	13	0 ” ”
Sobre el 17º millar	14	0 ” ”
Sobre el 18º millar	15	0 ” ”
Sobre el 19º millar	16	0 ” ”
Sobre el 20º millar	17	0 ” ”
Sobre el 21º millar	18	0 ” ”
Sobre el 22º millar	19	0 ” ”
Sobre el 23º millar	20	0 ” ”

Este cuadro muestra la progresión por libra sobre cada millar. El cuadro siguiente muestra la cuantía del impuesto sobre cada millar separadamente, y en la última columna el total importe de todas las sumas separadas reunidas.

CUADRO II

	£	*ch.*	*p.*
Una propiedad de £ 50 al año a 3 p. por libra, paga	0	12	6
Una propiedad de £ 100 al año a 3 p. por libra, paga	1	5	0
Una propiedad de £ 200 al año a 3 p. por libra, paga	2	10	0
Una propiedad de £ 300 al año a 3 p. por libra, paga	3	15	0
Una propiedad de £ 400 al año a 3 p. por libra, paga	5	0	0
Una propiedad de £ 500 al año a 3 p. por libra, paga	7	5	0

A partir de 500 libras, recae el impuesto de seis peniques por libra en las segundas 500 libras; por consiguiente, una finca de 1 000 libras al año paga 21 libras 15 chelines, y así sucesivamente.

	£		ch.	p.			£	ch.		Importe total £	ch.
1as	500	a	0	3	por	libra	7	5	.....	21	15
2as	500	”	0	6	”	”	14	10	.....	21	15
2as	1 000	”	0	9	”	”	37	10	.....	59	5
3as	”	”	1	0	”	”	50	0	.....	109	5
4as	”	”	1	6	”	”	75	0	.....	184	5
5as	”	”	2	0	”	”	100	0	.....	284	5
6as	”	”	3	0	”	”	150	0	.....	434	5
7as	”	”	4	0	”	”	200	0	.....	634	5
8as	”	”	5	0	”	”	250	0	.....	880	5
9as	”	”	6	0	”	”	300	0	.....	1 180	5
10as	”	”	7	0	”	”	350	0	.....	1 530	5
11as	”	”	8	0	”	”	400	0	.....	1 930	5
12as	”	”	9	0	”	”	450	0	.....	2 380	5
13as	”	”	10	0	”	”	500	0	.....	2 880	5
14as	”	”	11	0	”	”	550	0	.....	3 430	5
15as	”	”	12	0	”	”	600	0	.....	4 030	5
16as	”	”	13	0	”	”	650	0	.....	4 680	5
17as	”	”	14	0	”	”	700	0	.....	5 380	5
18as	”	”	15	0	”	”	750	0	.....	6 130	5
19as	”	”	16	0	”	”	800	0	.....	6 930	5
20as	”	”	17	0	”	”	850	0	.....	7 780	5
21as	”	”	18	0	”	”	900	0	.....	8 680	5
22as	”	”	19	0	”	”	950	0	.....	9 630	5
23as	”	”	20	0	”	”	1 000	0	.....	10 630	5

A los 23 000 el impuesto llega a 20 ch. por libra y, por consiguiente, cada millar más allá de esta suma no produce renta si no es dividiendo la propiedad. No obstante, por formidable que parezca ser este impuesto, no producirá, creo, tanto como el impuesto de conmutaciones: si produjera más, debería rebajarse en dicha cuantía sobre las fincas que rentan entre dos y tres mil libras al año.

Sobre las propiedades pequeñas y medianas es más liviano (así se ha establecido deliberadamente) que el impuesto de conmutación. Hasta que no llega a siete u ocho mil al año, no comienza a ser gravoso. La finalidad que se persigue no es tanto el rendimiento del impuesto como la justicia de la medida. La aristocracia se ha protegido demasiado y esto sirve para restablecer, en parte, el equilibrio perdido.

Como ejemplo de esta protección tributaria basta recordar la primera instauración de las leyes de las contribuciones indirectas en el momento de la llamada Restauración o advenimiento al trono de Carlos II. La clase aristocrática, entonces en el poder, conmutó los servicios feudales a que estaban obligados, por el establecimiento de un impuesto sobre la cerveza elaborada para *la venta;* esto es, se entendieron con Carlos para establecer una exención de aquellos servicios en favor de ellos mismos y de sus herederos a cambio de un impuesto que había de ser pagado por el pueblo. La aristocracia no compra cerveza elaborada para la venta, sino que elabora su propia cerveza libre del derecho; y si alguna conmutación era necesaria en aquel tiempo, debió realizarse a expensas de aquéllos en favor de quienes se habían pensado las exenciones de aquellos servicios;[14] en lugar de esto, se arrojó la carga sobre toda una clase de hombres diferente.

Pero el principal objeto de este impuesto progresivo (aparte de la justicia de hacer los impuestos más equitativos de lo que eran) es, como ya se ha dicho, extirpar la excesiva influencia que dimana de la ley antinatural de primogenitura, y que es una de las principales fuentes de corrupción electoral.

No acarrearía buenas consecuencias investigar cómo pudieron originarse tan grandes propiedades de 30 000, 40 000 o 50 000 libras anuales, y ello en un tiempo en que el comercio y la manufactura no podían permitir tales adquisiciones. Baste con remediar el mal poniéndolas en condiciones de revertir a la comunidad por los medios pacíficos de distribuirlas entre los herederos y herederas de aquellas familias. Esto sería tanto más necesario por cuanto, hasta ahora, la aristocracia ha acomodado a sus segundones y parentela a expensas del pueblo en puestos, cargos y oficios inútiles que, cuando sean abolidos, les dejarán en la miseria, a menos que sea abolido también el derecho de primogenitura.

Un impuesto progresivo cumplirá, en gran medida, este cometido y ello en interés de las partes más afectadas, como se verá por el cuadro de la página siguiente, que muestra el producto neto de cada propiedad después de restar el importe del impuesto. Por él se verá que, tan pronto como una propiedad exceda de 13 000 o 14 000 libras al año, el remanente produce escaso beneficio al poseedor y, en consecuencia, pasará a los hijos menores o a otros parientes.

Conforme a este cuadro, una propiedad no puede producir más de 12 370 libras, una vez descontados el impuesto progresivo y la contribución territorial y, en consecuencia, la división de tal propiedad se producirá por interés familiar. Una propiedad de 23 000 libras al año, dividida en cinco propiedades de cuatro mil cada una y otra de tres mil, sólo estará gravada con £ 1 129, lo cual representa únicamente 5%, pero si está en manos de un solo poseedor, estará gravada con £ 10 630.

Dando por supuesto que sea innecesaria una investigación sobre el origen de aquellas

propiedades, es otro problema que subsistan en la actual situación. Es un problema de interés nacional. Ya que es la ley la que ha creado el mal de la propiedad hereditaria, debe ser ella también la que suministre el remedio. Debe abolirse la primogenitura, no sólo porque es antinatural e injusta, sino porque el país resulta perjudicado por sus efectos. Al privar (como ya se ha observado) a los hijos menores de su porción hereditaria adecuada, se carga al pueblo con los gastos de mantenerlos; y se viola la libertad electoral por la tiránica influencia que produce este injusto monopolio de la propiedad familiar. Esto no es todo. Ocasiona un despilfarro de la propiedad nacional. Una parte considerable de la tierra del país queda improductiva por la gran extensión de parques y cotos de caza que la ley de primogenitura permite conservar, y esto en unos tiempos en que la producción anual de cereales no es igual al consumo nacional.[15] En suma, los males del sistema aristocrático son tan grandes y tan numerosos, tan contradictorios a todo lo que es justo, discreto, natural y beneficioso, que cuando se les considera, no puede caber duda de que muchos que ahora están clasificados bajo esa denominación desearían ver abolido tal sistema.

CUADRO III

Que muestra el producto neto de cada propiedad de 1 000 a 23 000 libras al año:

Núm. de miles por año £	*Total del impuesto restado £*	*Producto neto £*
1 000	21	979
2 000	59	1 941
3 000	109	2 891
4 000	184	3 816
5 000	284	4 716
6 000	434	5 566
7 000	634	6 366
8 000	880	7 120
9 000	1 100	7 820
10 000	1 530	8 470
11 000	1 930	9 070
12 000	2 380	9 620
13 000	2 880	10 120
14 000	3 430	10 570
15 000	4 030	10 970

16 000	4 680	11 320
17 000	5 380	11 620
18 000	6 130	11 870
19 000	6 930	12 170
20 000	7 780	12 220
21 000	8 680	12 320
22 000	9 630	12 370
23 000	10 630	12 370

N. B. No se han tomado en cuenta en este cuadro los chelines excedentes.

¿Qué satisfacción puede reportarles contemplar la situación peligrosa y casi segura mendicidad a que están expuestos sus más jóvenes retoños? Toda familia aristocrática tiene un apéndice de familiares mendigos que merodea en torno a ella, a los que se sacude en pocos siglos o en pocas generaciones y que se consuelan contando su historia en los asilos, en las casas de trabajo y en las prisiones. Ésta es la consecuencia natural de la aristocracia. El par y el mendigo son, frecuentemente, de la misma familia. Un extremo produce el otro; para hacer rico a uno, hay que hacer pobres a muchos. El sistema no puede mantenerse de otro modo.

Hay dos clases de gentes en Inglaterra a quienes las leyes son particularmente hostiles y que son las más desamparadas: los hijos menores y los pobres. De los primeros acabo de hablar; de los segundos mencionaré un ejemplo de los muchos que pudiera aducir, y con el cual terminaré este asunto.

Existen algunas leyes para regular y limitar los salarios de los trabajadores. ¿Por qué no dejarles tan libres para concluir sus propios contratos, como lo son los legisladores para alquilar sus casas y sus granjas? El trabajo personal es toda la propiedad que poseen. ¿Por qué se ha de restringir esta pequeña propiedad y la pequeña libertad que poseen? Pero la injusticia aparecerá más hiriente si consideramos la acción y los efectos de tales leyes. Cuando los salarios se fijan mediante lo que se llama ley, el salario legal permanece estacionario, en tanto que todo lo demás se encuentra en progresión; y como quienes hacen esta ley continúan imponiendo aún nuevos impuestos por otras leyes, incrementan los gastos de vida mediante una ley, en tanto que por medio de otra arrebatan los medios de hacer frente a dicho incremento.

Pero si aquellos señores legisladores y creadores de impuestos piensan que es justo limitar la pobre pitanza que puede producir el trabajo personal, y con la cual ha de mantenerse toda una familia, ciertamente deben sentirse venturosamente favorecidos por una limitación de su propia parte, de no menos de 12 000 libras al año, procedente de una propiedad que no adquirieron ellos, ni probablemente ninguno de sus antepasados y de la que han hecho tan mal uso.

Acabado así este tema, haré una revisión de los diferentes particulares para ocuparme, después, de otras materias.

Los primeros ocho artículos se retrotraen de la página 266.

1. Abolición de dos millones del impuesto de beneficencia.

2. Provisión para 252 000 familias al tipo de cuatro libras por cada niño menor de 14 años; añadiendo a ello 250 000 libras para proveer a la educación de 1 030 000 niños.

3. Anualidad de seis libras al año para todas las personas pobres, comerciantes arruinados u otros (supuestos 70 000) de edad de 50 y hasta los 60 años.

4. Anualidad de 10 libras, vitalicia, para todas las personas pobres, comerciantes arruinados u otros (supuestos 70 000) de edad de 60 años.

5. Cincuenta mil donativos de 20 chelines con motivo de 50 000 nacimientos.

6. 20 000 donativos de 20 chelines con ocasión de 20 000 matrimonios.

7. Dotación de 20 000 libras para los gastos de entierro de personas que viajan por motivos de trabajo y que mueren lejos de sus familiares.

8. Empleo, en todo tiempo, para los pobres accidentales en las ciudades de Londres y Westminster.

Segunda enumeración

9. Abolición del impuesto de casas y ventanas.

10. Concesión de la pensión vitalicia de tres chelines por semana a 15 000 soldados licenciados, e indemnización proporcional a los oficiales de los cuerpos disueltos.

11. Aumento de la paga de los soldados que continúan en servicio: £ 19 500 anuales.

12. La misma indemnización a los marinos licenciados y el mismo incremento de sueldo que se concede al ejército.

13. Abolición del impuesto de conmutación.

14. Plan de un impuesto progresivo que produzca la desaparición del injusto y antinatural derecho de primogenitura y la perniciosa influencia del sistema aristocrático.[16]

Queda aún, como se ha dicho, un millón de exceso de impuestos. Una parte de esta cifra será necesaria para hacer frente a circunstancias que no se presentan en el momento, y otra part[e, que no será necesaria, permitirá una reducción de impuestos equivalente a su importe.

Entre las reivindicaciones que requieren se haga justicia, merece examinarse la situación de los empleados fiscales de inferior categoría. Es reprochable a cualquier gobierno que despilfarre tal inmensidad de ingresos en sinecuras y en puestos y cargos nominales e innecesarios, y no conceda siquiera una subsistencia decorosa a aquéllos sobre quienes pesa el trabajo. El sueldo de los empleados fiscales de categoría inferior se

ha mantenido en la mezquina cuantía de menos de 50 libras anuales durante más de 100 años. Debiera ser 70. Aproximadamente 120 000 libras aplicadas a este fin elevarían estos sueldos a una cuantía decorosa.

Esta mejora se propuso hace cerca de 20 años, pero la Tesorería se asustó entonces de que ello pudiera conducir a expectativas similares del ejército y la armada; y el final fue que el rey, o alguien por él, solicitó del Parlamento que se le elevase su asignación de 100 000 libras anuales, cosa que se hizo, dejando a un lado todo lo demás.

Con respecto a otra clase de hombres, el clero de las categorías inferiores, me abstengo de extenderme sobre su situación; pero dejando aparte todas las parcialidades y prejuicios en pro o en contra de los diferentes modos y formas de religión, la más elemental justicia decidirá si debe existir una renta de 20 o 30 libras anuales para unos hombres y de 10 000 para otros. Hablo de este particular con tanta mayor libertad por cuanto que es sabido que no soy presbiteriano y, por consiguiente, no pueden levantarse contra mí las alharacas hipócritas de los sicofantes de la corte respecto a la Iglesia anglicana y las congregaciones no conformistas, a las que se da pábulo para entretener y desorientar a la nación.

Vosotros, hombres sencillos, que estáis de un lado u otro de la cuestión, ¿no veis esta astucia cortesana? Si se puede lograr que continuéis discutiendo y disputando sobre la Iglesia anglicana y las congregaciones no conformistas, no hacéis más que responder al propósito de todo cortesano que se pasa la vida saqueando al Tesoro público y riéndose de vuestra credulidad. Cualquier religión que enseñe al hombre a ser bueno, es buena, y no conozco ninguna que le enseñe a ser malo.

Todos los cálculos antes mencionados no suponen más que 16 millones y medio de impuestos, una vez deducidos los gastos de recaudación y las devoluciones de la aduana y de la oficina de contribuciones indirectas, resultando que la suma ingresada en el Tesoro es muy aproximada, si no exactamente, 17 millones. Los impuestos recaudados en Escocia e Irlanda se invierten en aquellas regiones y, por consiguiente, su economía habrá de salir de sus propios impuestos; pero si alguna parte ingresara en la Tesorería inglesa, podría ser remitida. Esto no haría una diferencia anual de 100 000 libras.

Únicamente queda por examinar ahora la deuda nacional. En el año 1789, el interés, excluyendo la tontina, era de £ 9 150 138. Cuánto se ha reducido el capital desde aquella fecha lo sabe mejor el ministro. Pero después de pagar el interés, de abolir el impuesto de casas y ventanas, el de conmutación y el de beneficencia; de hacer todas las provisiones para los pobres, para la educación de los niños, la ayuda a personas de edad avanzada, la parte del ejército y la marina licenciada y el incremento de sueldo a los que continúen en servicio, quedará un exceso de un millón.

El sistema actual de pago de la deuda nacional me parece, hablando imparcialmente, mal concebido, si no un agiotaje falaz. La carga de la deuda nacional no consiste en que

sea tantos millones o tantos cientos de millones, sino en la cantidad de impuestos recaudados cada año para pagar el interés. Si aquella cantidad continúa siendo la misma, la carga de la deuda nacional es la misma, de todas formas, sea mayor o menor el capital. El único conocimiento que el pueblo puede tener de la reducción de la deuda debe ser mediante la reducción de los impuestos con que se paga el interés. En consecuencia, para el pueblo, la deuda no se reduce en un ochavo por todos los millones que hayan sido pagados; y se requeriría ahora más dinero para redimir el capital que cuando se inició el sistema.

Haciendo, por un momento, una digresión en este punto, sobre el cual insistiré de nuevo, vuelvo la vista a la época en que fue nombrado ministro el señor Pitt. Yo estaba entonces en Norteamérica. La guerra había terminado y, aunque el resentimiento había cesado, el recuerdo estaba aún vivo.

Cuando llegaron las noticias de la coalición, aunque era un asunto que no me interesaba como ciudadano norteamericano, lo sentí como hombre. Había algo en él que lastimaba por despreciar públicamente el decoro, si no el principio. Fue impudicia en Lord North; fue falta de firmeza en el señor Fox.

El señor Pitt era, en aquel tiempo, lo que podría llamarse una naturaleza virginal en política. Lejos de estar envilecido, parecía no haber pasado aún por la iniciación en los más elementales misterios de la intriga de la Corte. En él todo era bondad. El resentimiento contra la coalición servía de amistad para él y su ignorancia del vicio era estimada como virtud. Con el restablecimiento de la paz, se habían de restablecer por sí solos el comercio y la prosperidad, y hasta dicho restablecimiento fue puesto en su haber.

Cuando empuñó el timón, había pasado la tormenta y no había nada que interrumpiera su curso. Se requería, incluso, ingenio para equivocarse, y lo consiguió. Durante un poco tiempo pareció ser de la misma especie de hombres a que habían pertenecido sus predecesores. En lugar de aprovecharse de aquellos errores que habían acumulado una carga de impuestos que no tenía paralelo en el mundo, buscó, y casi podría decir que puso anuncios buscando enemigos y suscitó los medios de aumentar los impuestos. Aspirando a algo, sin saber qué, saqueó a Europa y a la India, y abandonando las buenas apariencias con que comenzó, se convirtió en el caballero andante de los tiempos modernos.

Es desagradable ver prodigarse a una personalidad. Lo es aún más verla engañarse a sí misma. El señor Pitt no se ha hecho acreedor a nada, pero prometía mucho. Dio muestras de una mentalidad superior a la mediocridad y corrupción de las Cortes. Su aparente buena fe estimuló las esperanzas y la confianza pública, aturdida, aburrida y confundida en un caos de partidos, revivió y se adhirió a él. Pero tomando equivocadamente, como lo ha hecho, el disgusto de la nación contra la coalición, por adhesión a su persona, se lanzó a la adopción de proyectos que un hombre con menos

apoyo que él no hubiera tenido la audacia de intentar.

Todo esto parece demostrar que el cambio de ministros no conduce a nada. Sale uno, entra otro, y continúan los mismos proyectos, vicios y extravagancias. Nada significa quién sea ministro. El defecto reside en el sistema. La base y la superestructura del gobierno son malas. Apuntaladlo como queráis, degenerará siempre en gobierno de Corte, y siempre sucederá así.

Vuelvo, como he prometido, al tema de la deuda nacional, retoño de la revolución anglo-holandesa y de su secuela la dinastía hannoveriana.

Pero ahora es ya demasiado tarde para inquirir su origen. Aquéllos a quienes se debe dinero lo han adelantado; y si se ha gastado bien o mal, o si alguien se lo ha embolsado, no es culpa de ellos. Es, sin embargo, fácil ver que cuando la nación comience a meditar sobre la naturaleza y principios del gobierno y a comprender los impuestos y a hacer comparaciones entre los de Norteamérica, Francia e Inglaterra, será casi imposible mantenerla en el mismo estado de atrofia en que se ha encontrado hasta ahora. Por la necesidad del caso, algunas reformas habrán de iniciarse pronto. No se trata de que estos principios presionen con mayor o menor fuerza en el momento actual. Es otra cuestión. Están por el mundo y no hay fuerza que pueda detenerlos. Como un secreto revelado, no se puede borrar su conocimiento, y ciego tiene que ser, en efecto, quien no vea que se ha iniciado ya un cambio.

Nueve millones de libras producto de impuestos para los que no hay aplicación, es cosa grave; y esto no sólo por mal gobierno, sino, en gran medida, por gobierno extranjero. Poniendo el poder de hacer la guerra en manos de extranjeros que venían buscando lo que pudieran llevarse, no podía esperarse cosa distinta de la que ha sucedido.

Ya se han anticipado en esta obra las razones que demuestran que cualquiera que sea la reforma que se intente en los impuestos, debe hacerse en los gastos ordinarios del gobierno y no tocar la parte destinada a pagar los intereses de la deuda nacional. Dispensando de impuestos a los pobres, éstos se verán totalmente aliviados y desaparecerá todo el descontento; y eliminando impuestos tales como los ya mencionados, la nación podrá más que recuperar el gasto total de la insensata guerra norteamericana.

Quedará únicamente, como causa de descontento, la deuda nacional; y para hacerla desaparecer o, más bien, para evitarla, sería buena política por parte de los propios tenedores de deuda considerarla como propiedad, sujeta, como cualquier otra, a soportar una parte de los impuestos. Ello les proporcionaría popularidad y seguridad al mismo tiempo, y como una gran parte de su inconveniente actual se compensa por el capital que mantiene vivo, una medida de esta naturaleza vendría a añadirse a esta compensación hasta el punto de hacer cesar las objeciones.

Esto puede hacerse de un modo tan gradual que se llegue a realizar todo lo necesario con la mayor facilidad y comodidad.

En lugar de gravar el capital, el mejor método sería gravar el interés por una cierta proporción progresiva, y reducir los impuestos públicos en la misma proporción en que disminuye el interés.

Supongamos que se gravase el interés en medio penique por libra el primer año, un penique más el segundo y, continuando la determinación ulterior mediante una cierta proporción, siempre menos que cualquier otro impuesto sobre la propiedad. Tal impuesto se descontaría del interés en el momento de ser pagado éste, sin ningún gasto de recaudación.

Medio penique por libra reduciría el interés y, consiguientemente, los impuestos en 20 000 libras. El impuesto sobre los carros asciende a esta suma y podría también desaparecer en el primer año. El segundo año podría suprimirse también el impuesto sobre las sirvientas o cualquier otro de la misma cuantía y, procediendo de este modo, aplicando siempre el impuesto obtenido de la propiedad de la deuda hasta su extinción, y no llevándolo a los servicios ordinarios, se liberaría.

Los tenedores de deuda, a pesar de este impuesto, pagarían menos impuestos de los que pagan ahora. Lo que economizarían por la abolición del impuesto de beneficencia, del impuesto de casas y ventanas, y del impuesto de conmutación, sería considerablemente mayor que el importe de este impuesto, lento, pero cierto en su resultado.

Me parece prudente buscar medidas susceptibles de aplicarse en cualesquiera circunstancias que puedan sobrevenir. Hay en este momento una crisis en los asuntos de Europa que lo requiere. La preparación es ahora prudencia. Si se abandonasen de golpe los impuestos sería difícil restablecerlos; tampoco sería el alivio tan eficaz como procediendo mediante una cierta y gradual reducción.

Comienza ahora a comprenderse demasiado bien el fraude, la hipocresía y la impostura de los gobiernos para que se les pueda augurar una larga carrera. La farsa de la monarquía y de la aristocracia va siguiendo en todos los países el camino de la farsa de la caballería, y el señor Burke se está vistiendo para el funeral. Dejémosla penetrar tranquilamente en la tumba de las demás estupideces y que se consuelen los dolientes.

No está lejana la época en que Inglaterra se reirá de sí misma por haber enviado a buscar a Holanda, Hannover, Zell o Brunswick, a costa de un millón por año, a hombres que no entendían sus leyes, su lenguaje ni su interés y cuyas capacidades apenas si bastarían para desempeñar el cargo de gendarme en una parroquia. Si el gobierno pudiera encomendarse a tales manos, fácil y simple cosa sería en efecto y los materiales adecuados para todos los propósitos podrían encontrarse en cualquier ciudad o aldea de Inglaterra.

Cuando cualquier país del mundo pueda decir: mis pobres son felices, no pueden encontrarse en ellos la ignorancia ni la miseria; mis prisiones están vacías de delincuentes y mis calles limpias de mendigos; los ancianos no se encuentran en la necesidad; los impuestos no son opresivos; el mundo racional es mi amigo, porque yo soy amigo de su felicidad: cuando puedan decirse estas cosas, ese país se podrá vanagloriar de su Constitución y de su gobierno.

En el espacio de pocos años hemos visto dos revoluciones, la de Norteamérica y la de Francia. En la primera, la lucha fue larga y agudo el conflicto; en la segunda, la nación actuó con un impulso tan compacto que, no teniendo enemigo con que luchar, la Revolución se encontró plenamente en el poder desde el momento en que se inició. De ambos ejemplos resulta claro que las mayores fuerzas que pueden llevarse al campo de las revoluciones son la razón y el interés general. Cuando éstos pueden tener la oportunidad de actuar, la oposición se muere de miedo o se desmorona por convicción. Es una gran posición la que ahora han obtenido en el mundo y, en adelante, podemos tener la esperanza de ver revoluciones, o cambios en los gobiernos, producidos por la misma pacífica operación por la que se realiza cualquier medida, determinable por la razón y la discusión.

Cuando una nación cambia su opinión y sus hábitos de pensar no es posible seguir gobernándola como antes; pero sería no sólo un error, sino una mala política, intentar por la fuerza lo que debe realizarse por la razón. La rebelión consiste en oponerse de manera violenta a la voluntad general de una nación, ya sea un partido, ya un gobierno, quien lo haga. Debe, por consiguiente, existir en toda nación un método para averiguar en ocasiones cuál sea el estado de la opinión pública con respecto al gobierno. Sobre este punto, el antiguo gobierno de Francia era superior al actual gobierno de Inglaterra, porque en casos extraordinarios recurría a lo que entonces se llamaban los Estados Generales. Pero en Inglaterra no hay tales cuerpos ocasionales, ya que aquellos que ahora se llaman representantes son, en su mayor parte, meras máquinas de la Corte, empleados y dependientes de ella.

Supongo que, si bien todo el pueblo de Inglaterra paga impuestos, ni una centésima parte de los que lo componen son electores; y los miembros de una de la cámaras del Parlamento no representan a nadie sino a sí mismos. No hay, por consiguiente, otro poder que la espontánea voluntad del pueblo, que tiene derecho a actuar en cualquier materia tocante a una reforma general; y por el mismo derecho con que dos personas pueden conversar sobre tal tema, puede hacerlo un millar. El objeto en tales procedimientos preliminares es descubrir cuál sea la opinión general de una nación y que sea ella la que gobierne. Si prefiere un gobierno malo y defectuoso a una reforma, o si prefiere pagar por concepto de impuestos 10 veces más de lo necesario, tiene derecho a hacerlo; y en tanto la mayoría no imponga a la minoría condiciones diferentes de las que

se impone a sí misma, aunque puede existir mucho error, no hay en ello injusticia. Además, el error no subsistirá largo tiempo. La razón y la discusión pondrán pronto las cosas en su sitio, por mal que hayan podido empezar. Por tal procedimiento no es de temer ningún tumulto. Los pobres, en todos los países, son naturalmente pacíficos y agradecidos a toda reforma en la que se atienda a su interés y felicidad. Sólo cuando se les deja de lado y se les rechaza se convierten en turbulentos.

Los objetos que ahora embargan la atención pública son la Revolución francesa y la perspectiva de una revolución general en los gobiernos. De todas las naciones de Europa, ninguna tiene más interés en la Revolución francesa que Inglaterra. Enemigas históricas —y ello a qué enorme costo—, y sin ningún objeto racional, se presenta ahora la oportunidad de cerrar amigablemente el espectáculo y unir sus esfuerzos para reformar al resto de Europa. Haciendo esto, no sólo evitarán la ulterior efusión de sangre y el aumento de impuestos, sino que estarán en condiciones de desembarazarse de una parte considerable de sus actuales cargas, como ya se ha dicho. No obstante, una larga experiencia ha mostrado que no son reformas de esta naturaleza las que desean promover los viejos gobiernos y, en consecuencia, es a las naciones, y no a tales gobiernos, a quienes se presentan dichos problemas.

En la parte precedente de esta obra he hablado de una alianza entre Inglaterra, Francia y Norteamérica para fines que, más tarde, habrían de precisarse. Aunque no tengo autoridad directa para hablar en nombre de Norteamérica, tengo buenas razones para concluir que está dispuesta a tomar en consideración tal proyecto, a condición de que los gobiernos con que pueda aliarse actúen como gobiernos nacionales y no como Cortes envueltas en la intriga y el misterio. Que Francia, como nación y como gobierno nacional, preferiría una alianza con Inglaterra es cosa cierta. Las naciones, como los individuos, cuando han sido durante largo tiempo enemigos sin conocerse o sin saber por qué lo eran, se convierten en los mejores amigos cuando descubren los errores y las imposturas bajo la influencia de los cuales actuaron.

Por consiguiente, admitiendo la probabilidad de tal relación, voy a determinar algunas cuestiones por las cuales tal alianza, junto con la de Holanda, podría prestar servicio, no sólo a las partes interesadas, sino a Europa entera.

Es cierto, en mi sentir, que si las flotas de Inglaterra, Francia y Holanda se confederasen, esos países podrían proponer, con resultado positivo, una limitación y un desarme general de todas las armadas de Europa, en cierta proporción que se acordara.

Primero, que no se construyera ningún barco de guerra por ninguna potencia de Europa, incluidas ellas mismas.

Segundo, que todas las armadas existentes en la actualidad se redujesen a una décima parte de la fuerza que hoy tienen.

Esto ahorraría a Francia y a Inglaterra al menos dos millones de libras esterlinas

anuales a cada una, y su fuerza relativa estaría en la misma proporción en que está ahora. Si los hombres se permitieran pensar como deben pensar los seres racionales, nada podría aparecer más ridículo y absurdo, dejando aparte toda reflexión moral, que vivir a expensas de construir barcos, llenarlos de hombres y después enviarlos al océano para ver cuál puede hundir más pronto al otro. La paz, que no cuesta nada, produce ventajas infinitamente mayores que cualquier victoria con todos sus gastos. Pero esto, que es la mejor respuesta a las finalidades de las naciones, no conviene a las de los gobiernos de Corte cuya política habitual es el pretexto para la imposición, los puestos y los cargos.

En mi opinión, es igualmente cierto que estos poderes confederados, juntamente con el de los Estados Unidos de América, pueden proponer con éxito a España la independencia de Sudamérica, así como la apertura al comercio general del mundo —como lo está ahora Norteamérica— de aquellos países de inmensa extensión y riqueza.

Con cuánta mayor gloria y ventaja para sí misma actúa una nación cuando emplea su poder para salvar al mundo de la esclavitud y crearse amigos, que cuando lo utiliza para aumentar la ruina, la desolación y la miseria. La horrorosa escena que se está representando ahora por el gobierno inglés en las Indias Orientales es buena para ser contada únicamente de los godos y vándalos que, desprovistos de principios, robaron y torturaron a un mundo que eran incapaces de disfrutar.

La apertura de Sudamérica crearía un inmenso campo de comercio y un mercado con dinero efectivo para las manufacturas, mercado que el mundo oriental no puede proporcionar. El Oriente es ya una región llena de manufacturas cuya importación no sólo es un perjuicio para las manufacturas de Inglaterra, sino un agotamiento de su numerario. La balanza en contra de Inglaterra, por este comercio, es de más de medio millón anual enviado en plata en los barcos de la India; y ésta es la razón, juntamente con las intrigas alemanas y con los subsidios a la casa alemana, de que haya tan poca plata en Inglaterra.

Pero toda guerra, por ruinosa que pueda ser para la nación, es para tales gobiernos una cosecha. Sirve para mantener esperanzas engañosas que impiden al pueblo examinar los defectos y abusos del gobierno. Es el grito del charlatán que divierte y engaña a la multitud.

Nunca se ofreció tan gran oportunidad para Inglaterra y para toda Europa como la que han producido las dos revoluciones de Norteamérica y Francia. Por la primera, la libertad tiene un campeón nacional en el mundo occidental; por la segunda, en Europa. Cuando otra nación se una a Francia, el despotismo y mal gobierno apenas si osarán manifestarse. Para emplear una expresión vulgar, el hierro se está calentando en toda Europa. Los injuriados alemanes y los esclavizados españoles, los rusos y los polacos comienzan a pensar. La época presente merecerá, en lo sucesivo, llamarse la Edad de la

Razón, y la actual generación se mostrará ante el futuro como el Adán de un nuevo mundo.

Cuando todos los gobiernos de Europa se basen en el sistema representativo, las naciones comenzarán a conocerse y las animosidades y los prejuicios fomentados por las intrigas y artificios de las Cortes desaparecerán. El soldado oprimido se convertirá en un hombre libre; y el torturado marinero, al que no se arrastrará por más tiempos por las calles como un bandido, proseguirá sus viajes comerciales con seguridad. Sería preferible que las naciones continuaran pagando a sus soldados mientras vivieran, licenciándolos y restituyéndolos a la libertad y a sus familiares, y cesaran de reclutarlos, que retener a tales multitudes con el mismo gasto en una situación inútil para la sociedad y para ellos mismos. Por la forma en que se ha tratado hasta ahora a los soldados en la mayor parte de los países, podría decirse que se encuentran sin un amigo. Rehuidos por los ciudadanos por temor de que sean enemigos de la libertad, e insultados con demasiada frecuencia por los jefes que los mandan, su situación ha sido una doble opresión. Pero allí donde los principios de libertad penetran en el pueblo, todo se pone en orden; y el soldado, tratado civilmente, vuelve a la civilidad.

Al observar las revoluciones es fácil percibir que pueden originarse de dos causas distintas: una, la de evitar o desembarazarse de alguna gran calamidad; otra, la de obtener algún bien grande y positivo; y puede distinguirse una de otra por los nombres de revolución activa y revolución pasiva. En aquellas que provienen de la primera causa, la disposición de ánimo irrita y envenena; y la reparación, obtenida con peligro, está, con demasiada frecuencia, manchada por la venganza. Pero en aquellas que proceden de la segunda, el corazón, más bien animado que agitado, aborda la cuestión serenamente. La razón y la discusión, la persuasión y la convicción, son las armas de la batalla, y sólo cuando se trata de ahogarlas se recurre a la violencia. Cuando los hombres están de acuerdo en que *una cosa es buena,* como, por ejemplo, un alivio de la carga tributaria y la desaparición de la corrupción, puede lograrse aquélla porque la finalidad está realizada en más de la mitad. Cuando aprueban el fin, encontrarán los medios de realizarla.

¿Dirá alguien, a la vista del actual exceso de impuestos que gravan tan pesadamente a los pobres, que una remisión de cinco libras anuales de impuestos a 104 000 familias pobres, no es una *cosa buena*? ¿Dirá que una remisión de siete libras anuales a otras 100 000 familias pobres, y de 10 libras anuales a 50 000 familias pobres y que tienen por jefe a una viuda, no son *cosas buenas*? Y, dando un paso más en esta gradación, ¿dirá que tomar providencias contra el infortunio a que está sujeta toda vida humana, socorriendo con seis libras anuales a todos los pobres, desgraciados y personas de 50 a 60 años en mala situación, y con 10 libras anuales a los mayores de 60, no es una *cosa buena*?

¿Dirá que una abolición de dos millones de impuesto de beneficencia a los cabezas de familia, y de la totalidad del impuesto ligero de casas y ventanas y del impuesto de

conmutación, no es una *cosa buena*? ¿O dirá que abolir la corrupción es una *cosa mala*?

Si, en consecuencia, el bien que ha de obtenerse merece una revolución pasiva, racional y no costosa, sería mala política esperar a una calamidad que impusiera una violenta. Al observar las reformas que se están realizando y propagando ahora por toda Europa, no puedo concebir que Inglaterra se permita ser la última; y cuando la ocasión y la oportunidad se ofrecen pacíficamente, es mejor aprovecharla que esperar a una turbulenta necesidad. Puede considerarse como un honor para las facultades animales del hombre obtener reparación por medio del valor y del peligro, pero es un honor mucho mayor para las facultades racionales realizar el mismo objeto por la razón, el acuerdo y el consentimiento general.[17]

Cuando las reformas o revoluciones, llámeselas como se quiera, se extiendan por las naciones, dichas naciones establecerán acuerdos y convenios, y cuando unas pocas estén así confederadas, el progreso será rápido, hasta que el despotismo y el gobierno corrompido sean totalmente abolidos, al menos en dos cuartas partes del mundo, Europa y América. Se podrá acabar entonces con la piratería argelina, porque debe su existencia únicamente a la maliciosa política practicada por los antiguos gobiernos unos contra otros.

En el curso de esta obra, a pesar de ser muy diversos y numerosos los temas que he suscitado e investigado, no hay más que un solo párrafo sobre la religión, a saber, que *cualquier religión que enseñe al hombre a ser bueno, es buena.*

He evitado cuidadosamente extenderme sobre el particular porque me siento inclinado a creer que lo que se llama el Ministerio actual desea que se mantengan controversias sobre religión para impedir a la nación que dirija su atención a los asuntos del gobierno. Es como si dijeran: “Mira a aquel lado, o a cualquier otro, excepto a éste”.

Pero como, muy impropiamente, se ha hecho de la religión una máquina política, con lo que se ha destruido su realidad, querría concluir esta obra exponiendo de qué modo concibo yo la religión.

Si suponemos una familia numerosa, que un día determinado o en cualquier circunstancia especial ha establecido la costumbre de ofrecer a los padres algún testimonio de su afecto y gratitud, cada uno de los hijos hará un ofrecimiento distinto, y es muy probable que lo haga de manera diferente. Algunos expresarán sus felicitaciones en una disertación en verso o en prosa; otros, por pequeños artificios que sus imaginaciones les dicten, o de acuerdo con los que ellos piensen que ha de agradar; y acaso el menor de todos, no siendo capaz de hacer ninguna de aquellas cosas, recogerá en el jardín o en el campo las flores más bonitas que pueda encontrar, siquiera sea sólo una sencilla planta silvestre. Los padres estarán más satisfechos con tal variedad que si todos se hubieran puesto de acuerdo en un plan concertado y hubiesen hecho exactamente la misma ofrenda. Esto tendría la apariencia fría de lo premeditado a la

rigidez de lo ordenado. Pero de todas las cosas desagradables, nada hubiera afligido más a los padres que el saber que después todos ellos habían venido a las manos y que los niños y las niñas se peleaban, se arañaban, se insultaban y se maltrataban mutuamente, discutiendo cuál era el mejor o el peor regalo.

¿Por qué no hemos de suponer que al gran Padre de todos le complace la diversidad de devoción y que la mayor ofensa que podemos hacerle es la de tratar de atormentarnos y hacernos desgraciados unos a otros? Por mi parte, estoy plenamente convencido de que el esfuerzo que estoy haciendo ahora por conciliar a la humanidad, por hacer su condición venturosa, por unir a las naciones que hasta ahora habían sido enemigas y por extirpar la horrible práctica de la guerra y romper las cadenas de la esclavitud y la opresión, es cosa que halla gracia a sus ojos; y, siendo el mejor servicio que puedo prestar, lo hago con la mejor voluntad.

No creo que haya siquiera dos hombres que piensen en realidad, que lo hagan del mismo modo acerca de lo que se llama puntos doctrinales. Sólo aquellos que no han pensado parecen estar de acuerdo. En este caso sucede como con la llamada Constitución inglesa. Se ha dado por supuesto que es buena y los encomios han suplido a la prueba. Pero cuando la nación llegue a penetrar sus principios y los abusos que permite, se hallará que tiene más defectos de los que yo he señalado en esta obra y en la precedente.

Por lo que respecta a las llamadas religiones nacionales, podríamos hablar con mucha más propiedad de dioses nacionales. Si cada nación tiene su deidad particular y distinta, ello se debe a astucia política o a un residuo del sistema pagano. Entre todos los escritores pertenecientes al clero de la iglesia anglicana que han tratado el tema general de la religión, ninguno ha superado al actual obispo de Llandaff, y aprovecho con sumo gusto esta oportunidad para ofrecerle este testimonio de respeto.

Creo haber examinado el tema en toda su extensión, al menos en la que actualmente me ofrece. Había sido mi intención durante los cinco años que estuve en Europa ofrecer y dedicar al pueblo de Inglaterra, si se presentaba oportunidad antes de volver a América, un trabajo sobre el tema del gobierno. El señor Burke ha puesto en mi camino esa oportunidad y se lo agradezco. En cierta ocasión, hace tres años, le insté a que propusiese una convención nacional, que habría de ser elegida imparcialmente, con el fin de hacer un examen del estado de la nación; pero me di cuenta de que, a pesar de lo fuerte que era entonces la corriente parlamentaria contra el partido en favor del cual luchaba, su política era la de mantener todo dentro de aquel campo de corrupción y fiarlo todo a los accidentes. Una larga experiencia ha demostrado que los parlamentos siguen a cualquier cambio de ministros y en esto se cifran todos sus anhelos y esperanzas.

Antiguamente, cuando surgían divisiones en lo relativo a los gobiernos se recurría a la espada y se desencadenaba una guerra civil. El nuevo sistema ha acabado con esta

salvaje costumbre, y hoy se apela a convenciones nacionales. La discusión y la voluntad general actúan como árbitros y la opinión particular se somete de buen grado a ellos y el orden se mantiene sin interrupción.

Algunos señores han calificado los principios en que se funda esta obra y la primera parte de *Los derechos del hombre* de "nueva doctrina fantástica". La cuestión no es si aquellos principios son nuevos o viejos, sino la de saber sin son justos o injustos. Supongamos lo primero y mostraré sus efectos mediante una imagen fácilmente comprensible. Estamos a mediados de febrero. Si yo fuese a dar una vuelta por el campo, los árboles, sin hojas, me ofrecerían un aspecto invernal. Del mismo modo que la gente se deja llevar de la costumbre de arrancar ramitas mientras pasea, acaso yo también haría lo mismo y, por casualidad, podría observar que en la ramita cogida una sola yema había comenzado a hincharse. Razonaría de una manera antinatural o, mejor dicho, no razonaría, si supusiese que *esa* yema era la *única* yema de Inglaterra que mostrara tal aspecto. En lugar de razonar así, debería inmediatamente concluir que el mismo brote, con el mismo aspecto, estaba comenzando, o a punto de comenzar, por doquier; y aunque el sueño vegetal se prolongará más en unos árboles y plantas que en otros, y aunque algunos de ellos no *florezcan* durante dos o tres años, todos estarán llenos de hojas en el verano, excepto aquellos que estén *podridos*. Qué marcha pueda llevar el verano político, lo mismo que el verano natural, no hay previsión humana que pueda determinarlo. No es difícil, sin embargo, percibir que la primavera ha comenzado. Deseando, pues, como sinceramente deseo, la libertad y la felicidad de todas las naciones, termino esta SEGUNDA PARTE.

APÉNDICE

Como la publicación de esta obra se ha diferido más allá del momento que se fijó para ello, no creo inadecuado, teniendo en cuenta todas las circunstancias, indicar las causas de dicha demora.

Probablemente observará el lector que algunas partes del plan de reducción de impuestos contenido en esta obra, y ciertas otras del discurso del señor Pitt al comenzar la actual legislatura, el martes 31 de enero, tienen tanta semejanza como para inducir a creer que, o el autor ha hecho suya la sugestión del señor Pitt, o éste la del autor. Señalaré, primeramente, las partes que tienen semejanza y pondré de manifiesto las circunstancias que conozco, dejando que el lector deduzca la conclusión por sí mismo.

Considerando que proponer la abolición de los impuestos es un caso que apenas tiene precedente, es igualmente extraordinario que tal medida se les ocurra a dos personas al mismo tiempo; y más extraordinario aún (teniendo en cuenta la gran variedad y multiplicidad de impuestos) que la propuesta afecte a los mismos impuestos específicos. El señor Pitt ha mencionado en su discurso el impuesto sobre *carretas* y *carros*) el de las *criadas,* la reducción del impuesto sobre las bujías y la abolición del impuesto de tres chelines sobre las *casas* que tienen menos de siete ventanas.

Cada uno de estos impuestos específicos son una parte del sistema contenido en esta obra, y cuya abolición se propone. El plan del señor Pitt, es cierto, no va más allá de una reducción de 320 000 libras; y la reducción propuesta en esta obra se aproxima a los seis millones. He hecho mis cálculos con base en 16 millones y medio de ingresos únicamente, afirmando siempre que era "con mucha aproximación, si no exactamente, diecisiete millones". El señor Pitt los fija en 16 690 000. Conozco lo suficiente de la materia para poder decir que no los ha exagerado. Una vez determinados los particulares que se corresponden en esta obra y en su discurso, estableceré una cadena de circunstancias que pueden conducir a algún esclarecimiento.

La primera sugestión para reducir los impuestos, y esto como una consecuencia dimanante de la Revolución francesa, puede encontrarse en la ALOCUCIÓN y DECLARACIÓN de los caballeros que se reunieron en la hostería de Thatched-House el 20 de agosto de 1791. Entre muchos otros particulares mencionados en esta alocución, aparece el siguiente, puesto como un interrogante a los elementos del gobierno que se opone a la Revolución francesa: "¿Lamentan que lleguen a su fin el pretexto para nuevos impuesto opresivos y la ocasión para que continúen muchos otros, ya viejos?"

Es bien sabido que la mayor parte de las personas que frecuentan la hostería de Thatched-House son hombres relacionados con la corte, y tanto debió desagradarles aquella Alocución y Declaración sobre la Revolución francesa y la reducción de

impuestos, que el hostelero se vio en la necesidad de informar a los caballeros que habían tomado parte en la reunión del 20 de agosto, y que habían propuesto celebrar otra, que no podría recibirlos.[1]

Lo que con respecto a impuestos y principios de gobierno se insinuaba tan sólo en la Alocución y Declaración, se encontrará convertido en sistema en esta obra. Pero como el discurso del señor Pitt contiene algunas de las mismas cosas en relación con los impuestos, voy a hacer mención de las circunstancias antes aludidas.

Ocurrió lo siguiente: se pensó publicar esta obra antes de la reunión del Parlamento y, con este fin, una parte considerable del manuscrito se puso en manos del impresor en septiembre, y el resto, hasta la p. 281, que contiene las partes a que se asemeja el discurso del señor Pitt, se le entregó completo seis semanas antes de la reunión del Parlamento y se le comunicó el momento en que habría de aparecer. Unos 15 días antes de la reunión del Parlamento, el impresor había compuesto casi la totalidad y había impreso ya hasta la p. 253, dándome pruebas del pliego siguiente hasta la p. 263. Estaba, pues, suficientemente adelantado el trabajo para que hubiese quedado terminado en el tiempo propuesto, porque había otros dos pliegos listos para la impresión. Con anterioridad yo le había dicho que si creía que habría de encontrarse apremiado por el tiempo yo procuraría que otra parte de la obra se hiciera en otra imprenta, cosa que me rogó que no hiciera. En esta situación se encontraba la obra el martes, 15 días antes de la reunión del Parlamento, cuando súbitamente, sin previo aviso, aunque yo había estado con él la noche anterior, me envió con uno de sus operarios el resto del manuscrito, desde la p. 278, rehusando continuar la obra *por ningún concepto*.

Esta extraordinaria conducta me dejó totalmente perplejo porque precisamente se había detenido en aquella parte en que terminaban los argumentos sobre los sistemas y principios de gobierno y en que comenzaba el plan para la reducción de impuestos, la educación de los niños y el auxilio a los pobres y ancianos; y aún más especialmente, porque, al tiempo en que comenzó a imprimirlo, y antes de haber visto el original completo, había ofrecido mil libras por los derechos de autor junto con los futuros derechos de autor de la primera parte de *Los derechos del hombre*. Yo le dije a la persona que me trajo esta oferta que no la aceptaría, y que deseaba que no se repitiera, dándole como razón que, aunque creía que el impresor era un hombre honrado, nunca dejaría en manos de ningún impresor o editor la facultad de suprimir o alterar una obra mía, haciéndole dueño del original, o dándole el derecho de venderla a cualquier ministro, o a cualquier otra persona, o de tratar como una cuestión de mero negocio lo que yo pensaba que debiera operar como principio.

Su negativa a terminar la obra (que no podía comprar) me obligó a buscar otro impresor y, como consecuencia, esto demoró la publicación hasta después de la reunión del Parlamento, pues, de lo contrario, hubiese aparecido que el señor Pitt no había hecho

otra cosa que plagiar una parte del plan que yo había expuesto de un modo más completo.

Si este señor, o cualquier otro, había visto la obra o cualquier parte de ella, es más de lo que yo autorizadamente puedo decir. Pero la manera como me fue devuelta la obra, el preciso momento en que se hizo la devolución y esto después de la oferta que había hecho el impresor, son circunstancias más que sospechosas. Yo sé cual es la opinión de los libreros y editores sobre este caso, pero respecto a la mía propia, prefiero no hacer ninguna declaración. Hay muchos medios, para determinadas personas, de procurarse las pruebas de imprenta antes de que la obra vea la luz; a lo cual añadiré otra circunstancia. A saber:

Un librero ministerial de Picadilly que, según asevera el rumor público, había recibido de un empleado de uno de los departamentos que están en más estrecha conexión con el Ministerio (el Departamento de Comercio y Plantaciones, del que es presidente Hawksbury) el encargo de publicar lo que él llama mi "Vida" (quisiera que su vida y la de todo el gabinete fuesen tan buenas como aquélla) acostumbraba a imprimir sus libros en la misma imprenta que yo utilicé; pero cuando apareció la primera parte de *Los derechos del hombre,* retiró su obra en represalia; y aproximadamente una semana o 10 días antes de que el impresor me devolviera mi original, volvió a ofrecerle su obra, cosa que aceptó el impresor. Consiguientemente, esto habría de darle entrada en la imprenta donde se encontraban entonces las pruebas de esta obra; y como los libreros y editores se dispensan una libertad recíproca, seguramente tuvo la oportunidad de ver lo que se estaba haciendo. No obstante, y sea de ello lo que quiera, el plan del señor Pitt, aunque pequeño y diminuto, habría tenido un aspecto lamentable si esta obra hubiese aparecido en el momento en que el impresor se había comprometido a terminarla.

Así quedan determinadas las circunstancias que ocasionaron la demora, desde la proposición de compra hasta la negación de imprimir. Si todos los caballeros aludidos son inocentes, es una verdadera desgracia para ellos que se haya juntado tal diversidad de circunstancias sospechosas, sin ninguna premeditación.

Terminada ya esta parte, concluiré manifestando otra circunstancia.

Aproximadamente 15 días o tres semanas antes de la reunión del Parlamento, se hizo una pequeña adición, que ascendía a cerca de 12 chelines y seis peniques al año, a la paga de los soldados o, más bien, sus pagas fueron rebajadas tanto menos. Algunos caballeros que sabían, en parte, que esta obra contendría un plan de reformas en relación con la precaria situación de los soldados, me pidieron que añadiera una nota a esta obra, indicando que la parte que trataba de este asunto estaba ya en manos del impresor semanas antes de que la edición de paga hubiese sido propuesta. Me negué a hacerlo por temor de que fuese interpretado como expresión de vanidad o como esfuerzo para provocar la sospecha (para la cual, acaso, no haya motivos) de que algunos de los

caballeros del gobierno habían, por unos medios u otros, descubierto lo que esta obra habría de contener: y si la impresión no se hubiese interrumpido hasta el punto de ocasionar una demora que fue más allá del momento fijado para su aparición, no se habría publicado nada de lo que contiene este apéndice.

THOMAS PAINE

ÍNDICE DE NOMBRES

Aarón, 88
Arlequín, 138
Artois, conde de, 62, 110-112, 119-121
Auckland,150n

Bailly, alcalde de París, 74
Beaumarchais, 90
Berthier, intendente, 67-68,
Blake, William, 27
Broglie, conde de, 62-63, 65-66
Bunyan, 61
Burke, Edmund, 13-15, 17, 23, 25, 27-29, 41-43, 47-62, 66-69, 71, 73-75, 78, 81-89, 91, 94-96, 99-100, 102-105, 116n, 127, 129-135, 138-139, 141-142, 147, 151-153, 155, 167-172, 181, 186, 189, 192, 197, 211-212, 224, 241-242, 244, 246-247, 250n, 262, 269, 282, 291
Byron, 21

Calonne, 108-111
Carlos I de Inglaterra, 56, 135
Carlos II de Inglaterra, 253, 256, 267, 272
Carlyle, 26
Choiseul, duque de, 112
Condorcet, 27-28, 31
Conway, Moncure D., 22

Danton, 27
Dean, Silas, 237n
Death, capitán, 22, 236
Defflesselles, alcalde de París, 65

Eden, 150n
Enrique IV de Francia, 159
Enrique VIII de Inglaterra, 258n
Estuardo, los, 142, 209
Euclides, 191

Fortunato, 138
Foulon, ministro, 67-68
Fox, 143, 217n, 280
Franklin, Benjamin, 10, 21-22, 28, 55, 90-91, 107-108, 202

Gérard, M., ministro de Francia, 237n
Godwin, 26, 29-31
Gordon, George, 60n
Greene, general, 23, 238n
Guillermo de Normandía, 89, 132, 208
Guillermo I de Inglaterra, el Conquistador, 80, 82, 84, 86, 89, 91, 140, 248
Guillermo III de Inglaterra, 25, 48, 103, 148, 209, 252n-253n

Hawkesbury, 147
Holcroft, 26
Homero, 191
Hood, Robin, 131

Isabel, reina de Inglaterra, 253

Jacobo II de Inglaterra, 52, 56, 135, 209
Jefferson, Thomas, 14
Johnson, 208
Jorge I de Inglaterra, 217, 253n
Jorge III de Inglaterra, 11
Juan Sin Tierra, rey de Inglaterra, 118, 250n

Knowles, William, 236n
Körner, 23

La Fayette, 21, 25-26, 54-55, 63, 72-73, 94, 108, 110-111, 122, 128, 135, 165-166
Lally-Tollendal, 74
Lambesc, príncipe de, 64
Lawrens, coronel, 238n
Lisle, Rouget de, 23
Luis XIII de Francia, 116n
Luis XIV de Francia, 57, 106
Luis XV de Francia, 64, 106
Luis XVI de Francia, 16, 55-57, 219n

Luxemburgo, 114

María, reina de Inglaterra, 48, 103, 252n
Méndez, capitán, 22, 236
Miralles, D. Juan, ministro de España, 237n
Montesquieu, 17, 106-107

Nabucodonosor, 88
Necker, 108, 115, 119, 121, 147-149
Noailles, De, 114
North, Lord, 279

Pitt, William, 27-28, 84, 109, 112n, 142-145, 151, 153, 232, 234n
Price, doctor, 47-48, 150n

Quesnay, 106-107

Raynal, abate, 106-107
Ricardo II de Inglaterra, 249n
Richmond, duque de, 220n, 246, 265
Robespierre, 32
Rochefoucault, duque de la, 114
Rousseau, 17, 106-107

Sansón, 244
Shelbourne, conde de, 134
Sieyès, 27, 117, 186, 188
Sinclair, sir John, 248, 253, 257

Tolosa, arzobispo de, 111
Tooke, Horne, 294n
Turgot, 106-107
Tyler, Wat, 249n-250n

Vergennes, conde de, 55, 107-108, 238
Vienne, arzobispo de, 63
Voltaire, 21, 106-107

Walpole, 209

Walworth, alcalde de Londres, 250n
Washington, George, 16, 18, 23, 28, 39, 199, 205, 237n-238n, 255

[1] Joseph J. Ellis, *American Creation. Triumphs and Tragedies at the Founding of the Republic*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2007, p. 41.

[2] Chris Hedges, "Thomas Paine, Our Contemporary", opinión editorial en *Truthdig*, Los Ángeles, mayo de 2014.

[3] Joseph J. Ellis, *op. cit*., p. 44.

[4] Esta declaración mantiene vigencia en el derecho positivo francés, gracias a una resolución del Consejo Constitucional que la incluyó dentro del "bloque de constitucionalidad", el cual integra diferentes normas jurídicas que tienen valor supremo.

[5] Mireille Delmas-Marty y Claude Lucas de Leyssac, *Libertés et droits fondamentaux*, Éditions du Seuil, París, 1996, p. 42.

[6] Este concepto ya se encontraba en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América (1776), donde se determinó uno de los principios políticos más trascendentes en la historia: "Sostenemos que […] todos los Hombres son creados iguales, que su Creador los ha dotado de ciertos Derechos inalienables, que entre ellos se encuentran la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad. Que para asegurar estos Derechos se instituyen Gobiernos entre los Hombres". *La Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos de América,* edición bilingüe, Cato Institute, Washington, 2012, p. 25.

[7] Edmund Burke, *Reflections on the Revolution of France*, Oxford University Press, Oxford, 1993, p. 15 (Oxford World's Classics).

[8] *Ibidem*, p. 15.

[9] En efecto, Paine define que los derechos naturales "corresponden al hombre por el mero hecho de existir", mientras que los derechos civiles son "aquellos que corresponden al hombre por el hecho de ser un miembro de la sociedad", pp. 78-79.

[10] Jon Meacham, *Thomas Jefferson, The Art of Power*, Random House, Nueva York, 2013, p. 251.

[11] Resulta fundamental subrayar la correlación que establece Paine entre derechos y responsabilidades: "una Declaración de Derechos constituye, por reciprocidad, una Declaración de Deberes. Todo lo que es mi derecho como hombre es también el derecho de otro hombre, y se convierte en mi deber garantizarlo, tanto como poseerlo", p. 127.

[12] Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution*, Abacus, Inglaterra, 1999, p. 74.

[13] José Antonio Aguilar Rivera, "Vicente Rocafuerte y la invención de la República hispanoamericana", en José A. Aguilar y Rafael Rojas (coords.), *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, FCE / CIDE, México, 2002 (Historia), p. 362.

[14] Manuel González Oropeza, *Historia de dos influencias*, Instituto de Investigaciones Jurídicas / UNAM, México, 1988, p. 482.

[15] Jaime E. Rodríguez y Kathryn Vincent (eds.), *Common Border, Uncommon Paths: Race, Culture, and National Identity in U.S.-Mexican Relations*, University of California Institute for Mexico and the United States, Los Ángeles, 1997, p. 147.

[16] Ernesto de la Torre Villar, "Decreto constitucional para la libertad de la América mexicana, 1814", en Patricia Galeana (comp.), *México y sus constituciones*, FCE, México (Política y Derecho), 2003, p. 33.

[17] *Ibidem*, p. 38.

[1] Paine explica en una nota de los *Derechos del hombre* en qué consiste esa costumbre de "cabalga y ata" *(ride and tie):* "Es una práctica seguida en algunas partes del país la de que, cuando dos viajeros no tienen más que un caballo que, como el tesoro nacional, no soporta a los dos jinetes, uno de ellos monta y cabalga adelantándose dos o tres millas, ata después la cabalgadura a una valla, y sigue su camino a pie. Cuando el segundo viajero alcanza el caballo, lo monta, se adelanta a su compañero en una milla o dos y vuelve a atar la cabalgadura, y así sucesivamente. *Cabalgo y ato.* [T.]

[1] *Cf.* Edmund Burke, *Textos políticos,* Fondo de Cultura Económica, México, 1942, pp. 60 y ss. [T.]

[2] *Cf.* Burke, *op. cit.,* pp. 54-57. [T.]

[3] *Ibid.,* p. 60. [T.]

[4] *Ibid.,* p. 56. [T.]

[5] En francés en el original. [T.]

[6] *Cf.* Burke, *op. cit.,* p. 107. [T.]

[7] Después de escrito lo anterior, hemos encontrado otras dos menciones de la Bastilla en el panfleto de Burke, pero siempre en el mismo tono. En una le introduce en una especie de problema oscuro: "¿Obedecerá de buen grado cualquiera de los ministros que sirven a tal rey, o como se le quiera llamar, aunque no sea más que con una apariencia decorosa de respeto, las órdenes de aquéllos a quienes no más tarde que anteayer habían enviado a la Bastilla por orden del rey?" [*Textos políticos,* p. 216.] En otra ocasión se menciona como si implicase responsabilidad criminal para los guardias franceses que tomaron parte en su destrucción: "No han olvidado —dice— la toma de los reales castillos de París". Éste es el señor Burke que pretende escribir acerca de la libertad constitucional. [El texto de Burke citado en el cuerpo de este libro está en *Textos políticos,* p. 114. (T.)]

[8] Lord George Gordon fue condenado en 1787 por calumnia contra la reina de Francia y recluido en Newgate. [T.]

[9] Alusión a *The Pilgrim's Progress,* de este autor. [T.]

[10] *Cf.* Burke, *op. cit.,* p. 103. [T.]

[11] Al narrar esto, lo hago con absoluta seguridad, porque lo he oído contar al señor de La Fayette, de quien soy amigo desde hace 14 años.

[12] Una narración de la expedición a Versalles puede leerse en el número 13 de la *Révolution de Paris,* que se refiere a los hechos del 3 al 10 de octubre de 1789.

[13] *Cf.* Burke, *op. cit.,* p. 116. [T.]

[14] *Idem*.

[15] Es una práctica seguida en algunas regiones del país la de que, cuando dos viajeros no tienen más que un caballo que, como en el caso del tesoro nacional, no soporta a los dos jinetes, uno de ellos monta y cabalga adelantándose dos o tres millas, ata la cabalgadura a una valla, y sigue su camino a pie. Cuando el otro viajero alcanza el caballo, lo monta, se adelanta a su compañero en una o dos millas y vuelve a atar la cabalgadura, y así sucesivamente.

[16] La Corona inglesa. [T.]

[17] La palabra que emplea la carta es *renvoyé.*

[18] *Cf.* Burke, *op. cit.,* p. 131. [T.]

[19] Cuando en cualquier país presenciamos sucesos extraordinarios de cualquier clase, esa situación conduce a un hombre que posee algún talento para la investigación y la observación a inquirir sus causas. Las manufacturas de Manchester, Birmingham y Sheffield, son las principales de Inglaterra. ¿Por qué ha ocurrido esto? Me parece que con una pequeña observación explicaremos satisfactoriamente el caso. El núcleo principal, la generalidad de los habitantes de esos lugares, no pertenece a lo que se conoce en Inglaterra con el nombre de *la Iglesia establecida por la Ley.* Y ellos, o sus padres (porque el movimiento observado data de corta fecha), salieron huyendo de la persecución religiosa de las ciudades que tenían cartas de privilegio, donde las leyes "de prueba" son más exigentes, y lograron establecerse en una especie de asilo, precisamente en esos lugares. Éste fue el único asilo que se les ofrecía, porque el resto de Europa estaba en peores condiciones. Pero la situación está cambiando. Francia y los Estados Unidos dan la bienvenida a todos los que llegan y les inician en los

derechos de la ciudadanía. Es posible que la política y el interés logren ahora, quizá demasiado tarde, dictar en Inglaterra lo que no pudieron hacer la justicia y la razón. Esas manufacturas se están retirando de los lugares donde trabajaban, erigiéndose en otros. En los momentos en que escribo se está levantando una gran manufactura de tejidos de algodón en Passy, a sólo tres millas de París, y sé de algunas que se están estableciendo en Norteamérica. Poco después de que el Parlamento rechazó el proyecto de ley para anular esas "leyes de prueba", uno de los más ricos industriales de Inglaterra dijo en mi presencia: "Señor, Inglaterra no es país para los disidentes, tenemos que irnos a vivir a Francia". Esta es la pura verdad y procedo justamente hacia las dos partes en litigio proclamándola en público. Han sido los disidentes quienes han elevado de modo principal las manufacturas inglesas de alto grado que presentan hoy, y son precisamente estos hombres los que tienen el derecho de llevárselas y, aunque vuelvan a erigirse otras manufacturas en esos mismos lugares, los mercados extranjeros se habrán perdido para entonces. Con frecuencia aparecen en la *London Gazette* extractos de determinadas leyes, que tratan de evitar que salgan del país máquinas y personas, hasta donde es posible por lo que se refiere a las personas. De su lectura se deduce que ya empieza a ponerse en duda la bondad de aquellas leyes y de la religión oficial, pero el remedio de la fuerza nunca puede suplir al de la razón. Es posible que antes de un siglo toda la parte de Inglaterra que no goza de representación, cualquiera que sea su confesión religiosa, y que es, por lo menos, 100 veces más numerosa que la representada por el Parlamento, comience a sentir la necesidad de una constitución, y entonces se le presentarán todos esos problemas.

[20] *Cf*. Burke, *op. cit.,* pp. 183-184. [T.]

[21] *Cf*. *ibid.,* p. 48. [T.]

[22] Cuando el ministro inglés, señor Pitt, vuelva a mencionar en el Parlamento las finanzas francesas, debía recalcar lo sucedido como un buen ejemplo.

[23] El señor Burke (y debo tomarme la libertad de decirle que conoce muy poco los asuntos franceses) dice al hablar del asunto: "La primera cosa que me llamó la atención en la convocatoria de los Estados Generales fue el hecho de que se apartara en tan gran medida de los precedentes antiguos". [*Textos políticos,* p. 76.] Y poco después de esto añade: "Desde el momento que leí la lista (de sus miembros), vi claramente todo lo que había de seguirse casi en el mismo grado que ha ocurrido". [*Textos políticos,* p. 77.] El señor Burke seguramente no vio todo lo que había de seguirse. Yo traté de impresionarlo, tanto antes como después de que se reuniesen los Estados Generales, con la idea de que iba a haber una *Revolución,* pero no pude hacérselo ver, ni me hubiera creído. Y cómo es posible que percibiese distintamente todas las partes, si el total le permaneció ignorado, es algo que escapa a mi capacidad de comprensión. Y con referencia al hecho de "que se apartara de los precedentes antiguos", además de lo débil de la observación, muestra que desconocía las circunstancias. El apartamiento era necesario, porque la experiencia había enseñado que la antigua forma era mala. Los Estados Generales convocados en 1614 lo fueron al principio de la guerra civil ocurrida durante la menor edad de Luis XIII; pero el choque producido al reunirlos por estados aumentó la confusión en lugar de remediarla. El autor de *L'Intrigue du Cabinet,* que escribió mucho antes de que se pensase en cualquier revolución en Francia, al referirse a estos Estados Generales, dijo: "Mantuvieron la atención pública en suspenso durante cinco meses, y por las cuestiones que en su seno se agitaron y el calor con que se discutieron, resultó evidente que *les grands* trataron más de satisfacer sus *pasiones particulares* que de procurar el bien de la nación, transcurriendo el tiempo en frecuentes altercados, ceremonias y desfiles". Louis-Pierre Anquetil, *L'Intrigue du Cabinet,* vol. I, p. 329.

[24] Juego de palabras entre *nobility* y *no-ability.* [T.]

[1] Existe una sola idea que, si es percibida con claridad y rectitud por la mente, tanto en sentido religioso como en sentido puramente jurídico, basta para evitar que cualquier hombre o grupo de hombres o cualquier gobierno actúe equivocadamente en materia de religión: la de que antes de que existiera cualquier institución humana de gobierno, existía, si se me permite expresarme así, un pacto entre Dios y el hombre, desde el principio de los tiempos, y que, como la relación y condición en la que el último, en su *persona individual,* se mantiene en relación con su Hacedor no puede cambiarse ni alterarse en ningún sentido por leyes humanas o autoridad humana, la devoción religiosa, que es parte de ese contrato, no puede ser objeto de leyes humanas, y que todas las leyes deben conformarse a ese previo pacto y no tratar de conformar éste a aquellas que, por lo mismo que son humanas, le son posteriores. El primer acto del hombre al mirar a su alrededor y verse a sí mismo como una criatura que no se había hecho a sí misma y un mundo provisto para recibirle, tuvo que ser la devoción, y ésta debe continuar siendo sagrada para cada hombre individual, *tal como a él le parezca justa;* y los gobiernos que traten de intervenir en el problema no harán con ello sino daño.

[2] Véase p. 55. *N. B.* Desde la toma de la Bastilla ya se ha publicado lo ocurrido, pero los temas a que se refiere mi narración son anteriores a ese momento y algunos de ellos, como puede verse fácilmente, no son sino muy poco conocidos.

[1] La rúbrica "los sabios de Gotham" es una alusión irónica a la estupidez de que tienen fama los habitantes de este pueblo del condado de Nottingham. Es tradicional en Inglaterra, al menos desde el siglo XV. [T.]

[2] *Cf*. Burke, *Textos políticos,* FCE, México, 1942, p. 95. [T.]

[3] *Cf*. Burke, *op. cit.,* p. 52. [T.]

[4] *Cf*. G. Chalmers, *Estimate of the Comparative Strength of Great Britain,* John Stockdale, Londres, 1794.

[5] *Cf*. M. Necker, *Administración de las finanzas de Francia,* vol. III.

[6] *Idem.*

[7] Sea que el comercio inglés no produzca dinero alguno, o que el gobierno disponga de él enviándolo fuera luego que se encuentra en el país, son asuntos que las partes interesadas pueden explicar mejor que yo; pero que existe una deficiencia no puede negarlo ninguna de ellas. Mientras el doctor Price, el señor Eden (ahora Auckland), el señor Chalmers y otros discutían acerca de si la cantidad de dinero existente en Inglaterra era mayor o menor que cuando la Revolución, no se advirtió la circunstancia de que desde aquel acontecimiento no puede haberse importado en Europa menos de 400 millones de libras esterlinas y que, en consecuencia, la cantidad que debía existir en Inglaterra, para estar en proporción con Europa, debía ser cuatro veces mayor que la existente al tiempo de la Revolución. Lo que Inglaterra está haciendo ahora con el papel es lo que debía haber hecho con el metálico, si el oro y la plata hubieran entrado en la nación en la proporción debida, o si no se hubiesen exportado de nuevo; está tratando de restaurar con papel las pérdidas habidas en dinero contante. Es cierto que el oro y la plata que llegan anualmente en los navíos de registro a España y Portugal no se quedan en esos países. Considerando el valor mitad oro y mitad plata, vienen a ser cerca de 400 toneladas al año; esta cifra puede calcularse sin necesidad de acudir a los archivos, y sólo por el número de barcos y galeones empleados en esa importación de metales de la América del Sur hacia Portugal y España.

En la situación en que se encuentra Inglaterra ahora, es imposible que pueda aumentar su dinero. Los impuestos altos no sólo disminuyen la propiedad de los individuos, sino que también disminuyen el capital líquido de la nación, al inducir a ésta al contrabando, operación que sólo puede realizarse en oro o en plata. A causa de la política que el gobierno ha venido desarrollando con las potencias continentales de Alemania y de otros países de Europa, se ha buscado la enemistad de todas las potencias marítimas y está obligada a mantener una gran escuadra, pero aunque ésta se construya en Inglaterra, los materiales debe comprarlos en el exterior y precisamente en países donde la mayor parte de los pagos han de hacerse en oro y plata. Se han hecho correr en Inglaterra rumores engañosos con el objeto de hacer creer que hay dinero; uno de ellos es el de que los refugiados franceses han llevado grandes cantidades. La idea es simplemente ridícula. La mayor parte del dinero que circula en Francia está acuñado en plata y se hubieran necesitado más de 20 furgones de los mayores, tirado cada uno por 10 caballos, para trasladar la cantidad de un millón de libras esterlinas en ese metal. ¿Cómo vamos a suponer, pues, que unas cuantas personas huyendo a uña de caballo o en sillas de posta y en secreto, teniendo que pasar la aduana francesa y que cruzar el mar, hayan podido traer ni siquiera suficiente dinero para sus propios gastos?

Cuando se habla de millones en dinero, debe tenerse en cuenta que esas sumas no se pueden acumular en ningún país sino lentamente, a lo largo de un gran número de años. Si Inglaterra se decidiese a adoptar ahora el sistema de vida más frugal posible, no podría recobrar, ni en un siglo, el balance de lo que ha perdido en dinero desde que gobierna la casa de Hannover. Hoy se encuentra 70 millones por debajo de Francia y debe encontrarse también por debajo de los demás países europeos en proporción considerable, porque las cifras de la Casa de Moneda inglesa no muestran un aumento de dinero, mientras que los registros de Lisboa y de Cádiz sí lo hacen con respecto a Europa, señalando un aumento entre 300 y 400 millones de libras esterlinas.

[1] Aquella parte de Norteamérica llamada comúnmente Nueva Inglaterra, que comprende New Hampshire, Massachussetts, Rhode-Island y Connecticut, está poblada, principalmente, por descendientes de ingleses. En el estado de Nueva York casi la mitad son holandeses; el resto, ingleses, escoceses e irlandeses. En Nueva Jersey hay una mezcla de ingleses y holandeses con algunos escoceses e irlandeses. En Pensilvania, aproximadamente un tercio son ingleses; otro tercio, alemanes, y el resto, escoceses e irlandeses, con algunos suecos. Los estados del sur tienen mayor proporción de ingleses que los estados centrales, pero en todos ellos existe una mescolanza y, aparte de los enumerados, hay un considerable número de franceses y en la costa se encuentra un pequeño número de gentes que proceden de todas las naciones europeas. La comunión religiosa más numerosa es la de los presbiterianos, pero ninguna secta predomina sobre otra y todos los hombres son igualmente ciudadanos.

[1] Respecto a un carácter de la aristocracia, se remite al lector a *Los derechos del hombre,* parte I, pp. 94-95

[1] El importe total de los impuestos ordinarios en Francia, para el presente año, es de 300 millones de libras, equivalente a 12 millones y medio de libras esterlinas; y los impuestos extraordinarios se calculan en tres, haciendo un total de 15 millones y medio; el cual, repartido entre 24 millones de almas, no llega a 13 chelines por cabeza. Francia ha reducido sus impuestos, desde la Revolución, aproximadamente en nueve millones de libras esterlinas anuales. Antes de la Revolución la ciudad de París pagaba un derecho de más de 30% de todos los artículos introducidos en la ciudad. El impuesto se hacía efectivo a las puertas de la ciudad. Fue abolido en primero de mayo y las puertas demolidas.

[2] Lo que se llamaba el *livre rouge,* o libro rojo, en Francia, no era exactamente semejante al Calendario de la Corte de Inglaterra; pero mostraba suficientemente qué parte tan grande de los impuestos se derrochó.

[3] En Inglaterra, los progresos de la agricultura, artes útiles, manufacturas y comercio, se han hecho en oposición al espíritu de su gobierno, que es seguir los precedentes. Es al espíritu emprendedor e industrioso de los individuos y a sus numerosas asociaciones, en las que, hablando vulgarmente, el gobierno no es ni almohada ni soporte, a lo que se deben aquellos progresos. Nadie pensó en el gobierno ni en quién estaba *en el poder* o quién estaba *fuera* de él, cuando planeó y ejecutó aquellas cosas; y toda la esperanza que se abrigaba, con respecto al gobierno, era *la de que les dejara solos.* Tres o cuatro periódicos ministeriales, verdaderamente estúpidos, están siempre ofendiendo al espíritu de progreso nacional, atribuyéndolo a un ministro. Con la misma razón podrían atribuirle este libro.

[4] Con respecto a las dos cámaras de que se compone el Parlamento inglés parece que se confunden eficazmente en una sola y que, como cuerpo legislativo, no tiene carácter propio. El ministro, quienquiera que sea en el momento, le toca como con una varita de opio y se duerme obediente.

Pero si atendemos a las distintas capacidades de las dos cámaras, la diferencia aparecerá tan grande que mostrará la incongruencia de situar el poder allí donde no puede existir la certeza de que haya juicio para emplearlo. Por desdichado que sea el estado de la representación en Inglaterra, es un estado de plenitud comparado con lo que se llama la Cámara de los Lores; y es tenida en tan poco esta supuesta Cámara, que apenas si el pueblo se preocupa, en momento alguno, por saber lo que hace. También parece ser más susceptible a la influencia y estar alejada del interés general de la nación. En el debate sobre la entrada en la guerra ruso-turca, en la Cámara de los Pares la mayoría en favor de la guerra ascendió a más de 90, mientras que en la otra Cámara, que tiene doble número de miembros, la mayoría fue de 63. Merece también ser mencionada la tramitación de la proposición de ley del señor Fox, sobre los derechos de los jurados. Las personas llamadas pares no eran objeto de esta proposición de ley. Estaban ya en posesión de mayores privilegios que los concedidos a otros por aquella propuesta. Ellos eran su propio jurado y si cualquier miembro de esta Cámara era perseguido por difamación, no se le castigaba, aun estando convicto, por la primera infracción. Tal desigualdad en las leyes no debiera existir en ningún país. La Constitución francesa dice que *la ley debe ser la misma para todo individuo tanto cuando proteja, como cuando castigue. Siendo todos los ciudadanos iguales ante sus ojos*...

[5] Respecto al estado de la representación en Inglaterra, es demasiado absurdo razonar sobre él. Casi todas las partes representadas decrecen en población y las no representadas aumentan. Es necesaria una convención general de la nación que tome en consideración el estado general de su gobierno.

[6] Se cuenta que en el cantón de Berna, en Suiza, ha sido costumbre, desde tiempo inmemorial, mantener un oso a expensas del pueblo, y se ha enseñado a éste a creer que si no tiene un oso se arruinarían todos. Hace algunos años, aconteció que el oso que existía entonces cayó enfermo y murió tan súbitamente que no pudo sustituírsele por otro con la rapidez necesaria. Durante este interregno el pueblo descubrió que el trigo crecía, que daba fruto la viña, que el sol y la luna continuaban saliendo y poniéndose y que todo proseguía lo mismo que antes, y cobrando valor, por estas circunstancias, decidió no seguir manteniendo osos; porque, decían, "un oso es un animal muy voraz y costoso, y nos veremos obligados a arrancarle las uñas por miedo de que hiera a los ciudadanos". Esta historieta del oso de Berna fue contada en algunos periódicos franceses en el momento de la

huida de Luis XVI, y su aplicación al monarca no pudo ser errónea en Francia; pero, se diría que la aristocracia de Berna se la aplicó a sí misma, y desde entonces prohibió la lectura de periódicos franceses.

[7] Apenas es posible tocar cualquier asunto que no sugiera una alusión a alguna corrupción en el gobierno. El símil de la *fortificación* se entrelaza, desgraciadamente, con una circunstancia que está en relación directa con el asunto a que se hace alusión arriba.

Entre los numerosos ejemplos de abusos que han sido realizados o protegidos por los gobiernos, antiguos o modernos, no hay ninguno mayor que éste de situar a un hombre y a sus herederos por encima del pueblo para que se les mantenga a expensas de éste.

La humanidad dicta que se provea a las necesidades de los pobres; ¿pero, con qué derecho, moral o político, se permite decir un gobierno que la persona llamada duque de Richmond debe ser mantenida por el pueblo? Sin embargo, si el rumor público es cierto, no hay mendigo en Londres que pueda comprar su miserable lote de carbón sin pagar para la lista civil del duque de Richmond. Había de ser el producto total de este impuesto un chelín por año, y la iniquidad del principio sería siempre la misma; pero cuando asciende, como se dice, a no menos de 20 000 libras anuales, la enormidad es demasiado grave para permitir que continúe. Éste el uno de los efectos de la monarquía y de la aristocracia.

Al exponer este caso no me guía ninguna aversión personal. Aunque me parece mezquino por parte de cualquier hombre vivir del pueblo, el vicio se origina en el gobierno; y ha llegado a ser tan general que no supone diferencia alguna el que los partidos estén en el poder o en la oposición: están seguros de las garantías recíprocas.

[1] En Norteamérica, el incremento del comercio es mayor, proporcionalmente, que en Inglaterra. En la actualidad es, por lo menos, una mitad más que en cualquier periodo anterior a la revolución. El mayor número de navíos zarpados del puerto de Filadelfia antes del comienzo de la guerra fue entre 800 y 900. En el año 1788 el número se elevaba por encima de 1 200. Como se calcula que el estado de Pensilvania tiene la octava parte de la población de los Estados Unidos, el número total de navíos debe ser ahora, aproximadamente, 10 000.

[2] Cuando veo el modo que emplea el señor Pitt en uno de sus discursos parlamentarios para estimar la balanza de comercio, me parece como si no conociera nada de la naturaleza y del interés del comercio; y nadie lo ha torturado más caprichosamente que él. Durante un periodo de paz ha estado arruinado con las calamidades de la guerra. Tres veces ha sido arrojado al estancamiento, y los barcos privados de sus tripulaciones por enrolamiento forzoso en la marina de guerra, en menos de cuatro años de paz.

[3] El reverendo William Knowles, maestro de la *Grammar School* de Thetford, en Norfolk.

[4] La política y el egoísmo han estado tan uniformemente unidos, que el mundo, por haber sido engañado con tanta frecuencia, tiene derecho a sospechar de los personajes públicos, pero con respecto a mí estoy completamente tranquilo sobre este particular. Cuando entré en la vida pública, hace aproximadamente 17 años, no dirigí mis pensamientos a los asuntos del gobierno por motivos de interés, y mi conducta desde entonces hasta ahora lo demuestra. Vi una oportunidad en la que pensé que podría hacer algún bien y seguí exactamente los dictados de mi corazón. No leí libros, ni estudié las opiniones de los demás. Pensé por mí mismo. El caso era éste:

Durante la suspensión de los antiguos gobiernos de Norteamérica, tanto con anterioridad al comienzo de las hostilidades como después de él, me impresionó el orden y el decoro con que estaba dirigido todo, y se fijó en mí la idea de que todo lo que se necesita como gobierno era poco más de lo que la sociedad realiza naturalmente, y la de que la monarquía y la aristocracia eran fraudes e imposturas hechos a la humanidad. Fundándome en estos principios publiqué el folleto *Sentido común.* El éxito obtenido por dicho folleto fue superior a todos los que se hayan obtenido desde la invención de la imprenta. Cedí la propiedad literaria de él a todos los Estados de la Unión y la demanda se elevó a no menos de 100 000 ejemplares. Continué el tema de la misma manera bajo el título de *La crisis,* hasta la consolidación completa de la revolución.

Después de la Declaración de la Independencia, el Congreso, unánimemente, y sin que yo lo supiera, me nombró secretario en el departamento de Relaciones. Esto era agradable para mí porque me deparaba la oportunidad de conocer las capacidades de las cortes extranjeras y sus métodos en la gestión de los asuntos. Pero habiendo surgido un equívoco entre el Congreso y yo a propósito de uno de sus comisionados, que aquél tenía entonces en Europa, el señor Silas Dean, dimití el cargo y rehusé al mismo tiempo las ofertas pecuniarias que me hacían los ministros de Francia y de España, M. Gérard y D. Juan Miralles.

Por aquel tiempo había ganado yo la atención y la confianza de Norteamérica tan plenamente, y mi propia independencia se había hecho tan manifiesta, que me daban un rango en la literatura política que acaso ningún hombre haya poseído en ningún país y, lo que es mis extraordinario, que mantuve sin disminución hasta el fin de la guerra y del que disfruto, en las mismas condiciones, en el momento presente. Como mi objeto no era yo mismo, comencé la determinación, y felizmente con la disposición, de no ser movido por la alabanza ni por la censura, por la amistad o por la calumnia, ni de ser desviado de mi propósito por ningún altercado personal, porque el hombre que no puede hacer esto no es apto para ocupar un cargo público.

Cuando terminó la guerra me trasladé de Filadelfia a Borden-Town, en la orilla oriental del Delaware, donde tenía un pequeño empleo. En esta época, el Congreso se encontraba en Prince Town, a 15 millas de distancia, y el general Washington había establecido su cuartel general en Rocky Hill, en las cercanías del Congreso, con el propósito de resignar su mandato (toda vez que la finalidad por la que lo aceptó había sido cumplida) y retirarse a la vida privada. Al tiempo en que se ocupaba de este asunto, me escribió la carta que transcribo a continuación:

Rocky Hill, sept. 10, 1783.

Desde que llegué a esta localidad supe que estaba usted en Borden-Town. No sé si por causa de retiro o por economía. Sea por una u otra causa, por ambas, o por lo que sea, si usted quiere venir a ésta y colaborar conmigo, me agradaría mucho verle por aquí.

Su presencia puede recordar al Congreso sus pasados servicios a este país, y si está en mi poder influir en él disponga con libertad de mis buenos oficios y serán prestados con satisfacción por quien mantiene viva conciencia de la importancia de sus obras, y que, con mucho gusto, se suscribe su sincero amigo,

G. Washington.

Durante la guerra, a fines del año 1780, concebí el propósito de pasar a Inglaterra, y lo comuniqué al general Greene, que se encontraba entonces en Filadelfia en camino hacia el sur, porque el general Washington estaba en aquel momento a una distancia demasiado grande para comunicarse inmediatamente con él. Tenía el firme convencimiento de que si pudiera penetrar en Inglaterra sin ser conocido y permanecer en seguridad hasta que me fuera posible dar a luz una publicación, podía abrir los ojos al país respecto a la locura y estupidez de su gobierno. Vi que los partidos, en el Parlamento, andaban todo lo divididos que pudiera imaginarse y no podrían suministrarse nuevas ideas unos a otros. El general Greene participaba plenamente de mi punto de vista, pero habiéndose suscitado poco después el asunto de Arnold y Andre, cambió de opinión, y con serios temores por mi seguridad, me escribió muy urgentemente desde Annapolis, en Maryland, para que abandonase el proyecto, lo que, con alguna repugnancia, realicé. Poco después acompañé a Francia, para asuntos del Congreso, al coronel Lawrens, hijo del señor Lawrens, que entonces estaba en la Torre. Desembarcamos en L'Orient, y mientras permanecí allí, pues él continuó el viaje, ocurrió una circunstancia que hizo renacer mi primer propósito. Un navío inglés que iba de Falmouth a Nueva York con despachos del gobierno a bordo fue traído a L'Orient. Que un paquebote sea apresado no es una cosa extraordinaria, pero que se cojan en él los despachos es apenas creíble porque siempre están suspendidos por la ventana del camarote, en un saco lastrado con una bala de cañón, y dispuesto para ser hundido en un momento. El hecho, sin embargo, ocurrió como lo he relatado, porque los despachos vinieron a mis manos y los leí. La captura, según fui informado, se llevó a cabo mediante la estratagema siguiente: El capitán del corsario *Madame,* que hablaba inglés, al alcanzar el navío, se hizo pasar por el capitán de una fragata inglesa e invitó al capitán del navío a subir a bordo, hecho lo cual envió a algunos de sus propios hombres y se aseguró la posesión de la valija. Pero cualesquiera que sean las circunstancias de la captura, de lo que yo hablo con certeza es de los despachos del gobierno. Dichos despachos fueron enviados a París al conde de Vergennes, y cuando el coronel Lawrens y yo volvimos a América, llevamos los originales al Congreso.

Por estos despachos me penetré de la estupidez del gabinete inglés mucho más de lo que pudiera haberlo hecho por otro medio, e insistí en mi primer propósito. Pero el coronel Lawrens estaba tan poco dispuesto a volver solo, sobre todo porque, entre otros asuntos, teníamos a nuestro cargo una suma de más de 200 000 libras esterlinas en moneda, que accedí a sus deseos y, finalmente, abandoné mi plan. Pero ahora estoy seguro de que si lo hubiera ejecutado no habría sido un fracaso total.

[*] En estas páginas y en las siguientes emplea Paine los conceptos *corporation* y *corporation towns* que, a falta de término equivalente con mayor exactitud, se han traducido como corporación y ciudades de corporación. En este contexto hacen referencia al procedimiento seguido en las elecciones de representantes de los burgos en la Cámara de los Comunes, antes de la reforma parlamentaria y electoral de 1832. No todas las ciudades tenían derecho a elegir representantes en la Cámara ni era uniforme el procedimiento seguido para la designación de los mismos. En muchas se requería ser miembro de la corporación municipal para poder ser elector. En otras sólo los funcionarios de las corporaciones intervenían en las elecciones. (*Cf.* Anson, *The Law and Custom of the Constitution,* 5ª ed., vol. I, pp. 111 y ss.; Ogg, *English Government and Politics,* 2ª ed., 1936, p. 256.) [T.]

[5] Es difícil dar razón del origen de las cartas y ciudades de privilegio a menos que supongamos que han surgido de alguna especie de servicio de guarnición o están en conexión con él. La época en que comenzaron a existir justifica la idea. La generalidad de aquellas ciudades habían sido guarniciones y las corporaciones tenían encomendada la vigilancia de las puertas cuando la guarnición no estaba presente. Sus facultades de negar o conceder la admisión a los extraños, que han engendrado la costumbre de dar, vender y comprar la ciudadanía, tienen más de la naturaleza de una autoridad de guarnición que de gobierno civil. Los soldados son ciudadanos de

toda corporación en la nación por la misma razón de que todo soldado es miembro de cualquier guarnición, y ninguna otra persona lo es. Puede ejercer cualquier profesión, con permiso de sus oficiales, en cualquier corporación, en toda la nación.

[*] Burke, "Reflexiones sobre la Revolución francesa", en *Textos políticos,* p. 89. [T.]

[6] Véase Sir John Sinclair, *History of the Revenue.* La contribución territorial ascendía en 1646 a 2 473 499 libras.

[*] *Textos políticos,* p. 162. [T.]

[7] Algunos periódicos de la Corte han hecho mención recientemente de Wat Tyler. Que su memoria sea difamada por sicofantes de la Corte y por todos los que viven del pillaje del pueblo no es para maravillarse. Sin embargo, Wat Tyler fue el medio de frenar el furor y la injusticia de la imposición en su época y la nación debe mucho a su valor. Concisamente la historia es ésta:

En tiempos de Ricardo II se impuso una tributación de un chelín por cabeza sobre toda persona de cualquier estado o condición, sobre el pobre como sobre el rico, que hubiese cumplido 15 años. Si la ley establecía algún beneficio era en favor del rico más bien que del pobre, puesto que nadie podía ser gravado con más de 20 chelines por sí mismo, familia y servidores, que siempre eran numerosos, mientras que las demás familias cuyos individuos no llegaran a 20 eran gravadas por cabeza. La capitación ha sido siempre odiosa, pero ésta, por ser también opresiva e injusta, provocó, como naturalmente debía provocar, un horror universal entre los pobres y la clase media. La persona conocida con el nombre de Wat Tyler, cuyo verdadero nombre era Walter y tejero *(tyler)* de profesión, vivió en Deptford. Cuando el recaudador de la capitación llegó a su casa exigió el impuesto por una de sus hijas a la que Tyler declaró menor de 15 años. El recaudador insistió en comprobarlo por sí mismo y comenzó a hacer un examen indecoroso de la muchacha, lo cual desesperó al padre, que le dio un martillazo, haciéndole caer al suelo y le causó la muerte.

Esta circunstancia sirvió para que el descontento se desbordara. Los habitantes de la vecindad tomaron partido por Tyler, al que en pocos días se unieron, al decir de un historiador, más de 50 000 hombres que le eligieron por jefe. Con esta fuerza marchó a Londres para pedir la abolición del impuesto y la reparación de otros agravios. La Corte, encontrándose en una situación desesperada, e incapaz de hacer resistencia, aceptó, con Ricardo a la cabeza, celebrar una conferencia con Tyler en Smithfield, haciendo muy rendidas protestas, cortesanamente, de su disposición de poner remedio a las opresiones. Mientras que Ricardo y Tyler estaban en conversación sobre dichos asuntos, los dos a caballo, Walworth, a la sazón alcalde de Londres, y una de las criaturas hechura de la Corte, acechó una oportunidad, y, como un asesino cobarde, apuñaló a Tyler con una daga, y cayendo dos o tres más sobre él fue instantáneamente sacrificado.

Tyler parece haber sido un hombre intrépido y desinteresado por lo que respecta a sí mismo. Todas las proposiciones que hizo a Ricardo tenían un fundamento más justo y general que aquellas que hicieran los barones al Rey Juan y, a pesar de la adulación de los historiadores y de hombres como el señor Burke, que trata de ensalzar una villana acción de la Corte, difamando a Tyler, la fama de éste sobrevivirá a sus falsedades. Si los barones merecieron que se les erigiera un monumento en Runnymede, Tyler merece otro en Smithfield.

[8] Las intrigas extranjeras, las guerras extranjeras y los dominios exteriores explican, en gran medida, el déficit.

[9] Me encontraba, por azar, en Inglaterra durante la celebración del centenario de la revolución de 1688. Las personalidades de Guillermo y María me han parecido siempre detestables —el uno tratando de destruir a su tío y la otra a su padre, para posesionarse del poder—; no obstante, como la nación estaba dispuesta a regocijarse por este acontecimiento, me dolió verla atribuir todo el prestigio de aquel suceso al hombre que la había emprendido como un negocio y que, aparte de lo que obtuvo de otro modo, percibió 600 000 libras para los gastos de la pequeña flota que le trajo de Holanda. Jorge I desempeñó el mismo papel de tacaño que había hecho Guillermo, y compró el ducado de Brema con el dinero que había obtenido de Inglaterra —250 000 libras, además de su paga como rey—; y habiéndolo comprado de este modo, a expensas de Inglaterra, lo anexionó a sus dominios hannoverianos para su particular beneficio. En realidad, toda nación que no se gobierna a sí misma es gobernada como un negocio. Inglaterra ha sido presa de los negocios desde la revolución.

[10] Carlos, como sus predecesores y sucesores, encontrando que la guerra era la cosecha de los gobiernos, emprendió una guerra contra Holanda que aumentó los gastos anuales en £ 1 800 000, como se fija bajo la fecha de 1666; pero los gastos en tiempo de paz eran sólo de £ 1 200 000.

[11] El impuesto de beneficencia comenzó hacia la época de Enrique VIII, cuando las contribuciones comenzaron a aumentar, y se ha incrementado al mismo ritmo que éstas.

[12] Calculando los impuestos por familias, a cinco personas por familia, cada una paga un promedio de 12 libras, 17 chelines y 6 peniques al año. A esta suma debe añadirse el impuesto de beneficencia. Aunque todos pagan impuestos por los artículos que consumen, no todos pagan el impuesto de beneficencia. Aproximadamente dos millones están exentos —unos, porque no son cabezas de familia, otros porque no pueden y los pobres mismos que reciben el socorro—. En consecuencia, el promedio del impuesto de beneficencia para el resto de los contribuyentes es de 40 chelines para cada familia de cinco personas, lo que hace que el total medio de impuestos y tasas se eleve a 14 libras, 17 chelines y 6 peniques. Para seis personas, 17 libras, 17 chelines. Para siete, 20 libras, 16 chelines, 6 peniques.

En Norteamérica, el promedio de los impuestos bajo el nuevo sistema, o sistema representativo de gobierno, incluyendo el interés de la deuda contraída durante la guerra y fijando la población en cuatro millones de almas a que asciende ahora, y que diariamente se incrementa, es de cinco chelines por cabeza, hombres, mujeres y niños. La diferencia entre los dos gobiernos es como sigue:

	INGLATERRA			NORTEAMÉRICA		
	£	*ch.*	*p.*	£	*ch.*	*p.*
Para una familia de cinco personas	14	17	6	1	5	0
Para una familia de seis personas	17	17	0	1	10	0
Para una familia de siete personas	20	16	6	1	15	0

[13] Las *public schools* no responden al fin general de atender a los pobres. Se encuentran principalmente en las ciudades de corporación, de las que están excluidos los vecinos de las ciudades rurales y las aldeas o, si se les admite, la distancia ocasiona una gran pérdida de tiempo. La educación, para ser útil a los pobres, debería darse en el lugar de residencia, y el mejor método de realizar esto, en mi opinión, sería obligar a los padres a pagar los gastos. En toda aldea se pueden encontrar siempre personas de ambos sexos capaces de tal empresa, especialmente cuando envejecen. Veinte niños, a 10 chelines cada uno (y esto no más que durante seis meses al año) producirían tanto como muchos beneficios en los rincones remotos de Inglaterra, y hay frecuentemente viudas de pastores en la miseria para quienes tal ingreso sería aceptable. Cualquier cosa que se dé a los niños, a este respecto, responde a dos propósitos: para ellos es educación; para quienes los educan es la subsistencia.

[14] El impuesto sobre la cerveza elaborada para la venta, del cual está exenta la aristocracia, es casi un millón más que el actual impuesto de conmutación, pues según el rendimiento de 1788, era de £ 1 666 152 y, en consecuencia, debiera aquélla tomar a su cargo el importe del impuesto de conmutación, ya que está exenta de uno que asciende a casi un millón.

[15] Véanse las cuentas del comercio de granos.

[16] Cuando se hagan investigaciones sobre la situación de los pobres se encontrarán, probablemente, varios grados de miseria a los que se podrá remediar de un modo diferente al que ya se ha propuesto. Las casas de las viudas con hijos estarán en mayor necesidad que los hogares donde el marido viva todavía. Hay también diferencia entre el costo de la vida en diferentes comarcas, y más aún en el precio del combustible.

Suponiendo, pues, 50 000 extraordinarios al tipo de £ 10 por familia y año	£ 500 000
100 000 familias a £ 8 por familia y año	800 000
100 000 ” a £ 7 ” ” ”	700 000

104 000 ” a £ 5 ” ” ”	520 000
Y en lugar de 10 chelines por cabeza para la educación de otros niños, conceder 50 chelines por familia para este fin a 50 000 familias	250 000
	£ 2 770 000
140 000 personas de edad, como antes	1 120 000
	£ 3 890 000

Esta distribución asciende a la misma suma que la fijada en la p. 263, incluyendo las £ 250 000 para educación; pero provee (incluyendo a las personas de edad) para 400 000 familias, que es casi un tercio de todas las familias de Inglaterra.

17 Sé que la opinión de muchas de las personalidades más ilustradas de Francia (siempre habrá gentes que ven más lejos que otras en los acontecimientos) no sólo entre la masa general de ciudadanos, sino de muchos de los principales miembros de la primera Asamblea Nacional, es la de que la monarquía no perdurará muchos años en aquel país. Han descubierto que, del mismo modo que la sabiduría no puede hacerse hereditaria, tampoco puede serlo el poder; y que para que un hombre merezca de una nación un millón de libras al año, debe tener un cerebro capaz de abarcar desde el átomo al universo; y, caso de tenerlo, estaría demasiado por encima de lo que significa esa paga para recibirla. Pero no desean aparecer conduciendo a la nación más rápidamente de lo que su propia razón e interés dictan. En todas las conversaciones sobre este tema en las que estuve presente, la idea fue siempre que cuando llegase tal momento, conforme a la opinión general de la nación, el método honorable y liberal sería hacer un generoso regalo en libre propiedad a la persona, cualquiera que fuese, que en el momento desempeñase el cargo de rey, y por parte de ella, retirarse a disfrutar de la vida privada, en posesión de su participación de derechos generales y privilegios y no ser más responsable ante el pueblo por el empleo de su tiempo y su conducta que cualquier otro ciudadano.

[1] El caballero que firmó la Alocución y Declaración como presidente de la reunión, señor Horne Tooke, a quien se atribuía generalmente la redacción de ella, y que habló largamente en su elogio, ha sido acusado jocosamente de alabar su propia obra. Para liberarlo de esta molestia, y para ahorrarle la preocupación reiterada de mencionar a su autor, cosa que no ha querido hacer, no titubeo en decir que, como la oportunidad de beneficiarse de la Revolución francesa se me había ocurrido fácilmente, redacté la publicación de que se trata y se la mostré a él y algunos otros caballeros; los cuales, aprobándola plenamente, celebraron una reunión con el propósito de hacerla pública e hicieron una derrama para reunir las 50 guineas necesarias para cubrir los gastos de anunciarla. Creo que en esta época hay en Inglaterra un gran número de hombres que actúan desinteresadamente y decididos a examinar por sí mismos la naturaleza y las prácticas del gobierno, y no a confiar ciegamente, como hasta entonces había sido el caso, en el gobierno general, o en los parlamentos, o en la oposición parlamentaria, y ello más que en ningún periodo anterior. Si tal cosa se hubiese hecho hace un siglo, la corrupción y la imposición tributaria no hubieran llegado al extremo en que hoy se encuentran.

En uno de los debates más apasionantes y profundos de la Ilustración, *Los derechos del hombre* de Thomas Paine surge como réplica a las objeciones que el filósofo y político Edmund Burke pronuncia contra la Revolución francesa, "a la que desacreditaba sin comprenderla pues temía que los aires revolucionarios alcanzaran Inglaterra". Frente al argumento de Burke acerca de la imposibilidad de los ingleses de gobernarse a sí mismos, Paine declara el derecho de los hombres a la revolución ya que "el hombre no tiene derecho de propiedad sobre el hombre, ni ninguna generación tiene derecho de propiedad sobre las generaciones venideras". No existen precedentes de la conmoción y la popularidad que generó el texto de Paine en su época, palpable en el tiraje cercano a un millón de copias que alcanzó su obra.

El libro está dividido en dos partes, escritas en 1791 y 1792; la primera parte es la exposición de los ideales que el autor perseguía: una sociedad fundamentada en los derechos naturales del hombre, es decir, de hombres libres e iguales. La segunda parte expone la combinación del principio con la práctica y analiza la función del gobierno dentro de la sociedad. Esta edición presenta un estudio, a modo de prólogo, de Bernardo Altamirano Rodríguez acerca del gran impacto que generó Paine en la política y en la historia y de los cambios que sus ideas impulsaron y que han repercutido hasta nuestros días.

Sin duda, el pensamiento de Paine trascendió su época y sigue vigente en la actualidad, pues los principios de su obra han sido la base de constituciones, tratados e instituciones nacionales y globales tendentes a proteger las libertades y los derechos humanos.

www.fondodeculturaeconomica.com

Índice

Prólogo, Bernardo Altamirano Rodríguez 9
Introducción. Thomas Paine, Henry N. Brailsford 17
LOS DERECHOS DEL HOMBRE 30
Prefacio a la edición inglesa 33
Primera parte 36
Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (hecha por la Asamblea Nacional de Francia) 94
Observaciones sobre la declaración de derechos 97
Capítulo misceláneo 99
Segunda parte Combinación del principio y la práctica 123
Al señor de La Fayette 125
Prefacio 127
Introducción 132
Capítulo I. De la sociedad y de la civilización 135
Capítulo II. Del origen de los gobiernos viejos que hoy subsisten 139
Capítulo III. De los viejos y nuevos sistemas de gobierno 141
Capítulo IV. De las constituciones 152
Capítulo V. Modos y medios de mejorar la condición de Europa, mezclados con observaciones misceláneas 170
Apéndice 217
Índice de nombres 222